La conquista del oeste

Louis L'Amour



Una vez concluida la guerra revolucionaria, en 1830, multitud de familias de colonos inician su expansión hacia el Oeste y, más concretamente, hacia el valle del río Ohio. La compra de Louisiana y la guerra con México incrementan aún más las fronteras del nuevo estado. Al mismo tiempo, los nuevos pobladores empiezan a asentarse en las tierras más occidentales. Cinco episodios, titulados «Los ríos», «Las llanuras», «La Guerra Civil», «El ferrocarril» y «Los forajidos» narran estos hechos y la colonización del Oeste, tomando como referencia la historia de una de estas familias de colonos.



Louis L’Amour

LA CONQUISTA DEL OESTE

ePub r1.0

Titivillus 24.07.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *How the West was won*
Louis L'Amour, 1962
Traducción: José Villalba Piñana
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: ePubLibre, 2016
Conversión pdf: FS, 2020





Primera parte
Los ríos

La tierra esplendorosa se hallaba abierta, esperando ser conquistada, y los caminos que a ella conducían eran los ríos. Lentos y poderosos, turbulentos y espumantes, los ríos fueron los caminos que siguieron los primeros colonos. Almadías y barcos de quilla plana, se deslizaban flotando aguas abajo; aguas que tan pronto eran verdes como oscuras, negras u orladas de espuma, pero que conducían siempre adelante hacia el corazón de aquella tierra peligrosa y dormida aún, y donde las riquezas aguardaban a los audaces y los fuertes.

Capítulo primero

Apenas hacía una hora que el sol brillaba en lo alto cuando Linus Rawlings llegó al sendero que seguía el grupo guerrero de indios ute. Los elevados murallones del valle, cada vez más angosto, del río Grande, impedían toda escapatoria, y Linus comprendió que se hallaba en un atolladero.

Hombre de infinita paciencia, la tuvo también ahora, y mientras observaba, prefirió detener su caballo resguardado por la sombra intermitente de los álamos. Tras de sí conducía tres animales de carga que transportaban su botín invernal de pieles, mientras que ante él, la ladera de la montaña brillaba con el primer verdor tímido de la primavera.

Nada se movía en toda aquella ladera, ni abajo en el valle… Solo las hojas temblorosas de los álamos. Desconfiando de la apariencia de las cosas en tierra de indios, Linus siguió inmóvil.

Mientras continuase junto a los árboles resultaba invisible a distancia, pues su indumentaria, los caballos y la carga eran de un color neutro que podía confundirse bien con lo que les rodeaba. Metódicamente, su mirada recorrió la ladera, deteniéndose en cada matorral o álamo, en todo saliente rocoso, en cada cambio de color de la hierba.

Hacía mucho tiempo que Linus Rawlings evitaba que su silueta se recortara en la cima de una colina, y no dormía junto a la fogata de un campamento. Había conocido

hombres que hicieron ambas cosas… y estaban muertos ahora. No era accidental en él que invariablemente se detuviera al amparo de cualquier accidente del terreno, procurando que no destacase su figura.

Cuando se cruza por territorio indio deben preverse todos los riesgos, bien se recele que el enemigo está cerca o no. Debe también aprenderse a encender fuegos pequeños, en los cuales pueda prepararse la comida, y después de comer trasladar el campamento unas cuantas millas más allá y dormir en la oscuridad, sin fuego alguno.

Estas eran las reglas más elementales para poder sobrevivir en tierra de indios, y, además, había otras, como la de no dar un paso sin ir armado, y observar los movimientos de los pájaros y de cualquier animal, considerándolos indicaciones de peligro. Linus hacía ya muchísimo tiempo que no pensaba en la necesidad de hacer semejantes cosas, pues eran tan naturales en él como el respirar.

Vio que el grupo guerrero de los ute lo componían doce indios que acaso se disponían a llevar a cabo un asalto a los campamentos españoles del sur, o quizá acudían a celebrar una reunión con otros indios en aquel sendero. Solamente disponía de unos pocos minutos, y necesitaba saber si aquellos hombres estaban enterados de que él iba a sus espaldas.

Estudió la ladera con mirada escéptica. Bajo su aspecto más bien perezoso y descuidado, Linus Rawlings escondía una aguda inteligencia, y sus sentidos se habían aguzado en sus treinta y dos años de vida en la frontera. Nacido en los oscuros bosques del oeste de Pensilvania, donde su familia fue de las primeras en llegar, Linus, en compañía de su padre, habíase trasladado más al oeste cuando solo tenía trece años. Poco después murió su padre, y entonces embarcó como

tripulante de una barcaza y se adentró más aún en el oeste para dedicarse al oficio de trampero y al comercio de las pieles.

En los dieciséis años siguientes corrió desde el río Kootenai, en Montana, hasta el Gila, en Arizona, desde las orillas del Pacífico hasta las laderas orientales de las Montañas Negras. Fue trampero en compañía de Jim Bridger, del tío Dick Button, de Bill Williams, Joe Walker, Osborne Russell y Jedediah Smith. En esos años solo abandonó las montañas en dos ocasiones, sin contar una visita breve al pueblo de Los Ángeles. Estos dos viajes lejos de las montañas le llevaron a San Luis y a Nueva Orleáns.

Ahora Linus trataba de descubrir la línea probable que seguiría el grupo guerrero y avizoraba la lejanía, pero no pudo divisar movimiento alguno, nada. Sin embargo, recordó lo que Kit Carson le dijera muchos años antes: «Cuando veas indios, ten cuidado. Cuando no los veas, sé doblemente cuidadoso».

Linus sentía gran respeto por el indio. Le conocía, no como un pobre salvaje de quien debía aprovecharse el hombre blanco, sino considerándole un hombre combativo y orgulloso que vivía para la guerra y el robo de caballos. El indio conocía el desierto, y cómo vivir en él. Ni un gato sabía moverse más silenciosamente, ni un halcón poseía más aguda la mirada. El indio vivía por sus sentidos y para ellos, y cualquier persona solo podía sobrevivir en territorio suyo si sabía actuar mejor que él.

El tiempo pasaba lentamente, el sol matinal adornaba con manchas de oro la serranía que tenía a la espalda. La hierba no se movía siquiera. Tan solo los álamos temblaban. Uno de los caballos de carga pateó impaciente, un moscardón bordoneó perezoso sobre la maleza baja.

Con el rifle por delante, cruzado encima de la silla y el cañón apuntando ladera abajo, Linus lo sujetaba con la mano derecha descansando el dedo pulgar en el gatillo.

Más abajo de donde se hallaba, y hacia la derecha, había otro grupo de álamos algo más espeso. Calculó la altura de aquel y la posición donde se encontraba. Para llegar hasta él se haría visible durante un minuto por lo menos.

Por detrás se movió una brisa ligera que hizo bailar las hojas de los álamos y agitó la hierba, y cuando la brisa y su movimiento llegaron hasta él, se movió al mismo compás, manteniéndose resguardado por el primer macizo de álamos. Hizo una nueva pausa cuando llegó al segundo, y acto seguido, se lanzó ladera abajo para alcanzar el ángulo opuesto.

A poca distancia de allí se estrechaba más aún el angosto valle para ensancharse después, hasta que finalmente se abría al comienzo de las llanuras. Si el grupo guerrero conocía la existencia de Linus y planeaba una emboscada, ese sería el sitio mejor. No en la angostura, sino poco antes de alcanzarla o inmediatamente después de salir de ella.

Cuando se llega a un lugar peligroso, la atención de cualquier viajero se fija adelante, hacia el sitio probable de una emboscada, y descuida el terreno inofensivo, al parecer, que está a punto de cruzar. Luego de pasar el punto peligroso, hay cierta tendencia a despreocuparse.

Linus no tenía prisa. Las marmitas del Este podían esperar unas cuantas horas o algunos días más. Con gran cuidado y sin despegarse de un lado del valle, fue abriéndose paso a lo largo del fondo de este, siguiendo el río y manteniéndose cerca de los árboles o debajo de ellos.

Cuando llegó al lugar por donde habían atravesado los utes, permitió beber a los caballos, y después que lo hicieron a

satisfacción, desmontó y bebió también él, escogiendo un punto alejado de los animales. Estaba levantándose del suelo cuando oyó el disparo.

Siguió donde estaba, sin cambiar de postura, escuchando.

¿A qué distancia habría sido? ¿A media milla? ¿A una milla?

El segundo disparo fue un ladrido ronco, seguido por otros tres en sucesión rápida, uno de ellos confundiéndose con el anterior.

Saltó a la montura, cruzó el arroyo y siguió adelante, manteniéndose a la sombra de los árboles. Al acercarse a una loma donde el arroyo se hundía bajo un corte del terreno, abandonó su proximidad y siguió montículo arriba hasta que le fue posible contemplar cuanto le rodeaba.

Ante él se extendía una pradera con hierba, de una extensión de tres acres[1] o algo más. A su izquierda, las aguas del arroyo formaban una especie de laguna —acaso presa de castores— y captaban toda la luz del sol que, con el vientecillo susurrante, las hacía chispear. Más allá de la pradera, el arroyo volvía a cruzar el valle para seguir por entre los lugares angostos hasta la parte opuesta.

En este punto, los farallones de la montaña se alzaban hasta unos mil pies por encima de la pradera, y el declive era sumamente escarpado hasta la cima de las crestas rocosas. Un hombre a pie hubiera remontado aquellos murallones casi por cualquier sitio, pero resultaba de todo punto imposible para un caballo.

Sobre la hierba plateada por el rocío se veía una nubecilla de humo azulenco, y unas cincuenta yardas más allá de ese humo, un caballo estaba caído sobre la hierba, coceando convulsivamente porque se le escapaba la vida.

Al principio esto fue todo lo que vio Linus. La mañana parecía inmóvil, como si esperase algo… El aire resultaba ligeramente fresco, a pesar del brillante sol que había en los riscos. El caballo indio descargó una última coz desesperada, y murió. La sangre era de un color vivo carmesí donde le daba el sol. Y entonces se movió un indio.

Al moverse el ute, Linus vio inmediatamente moverse otros dos, habiéndole sido posible advertir su presencia porque tenía fija la atención en aquel lugar. Todos ellos estaban de cara a la pradera, y en consecuencia, le daban la espalda.

No cabía duda de que el grupo guerrero había tendido una emboscada. Linus supuso que seguramente habían estado siguiendo a una partida de arapahoes o quizá de tramperos. Alzándose en los estribos, echó un vistazo más allá del caballo muerto, y desde el punto ventajoso que representaba la colina pudo verlos claramente. Eran cinco tramperos tumbados en una de las ciénagas donde acostumbran revolcarse los búfalos. Indudablemente tenían escondidos los caballos entre la arboleda, allí donde el arroyo atravesaba de nuevo la pradera, con uno o dos hombres vigilándolos.

Cerca del cuerpo del caballo yacía un indio muerto. Si hubo heridos, debían de haberse ocultado. Esto no representaba una gran ventaja sobre los indios, pues los hombres blancos resultaban numéricamente inferiores en la proporción de dos a uno.

Observando detenidamente el terreno que se extendía ante él, Linus descubrió varios indios más. Los restantes, hasta el total del grupo, debían de hallarse escondidos entre los árboles que bordeaban el arroyo.

No podía hacer nada. Avanzar significaba convertirse en blanco de los utes, y acaso también de los hombres blancos sitiados, que podían no identificarle como otro hombre

blanco más. Lo único que podía hacer era esperar. Podía llegarle la oportunidad de lanzarse a carrera abierta a través de la llanura.

Donde se hallaba había bastantes árboles, y cerca a su izquierda, estaba más espeso el bosque existente a lo largo del arroyo que cruzaba todo el angosto valle. Las sombras le cubrían y se encontraba en excelente posición para permanecer invisible. Continuó sobre la silla, dispuesto a luchar o a correr, según lo exigiesen las circunstancias.

Desapareció el humo. Los ecos de los disparos se habían perdido asimismo cañón abajo, y el sol descendió algo más en la ladera. Aquí y allá, las escarpaduras de la montaña permitían a los rayos solares llegar hasta la pradera y el arroyo.

Los pájaros gorjeaban jugueteando en la maleza cercana, y Linus confió que ellos le avisarían si algún indio se decidía a moverse en dirección al lugar en que él se hallaba. Con la mirada siguió observando el llano.

Y entonces fue cuando vio lo que casi había sospechado. Dos indios se arrastraban entre la hierba avanzando hacia la ciénaga. Cuando los otros escaparon, estos dos seguramente se dejaron caer del caballo, simulando haber sido muertos, con el solo propósito de realizar este ataque.

Levantó el rifle y calculó la distancia. Ofrecían un blanco muy difícil y el riesgo era demasiado grande. Dudaba si debía arriesgarse a hacer un disparo de aviso, cuando alguien hizo fuego desde los árboles donde él suponía que estaban ocultos los caballos.

Uno de los utes lanzó un aullido ronco y dio un salto sobre los pies. Dos rifles «matabúfalos» rugieron en la hondonada y el indio cayó de espaldas sobre la hierba, donde se agitó un instante para quedar enseguida inmóvil.

El otro ute no se movió, y tres disparos hechos al azar en dirección a la maleza próxima no tuvieron respuesta de su parte.

Linus masticaba pensativo una brizna de hierba y consideraba lo raro de aquel combate que tenía lugar ante sus ojos. Los momentos del cuerpo a cuerpo, de la lucha feroz eran escasos. Con frecuencia todo solía ocurrir de este modo: unos cuantos tiros que rompían la quietud del lugar, y después interminables minutos de espera, cuando nada había sucedido.

El rocío brillaba bajo el sol en el prado, y los pájaros revolotearon de nuevo por entre los sauces. El caballo que montaba piafó con impaciencia y agitó la cola. Los animales de carga mordisqueaban la hierba con indiferencia, o permanecían en tres patas, con la cabeza baja, adormilados por el calor de la mañana.

La posición de los tramperos había sido bien escogida. Semejante emboscada en terreno despejado era una de las estratagemas indias, pero indudablemente los utes se habían visto sorprendidos por el empleo de sus mismas tácticas. El contraataque por su parte era difícil, debido a los que se encontraban entre los sauces, cerca del arroyo.

No obstante, si esta situación se prolongaba hasta el oscurecer, la excelente posición de los tramperos carecería de valor, porque el número superior de indios acabaría con ellos rápidamente. Los tramperos habían rechazado la emboscada, pero ahora era como si tuvieran al oso cogido por la cola. No habiendo conseguido acabar en el acto con la mayoría del grupo, se hallaban en un atolladero.

Hacía rato que Linus se había dado cuenta de que su posición era más peligrosa a cada instante. Podían llegar otros indios a reunirse con estos, o algún ute podría retroceder y

descubrirle. Una vez visto, separado como estaba de los otros blancos, sería cercado y muerto.

Pero si ahora mismo realizaba un ataque repentino, desde un punto donde no se le esperaba, todo podía favorecerle. En este momento en que los guerreros utes se hallaban probablemente confusos e inciertos, Linus decidió actuar.

Tres indios se le ofrecían como blanco para su rifle. Uno se encontraba a cierta distancia, pero otros dos estaban relativamente cerca. Alzó el arma, fijó la puntería en la espalda del indio más próximo, aspiró hondo, dejó salir despacio el aire de los pulmones, y apretó el gatillo.

El disparo produjo un estruendo en el angosto valle, y el indio sobre el cual hiciera fuego se puso tenso, luego giró sobre sí mismo, y cayó de cara al cielo. Instantáneamente. Linus volvió a disparar, y a continuación, apuntando lejos y a su izquierda, descargó el tercer tiro, confundiéndose el eco de sus tres disparos.

El primero fue un acierto, el segundo le falló, pero el tercero alcanzó también a uno de los indios. Linus clavó espuelas en los ijares de su cabalgadura y cruzó a galope tendido la llanura, lanzando verdaderos aullidos.

Había previsto este ataque repentino, que procuró presentar como lanzado por varios hombres, al objeto de desconcertar a los utes y lograr con ello la ventaja.

Sorprendidos por el ataque, los indios escaparon hacia la parte más tupida de la maleza, y mientras Linus volaba en dirección de la ciénaga, observó que los tramperos, puestos ya de pie, hacían fuego sobre los utes en veloz retirada. Saliendo de entre los árboles, Linus vio a un hombre delgado y fuerte, ligeramente caído de hombros, que le salía al encuentro.

—¡Bravo, Linus! —exclamó el hombre, avanzando en dirección a él, sonriente—. Apareciste cuando el asedio era

más duro. ¿De dónde sales?

—De la pradera.

Acercáronse los restantes tramperos, y empezaron a disponer los caballos. Apresuradamente cargaron los animales de transporte.

—Veo que lleváis muchas pieles —comentó Linus.

—Era un año malo —contestó el primero, llamado Williams—. Pero hace unas cuantas semanas tuvimos una racha de suerte y conseguimos más pieles que en todo el año.

Diciendo estas palabras, Williams echó la pierna por encima de la silla, y añadió:

—Vamos hacia Taos, siguiendo el cauce del río Grande.

—Yo voy hacia el este —fue la respuesta de Linus—. Bajaré hasta el Platte y el Missouri, para subir luego al Ohio. Siento apremio por ver las aguas del océano.

—Estos muchachos son todos bastante caprichosos, y solo desean ver bonitas mujeres.

—Desde luego —asintió Linus—. Hace un siglo que no veo una mujer y estoy deseando tener alguna delante. Pero tengo la obsesión del agua del océano. He de pensar que ya no soy muy joven, y en mi vida no he visto sino montañas, indios y pieles.

—Verás el agua… Bueno, le echarás una ojeada. Yo me crie en Carolina del Norte. Y sin embargo, nunca he llegado a ver el Atlántico. En cambio, vi el Pacífico. Las montañas no me gustan. Cuando ves una, es como si las hubieras visto todas.

—La mayor cantidad de agua que he visto fue el Lago Salado —declaró Rawlings.

—Dice la gente que aquellas regiones se están llenando. Son muchos los que se están yendo para allá. He oído hablar de máquinas de vapor y de un ferrocarril que va hasta

California.

—Habladurías de locos —comentó Linus—. ¿Quién va a estar lo bastante trastornado como para traer las mujeres a tierras de indios injún? Además, ¿qué se consigue trayéndolas? Las pieles son más escasas cada día, y no hay nada más. ¡Ni hablar!

—Tierras… La gente quiere tierras.

—Los sioux tendrán también algo que decir sobre eso, los sioux, y los cheyennes y los arapahoes.

—Ándate con cuidado allá por el Este —aconsejó Williams —, o perderás la cabellera. Por el Este es todo mucho peor que en estas montañas. He oído decir que por allí las mujeres acechan a los hombres… No es como en la región de los injún, donde una *squaw* te cuesta un dólar, un par de mantas y dos o tres caballos.

Linus viajó en compañía de los tramperos durante dos días. Soplaba un viento frío cuando se separó de ellos, pero en las colinas se veían manchas de verdor y los árboles comenzaban a poblarse de hojas. Aquí y allá se observaban algunos lugares negruzcos, donde la tierra estaba húmeda todavía a causa de la nieve derretida.

Linus Rawlings cabalgaba con precaución. Después de todo, estaba cruzando tierras de los ute.

Si todos los indios fueran como los shoshones, los narices agujereadas o los cabezas planas, la cosa hubiera sido distinta. Uno podía conocerlos, y conocerlos era quererlos. Los narices agujereadas proclamaban a los cuatro vientos que ningún guerrero de su tribu había matado jamás un hombre blanco, y Linus estaba dispuesto a creerlo.

Pero esta región pertenecía a los ute y junto con los pies negros eran quienes más dificultades creaban a los hombres blancos. Y más allá de los ute venían los indios arapahoes.

Capítulo II

Eva Prescott se hallaba sola, a unos cuantos pasos de distancia de su familia, observando los barcos que llenaban el río Hudson y el canal del Erie. La orilla estaba abarrotada de barriles, cestos, fardos, mercancías y utensilios caseros, todo ello en espera de ser embarcado hacia el Oeste. Nada en la granja donde hasta ahora había vivido, ni el pueblecillo próximo, la había preparado para esto.

Algunos hombres altos y fuertes, toscamente vestidos, iban de un lado a otro gritando y lanzándose pullas, al tiempo que cargaban o descargaban barcos y carromatos. Pasaban galeras gigantescas, arrastradas por los caballos más grandes que ella había visto hasta entonces, monumentales percherones o clydesdales[2]. En el río sonaba el taladrante pitido de los silbatos, el ruido de las campanas, y el escape de los chorros de vapor.

Agrupados junto a los Prescott había otros emigrantes como ellos, cuidando de sus utensilios y ropas, en espera de la llamada que habría de llevarlos a bordo del barco que surcaría las aguas del canal. También ellos rompían todos los lazos, dejando atrás todo cuanto les era familiar, lanzándose a la ventura en tierras nuevas y temibles.

Echando un vistazo a su alrededor, Eva vio otros hombres como su padre, hombres que hablaban en voz alta de la región del Ohio, de adueñarse de terrenos nuevos, de oportunidades, de tierra negra, de grandes lluvias, y de que la

caza constituía un deporte salvaje. Se expresaban a grandes voces para ocultar el propio descorazonamiento, pues una cosa es hablar y proyectar una aventura, poniendo en ello excitación, entusiasmo, y haciendo conjeturas, y otra, muy distinta, emprender esa vida nueva, coger la familia y avanzar hacia lo desconocido, como lo estaban haciendo estos hombres.

Habían sido audaces en otras ocasiones, y Eva, que los conocía bien, sabía que volverían a portarse valientemente, pero ahora estaban atemorizados, como lo estaba también ella.

Sintió que el corazón le latía con fuerza, y le pareció que respiraba con dificultad. Toda esta actividad era algo tan impersonal… ¿Qué podían preocuparles ella y su familia a todos estos hombres temerarios que gritaban mientras se afanaban? Sin embargo, aquí y allá sus ojos captaron alguna que otra mirada atrevida o apreciativa, que la hicieron ponerse en guardia respecto a tales hombres.

Le sorprendió darse cuenta de que se hallaba excitada y complacida por aquellas miradas, y no molesta por ellas. Allá en su pueblo había catalogado a todos los hombres. Sabía los que estaban casados, y que, por lo tanto, eran inaccesibles, y los que quedaban solteros. Sabía con exactitud cómo calibrar el interés de cada uno por ella, y lo que ello significaba o podría significar… y ninguno de ellos había logrado interesarle.

También ellos *la* conocían. Sabían que a ninguno le sería fácil conseguirla, y la habían hallado reservada cuando fueron a cortejarla pensando en el matrimonio. La muchacha no sentía un verdadero pesar por lo que dejaba atrás, con excepción de que abandonaba cuanto le era familiar, todo aquello que había conocido.

Dejaba los campos y los árboles familiares, la escuela donde había aprendido a leer, a escribir y a contar, aquella casa de la que conocía las tablas que crujían, y de cuya chimenea podía decir cómo se portaría en días claros o nublados, así como cuando el viento soplaba con fuerza.

Interiormente se estremeció por causa del polvo, el humo de carbón, y la confusión de Albany. Las tierras verdes de su lugar natal eran gratas y frescas. Pero eso era allá en el hogar… y ya no se hallaban en él.

La granja había sido vendida. Otros pies hollaban ahora las tablas del piso de la casa, y así ocurría con todo. Reflexionó que ya nada le quedaba.

«¡Sueñas demasiado!», solía decirle su padre de un modo semiafectuoso e irritado, y nada más cierto. Ahora sus sueños iban hacia el Oeste, hacia cualquier lugar Ohio abajo.

Solo conocía de una manera confusa dónde estaba el río Ohio, o las tierras a las cuales se encaminaban, aquellas tierras inseguras, que pertenecerían a quienes se las apropiaran, pero que nadie había visto. Su padre ni siquiera había tenido un mapa ante los ojos, si es que existía alguno. Todo lo que ellos habían contemplado eran algunos garabatos trazados por un trotamundos con su bastón en la arena del acceso posterior a la casa, y que señalaban el curso del río Ohio y la situación de las tierras que estaban a disposición del que fuese capaz de apropiárselas.

La región del Ohio era el Oeste salvaje, el desierto. Y allí era adonde se dirigían.

Desde hacía varios años venía oyendo sonar este nombre: el Ohio. Hasta que se le metió muy adentro. Los hombres hablaban de él como si se tratara de la Tierra Prometida.

Cerca de Eva, un hombre barbudo daba explicaciones sobre el Missouri y el Platte, acerca de la quilla de los barcos y

el comercio de pieles. Hablaba con dos marineros borrachos respecto a los indios que poblaban las tierras salvajes existentes en las márgenes de ambos ríos. Ella nunca había oído hablar de estos ríos tan distantes. Ya el Ohio estaba bastante al Oeste para ella.

Era una muchacha con bastante dominio de sí misma, que observaba en silencio el barullo que la circundaba, pero sus pensamientos se hallaban muy lejos, en aquella región del Ohio desconocida todavía. Si aquí no había encontrado a nadie, ¿cómo esperaba encontrarlo allí, donde había aún menos gente? Más de un amigo suyo se había conformado con menos de lo que ellos pretendían. Cuando una muchacha pasaba de los dieciocho empezaba a sentirse un poco desesperada. Su rostro, sin embargo, no revelaba ninguno de los pensamientos que no podía alejar de su mente.

Su hermana Lilith, esbelta, bonita y con dieciséis años, giró velozmente y se acercó a ella.

—¿No te parece excitante todo esto, Eva? Claro que no comprendo por qué tenemos que ir al Oeste. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí?

—Papá es granjero. Tiene que ir donde haya tierra por colonizar. Además, pronto te parecería muy triste todo esto. Las cosas solo son excitantes hasta que uno se habitúa a ellas, hasta que las conoce, y después todo se vuelve monótono.

—Pero ¿no decías siempre que deseabas hacer algo diferente? ¡Te aseguro, Eva, que no puedo comprenderte!

—¿Y por qué tendrías que comprenderme? Creo que ni siquiera te comprendes tú misma.

—Pero tú sí, ¿verdad? —replicó Lilith, al tiempo que dedicaba una mirada rápida a su hermana—. Quiero decir que tú sabes lo que quieres, y todo lo demás. Ojalá fuese yo igual —añadió, frunciendo el ceño—. Eva, no sé lo que me

sucede. Lo único que sé es que no… que no quiero nada de esto… ni de la granja tampoco. —Lanzó un vistazo al río, y añadió—: ¿Es que soy mala? ¿O solo una loca? Quiero decir que sueño muchas cosas…, muchas cosas imposibles.

—¿Son imposibles, Lil? Si puedes soñarlas, es que tal vez sean posibles. Y mientras tanto, te sirven para ser dichosa. Sí, sé que sirven… que sirven para eso.

—Para ti todo es fácil. Sabes lo que quieres… Quieres un hombre, y hasta sabes la clase de hombre… y ansias un hogar. Esto… esto no es lo que yo pretendo… Ni siquiera mientras tanto…

—Lo sé.

—Eva, ¿y qué pasaría si no llegaras a encontrarle? Después de todo, ya tienes veinte años, y un…

—¿Y soy una solterona? —La aludida esbozó una sonrisa —. No temas decirlo, Lil. Pero sé que le encontraré. Estoy segura de que así será.

De un barco anclado en el río les llegó un silbatazo agudo, penetrante, y luego la llamada lanzada por un cuerno desde una de las barcazas del canal. Principiaron a girar las ruedas de esta, y el agua se agitó.

—No es el lugar lo que te hace ser feliz o infeliz, Lil, sino las personas que amas, y que te aman.

—Mamá dice que soy casquivana. ¿Crees que soy así, Eva?

—No —contestó la mayor, después de una pausa—. Eres diferente a nosotros, Lil, pero a tu manera eres recta y buena. Nunca he visto a nadie que sepa tocar el acordeón como tú. Papá dice que en eso has salido a la tía Mae.

—¿La que se escapó con un tahúr? ¡Papá nunca me ha dicho esas cosas! ¡Es que ni siquiera menciona su nombre delante de nosotros! ¿Qué fue lo que le sucedió, Eva? ¿Es que

era muy desgraciada?

En ese preciso momento, su hermano Sam, un muchacho de diecinueve años, flaco, llegó sonriente, dando grandes zancadas y fue a detenerse al lado de Zeke, que se hallaba acostado, teniendo por almohada su manta arrollada.

—Ya nos va a tocar pronto —anunció—. ¿Cómo te encuentras, Zeke?

Este abrió repentinamente los ojos.

—No me siento tan mal como dice mamá. Si no me hubiese hecho tomar las cucharadas de esa medicina, creo que me encontraría bien.

Eva miró primero a sus hermanos y después a sus padres. Zebulón y Rebeca Prescott tenían toda la apariencia de lo que realmente eran, unos granjeros robustos e independientes… y unos pioneros. Al principio, su madre se había negado a dejar un hogar que fue haciéndose más confortable con el transcurso de los años, pero una vez tomada la decisión, también la excitación se apoderó de ella.

El argumento de Zebulón era bueno. Donde estaban no llegarían jamás a ser ricos, lo cual no era muy importante, puesto que vivían bien, pero allí no había tierras para los muchachos, apenas para uno de ellos.

De repente se produjo cierta algarabía entre la muchedumbre que los rodeaba, y dominando la confusión, oyeron una voz que gritaba:

—¡El «Orgullo de Utica» está cargando! ¡Todos a bordo del «Orgullo de Utica»! La familia Ramsey…, los Peter Smith… John y Jacob Voorhies… L. P. Baker… La familia Stoeger, los ocho… ¡Todos a bordo del «Orgullo de Utica»!

—Nosotros vamos a continuación, papá —advirtió Sam, agachándose para recoger un baúl y echárselo al hombro—.

Será mejor que nos acerquemos a la orilla.

Un escocés muy delgado, que vestía una camisa hecha en casa y bastante descolorida por cierto, contempló a Zeke, que hacía esfuerzos para levantarse de su lecho temporal.

—¿Es el bienestar del muchacho la razón de que os marchéis al Oeste, Prescott?

—En parte… Solo en parte… Nuestra principal dificultad eran las rocas —respondió Zebulón, gravemente—. Si hubiéramos seguido allí, dentro de algunos años habríamos recogido cientos de *bushels*[3] de rocas por cada acre de tierra.

—Vamos, Zebulón, no debieras mentir así a un hombre. La nuestra era buena tierra.

—¿Mentir? Oye, Rebeca, bien sabes que soy un hombre temeroso de Dios y que no miento. Digo la verdad tal como la veo. En la región donde vivíamos, nunca se empleaba el arado. Teníamos que abrir los surcos a fuerza de dinamita. Llegó un momento en que aquello era excesivo para mí. Hasta el cubo salía lleno de piedras cuando lo sacaba del pozo, y entonces me dije: «Zeb, tu hijo es un muchacho enfermizo, y tu hija tiene veinte años y no encuentra marido…».

—¡Papá! ¡Otra vez con las mismas!

—«… y otra hija que se comporta como si no estuviera bien de la cabeza». De forma que me hice una promesa. Si encontraba un hombre dispuesto a darme quinientos dólares, la granja pasaría a manos de otro loco. ¡Pues bien, señor, el buen Dios me puso delante a ese hombre, y aquí estamos!

—Señor Harvey, no crea una palabra de todo eso —protestó Rebeca—. Teníamos la mejor granja de todo el condado. Ha sido la sed de aventuras de mi marido la que nos ha metido en esto, y Dios sabe dónde acabaremos con nuestros huesos.

—Yo voy hacia Illinois —declaró Harvey—. La gente asegura que hay allí ancianos que nunca han visto una roca.

Señaló en dirección de tres muchachos desmañados, zafios, que acechaban lo que acontecía a su alrededor y miraban con avidez a las jóvenes, y agregó:

—Esos son mis hijos, Angus, Brutus y Colin. Me parece que desean ser amigos de tus hijas.

—¿Solteros, verdad?

—Hasta ahora…, pero ya van detrás de las chicas —asintió Harvey.

—El territorio de Illinois no me parece mal. Lilith, saca tu acordeón y toca algo para que te oigan estos muchachos.

—No tengo ganas, papá.

—Lilith —insistió el padre, con severidad—, no es este el momento más propio para mimos. He dicho que toques algo.

La joven se encogió de hombros, y sacó el acordeón. Lanzando una mirada de desagrado a Eva, empezó a tocar y cantar «El fantasma de la señorita Bailey». Enseguida pudo verse que tocaba y cantaba con habilidad poco común.

—¡Vamos, vamos, Lilith! ¡Sabes otras piezas mejores que esa! Toca algo que puedan cantar los muchachos.

—¿Qué canciones sabéis? —preguntó ella, al tiempo que miraba a los aludidos.

—Yo sé cantar el «Yankee Doodle[4]» —apuntó Colin.

—¡El «Yankee Doodle»! —Y Lilith se quedó mirando a los tres despreciativamente—. ¿Quién puede querer cantar eso?

—Su madre murió —explicó Harvey, a manera de excusa —. Han ido poco a la escuela y no saben mucho, pero son buenos chicos, y fuertes.

—Vamos, Lilith. Toca «Un hogar en la pradera».

La jovencita miró a su hermana y se encogió de hombros, indicando su desagrado por todo aquello, pero empezó a tocar y cantar.

Prescott se volvió a su hija mayor, diciendo:

—¡Eva!

A disgusto, Eva coreó la canción, aunque tan poco impresionada por los tres hijos de Harvey, como Lilith. Los tres muchachos se aproximaron y tomaron, asimismo, parte en el canto. El propio Zebulón, entusiasmado, se puso a cantar con voz profunda y fuerte.

—¡Zeb! —le advirtió su mujer—. ¡Ten cuidado, no vayas a hacerlos callar!

Varias personas de los grupos cercanos fueron aproximándose más. Cuando el grupo se hizo más numeroso, Lilith fue tomando mejor disposición, y destacándose del resto, empezó a tomar la canción con verdadero interés.

Cantaban por satisfacción, sin importarles que la mayoría lo hiciera mal, y su canto pareció alegrar la orilla entera. Los hombres interrumpieron su trabajo para escuchar mejor, y desde cierta distancia, un marinero de uno de los barcos fluviales unió su voz a las del grupo. Un irlandés medio borracho inició algunos pasos de baile, al compás de la música, y por un breve momento, el sonido de las voces alegró aquella orilla sombría.

Al terminar la canción, Lilith, entusiasmada por su propia actuación, inició los primeros acordes de «El Canal del Erie», y todo el mundo coreó la canción. Pero apenas habían terminado la estrofa inicial cuando la voz del jefe de embarque atronó el espacio y deshizo la reunión.

—¡Carga para el «Flecha Voladora»! ¡Todos a bordo del «Flecha Voladora»!

—¡Vamos allá! —exclamó Zebulón, adueñándose de un pesado saco—. ¡Recogedlo todo, y andando!

Mientras, por indicación de Sam, se ponían en movimiento hacia la pasarela, Lilith, como despedida a los adioses de varios cantores, se puso a interpretar una marcha marcial y condujo a los pasajeros a bordo del «flatboat[5]» que aguardaba en el canal.

La cubierta se hallaba atestada y Eva se vio prensada materialmente contra la baranda de la borda. Se volvió de espalda a la embarcación y lanzó un vistazo a Albany. Sentía un nudo en la garganta, pues el simple hecho de embarcarse parecía lanzarlos a una empresa en la que no había retirada posible.

Desde Albany, una persona podía, si era preciso, volver a pie hasta su casa, y en Albany se encontraban todavía entre gente de su misma clase, pero el solo acto de subir a bordo había puesto punto final a todo ello. Era un paso tan distinto a todos cuantos había dado antes… que indicaba hasta que punto se habían metido ahora en un atolladero. Ya no tenían raíces. Eran como hojas lanzadas al viento.

Extraños por todas partes, amontonados, displicentes, vociferadores, todos extraños. En ese momento hasta su propia familia le resultaba extraña. Eva había penetrado en otro mundo, y se hallaba atemorizada.

Bajo un cielo bajo y gris, cargadas las nubes por una lluvia inminente, el «Flecha Voladora» principió a moverse. Allá fuera, en la orilla del canal, un hombre de camisa a cuadros se puso a halar el «flatboat» en dirección al camino de sirga.

Con lentitud, mientras los pasajeros iban colocando sus cajas y equipajes, fue cediendo el alboroto en las cubiertas. Detrás de ella, Eva, escuchó el ruido de voces y alguna que otra carcajada.

Desde el río Hudson, en Albany, hasta el Lago Erie, en Buffalo, se había hecho un canal de cuatrocientas veinticinco millas de longitud. La excavación fue realizada por varios miles de irlandeses fuertes y aventureros, recién llegados de su vieja patria, y emplearon ocho años en el trabajo.

El gobernador DeWitt Clinton inauguró el canal en el otoño de 1825, y representó el paso de mayor importancia para dejar expedito el Oeste a la colonización. En veinte años, Ohio saltó del decimotercer lugar en población entre los demás Estados de la Unión, al tercero, y el número de habitantes de Michigan aumentó sesenta veces. Cuatro mil barcos surcaban las aguas del canal, y más de veinte mil personas vivían del producto de sus aguas.

Los irlandeses construyeron el canal, y marcaron la pauta para lo que vino después. La vida a lo largo de esa vía se convirtió en una serie inacabable de riñas y trifulcas. Los hombres peleaban por la bebida, por las mujeres, por un lugar en los muelles, por los caballos, por todo aquello que se les ocurría y… a menudo por la simple satisfacción de pelear.

Algunos de aquellos irlandeses se quedaron junto al canal, otros marcharon rumbo al Oeste para construir los ferrocarriles o enrolarse en el ejército que combatía contra los indios. Llegó un momento en que sus hijos y sus nietos dejaron de ser despreciados y de recibir insultos, convirtiéndose en dirigentes políticos o sociales, o industriales en cincuenta ciudades, y siendo hombres respetados, honrados y ricos.

Uno de esos «flatboats» o pequeños barcos que cruzaban el canal llevaba una tripulación de tres a cuatro personas. Un muchacho o un hombre, que ganaba de siete a diez dólares mensuales, halaba la embarcación por el paso de sirga. El timonel podía ganar hasta treinta dólares al mes, lo cual

representaba un buen sueldo en aquella época. El capitán solía él mismo llevar el timón, y cuando no era así, fumaba su pipa sentado en la cubierta y vociferaba insultando a los otros barcos. A veces cocinaba la esposa del capitán, pero casi siempre se encargaba de la cocina cualquiera de las mujeres que, a miles, vivían en el canal y eran unas hembras tan celosas de su independencia como los hombres dedicados a estos trabajos.

De todas formas y tamaños, y de todos los colores, los barcos recorrían el canal de arriba abajo, disputándose la carga o corriendo en busca suya, todo ello acompañado por el griterío de los hombres y el mugir prolongado de los cuernos…, mugidos interminables que se escuchaban a lo largo del canal del Erie.

Este movimiento hacia el Oeste, del cual ellos formaban parte, llevaba más de cien años realizándose, solo que ahora había recibido tal ímpetu que podía considerarse único en la historia del mundo.

Siempre hubo hombres que preferían el camino del Oeste porque gustaban de las grandes soledades. Hubo tramperos y comerciantes en pieles que traficaban con los indios y que cada estación se adentraban un poco más en aquellas tierras. Igual que los montañeros, que llegaban hasta el rincón más apartado del Oeste, pero se trataba de aventureros y cazadores, y eran hombres solteros. Cruzaban las montañas, filtrándose materialmente entre ellas, bajaban el Ohio y llegaban finalmente hasta el Mississipí. Daniel Boone había sido uno de tales hombres.

Luego, en 1803, Jefferson compró la Luisiana, y de la noche a la mañana, la joven nación se convirtió en una tierra de lejanos confines. Y con este cambio se produjo otro en la psicología nacional.

La expedición de Lewis y Clark fue hacia el Oeste, explorando una ruta a través de las montañas distantes para descender al Pacífico. Y a su regreso, unos cuantos, como John Coulter, prefirieron quedarse en el Oeste. Después les llegó el turno a Kit Carson, Jim Bridger, Bill Williams, Joe Walker y… Linus Rawlings.

Los trabajadores de las granjas tiraron el arado y emprendieron el camino del Oeste. San Luis o Independence eran el punto intermedio. De pie en medio de la calle, aquellos granjeros contemplaban las embarcaciones que descendían por el Missouri, procedentes del Platte y del Yellowstone, sin perder de vista a los hombres vestidos con pieles de venado, que bajaban a tierra con mirada fría llevando al aire algunas partes de su cuerpo, de un color tan oscuro como el de las mismas pieles con que se cubrían el resto. En las tabernas contiguas al río se emparejaban con mujeres dedicadas a esta clase de vida, bebían, gritaban, y referían interesantes historias acerca de las lejanas montañas, los rugientes ríos de aguas blancas, y las bellas doncellas indias. Los granjeros escuchaban y sentían envidia.

Unos decían que eran las pieles las que les habían empujado hacia el Oeste, y otros declaraban que era el oro o la tierra, pero en último término, la atracción la constituía el Oeste y nada más. Todo el resto eran simples excusas, explicaciones inútiles para preguntas innecesarias. Habían marchado al Oeste en busca de la vida salvaje y libre, por el amor a las grandes aventuras entre los picachos solitarios, y por haber escuchado la llamada de la pradera interminable, donde los grandes vientos aireaban miles de millas de tierra de pastos.

Habían efectuado el recorrido siguiendo el canal del Erie, el Wilderness Road, o la Ruta de Natchez, y pronunciaban

nombres extraños que despertaban deseos singulares en los oyentes y les hacían permanecer inmóviles y muy abiertos los ojos.

Los hombres marchaban al Oeste por el Overland Trail, el Santa Fe Trail, el Oregon Trail, el Atajo de Hastings, el Applegate Road. Y eran muchos los que regaban aquellas tierras con su sangre, pero donde unos morían, surgían otros que seguían adelante y vivían.

En las llanuras se enfrentaban a los indios, los jinetes más veloces que se hubiera podido imaginar. Los indios vivían para la guerra continua. Caían como una tromba sobre los campamentos de los hombres blancos y cuando los derrotaban, se entregaban al saqueo, quemando después cuanto hallaban a su paso, torturaban y regresaban a sus aldeas cargados de botín. Pero el hombre blanco no cejaba en su empeño y seguía afluyendo al Oeste.

Sin embargo, ahora había una diferencia, pues llevaban consigo a su esposa y el resto de la familia. Llegaban para quedarse.

Los jóvenes, los viejos, los de edad mediana… Ninguno era inmune a aquella especie de fiebre que arrastraba a todos hacia el Oeste. El débil caía en el camino o renunciaba y se volvía a su pueblo de calles seguras en las que se mezclaba atemorizado con otros iguales que él, pero los fuertes sobrevivían o caían peleando, y los que lograban sobrevivir se hacían aún más fuertes.

Era el momento de las exploraciones, de las luchas, de los hombres titánicos recorriendo una tierra de titanes. Era una época análoga a la de Homero o de Isabel de Inglaterra, y un hombre apropiado para cualquiera de ellas, se habría sentido a gusto en el Oeste, y hubiese hablado el mismo idioma de quienes le rodeaban.

Aquiles y Jim Bowie tuvieron mucho en común. Sir Francis Drake y John Coulter o Kit Carson se hubieran comprendido perfectamente.

Todos eran hombres violentos, hombres fuertes para emociones más fuertes, hombres que vivían con audacia y destreza. Ulises habría caminado orgulloso junto a Jedediah Smith, Crockett hubiese asaltado las murallas de Troya. Todos ellos hubieran sentido un placer formando parte de las tripulaciones de Drake, de Hawkins o de Frobisher.

Eva Prescott seguía apoyada en la borda mientras el barco se movía despacio en las aguas oscuras. A su espalda se pronunciaban nombres extraños, musicales, poéticos, que hacían hervir su sangre.

Eran nombres maravillosos, excitantes, cada uno de los cuales representaba el símbolo de algún romance salvaje. Santa Fe y Taos, Ash Hollow y los Cross Timbers, el Arkansas, Boggy Depot, el Washita…, el arroyo de Cottonwood y la bifurcación sureña del Cimarrón…, había cierta magia en tales nombres.

Iban deslizándose las orillas del canal, y la luz del sol se reflejaba en los vidrios de las casas, pero, de repente, se dejaba oír un grito:

—¡Puente! ¡Puente! ¡Agachen la cabeza o perderán la cabellera!

Volvían a mugir los inmensos cuernos. Alguien que estaba cerca, pronunció la extraña palabra de «arapahoes». Más allá, otras voces, todas en sus conversaciones distintas y separadas, soltaban frases que penetraban vertiginosamente en los oídos formando una melodía confusa que, sin embargo, era como una música especial.

—Prefiero la carabina «North». Nadie es capaz de hacer una carabina como Simeon North… Cheyennes… perdió el

cuero cabelludo… Spanish Fork… La patente Hal por Simeon North… ¿Rifle de percusión? ¿Qué ocurre si falla el pistón? Me inclino por el fusil de chispa… Un pedernal lo encuentras en cualquier sitio… Comanches, piratas de río… Texas, vivir fuera de la patria… Pieles tan gruesas que no lo creerías… Ladrones en todas partes… Piratas de río…

Mugían de nuevo los cuernos… ¡Puente!

Allá, en el paso de sirga, restalló un látigo igual que si hubiera sido un tiro de pistola.

—Demasiado al Sur para los sioux… Abajo en el Ohio… Jamás se le volvió a ver… ¡Puente!

Otra vez los cuernos. Sus mugidos repercutían en las montañas próximas.

Sam apareció inesperadamente junto a ella.

—¡Eh! ¿No te sientes excitada, Eva? Estaba pensando dónde te habías metido. Piensa en ello, Eva. Construiremos almadías y flotaremos Ohio abajo. ¿No te parece interesante?

—Sí, Sam. Sí, lo es.

Pero sus ideas le preguntaban: «¿Estaría aquel hombre que nunca había visto, el hombre de sus sueños…, estaría por aquellos lugares? ¿En la región del Ohio?».

Se quedó mirando a Sam, tan vehemente, tan dispuesto a la provocación, a la lucha. De pronto, le asaltó un agudo temor, tan agudo que casi estuvo a punto de gritar: «¡Ten cuidado, Sam!». Pero se limitó a exclamar, como en un susurro:

—¡Oh, por Dios, ten cuidado!

Brillándole los ojos, el joven le hizo un guiño y replicó:

—¿Cuidado? ¿Por qué he de tener cuidado?

Capítulo III

Eva Prescott se apartó de la fogata y se echó atrás un mechón de pelo. Las llamas le hacían arder la cara y permaneció un minuto retirada, escuchando el burbujeo de la marmita.

Los copudos árboles eran como torres junto a ellos, más negros que la noche misma, aun esta noche sin estrellas. Eran unos árboles viejos y macizos… Su padre, Sam y Zeke, cogidos de la mano, apenas habrían podido rodear el tronco del más pequeño.

El viento se movía entre el ramaje, y el fuego chisporroteaba… Allá en la orilla del río, a menos de veinte yardas, el agua susurraba de modo misterioso.

La viva alegría y la charla fácil del canal del Erie quedaba ya muy atrás. Habían dejado el canal en su término de Buffalo, y pagaron unos cuantos dólares por un maltrecho carro de dos ruedas que les serviría para transportar todos sus enseres. Lo habían empujado unas trescientas millas en dirección del Ohio, y aquí hubieron de construir almadías: una para ellos y otra para los Harvey, que habían decidido acompañarles en el viaje.

Ahora, ambas almadías estaban amarradas cerca de la orilla, y por la mañana volverían todos a marcharse, para pasar flotando la jornada entera por un río que les parecía interminable. Era una vida extraña, este continúo viajar. Mientras viajasen solamente tenían que pensar en el

momento presente. Todo quedaba en suspenso hasta que el viaje tocara a su fin.

El fuego representaba una satisfacción. Aun aquí, en este claro junto a la orilla del río, las distancias parecían enormes. Sam y su padre disponían un cobijo de lonas donde pasar la noche, y su madre cortaba lonchas de una pata de venado cazado esa misma mañana por Sam.

Eva empezaba a comprender lo que la soledad puede hacer con un hombre. Por primera vez se daba cuenta del cambio sutil operado en la actitud que sus padres observaban uno con otro. Su madre había sido siempre una mujer fuerte, manteniéndose en pie de igualdad con Zebulón, y aun llegando en ciertas ocasiones a sobrepasarle en autoridad. Ahora lo dejaba casi todo en manos del marido. Zebulón era quien se encargaba de preparar el campamento, de cortar madera, y las demás faenas, y todo ello con una gran seguridad en sí mismo, con una firmeza que ella jamás le había visto. Nunca hasta el momento presente había advertido Eva la inmensa fuerza que representaba.

En estas soledades, el hombre adquiría mayor importancia, pues de su fortaleza dependían los demás. Mejor que nunca pudo la joven comprender ahora por qué los hombres aman las soledades, porque ellas exigen demostración de su fuerza, de su ingenuidad, y aman el sentimiento del deber y de realización que precisa la soledad.

Eva sentóse de nuevo y recogió el libro, inclinándose más hacia las llamas para ver mejor la letra impresa. Lilith se acercó a la hoguera, y su hermana levantó la vista.

—Lilith, escucha esto: «Era la suya una partida emocionante hacia la selva. El joven y hermoso leñador dibujó dos corazones en el tronco de un árbol, y luego, a diez pasos de distancia, lanzó un cuchillo al punto de juntura de

ambos corazones…».

—¿Qué quiere decir eso de «punto de juntura»?

—Donde los dos corazones se unían. Pero calla y escucha: «Su destreza quedó patente. Tres veces arrojó el cuchillo. “Esa fue para pedir suerte”, dijo la primera vez, y “esa para pedir amor”, exclamó, después de la segunda. “Esa fue una oración y una súplica por el amor que no muere”, murmuró en la tercera ocasión». —Y Eva añadió, soñadora—: ¿No lo encuentras bellísimo?

—Desde luego. Si es que hay alguien que hable así.

—Es el sentimiento. No la forma de hablar.

—No tienes sentido, Eva. Quieres ser la esposa de un granjero, pero nunca lo encontrarás de la clase de hombre que deseas. En realidad no es un granjero lo que quieres como marido.

—Ni tú tampoco.

—No quiero a nadie que tenga algo que ver con la agricultura. —Y Lilith se quedó contemplando el fuego—. Ansío poseer vestidos de seda y carruajes como los que vimos allá en Albany. —Volvió la cabeza para mirar a su hermana, y agregó—: Todo lo que quiero me parece que está en el Este. Sin embargo, henos aquí, alejándonos más y más cada día. Pero aguarda… Yo tendré esos preciosos vestidos y todo lo demás.

—Únicamente tienes dieciséis años, Lil. Te queda mucho tiempo. Además, lo que cuenta es el hombre, y no el lugar donde vive.

—El hombre que deseas no existe, no ha existido jamás, ni existirá.

—No estamos de acuerdo, Lil. No puedo creerte. Sé lo que siento, y no es posible que sea la única persona que alberga

tales sentimientos. Quiero un hombre que me ame, no uno de esos que solo buscan una esposa que trabaje para él. En alguna parte tiene que haber un hombre que piense igual que yo.

—¿Y esperas encontrarle en el Oeste? —preguntó Lilith, con sarcasmo.

—¿En qué otro lugar? Un hombre que piense así, lo más probable es que se halle en el Oeste, me parece a mí. Tiene que haber sentido poético en él, y esa clase de hombre se inclina por las montañas y los bosques. En cuanto se refiere a la agricultura, también hay poesía en ella. Es un trabajo rudo, desde luego, pero también es duro de alcanzar aquello que vale la pena, y el hombre que abre la tierra, deja caer la semilla en el surco, y contempla el desarrollo de las plantas… debe de tener algo de poeta. En cierta ocasión oí decir a una persona que toda la fuerza verdadera procede de la tierra, y así lo creo.

—¡Eva! —gritó Rebeca—. ¡Ten cuidado con ese asado! ¡Ya es hora de que le eches las cebollas!

Zebulón y su hijo se acercaron a la fogata.

—Esta noche tendremos que vigilar con cuidado, Sam —advirtió el primero—. Se habla de que hay piratas en el río y de que asesinan a la gente para robarles sus cosas. Como nos acompañan las mujeres, hemos de tener más cuidado todavía.

—Haré yo el primer cuarto de vigilancia, padre. Tú te encargarás del segundo. Esos Harvey —añadió— tienen un sueño demasiado profundo para confiar en ellos. —Echó una ojeada a los árboles, y continuó—. Dicen que donde ellos van hay llanuras… que allí se vive de una forma muy distinta. Que la tierra es muy rica…, que por muy hondo que el hombre llegue a cavar, sigue siendo rica.

—El hombre debe levantar su hogar cerca de donde haya combustible —explicó Zebulón—. ¿Qué va a quemar cuando

llegue el invierno? Vosotros debéis preocuparos de no tener que andar corriendo en busca de leña, como hacía yo de joven. No es que tuviese que ir demasiado lejos, pero cualquier distancia es excesiva, cuando llega el frío. —Escuchó el ruido del hacha procedente del campamento de los Harvey, y comentó—: Son unos muchachos fuertes. Me gustaría que Eva se decidiera por uno de ellos.

—Vamos, padre —protestó amablemente Sam—, no creo que puedas desearles nada semejante. Esos chicos no son para Eva… ni para Lilith. Les creo unos hombres buenos, y excelentes para el trabajo, además, pero Eva y Lilith son diferentes. No están hechas para casarse con unos hombres así.

Las dos jóvenes se habían apartado del fuego, y los dos interlocutores podían oír el chapoteo del agua mientras ellas se bañaban a poca distancia de allí.

—No veo la razón de que hayan de ser tan diferentes. Tu madre es una mujer sensata.

—Se parecen a ti —rebatió Sam, razonablemente—. Esas historias que están repitiendo siempre…, me recuerda cuando tú te marchaste a Albany para ver aquellas artistas. Te confieso, padre, que a veces me parece que ni tú mismo te reconoces. Fíjate en este viaje, por ejemplo. Y no me lo tomes a mal… porque también yo sentía inclinación por él. Y hasta mamá pensaba igual. Pero no olvides que dejaste una buena granja para venir hacia el Oeste. ¿Y por qué crees que fue? Porque te sientes atraído por lo que es distinto. Te agradan el cambio, el colorido, y las canciones de la gente, y conste que nada malo veo en ello. Pero si casaras a una de tus hijas con alguno de los Harvey, le destrozarías el corazón.

—No dices más que tonterías —gruñó Zebulón, aun sintiéndose complacido a pesar suyo—. Sin embargo, ¿te he

hablado alguna vez de esas artistas? Sam, había una de ellas con un vestido rojo de lentejuelas… Nunca has visto nada parecido.

De repente, oyeron las pisadas de un hombre que llegaba corriendo y se volvieron a tiempo de ver a Zeke excitado y con los ojos muy abiertos.

—Hay algo allí en el río… Me pareció haber oído el ruido de un remo.

Brutus Harvey había marchado hacia el río con un cubo en la mano. Habiendo regresado ya, se separó de los troncos para poder ver mejor la corriente, lejos del resplandor de la hoguera.

—Ningún hombre honrado recorrería el río a esta hora de la noche —aseguró Zebulón, yendo en busca de su rifle.

—No alcanzo a ver a nadie —dijo Brutus, lo bastante fuerte para que pudiesen oírle.

Sam recogió el arma, y, en silencio, se adentró en la oscuridad. Todos se habían acostumbrado ya a moverse en las soledades inmensas de los bosques, y los instintos ancestrales, muertos desde mucho tiempo atrás, volvían a renacer en ellos… el instinto de orientarse en la oscuridad, de permanecer oculto hasta que el enemigo se hubiese descubierto por sí mismo.

Harvey y su hijo Colin se acercaron, viniendo de su fogata, y Sam, de una simple ojeada, observó en ellos un aplomo tranquilizador.

—Me han dicho que los piratas del río suelen tumbarse en el fondo de la barca y permanecen así, escondidos, hasta que uno se acerca, y entonces es cuando se le abalanzan y le atacan —explicó Harvey.

Brutus dejó el cubo en el suelo, se agazapó junto al

cobertizo de la almadía y del cinturón sacó una gran pistola.

Procedente de la oscuridad, la barca se acercaba despacio. El remero iba sentado en la parte de popa, y el resto de la embarcación se hallaba cubierto de pieles de venado cosidas, soportando una carga voluminosa.

—Es posible que ahí vayan algunos hombres escondidos —susurró Zebulón Prescott a Harvey, y dejando atrás la hoguera, avanzó a terreno descubierto, gritando—: ¡El de la barca, que salga sin correr y llevando las manos bien a la vista!

Linus Rawlings dejó que la embarcación se deslizara hasta donde le alcanzó el último ímpetu del remo. Al fondo veía algunas mujeres de pie, y entre las sombras próximas al tronco más cercano divisó el brillo del cañón de un rifle. En la almadía, y apenas visible, estaba otro hombre agachado. Eran los únicos que actuaban como era debido.

«Granjeros —pensó—. Si se dirigen al Oeste perderán el cuero cabelludo. Tal vez puedan salvarse un par de ellos».

—Tranquilícense —contestó—. Me llamo Linus Rawlings. Soy tan pacífico como la tía Alicia, y más hambriento que pecador.

Harvey caminó hasta la orilla y observó con recelo los bultos colocados debajo de las pieles de venado.

—¿Qué lleva ahí dentro?

—Pieles de castor. —Como Harvey se acercase más para comprobarlo, Linus Rawlings, en un tono de voz más bajo, pero cortante, repitió—: He dicho que son pieles de castor.

Harvey vacilaba, receloso todavía, mas dándose cuenta de la amenaza que entrañaba la réplica del otro, exclamó, irritado:

—¡Es usted muy quisquilloso!

—En el Oeste no acostumbramos poner en duda la palabra

de un hombre —respondió Linus. Pero viendo la duda pintada en los ojos de su interlocutor, y comprobando que se trataba de un bisoño en aquellas tierras, añadió en tono más amistoso—: En el Oeste andamos cortos de abogados y notarios, de forma que cuando un hombre miente, ha terminado… Nadie volverá a creer en su palabra, ni podrá hacer negocios en parte alguna. Lo que resulta es que vale más pegar un tiro a un hombre que llamarle embustero —concluyó Linus, mientras llevaba la barca junto a la almadía y saltaba a tierra.

Amarró su embarcación, y al incorporarse, vio a la muchacha de pie al lado del hombre. Era delgada, pero con bellas curvas, y tenía un aspecto orgulloso que fue de su agrado… Le recordaba la actitud de una cervatilla en el claro del bosque.

—Nunca he tenido oportunidad de ver una piel de castor, señor Rawlings —dijo Eva—. ¿Quiere enseñarme una de las suyas?

—Bien, señora, en ese caso…

Se puso de rodillas en el borde de la almadía y aflojó las cuerdas que sujetaban los bultos, y de debajo sacó una de aquellas pieles. Era gruesa, lustrosa y de color castaño. Al incorporarse para entregársela, la joven observó por primera vez que era muy alto.

Le gustó inmediatamente aquella especie de buen humor burlón que se reflejaba en la cara del extraño, y también su aspecto de fuerza y aplomo como jamás había visto en nadie.

—Es suave, verdaderamente suave —comentó Eva.

—Es una piel primorosa.

—Temíamos que fuese usted un pirata —explicó Harvey—. Nos han hablado de ellos.

—Venga a cenar y considérese un amigo —invitó Prescott —. Nos encantaría oír hablar de esas tierras del Oeste.

Eva tendió la piel a Linus, pero este, gentilmente, la rechazó.

—Es un obsequio. Guárdela, señora.

Demasiado sorprendida para darle las gracias, mantuvo la piel pegada a la mejilla, y permaneció observándole mientras se dirigía a la fogata en compañía de su padre.

—¡Vaya! —exclamó Lilith en voz baja, acercándose a su hermana—. ¡No has perdido el tiempo! ¿Era ese el hombre de los bosques que ansiabas encontrar? Lo más probable es que, allá en el Este, tenga una esposa y seis hijos aguardando su llegada.

Sam salió de entre las sombras, y Linus se le quedó mirando cuando estuvo cerca de la hoguera.

—Sí, por supuesto, es preferible andar precavido.

Orgulloso y confundido, Sam se ruborizó al oír estas palabras.

—Lleva usted un buen rifle —comentó, por toda contestación—. ¿Ha estado mucho tiempo en las montañas?

—Vivo en ellas. Hace catorce años que salí de casa.

Se sentó, cruzado de piernas, un poco retirado del fuego, y aceptó el plato que le tendía Rebeca Prescott. Los Harvey se agruparon llevando platos y pucheros que pusieron a calentar en el fuego de los Prescott.

—¿Son buenas las tierras del Oeste para la agricultura? —inquirió Harvey.

—Pues no se me ha ocurrido probarlo, pero creo que algunas sí lo son —repuso Linus—. Quizá la mayor parte. Lo malo es que la gente del Este se ha pasado doscientos años aprendiendo a trabajar en las regiones madereras, y cuando

ven las llanuras las consideran un desierto. No hay nada de esto. Lo que sucede es que la forma de vida es distinta, y nada más.

Rebañó el plato y aceptó que se lo volviesen a llenar. Lilith había empezado a interpretar en el acordeón «Quisiera ser soltera». Tocaba en tono bajo para no molestar a los que hablaban.

—¿Cómo es que viaja a estas horas? —inquirió Harvey.

—Porque siento ansiedad por llegar a Pittsburgh. Hace muchos años que no veo una ciudad y me propongo divertirme en grande.

—¿Son aquellas montañas tan altas como dicen? —preguntó Sam.

—Bueno, la verdad es que… —y Linus frunció el ceño pensativo, en tanto vaciaba el plato— no podría decirlo con exactitud. Jim Bridger y yo empezamos en cierta ocasión a escalar una de esas laderas escarpadas a principios de junio. Aproximadamente a mediados de julio seguíamos subiendo, cuando vimos un individuo de hermosa barba blanca y con un arpa en las manos. «Jim, no me agrada el modo de mirarnos que tiene ese fulano», dije a mi amigo. Jim se fijó en él y respondió: «A mí tampoco». Con que nos apresuramos a bajar, y hasta el momento actual no podría decir la altura que tienen aquellas montañas.

Siguió un breve silencio durante el cual Zebulón se aclaró la garganta, pero antes de que pudiese hacer algún comentario, se le adelantó Rebeca.

—Está bien, Zebulón, no digas nada. Con un mentiroso tenemos bastante.

Linus volvió a entregar el plato a Rebeca, que se lo llenó sin decir palabra, y aquel exclamó:

—Gracias, señora. Tiene un sabor riquísimo.

—No sé cómo ha podido notarlo, porque solo se ha comido dos platos —contestó lacónicamente la mujer.

—No es bueno comer con exceso cuando se tiene vacío el estómago, pero le aseguro que nunca había comido mejor.

—Es hora de dormir. Tenemos que levantarnos temprano —advirtió Zebulón, al tiempo que se ponía en pie—. ¿Desayunará con nosotros, señor Rawlings?

—Gracias, señor Prescott, pero suelo despertarme de noche todavía, y proseguir mi viaje. Cuando salga el sol estaré ya lejos. Buenas noches.

Y al acabar de decir estas palabras, recogió su rifle y se alejó de la hoguera, deteniéndose luego un instante para echar un vistazo al campamento. A pesar suyo, hubo de reconocer que, tratándose de unos novatos, habían sabido disponerlo perfectamente, y cuando vio que Sam Prescott se disponía a montar la guardia, dio media vuelta y se encaminó a su barca.

Cierto movimiento bajo un árbol cercano a la orilla le llamó la atención, y vio que Eva estaba de rodillas, extendiendo mantas sobre unas cuantas ramas amontonadas. Los dibujos indios de las mantas eran claramente visibles, a pesar de la escasa luz.

—Me parece que esas son mis mantas.

—Lo son.

—Pues me siento un poco confuso. ¿Para quién es esa cama?

—Para usted.

—¿Y ha cortado esas ramas para mí?

—¿No le parecen suficientes? —inquirió la joven—. Es la primera cama que hago con ramajes.

—Pues le ha salido perfecta. ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho

semejante cosa? —añadió, mirándola con atención—. ¿No pensará que tiene que pagarme por esa piel de castor?

La joven se puso en pie con un movimiento tan grácil como si hubiera sido una doncella india.

—No es… no es cortés preguntar a una muchacha por qué hace las cosas.

—Mis modales dejan mucho que desear. Hace ya bastante tiempo que no uso la cortesía. —Puso el rifle cuidadosamente encima de las ramas, no lejos del alcance de su mano—. Muchas gracias, y buenas noches.

—¿Son bonitas las doncellas indias? —preguntó Eva, sin moverse de su sitio.

—Algunas, sí… Algunas de ellas… Bueno, eso depende del tiempo que haga que no se ha visto una muchacha blanca. A mí me parece que estas son más hermosas, y más todavía a medida que el tiempo pasa.

—¿Cuánto hace que no había visto una muchacha blanca?

Linus decidió andarse con cautela. Era un trampero demasiado experimentado para no ser receloso, y se sintió inquieto.

—No estoy muy seguro de lo que se propone, pero creo que está haciéndose muy tarde. Su padre pudiera…

—¿Le parezco bastante bonita?

—¿No va usted demasiado lejos? Quiero decir que… Bueno, sería maravillosamente bonita para un hombre que no se hubiera alejado de estos contornos. En cualquier sitio se la consideraría hermosa, pero me parece que esta conversación nos va a llevar a un terreno pantanoso y de mucho peligro.

—Usted va río arriba y yo en dirección contraria. No queda mucho tiempo para responder preguntas.

—¿Está segura, absolutamente segura, de que desea una

respuesta?

«Es orgullosa —pensó de pronto—, muy orgullosa… Es seguro que no hablaría de esta forma a cualquier hombre, y, por supuesto, es una muchacha con mucho valor».

Y, además, encantadora. Apenas se había atrevido a mirarla hasta ahora porque no era un tipo avezado a estas lides, y porque una larga experiencia le recordaba que un hombre no debe proceder irreflexivamente ante mujeres desconocidas. Inquieto, cambió de postura. Esto se le había venido encima con demasiada rapidez, y no tenía costumbre de juzgar estas situaciones. Si se hubiese tratado de un búfalo, o de un jaguar… o de un piel roja de cualquier tribu…, pero esta era una mujer blanca civilizada, y muy bella, por cierto.

—¿Está segura? —repitió.

—Sí.

—Estar sola de noche en el bosque… no es precisamente el lugar más seguro para una joven. Hay algo en los bosques…, algo que excita el deseo en un hombre.

—En una mujer también.

Volvió a cambiar él de postura. Esto iba siendo demasiado. Estaba tan dispuesto como cualquiera, pero aquí… Era una muchacha decente, y sus padres estaban cerca.

—Vengo desde muy lejos y pienso continuar mi viaje. Probablemente no volverá a verme nunca más.

—Siempre existe la posibilidad —replicó ella, mirándole fijamente a los ojos—. Lamentaría que ocurriese como usted dice.

La sujetó por los hombros y se fue aproximando. Eva no ofreció resistencia, aunque hubo en ella cierta reserva que le hizo comprender que en su comportamiento había algo especial, que esto era una cosa muy distinta para ella. La

retuvo en sus brazos, la acercó más y la besó. La besó apasionado, sintiendo mayor excitación a medida que transcurrían los segundos, pero su beso no fue menos hondo que el de ella.

Falta de respiración, la joven retrocedió.

—¡Dios mío! —susurró.

Linus se asombró al sentirse también un poco jadeante, y esta sensación le molestó.

—Vaya… Me parece que no ha besado mucho antes.

—Nunca me habían besado hasta hoy.

Inquieto, dirigió él una mirada hacia la fogata, casi deseando que su padre viniera en busca de la muchacha. A Linus Rawlings nunca le habían preocupado los besos «permanentes» como este, pero despertó en él toda su cautela de antaño.

—Hay algo que usted no debe olvidar —advirtió—. Yo voy río arriba y usted río abajo.

—No es la primera vez que los enamorados se separan y vuelven a reunirse más tarde.

¿Conque ya eran enamorados? Linus vaciló sin saber qué replicar. Le pareció que debía dar media vuelta y echar a correr… correr lo mismo que un cobarde. Dejaría allí las mantas, la cama… hasta el rifle, si fuera necesario.

—Señorita…

—Eva.

—Eva, he sido un bala perdida. Un hombre malo, perverso. Me dirijo a Pittsburgh para volver a pecar. Lo probable será que me pase borracho todo el primer mes, y ni siquiera recordaré las mujeres con que alterne ni los hombres con quienes tropiece por pura casualidad… Lo mismo que me ocurrirá con usted.

Muy dentro de ella, Eva estaba segura —todo lo segura que puede estar una muchacha— de que este era su hombre. Estaba luchando ahora, luchando por lo que deseaba, por lo que siempre había deseado. No se sentía muy segura de que sus armas fuesen apropiadas, y poseía poca experiencia que le sirviera de guía, pero sabía que la batalla tenía que darla aquí y en este momento.

Se comportaba de modo desvergonzado, ya lo sabía, pero recordaba algo que oyó decir en cierta ocasión a una mujer: que los hombres se casan por accidente, y las mujeres con premeditación, y que todo hombre es errabundo por instinto y que no hipoteca fácilmente esa libertad de que disfruta.

Todas las mujeres quieren tener un hogar, protección para sí y para los hijos que puedan tener. En consecuencia, cuando hombre y mujer se encuentran, tiene que producirse esta lucha, no tanto para ganarse al hombre como para retenerle después de haberle vencido. Y ella no disponía de semanas o de días, ni siquiera de horas… Tan solo tenía minutos para dar su batalla.

—Linus, óyeme… ¿Sigues sintiendo todavía el sabor de ese beso? ¿O solamente lo he sentido yo? ¿Quieres olvidarlo? ¿Deseas marcharte?

—Me haces sentirme igual que el hombre que se encuentra con un oso gris en un sendero angosto. No se puede ignorar la situación.

Volvió a acercarse a ella y Eva no se movió. Tenía levantada la cabeza y estaba segura, tranquila, orgullosa, pero también asustada…

Capítulo IV

Amanecería antes de una hora. Hacía frío y todo estaba en calma. Zebulón Prescott salió de entre las mantas escurriéndose, para no despertar a Rebeca. Lo hizo con la habilidad que dan muchos años de práctica, pues la costumbre de levantarse temprano se hallaba muy arraigada en él. Y su esposa necesitaba descansar… El viaje era duro para ella, por mucho que él procurase facilitar las cosas.

Llevando solo puesto el pantalón y la camiseta, con los tirantes colgando, echó a andar hacia la orilla del río para llenar de agua la palangana. Las dos almadías estaban en el lugar de amarre, como era de suponer, pero la canoa había desaparecido. Penetró en la almadía y comenzó a sacar agua para lavarse, pero se detuvo estremecido por una súbita idea.

—¡Eva! —Se irguió al gritar el nombre de su hija. El miedo y el asombro hicieron temblar su voz. Miró hacia el sitio donde tenían que hallarse las dos jóvenes—. ¡Eva!

Surgieron algunas cabezas de debajo de las mantas, y Harvey se incorporó, mirándole. Sam sacó los pies del cobertor y empezó a ponerse las botas.

Zebulón dejó caer la palangana y retrocedió en dirección al colgadizo, francamente atemorizado. De pronto, Lilith retiró la lona que hacía las veces de cortina, y preguntó:

—¿Qué hay, padre? ¿Ocurre algo malo?

—¿Puedes decirme dónde está tu hermana? —respondió, con voz amenazadora.

Volvió a agitarse la lona y avanzó Eva, echándose atrás el cabello.

—¡Papá! ¿Qué pasa?

—Nada, ya veo que estás ahí —dijo, testarudo—. Temí que te hubieras marchado con ese… ese trampero.

—¿Marchado? —La palabra sonó a hueca—. ¿Se ha ido?

Clavó la mirada en el río. El espacio existente junto a la almadía estaba vacío. La embarcación había desaparecido. Linus se había marchado.

—Comprendí que te estaba gustando, pero me dije que no pasaría de eso, de mirar a un hombre, y que todo pasaría igual que una nube de humo.

Las lágrimas velaban los ojos de Eva. Linus se había ido. Ella había tratado de… ¿Qué otra cosa pudo ella haber hecho? Deseó que se quedara y procuró retenerle a su lado.

—¿Estás llorando por él? ¿Qué significa eso? —Las sospechas de Prescott subieron de punto. Cogió violentamente a su hija por un hombro—. Dime, ¿qué significa esto?

—Nada, padre. Linus se ha marchado. Eso es todo.

—¿A qué hora te metiste en la cama?

—Era temprano —se apresuró a mentir Lilith—. Todavía estaba yo despierta.

—No, no es verdad —replicó Eva, levantando la cara—. Era tarde.

—Hija mía —dijo Zebulón Prescott, con voz triste—. Solo te lo preguntaré una vez: ¿Hay algo que deba preocuparnos a tu madre y a mí?

—No… No lo hay, padre. No existe la menor cosa.

Eva volvió a meterse detrás del colgadizo, cogió la palangana, y con Lilith a su lado, se dirigió hacia el río. Bajo el

árbol donde ella había preparado la cama de ramajes, solo se veían ahora algunas ramas tronchadas. Las mantas no se encontraban allí.

—¡Lilith, mira! —Eva rodeó el árbol y señaló un punto. En el tronco, tallados profundamente en la corteza, había dos corazones, recién hechos, y con la incisión muy honda. Estaban unidos por medio de un corte.

Lilith no ocultaba su asombro y su envidia.

—¿Es que pudiste conseguir que un hombre hecho y derecho hiciese eso por ti? ¿Le hiciste decir también todas aquellas frases tan tontas?

—Así fue… Lo mismo que en el libro. Creo que disfrutó con ello.

—¡Eva Prescott, eres todavía más mentirosa que papá! ¡Esos corazones los has tallado tú misma!

—No negaré que le ayudé un poco, pero los hizo él. Dijo que era una ocasión muy solemne, algo así como sortear los rápidos en una piragua sin remos.

—Bueno, pero no conseguiste retenerlo con eso. Lo más probable es que lo hiciera para poderse escapar. Ya sabes lo tornadizos que son los hombres. Nunca se resignan a quedarse quietos. Tienes suerte de que se haya ido. ¿Te gustaría pasarte la vida lo mismo que una *squaw*[6]? Es muy probable que esté habituado a eso.

—Volveré a verle —replicó Eva, con confianza—. Sé que le veré de nuevo. Y conste que no tiene esposa y seis hijos… todavía.

El atardecer enfrió el aire sobre el río. Detrás de Linus, el sol poniente dibujaba colores desvaídos en las aguas oscuras. Los riscos eran más elevados ahora, y los árboles del bosque formaban un sólido muro de negrura, aunque sus copas

dibujaban todavía una línea quebrada en el cielo.

Había sido un día tedioso y lento. La corriente pareció más fuerte que nunca, y acaso él no remaba con la misma agilidad. Le irritaba no poder apartar sus pensamientos de la joven con quien estuvo la noche anterior en su campamento. Su mente solía ser tan clara como el cristal, abierta a todas las impresiones, advertencias, peligros. Sus instintos no podían estar más vivos para todo cambio de luces o de sombras, para cualquier movimiento, por pequeño que fuera.

—Esa es una mujer de verdad —dijo en voz alta—. Y si yo fuese un hombre casadero…

Alcanzó a divisar el rótulo blanco antes de poder leer lo que decía. Estaba colocado en la misma orilla del río, y detrás, un paso rompía el acantilado y llegaba hasta una cueva donde podía distinguirse un débil resplandor de luz.

Con una remada enérgica se acercó más para poder leer el rótulo, y puso la pala del remo casi horizontal cuando llegó al punto deseado.

AQUÍ SE VENDE BUEN LICOR AÑEJO

El rótulo era una invitación y un reto. Por otra parte, se estaba haciendo tarde. Unos cuantos tragos le harían dormir mejor y más profundamente, cosa que no solía acontecerle a menudo.

—¡Vaya, está bien!

Hábilmente, hizo girar la canoa hasta el lugar donde se hallaban amarradas dos piraguas.

Desde la cueva situada arriba, le llegó el débil sonido de una música de armónica, tocada en compás de baile.

—¡Vaya, vaya! —repitió—. No me importa quedarme un rato. Esto no es Pittsburgh, pero bien puede un hombre arrancar un pelo al perro que se dispone a morderle.

Amarró la embarcación, cogió el rifle y echó a andar sendero arriba. A la izquierda, entre la arboleda, observó el vestigio de otro sendero. La oscuridad no era mucha, aun cuando hacía un rato que se había puesto el sol. Este viejo sendero llevaba probablemente mucho tiempo sin utilizarse, pero daba a entender que alguien había vivido aquí bastante antes que los actuales habitantes. Lo más probable es que se tratara de un sendero indio, o que acaso lo hubiesen trazado unos cazadores primitivos.

En ese momento oyó más fuerte la música de arriba, y una voz gritó:

—¡Parroquiano a la vista!

Una muchacha descalza, de cabello rubio y bastante bella, a pesar de los andrajos que vestía, apareció en la boca de la cueva.

—¿Tiene sed, señor? —gritó—. Aquí tenemos un whisky excelente.

—Estoy más seco que un saltamontes puesto al horno.

Linus se pasó el dorso de la mano por la boca y siguió a la joven hasta el interior de la cueva. El que tocaba la armónica, según observó —porque se daba cuenta de casi todo— era un muchacho delgaducho que le miró con expresión extraña, burlona, como si acabase de apuntarse un triunfo sobre Rawlings.

El interior de la cueva se hallaba iluminado por una fogata que ardía en una especie de chimenea natural, y el humo salía por una abertura existente en el techo. Había un mostrador formado por dos tablones colocados encima de otros tantos barriles, y al extremo de ese mostrador improvisado, Linus pudo ver un hueco estrecho y alto que comunicaba con otra habitación. Por este hueco entraba una ligera brisa fresca.

Dos individuos de cara tosca y mirada dura jugaban a las

cartas cerca del muro, empleando la parte posterior de un gran cajón, a modo de mesa. Otro hombre se apoyaba en el mostrador y conversaba con el patriarca de cabellos blancos que se hallaba detrás.

El patriarca extendió la mano y dijo:

—Me llamo Hawkins, señor. Soy el coronel Hawkins, de Alabama. ¿Cuál es su punto de destino?

—Pittsburgh.

—Este hombre parece una montaña, padre. Apuesto algo a que trae una barca llena de pieles.

—¿Sí? ¡Vaya, señor, le admiro! Un hombre lo bastante audaz para hacer frente al Oeste, para desafiar a los pieles rojas de los llanos, para luchar con la distancia y las montañas… Bien, señor, el primer trago va por cuenta mía. ¡Siéntese, señor!

Linus apoyó el rifle en el mostrador y observó que el coronel sacaba un vaso de peltre y un jarro de barro oscuro.

—Este whisky no tiene pimienta, ni cabezas de serpientes, señor. Solo el grano puro y el dulce beso de la malta, así como agua procedente de los manantiales del condado de Bourbon, en Kentucky. Esta parte del cielo produce el agua de manantial más fina, señor. Llamamos «bourbon» al whisky, porque tomamos su nombre del condado.

Linus hizo caso omiso del vaso y se apoderó del jarro, dándole vuelta con facilidad, y dejando que el licor cayera directamente en su garganta. Los hombres que jugaban a las cartas suspendieron su juego para observarle admirados con la boca abierta.

Por fin, Linus hizo una pausa para tomar aliento.

—¡Sí, señor! Tiene usted razón. Este es un whisky de primera calidad.

—¡Manantiales del condado de Bourbon, hijo mío! No se puede hacer un whisky bueno si no se tiene agua pura, y la de allí es la mejor. Agua de piedra caliza, amigo mío. La piedra caliza elimina todas las impurezas, dejando solo lo puro y espumoso. ¡Beba, señor!

—Padre, puesto que este parroquiano es trampero y todo lo demás —se atrevió a insinuar la muchacha—, ¿no quieres que vea esas sabandijas que tenemos allí?

—Está bien, Dora, tal vez pudiera… Señor —añadió, clavando la vista en Linus Rawlings, que seguía trasegando whisky, mientras su nuez subía y bajaba acompasadamente—. Ahí, en la cueva, tenemos unos animalejos como ningún hombre de esta región ha visto jamás en su vida. Sería muy interesante que usted pudiera decirnos la clase de sabandija que es.

—No entiendo mucho de sabandijas que viven en las cuevas —respondió Linus, a quien la cabeza empezaba a dar vueltas por culpa del licor—. Claro que algunas sabandijas tengo vistas, y podría…

—Es ahí un poco más allá —Dora señaló la parte interior de la cueva—, y puede llevar el jarro. —Sonriendo invitadora, le tendió una mano—. Yo le indicaré el camino.

Todo hacía presumir que iba a encontrar algo más que sabandijas en aquella cueva interior, y Linus pensó que aquella jovencita resultaba muy atractiva.

La luz de la antorcha bailoteaba sobre los muros.

Dora se la entregó, cogió una rama de un montón de leña, y encendió otra. Esta cueva era más reducida, y Linus escuchó un ruido lejano que le pareció procedente de alguna corriente de agua.

—¿Conoce alguna muchachita cariñosa en Pittsburgh?

—Ni una sola… todavía, claro está.

—Mi padre y yo pensamos pasar aquí el invierno.

Ahora la tenía más cerca, su cadera le rozaba… ¿Sería por casualidad?

—Me alojaré en «Casa Duquesa», si es que aún no se ha quemado. —Apartó la antorcha a un lado y se dedicó a mirar a su acompañante. Era muy joven, pero con curvas donde debía tenerlas, y sus ojos despedían un fulgor que no era precisamente de juventud—. ¿Está segura de que hay sabandijas aquí dentro?

—Están en el agujero de más abajo.

Y señalaba lo que parecía ser un hoyo, al fondo de la cueva, quizá un agujero de unos seis pies cuadrados.

—Tendrá que acercarse más, porque aquí está muy oscuro.

Le cogió del brazo como para ayudarle y se pegó más a él, aunque echando ligeramente atrás el cuerpo. Linus levantó su antorcha y se inclinó hacia delante.

—¿Dónde?

En ese instante sobrevino lo increíble. Sintió que la joven apretaba su brazo, tirando de él hacia delante y hacia abajo, y que una pierna se metía entre las de él. Perdido el equilibrio, se tambaleó en dirección a la negrura de la oquedad, sujetando la antorcha en una mano y el jarro en la otra.

En el momento de tambalearse, ella le soltó. Linus no vio el cuchillo, pero sintió la mordedura de la hoja. Empezaba a caer, y el cuchillo únicamente rasgó parte de la chaqueta y algo de piel… Pero inmediatamente cayó en la lobreguez del hoyo.

Aun en ese segundo fugaz, como si fuese un relámpago, vio la expresión de impudicia en la cara de Dora. La antorcha tocó el agua un instante antes que él, chisporroteó, y un

momento más tarde Linus sentía el agua helada. Se hallaba en tinieblas y le pareció que caía más… y más… en el abismo de la noche.

—¡Ya ha visto las sabandijas, padre!

Hawkins, que había estado contemplando el pasadizo y que empuñaba una pistola de dos cañones, se volvió veloz.

—¡Está bien, déjale ahí dentro! Tenemos que freír otros pescados. ¡Vámonos a la isla!

En un instante, todos ellos desalojaron la cueva, llevando consigo lo que merecía la pena para cargarlo en las piraguas.

—Ha sido una buena faena, Dora —dijo Hawkins, poniéndole una mano en el hombro.

—No estaba muy segura. Era un tipo de músculos fuertes, y me ha costado trabajo.

—Práctica es lo que hace falta. Tu madre, que Dios tenga en gloria, era muy hábil para eso.

Linus jamás supo lo hondo que llegó a caer, pero de pronto recobró todos sus sentidos, e hizo un esfuerzo y nadó, tratando de subir a la superficie. La súbita inmersión en agua fría había disipado los vapores del alcohol, al menos en parte, y al sacar la cabeza del agua, su mente funcionaba con toda claridad.

Era indudable que se encontraba en el fondo del hoyo, pero no veía luz alguna, ni oía otra cosa que no fuese el rugir del agua. Este ruido procedía de algún arroyo subterráneo que unía su caudal al de este donde él acababa de caer. Procuró mantenerse en el borde del hoyo, y respiró con toda su fuerza.

Había caído en una trampa, engañado como cualquier novato, pero ahora lo importante era salir de aquí… si podía.

Con cuidado, sujetándose con las manos al borde rocoso, fue dando la vuelta alrededor del hoyo. Las paredes estaban

mojadas y eran resbaladizas, y aun cuando desiguales, no le era posible asirse a ellas. Le era imposible salir de allí a oscuras.

La corriente en que había caído se dirigía hacia el Sur… y en esa misma dirección estaba Ohio.

¿A qué distancia se hallaría el río? Cuando dejó la canoa anduvo… ¿cincuenta yardas, tal vez? Quizá menos. Parte de esa distancia la había recorrido subiendo, de forma que el lugar donde se encontraba ahora, en el borde del hoyo, se hallaría situado a un nivel escasamente inferior al de la superficie del río.

¿Sería la abertura de salida del agua lo bastante ancha para permitir el paso de su cuerpo? ¿Habría arbustos y maleza que impidiesen el paso? En los pocos segundos que permaneció allí, reflexionando, pensó en todo, mas comprendió que de nada le servía pensarlo, porque el único recurso era aventurarse. Moriría irremisiblemente donde se encontraba, o debía meterse en aquel túnel lleno de agua oscura, rugiente.

Acto seguido se soltó y entró de cabeza, dejando que el agua le cubriese y arrastrara. Recibió un golpe brutal al chocar contra una roca de la pared, la corriente le empujaba con gran ímpetu, y penetró en un canal oscuro donde se vio impelido a una velocidad que le pareció terrible. Hubo un momento en que ambos hombros rozaban las paredes del canal, pero luego salió disparado hasta un lugar donde el agua era más caliente, y con gran esfuerzo empezó a nadar.

Logró sacar la cabeza del agua y respiró extenuado, teniendo aire fresco a su alrededor y las estrellas rutilantes encima de la cabeza.

Era un tonto. Esto fue lo primero que pensó. Era un tonto como no conociera otro, al haber arriesgado su vida de aquella manera, cuando podía estar tranquilamente en

compañía de aquella chica de… ¿Cómo se llamaba?

Eva…

Nadó hasta la orilla y tuvo que luchar para remontar el fango que cubría los bordes del agua. Una vez fuera se quedó quieto, tendido, respirando todavía convulsivamente y doliéndole los pulmones por el esfuerzo realizado. Sintió el mordisco del dolor allí donde la hoja del cuchillo le había rasgado la piel, pero no era la primera vez que recibía una herida, y esta no le parecía de importancia.

Se incorporó a medias. Luego se puso en pie, pero se tambaleó unos cuantos pasos y cayó a tierra. Cuando se incorporó de nuevo, pudo ver el río.

Seguía sentado en el mismo lugar, recuperando poco a poco las fuerzas, y entonces divisó la reducida flotilla que se alejaba. Las dos largas piraguas y su propia canoa.

Si dispusiera ahora de su rifle… Pero lo único que tenía era el cuchillo, que continuaba seguro en su funda, debajo del cinturón.

Se puso en pie y escurrió toda el agua que pudo de su camisa y pantalones. La brisa ayudaría a que la ropa se secara. Después, echó a andar ladera arriba, en dirección a la cueva. Sería posible que hubieran dejado algo, algo que a él le sirviese.

Ya no pensaba en Pittsburgh. Sin sus pieles nada tenía que hacer allí, pero esto no significaba que se diera por vencido, ni mucho menos. Era mucho el riesgo que le había costado, y grande el esfuerzo realizado para conseguirlas. No iba a dejar ahora que se le escaparan de las manos por un simple trago de licor.

¿Qué es lo que el hombre saca de esta vida? ¿Qué era aquello que solía decir Bridger? Que «todo hombre merece en su vida un buen perro y una buena mujer».

Este pensamiento le obligó a hacer una mueca. ¿Qué diría Eva de todo esto? Probablemente, iría a buscarle un perro.

Volvía a pensar en Eva. ¿Es que era un cándido jovenzuelo? Y aquella bobada de grabar dos corazones en el tronco de un árbol, y luego lanzarles el cuchillo a seis pasos de distancia…

¡Seis pasos! La ocurrencia le hizo reír. Bueno, había grabado los corazones, y disfrutó con ello. ¡Pero seis pasos! Se había alejado veinte pasos y desde allí lanzó el cuchillo, ¡y a oscuras! Bueno, había algo de luz procedente de las hogueras.

Sin embargo, ahora había otras cosas en qué pensar primero. Los ladrones iban corriente abajo, y en algún sitio tendrían que detenerse. Era indudable que lo que habían hecho con él lo hicieron antes con otros, pues estaba demasiado bien planeado para ser la primera vez, y todo les había salido irreprochablemente… para ellos.

Necesitaría una barca o una balsa. Lo peor de todo consistía en que al caer en aquel hoyo había perdido el jarro, y ahora le gustaría echar un trago. Aquel hombre podía ser un ladrón, y también un asesino, pero vendía un whisky muy bueno.

Capítulo V

La pequeña isla era boscosa y estrecha, presentando orillas erosionadas por las aguas veloces del río. En la parte saliente de tal islote, en un lugar instantáneamente visible para todo aquel que viajase corriente abajo, se había instalado un embarcadero bastante primitivo: una simple plataforma construida con troncos descortezados, que se levantaba apenas un metro sobre el agua de una cala minúscula. Encima del desembarcadero había un rótulo:

ESTE ES EL ALMACÉN DE BEDLOE. ¿LE FALTA ALGO?

IGUALES PRECIOS QUE EN PITTSBURGH

A cierta distancia del desembarcadero, en su parte trasera y al final de un breve sendero entre el bosque, había una mísera cabaña hecha con troncos y lonas. Marty, el músico de la armónica, hizo una pausa y bajó el fardo de pieles al suelo para enjugarse el sudor que le corría por la cara.

«Mi padre debiera pensar un modo más sencillo de hacer las cosas —se dijo para sus adentros—, pero mi padre es enormemente asustadizo. Tal vez el haber estado a punto de que le ahorcaran es la causa de su comportamiento actual, pero todo lo que se le ocurre es cambiar de sitio con frecuencia… y de prisa».

Hawkins bajaba por el sendero mientras Marty se echaba las pieles al hombro.

—No tardarán en presentarse colonos y otras gentes —

advirtió—. Conque ya puedes andar vivo y hablar con amabilidad. Es necesario causarles buena impresión. Y hunde enseguida esa canoa.

—Padre, es una buena embarcación —protestó Marty—. Da pena tener que hundirla.

—Haz lo que te dice tu padre —cortó Hawkins, secamente —. Alguien puede haberla visto antes. No quiero que la gente me haga preguntas.

Marty volvió a dejar el fardo en tierra.

—Padre, ¿a dónde se dirigen? Me refiero a todas esas personas.

—Al Oeste… hay un gran movimiento emigratorio, hijo. El mayor desde que los hijos de Israel escaparon al cautiverio en tierra de Egipto. El mundo jamás ha visto nada parecido; gente de todos los lugares de la Creación se dirige al Oeste, formando una gran marea humana; unos van a pie, otros en carromatos, y algunos a caballo. Contempla bien esto, hijo, y recuérdalo porque todas estas personas se encaminan al Oeste para poblar una tierra nueva.

—¿Y nosotros vamos también al Oeste, padre?

—No, hijo, no. Nosotros constituimos las aflicciones que acechan a esos pobres viajeros, a esos peregrinos de esta tierra. Y puedo añadir que constituir una aflicción es mucho más provechoso que colonizar, arar y labrar. Es algo así como… cavar y extraer oro, por decirlo de alguna manera.

El «coronel» Jeb Hawkins se echó el sombrero a un lado antes de proseguir.

—Hijo mío, escucha a tu anciano padre. El mundo lo componen dos clases de personas: los expoliados y los expoliadores. Y según mi forma de pensar, es muchísimo mejor ser expoliador. Y ahora abre bien los ojos. No tardará

en llegar alguien.

Hawkins emprendió el regreso a la rústica cabaña de troncos y lona, pero se detuvo un instante para agregar:

—Y ocúpate de destruir esa canoa.

Cuando hubo depositado en el cobertizo el último fardo de pieles, Marty regresó al embarcadero para hundir la embarcación. Lo hizo muy a pesar suyo, porque admiraba sus líneas graciosas y finas. Después de volcarla y dejado caer una gran roca encima, tuvo que esforzarse mucho hasta lograr abrir brecha en la corteza que recubría su quilla. Luego la arrastró hasta el agua y la hundió, cargándole otras piedras que había preparado a tal fin.

Por su cabeza cruzó de nuevo el recuerdo del rifle perteneciente al hombre gigantesco. Su padre debiera darle esta arma en lugar de venderla. El viejo siempre lo vendía todo, y era capaz de dejar a su propio hijo sin un rifle como aquel.

A cierta distancia hubo un movimiento en el río, que llamó su atención.

—¡Padre! —gritó—. ¡Vienen almadías!

Del bosque surgió otro hombre, que se colocó las manos ante los ojos formando pantalla, y hablando por encima del hombro, aclaró:

—Son dos. Dos almadías grandes.

Marty las vio acercarse, casi con lástima. Reflexionó que su padre sabría lo que estaba haciendo. El caso era que las cosas salían casi siempre como él decía, pero había ocasiones en que los viajeros de estas almadías tenían aspecto de buenas personas. Dora era igual que su padre. Iba derecha al bulto… como había sucedido la noche anterior con aquel hombre gigantesco… Miró ceñudo a las almadías, casi deseando que

no se detuvieran. Estuvo un momento pensativo. ¿Por qué él, su padre y Dora no iban también al Oeste, como los demás? Su padre había menospreciado siempre al hombre que se dedica al cultivo de la tierra, pero un terreno propio… Tendría que pensar sobre ello.

La idea de separarse y vivir por sí solo no se le había ocurrido nunca. Constituían una familia, y siempre habían permanecido unidos. Nunca le agradó pensar en lo que estaban haciendo. Y lo cierto era que solo había tomado parte en un crimen, y en realidad, se trató de una riña. Eran principalmente Dora y su padre quienes ejecutaban aquellas faenas, en tanto que él se ocupaba de los preliminares.

Marty frunció el ceño al apartarse del río. Su padre sabría lo que estaba haciendo. Casi siempre tenían dinero, y de cuando en cuando, iban hasta la ciudad para hacer algunos gastos. Pero una o dos veces, Marty visitó algunas tierras, olió la tierra recién arada, o la hierba segada poco antes… y ello le hizo desear tener un terreno de su propiedad.

Zebulón Prescott divisó la estrecha isla desde bastante distancia, y permaneció erguido, sujetando el remo a modo de timón con una sola mano, y poniéndose la otra ante los ojos para resguardarlos del sol y avizorar aquel pedazo de tierra. Allí se veía un rótulo de alguna clase y lo que parecía ser una edificación.

La almadía de Harvey iba a la derecha, y no muy retirada, y fue aquel quien gritó:

—¡Una isla! ¿Nos detenemos?

—¡Será lo mejor! —le contestó Prescott, a voces—. Es probable que sea la última tienda que nuestra gente vea por mucho tiempo. —Ahora estaban ya lo bastante cerca para distinguir con claridad el rótulo—. Puede haber noticias del río.

Habían oído hablar de los saltos de agua existentes en el Ohio, y si bien algunos afirmaban que había mucho de exageración, para un hombre que viaja con su familia en una almadía, cualquier salto de agua o rápidos, pudieran representar peligros. Sirviéndose del remo-timón, condujo la almadía hacia el tajamar.

Este lo constituía una barrera natural de rocas, piedras de menor tamaño y despojos acumulados allí, que protegía parcialmente una cala poco profunda donde se había construido el embarcadero. Aunque aquellas almadías eran poco manejables, con solo unos cuantos movimientos de las pértigas consiguieron meterlas en la cala.

Estas almadías solían variar considerablemente en dimensiones, de acuerdo con los materiales disponibles y las exigencias de sus constructores. La de Prescott tenía más de veinte pies de largo y unos quince de ancho. En el centro de la almadía estaba la caseta, que era una simple armazón recubierta con lonas, y tenía siete pies de longitud por seis de anchura. Detrás del cobertizo se hallaban amontonados los equipajes, cubiertos por otra lona extendida.

La de los Harvey era casi una réplica de la otra, con la sola excepción de que la caseta y cobertizo era mayor, hecha así para cobijar a los muchachos y a todas las pertenencias de la familia.

El «coronel» Hawkins en persona llegó hasta el embarcadero para darles la bienvenida. Se quitó el sombrero e indicó la choza.

—¡Mi nombre es Bedloe, caballeros! ¡Y este es el embarcadero de mi propiedad! Tenemos toda clase de artículos y abastecimientos, tanto para las personas como para los animales.

Zebulón Prescott tuvo un instante de vacilación. Sus

miradas iban de Bedloe a la rústica cabaña. Instantáneamente pensó que aquel hombre no le agradaba, pero por otra parte había advertido el interés retratado en las caras de Rebeca y de sus hijas, y sabía que la sola perspectiva de hacer algunas compras las tenía excitadas.

No le cupo duda de que Bedloe era un charlatán, y Zebulón no se llevaba bien con esta clase de tipos, pero también le atraía el interés de unas compras. Deseaba adquirir algunas cosas, y compraría unas cuantas si los precios eran correctos. Después de todo, el hombre que se propone colonizar un terreno ha de emplear herramientas, y había descuidado la adquisición de tres o cuatro.

—¡Suban a la tienda, amigos! ¡Bienvenidos al embarcadero de Bedloe! ¡Suban! ¡Suban todos ustedes! ¡Mis hijos les mostrarán todo lo que tenemos!

Por el deseo de verse en tierra y la oportunidad de comprar, se atropellaron sendero arriba, riendo y charlando.

La tienda estaba bien provista con el botín de docenas de colonos saqueados y de algún buhonero. Moldes para balas, pólvora, cuchillos, pedernales, hachas, cuerdas, azadones, sierras, cierres para las lonas, y unos cuantos rifles, pistolas y otras armas de fuego usadas, es cuanto les ofrecieron en venta.

A un lado se veía un estante donde había algunas botellas de agua de colonia, unas baratijas de bisutería y una docena de litografías.

Lilith cogió una botella de agua de colonia.

—Padre, ¿puedo comprar esta colonia? Dicen que tiene aroma parisiense legítimo.

—¿Quince centavos? —exclamó Zebulón, dando vueltas a la botella entre los dedos—. Es demasiado cara.

—¡En efecto, señor! —concordó Hawkins—. «Ahorra centavos y aumentarán tus dólares». Los hombres de su sabiduría, señor, han hecho fortuna.

—Bueno, señor Bedloe —replicó secamente aquel—. Toda mi vida he procurado esquivar a los ricos, y creo haberlo logrado bastante bien, pero lo que tengo guardado en el calcetín seguirá estando ahí.

—¡Exactamente igual pienso yo, señor! —Y el «coronel» se encaró con Harvey—. Y usted, señor. Usted es un hombre adinerado, esto se ve enseguida. ¡Usted es de los que llevan encima más de mil dólares!

Harvey se limitó a mirarle, y luego lanzó un vistazo al mostrador, donde Sam había cogido un rifle, y estaba dándole vueltas lentamente entre sus manos. En la madera de la culata, grabadas a fuego, estaban las iniciales «L. R.».

—¡Padre!

Algo hubo en el tono de voz de Sam que llamó la atención de Harvey, y Zebulón dio media vuelta y se acercó adonde se hallaba Sam, sosteniendo el arma.

—Padre… —y el muchacho bajó la voz—, ¿no has visto antes este rifle?

Hawkins los contempló con atención, sin escuchar lo que decían. Velozmente se volvió a Dora, que hablaba con Eva.

—¿Tienen algún libro? —preguntaba Eva.

—Creo que un almanaque. Echaré una mirada por ahí.

Con el rabillo del ojo, Dora captó la seña frenética que le hacía su padre, y se apresuró a llegar a la puerta.

—Es su rifle —musitó Sam—. Pero ¿cómo puede ser que esté aquí, si él iba río arriba? Y jamás, por ninguna circunstancia, habría vendido su rifle.

Zebulón Prescott se sintió dominado por un pánico súbito.

«Sal de aquí… Sal lo antes posible», le aconsejaba su instinto.

—Hijo, yo creo…

Las paredes de lona de la tienda se abrieron repentinamente y dejaron ver cuatro rifles, que empuñaban otros tantos individuos de aspecto amenazador. Rebeca lanzó un chillido y atrajo a Zeke a su lado. Zebulón volvió con cuidado la cabeza. Tres rifles más les apuntaban por la espalda.

—Vamos, vamos —dijo el «coronel»—. Nadie debe tener miedo. Hay aquí mujeres y niños, y supongo que ustedes no querrán que empecemos a disparar.

Zebulón Prescott vaciló. El furor aumentaba en él, y Sam miró con inquietud a su padre. Conocía bien su temperamento, porque, tratable y bueno en plan amistoso, Zebulón resultaba temible cuando se irritaba.

—Nos estaremos quietos —sugirió Sam, en voz baja.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los hombres del grupo se volvieron para dar la cara a los piratas de río. Zeke se separó de su madre para colocarse al lado de aquellos.

Alegremente, Hawkins, Marty y Dora se pusieron a registrar a sus prisioneros para despojarles de todo cuanto de valor pudieran llevar encima, evitando con cuidado situarse en la línea de fuego de sus compinches.

—¡No se pongan de mal humor, amigos! —advirtió Hawkins, como si aquello fuese cosa de gracia—. Forma parte de las nobles tradiciones pasar calamidades y conquistar el desierto con las manos desnudas y el corazón fuerte. Les dejaremos en esta isla, y si permanecen quietos, acaso les prestemos un hacha para que puedan construir nuevas almadías y seguir adelante con el mismo espíritu de sus antepasados. ¡Los americanos no deben darse por vencidos!

—¡Asistiré al espectáculo cuando te ahorquen, Bedloe! —barbotó Zebulón, furioso—. ¡Te veré colgar de la cuerda, aunque sea la última cosa que haga!

Linus Rawlings, a bordo de una barca vieja, divisó la pequeña isla situada en el centro del río. Hundió el remo profundamente, y la barca salió disparada hacia la orilla cubierta de vegetación. Cuando pasó río arriba no había letrero alguno en ese sitio, pero las letras pintadas ahora en el rótulo tenían algo que no le resultaba nuevo. Acostumbrado a interpretar las huellas que hallaba al paso, creyó identificar algo conocido en aquellas letras. Tan solo le costaría unos minutos saber si estaba equivocado.

En el fondo de aquella cueva, luego de recobrar las energías suficientes para examinar el lugar donde fuera engañado y robado, comprobó que el lugar había sido abandonado. En el embarcadero nada quedaba con que poder construir una balsa… Todo se lo habían llevado.

Pero entonces fue cuando recordó el sendero abandonado que viera al acercarse a la cueva por primera vez. Y retrocediendo, siguió el viejo sendero hasta llegar a una cala minúscula y semiescondida. Oculta entre la maleza, descubrió una barca en bastante mal estado y con un agujero en un costado. Reparó este con corteza de abedul, trabajo que le llevó algo menos de una hora. La embarcación llevaba mucho tiempo abandonada, y era poco probable que los ladrones estuviesen enterados de su existencia. Encontró el remo mediante el sencillo procedimiento de buscarlo en diversos sitios donde él mismo lo habría escondido si la barca hubiera sido suya.

Ahora, después de amarrar la embarcación debajo del ramaje colgante de un árbol frondoso, fue abriéndose paso por entre la maleza para dirigirse al embarcadero. Caminaba

con la cautela de un indio y llevando su cuchillo por única arma, consiguió aproximarse más.

Unos cuantos hombres iban sendero abajo llevando pieles… las suyas, precisamente.

—¿Nos largamos? —le oyó preguntar a uno de ellos.

—Lo has acertado —contestó Marty—. Mi padre quiere estar fuera de aquí antes que puedan llegar otros. En estos días son muchos los grupos de gente que baja por el Ohio, y ya sabes que a mi padre le gusta estar en movimiento constante. Tal vez dentro de seis meses o de un año, volverá a venir por este sitio para hacer lo mismo. —Echó una mirada a las almadías, y prosiguió—: Cuando acabes, suéltalas para que se las lleve el agua. Llegarán a los rápidos y desaparecerán.

Los hombres que transportaban las pieles regresaron por el sendero para ir en busca de más fardos, y Marty se acercó a una piragua donde empezó a meter rifles.

Como si fuese un fantasma, Linus regresó a la maleza y luego se arrojó al agua. Nadando por debajo de la superficie, se dirigió al embarcadero. Un minuto o dos más tarde llegaba, sin hacer el menor ruido, al espacio sombreado que había debajo de aquel. Estuvo inmóvil un instante, conteniendo la respiración. De la parte de encima, de los maderos, le caían trozos de corteza y algo de polvo, en tanto que Marty iba de un lado a otro. La popa de una piragua estaba algo separada del embarcadero, y Marty se agachó para acercarla.

Por el sendero bajaba un hombre llevando un fardo de pieles. Vio a Marty inclinarse para tirar de la popa de la piragua y desaparecer.

El individuo se detuvo, mirando la escena con los ojos muy abiertos y tratando de explicarse lo que acababa de ver. Marty había estado allí, pero ahora se había esfumado. En el agua aparecía un amplio círculo de pequeñas ondas.

De repente, Marty surgió del agua, boqueando, y soltó un aullido pavoroso. De una herida del costado le chorreaba la sangre. Acto seguido volvió a caer al agua.

Linus salió de debajo del embarcadero, y apoderándose de un rifle de la piragua, se lo aplicó al hombro e hizo fuego en el preciso momento en que el hombre se perdía de vista. Pero Linus era un cazador demasiado avezado para que se le fuese una presa, y alcanzó de lleno al fugitivo.

Este alzó los brazos y cayó de bruces sin que se le volviese a ver.

Instantáneamente, Linus saltó hacia la maleza, y una vez oculto, se quedó inmóvil. Carecía de pólvora y de balas, y el arma estaba vacía, valedera tan solo como maza.

Se movió veloz por entre los arbustos y llegó junto al claro donde se hallaba la choza. El «coronel» Hawkins estaba fuera, empuñando una pistola de dos cañones. Era evidente que escuchaba, intentando descubrir lo que había sucedido en el embarcadero.

Una apreciación rápida de lo que estaba pasando en la choza hizo comprender a Linus que la mejor oportunidad para una acción inmediata tendría que venir de Zebulón o de Sam. Sacó el cuchillo y lo arrojó a la espalda del hombre que los vigilaba.

Después… fue como si se hubiesen desencadenado todas las furias del Averno. Zebulón se adueñó del rifle del hombre que se desplomaba, cogiéndolo por el cañón, y golpeó con fuerza en el rostro al otro vigilante que estaba junto a la pared de lona. Este dio un salto atrás, Zebulón dio la vuelta al arma, y los dos hombres dispararon simultáneamente. La bala del ladrón erró el blanco, y fue a incrustarse en el rincón más lejano, pero la de Zebulón acabó con la vida del granuja.

Hawkins giró en redondo y disparó al propio tiempo. Su

primera bala alcanzó a Sam y le hizo caer de rodillas. El segundo disparo mató a Colin Harvey. El miserable se agachó y echó a correr, con los faldones de la levita aleteando, y se adentró en los matorrales. Dora le siguió, y ambos desaparecieron del claro del terreno.

Linus, después de arrojar el cuchillo, entró inmediatamente en acción, enarbolando el rifle a modo de arma. No era esta su primera experiencia en peleas de esta clase, y acabó para siempre con el último de los hombres de Hawkins.

Eva, al retirarse hacia la espesura con su madre y Lilith, reconoció a Linus. Sus ojos descubrieron enseguida su figura delgada, ligera, movediza, en el preciso instante en que salía de la maleza para lanzarse a la lucha.

—¡Oh, es él! —gritó—. ¡Es él!

Como pasa siempre en tales situaciones, la acción terminó tan bruscamente como había empezado. Hubo un momento en que se oyeron gritos, disparos, golpes brutales, y hombres que corrían. De repente, solo quedó la luz del sol filtrándose por los claros del bosque, algún que otro jadeo, un gruñido sofocado…

Rebeca por esta vez se olvidó de Zeke, y estaba arrodillada junto a Sam. Los hijos de Harvey se habían adentrado en la espesura, persiguiendo a Hawkins y a Dora, mientras que Eva corría al lado de Linus.

—¡Estás herido! ¡Tienes sangre en la espalda!

—Eso no es nada —dijo aquel—. Tendré que dar la vuelta para recoger mis pieles, y después me iré.

Dio ella un paso atrás, dejando caer los brazos en un ademán de desaliento, y con la mirada estudió la cara de su interlocutor.

—Entonces, ¿no viniste para…? —La excitación se había

borrado de su rostro—. No, ya veo que no fue así. Te robaron las pieles y llegaste aquí porque venías persiguiéndolos. Debí comprenderlo así.

Linus esquivó su mirada, disgustado por su propio sentido de culpabilidad y por la acusación que se leía en los ojos de la joven. Era una mujer de cuerpo entero, se dijo para sí, una mujer con la clase de valor que él siempre había admirado. Comprendió lo que tuvo que haberle costado a su orgullo acercarse a él la primera vez. Lo malo estaba en que él no era hombre casadero. Si lo hubiera sido…, esta era la esposa apropiada para él.

Los Harvey regresaron del bosque y anunciaron con disgusto que los fugitivos se habían escapado.

—Tenían una piragua oculta en el otro extremo de la isla —dijo uno de ellos.

—Disparé —manifestó Brutus—. Me parece que conseguí herirle, pero no estoy seguro.

—Dejémosles marchar —contestó Prescott—. Sus pecados se encargarán de ellos.

Hizo lo posible por no mirar a Sam. Rebeca, ayudada por Lilith, hacía lo que estaba a su alcance. La idea de perder a Sam le dolía profundamente, y atormentábale pensar en la posible gravedad de sus heridas. Sam había cambiado desde que comenzó el viaje, transformándose en un hombre, casi inmediatamente, tomando decisiones por su cuenta y comportándose con un aplomo que Zebulón nunca le había visto antes.

Acaso bastó el solo hecho de dejar la granja, la granja de Zebulón. Ahora eran dos hombres y nada más, dos hombres, cada uno de los cuales hacía la parte de trabajo que le correspondía.

Por primera vez, mirando a Sam y el cadáver de Colin

Harvey, Zebulón Prescott empezó a comprender todo lo que podría costarles esta aventura de desplazamiento al Oeste. Ninguna tierra nueva se conquista sin sangre y sufrimientos, y ellos habían sido temerariamente audaces al dejarlo todo atrás y venir a esta región del río Ohio. Esta osadía podría costarles un precio muy caro.

Apenas acababan de empezar. ¿Cuántos morirían antes de que el Oeste fuera conquistado? ¿Cuántos por culpa del río, de las inundaciones, de los vientos, de los huracanes, o a causa de enfermedad? ¿Cuántos perecerían de hambre y agotamiento? El camino era muy largo hasta las montañas resplandecientes. Le alegró pensar que no iban a ir tan lejos… No seguirían muchas millas más allá, por supuesto.

Dio media vuelta y se dedicó a mirar lo que los salteadores habían dejado dentro de su tienda. No era mucho lo que podían añadir a sus provisiones: algo de comida, municiones, moldes para hacer balas, y unas cuantas armas. Ayudado por Zeke, comenzó a sacar despacio las cosas. Todas, o la mayor parte, eran producto del robo. Lo más probable era que sus propietarios estuvieran ahora muertos, o en el Oeste. A veces tanto importaba una cosa como la otra.

Linus Rawlings apiló sus pieles en el reducido embarcadero. Había visto su canoa en el fondo de la cala, a solo unos cuantos pies de la superficie del agua, y confiaba en poder repararla. Recuperó su rifle, y se adueñó de cierta cantidad de pólvora y plomo.

Eva y su madre habían preparado un lecho para Sam, a la sombra de un árbol, y Linus ayudó a Zebulón a trasladar al herido.

Solo cuando tuvo todas sus pieles en el embarcadero se decidió a sumergirse en la cala y retirar cuantas piedras mantenían hundida su canoa. Brutus Harvey le ayudó a

vararla en un punto de la orilla que formaba suave pendiente, y Linus la observó hábilmente calculando las reparaciones que necesitaba hacer. Eran precisos dos parches de corteza de abedul solamente, pues realmente Marty no había hecho grandes esfuerzos por hundirla.

Se le escapó un juramento en voz baja al iniciar el trabajo. Parecía como si en estos días no tuviera más faena que arreglar barcas. Esta era grande, y fuera de las partes destrozadas, se hallaba en buenas condiciones y era relativamente nueva. La piragua que encontró entre la maleza cercana a la cueva, donde le agredieron, era demasiado pequeña para cargar las pieles, pero resultaba rápida y fácilmente manejable.

Sonaron pisadas en el sendero que tenía a la espalda. Eran unas pisadas firmes y suaves, y adivinando quién pudiera ser, sintió halagada su vanidad, experimentó un deleitoso placer y algo así como un calor extraño. Le irritó sentirse tan confuso consigo mismo. Después de todo, ¿qué era lo que se proponía hacer?

La muchacha llegó a su lado y se detuvo, contemplando la canoa estropeada.

—Me va a costar trabajo —indicó Linus—. Pero la voy a dejar lo mismo que si fuese nueva.

—¡Linus…!

—Eva, no hablemos más de ello.

—Linus, óyeme bien. Ni tú mismo te conoces.

—Tal vez sí, o quizá no. No puedo negarte que pienso en ti, pero sin embargo aquella fulana de la cueva me convenció para que bajase con ella a ver «las sabandijas». Mira, Eva…, no he nacido para ser agricultor ni marido.

—Bueno, no pienso hablarte otra vez de lo mismo, aun

cuando volviéramos a vernos.

—Es lo mejor, y te deseo buena suerte, Eva. ¡Ah, y conste que hace mucho tiempo que esto no se lo decía a nadie!

Conteniendo las lágrimas, la joven giró en redondo y se alejó de prisa por el sendero. Linus se incorporó y hubo un momento en que poco le faltó para llamarla. Pero frunció el ceño y cerró los labios.

«No eres hombre casadero —se dijo para sus adentros—. No habrías hecho más que instalarte en algún terreno, cuando ya empezarías a pensar cómo soplaba el viento allá por Paso del Sur, o en el modo de agitarse el agua en aquel lago que hay al pie de los Tetons.

»Todo el tiempo que estuvieras abriendo un surco te lo pasarías recordando los fuertes vientos que azotan los pinares que hay en la cima del Mogollon Rim, en Arizona, o la sacudida de la cola del castor sobre las aguas de alguna laguna, allá en la pradera. No, señor. No eres hombre casadero, Linus, de ninguna manera».

Cortó un pedazo de corteza de un abedul próximo y lo extendió para retirar la parte echada a perder y sustituirla por este trozo nuevo, pero el rostro de la joven seguía fijo en su mente, impidiéndole trabajar a gusto. Renegó en voz baja, frunciendo el ceño mientras fijaba el parche en su sitio.

Ya era hora de que se marchase a Pittsburgh… y cuanto antes, mejor. No era el momento más apropiado para enternecerse con ninguna muchacha que la casualidad le pusiera delante.

Capítulo VI

A pesar de ser mediodía, el río se hallaba casi en tinieblas. Las aguas embravecidas y oscuras corrían velozmente, alentadas por unas nubes bajas y negruzcas. El trueno retumbaba a lo lejos, y aquí resonaba el ruido de la lluvia sobre el agua.

Un cuarto de milla adelante, la almadía de los Harvey corría veloz río abajo y podía vérsela a través del velo grisáceo de la lluvia. Seguramente era Brutus quien llevaba el remo del timón. Era el más fuerte, el más firme. Jamás se excitaba, no se alteraba cuando aparecía el peligro o la dificultad; simplemente inclinaba la cabeza y seguía adelante, como si su destino quisiera que así lo hiciese siempre, hasta su último día.

Cuando otros se atemorizaban o lanzaban gritos, cuando ellas gemían o derramaban amargas lágrimas, allí estaban los Brutus del mundo entero para continuar adelante. Los cambios de vida, la enemistad, la derrota, las contrariedades…, todo eso lo toman ellos con calma, viviendo su vida con perseverancia silenciosa.

Eva pensaba en todo ello en tanto que contemplaba la lluvia desde la caseta. Brutus era un hombre bueno, y lo único malo estaba en que no era el hombre de sus ideales. No es que él hubiese mostrado la menor inclinación por ella. Por su parte, no había sino un interés amistoso y normal.

Zebulón entornó los ojos para evitar la molestia de la lluvia

que le martilleaba las mejillas, mirando adelante por si surgía el obstáculo de algún tronco arrastrado a la deriva. Lilith se debatía con una cuerda procurando sujetar con mayor seguridad la lona de la rústica cabina, que una racha de viento fuerte había dejado suelta por aquel lado.

—¡Ten cuidado, Lil! —le gritó su padre, esforzándose para ser oído, a pesar del rugido de los truenos y el repiqueteo de la lluvia y el viento—. ¡Ten mucho cuidado!

Ya no podía divisar la almadía de los Harvey, pues la lluvia lo había borrado todo. Las aguas del río parecían correr a mayor velocidad. ¿Serían la lluvia y el viento lo que producía esta impresión?

Ansioso, Zebulón miró adelante con más interés. Un hijo herido y el otro enfermizo… Las jóvenes cuidando de Sam. Hasta ahora nunca se había dado cuenta de lo mucho que tenía que depender de Sam. De repente, cosa extraña, la mitad de su mente comenzó a pensar en él, mientras la otra procuraba atender al río y luchar contra sus embates.

Le sorprendía no haber tenido ni idea de cómo era su hijo. Un hombre tiene hijos y lo considera lógico. Son suyos, crecen en el hogar, y los conoce en muchos aspectos. Pero luego, de pronto, se da cuenta de que son individuos con ideas propias, sueños y ambiciones quizá muy diferente de todo cuanto se habría supuesto.

Pensó en Sam, comparándolo con las jóvenes, con Lilith, que no sabía lo que quería… o que no había encontrado las palabras para expresarlo. Y en Eva, que iba tras de lo que deseaba con tranquila insistencia. Sam había sabido ver dentro de él. Juntos habían comentado aquellos días en que él fue a la ciudad a ver aquel espectáculo y sus artistas. Sam supo leer las ideas que le bailaban en la mente, e hizo que Zebulón se sintiese repentinamente avergonzado ante su hijo. Sam, al

menos, había sabido comprender algo de él. Pero ¿qué sabía él de Sam?

Inesperadamente, desde la parte delantera de la almadía, Zeke se volvió, y haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Padre! ¡Son las cascadas! ¡Las cascadas del Ohio!

Intranquilo, Zebulón se irguió en toda su estatura, esforzándose por penetrar con la mirada la espesa cortina de lluvia. No podía ser… Sencillamente, esto no era posible. Las caídas de agua estaban en el otro canal.

A menos que… a no ser que hubiera equivocado la ruta. ¿Dónde se encontraban los Harvey? Después de todo, no podían llevarle mucha delantera. Pero el caso era que había tomado un canal por otro, y ahora los Harvey habían desaparecido, e irían ya muy lejos por el otro lado.

El miedo se apoderó de él. Procuró desecharlo, echar fuera aquella acidez que le subía por la garganta. No había agua blanca a la vista, pero Zeke tenía razón. Pudo notar el tirón de la corriente, comprobó la fuerza con que sacudía la almadía, a pesar de la pértiga.

Luego vino un agua suave y de tono oscuro, y la almadía pareció que aumentaba su velocidad. Le habían advertido que no vería agua blanca hasta que fuera demasiado tarde, y que los rápidos no le darían impresión alguna de alarma. Solo uno que hubiese navegado por aquellas aguas podía comprender el peligro que encerraban. Todo parecía tan sencillo, tan plácido…

Zeke gritó de nuevo, reflejándose en su voz el pánico que le dominaba. Delante de la almadía, Zebulón vio una roca gigantesca, alrededor de la cual hervía el agua. Más allá vio otra.

Como una ola fría le inundó el temor. Desesperado, Zebulón luchó contra aquella violencia, pero aun cuando se

esforzó en desviarse de la corriente, comprendió que era muy poco lo que podría hacer para mantener incólume la almadía en unas aguas que la atraían velozmente en dirección de las rocas.

Ya no se la podía considerar sino como algo viviente que saltaba y se hundía en el agua espumeante. De improvisto, cuando la proa de la almadía se alzó a impulso del agua rugiente, el viento hinchó la lona que servía de techumbre al cobertizo. La tela, así hinchada, se transformó en un globo gigantesco, y Lilith se cogió del borde con todas sus fuerzas.

Un instante después fue lanzada por un costado y cayó a la velocísima corriente, desgarrándose la lona al tiempo de caer con ella.

En cuanto salió a la superficie, Eva le lanzó una pértiga, pero la muchacha, a pesar de un gran esfuerzo, no consiguió asirse a ella, y el agua la empujó a gran distancia. Antes de perderse de vista, la vieron nadar con energía hacia la orilla.

—¡Padre! —exclamó Zeke—. ¡La caseta nos arrastra! ¡Corta las cuerdas! ¡Déjalo que se vaya!

Dejó caer una pértiga que ya de nada le servía y se apoderó de un hacha. Tambaleándose en la movediza almadía, Zebulón hizo todo lo posible por deshacer las cuerdas enmarañadas. El cobertizo o caseta de lona, actuando como una enorme ancla marina, estaba volcando la almadía de costado.

Dio hachazos golpeando con la mayor violencia, hasta que, por fin, logró cortar las cuerdas, y la caseta se perdió entre el viento. Un instante más y la almadía hubiese volcado en aquellas aguas enfurecidas.

—¡Enderézala, padre! ¡Enderézala!

Zebulón quiso buscar la pértiga que le servía de timón y cayó de bruces. Sintió un golpe fortísimo en la cabeza, pero se

levantó enseguida y cogió la pértiga en el mismo instante en que el extremo de la almadía chocaba contra una roca. Fue un golpe de una violencia extraordinaria que sacudió a la almadía en toda su longitud, y acto seguido, la corriente obligó a la embarcación a girar de un lado a otro.

Con horror creciente, Zebulón observó que la sacudida al chocar contra la roca había destrozado algunas de las cuerdas que mantenían unidos los troncos, y que estos empezaban a separarse. El agua se veía ya por entre ellos. Gritó como un loco, y dejó caer la pértiga inútil para ir en ayuda de su esposa, que se encontraba junto a Sam.

—¡Agárrate bien! —gritó—. ¡Agárrate bien a un tronco!

Eva oyó gritar a su padre, pero sin llegar a saber lo que decía, pues un segundo después los troncos cedían bajo sus pies y se hundía en las aguas heladas.

Los troncos se golpeaban unos con otros por encima de su cabeza. Hizo un esfuerzo violento para alejarse de ellos. Delante esperaba la muerte, y vio cómo uno de los troncos chocaba contra una roca y la corriente lo levantaba como si fuese una paja.

Oyó gritos, un alarido escalofriante, y observó que su padre llevaba a Rebeca sujeta por la cintura. Los troncos se golpeaban produciendo un ruido como si fueran disparos, y Eva sintió el zarpazo furioso de una astilla que le golpeó en plena cara. Después empezó a nadar enérgicamente a favor de la corriente, pero de través, procurando llegar a la orilla.

Volvió atrás la cabeza y vio un tronco que se le venía encima. Hizo un esfuerzo y pudo evitar recibir un fuerte golpe. Se cogió a él, cuando lo tuvo casi encima, y sintió como si la corteza le desgarrase la mano, pero logró echarle un brazo por encima, en un intento tremendo para salvar su vida.

La caída de agua tenía tan solo unos pocos pies de altura, y vista desde la orilla, habría parecido de escasa importancia. Eva se encaramó sobre el madero, aferrándose a él, y continuaba en igual postura cuando salió de nuevo a la superficie. De pronto, el tronco cesó en sus saltos alocados. Algo más adelante se veía un amplio remolino, y más allá un lugar cercano a la orilla donde el agua se amansaba increíblemente.

Soltó una mano y se echó atrás el cabello que le caía por la cara. Cerca había un banco de arena, y en él observó una masa oscura e inmóvil. Sintiendo un nudo en la garganta a causa del temor, empezó a acercarse, sirviéndose de la mano libre y de ambas piernas, y utilizando el tronco a modo de piragua.

Cuando sus pies tocaron fondo dejó suelto el madero, se incorporó y, chorreando agua, llegó a la orilla.

Al ruido que produjo, la masa oscura se movió, y se alzó una cabeza. ¡Era Sam… y estaba vivo!

Se arrodilló a su lado y él intentó levantarse. Todo su cuerpo se agitó a causa de un espasmo de tos, y escupió buena cantidad de agua del río sobre el fango de la orilla.

—¿Te encuentras bien, Sam? ¿Estás herido?

Movió él la cabeza en sentido negativo y arrodillado como estaba, echó el cuerpo adelante.

—Estoy bien —murmuró.

Eva volvió la cabeza, buscando algo a su alrededor… y temerosa de lo que pudiera ver. Algo —había bastante distancia y podía tratarse de un tronco— fue a parar al espeso junqueral que bordeaba la orilla. No se veía nada. Era tarde, y el cielo se hallaba muy nublado.

—¿Lo consiguieron? —preguntó él—. ¿Y Lil? ¿Has visto a

Lil?

—Cayó unas millas allá arriba. —El viento frío la hizo estremecerse—. Sam, habremos de encender una hoguera.

Ayudándose mutuamente, fueron tambaleándose hasta el borde de la arboleda, donde la joven recogió algunas ramas desgajadas y unas cuantas cortezas de los troncos arrojados allí por la corriente del río. Casi junto a las raíces de un árbol gigantesco, lo acumuló todo y se dispuso a encender fuego.

Con acero y pedernal, Sam consiguió hacer brotar unas chispas después de varios intentos, y así pudieron prender unos trozos de corteza seca a los que añadieron algo de musgo que descubrieron al lado de un árbol, y poco después, a costa de abanicar con las manos y soplar, vieron saltar la llama que, poco más tarde, prendía en el conjunto de maderas y ramas.

Cuando ya la fogata ardía en su plenitud, los dos hermanos se sintieron estremecidos por un viento frío que había comenzado a soplar, y los vestidos mojados no eran la mejor defensa contra ese viento. Pero unieron sus esfuerzos para levantar un colgadizo, algo que les protegiera del frío de la noche.

Desde un árbol en forma de horquilla hasta una rama del mismo, cuyo extremo se hundía en la tierra húmeda, Sam colocó una rama larga, y sujetando aquí otras que llegaban hasta el suelo, hizo una especie de cortina a la que después puso un tejadillo, sirviéndose de los mismos materiales. A continuación se quitaron las ropas y las colocaron a secar cerca del fuego, mientras ellos se sentaban muy juntos para guardar el calor.

Pasó la tarde. Seguía lloviendo, pero el agua se había convertido ahora en una llovizna fina que prometía continuar a lo largo de la noche entera. A intervalos, Sam se levantaba y

cortaba más ramas para añadirlas al tejadillo, o en otras ocasiones, echarlas al fuego para que no se extinguiera.

Eva no podía reprimir el miedo cada vez que miraba a su hermano. Tenía la cara macilenta y grisácea, y la herida había vuelto a sangrar.

—Sam, ¿te encuentras bien?

Él estuvo un momento sin responder, y cuando lo hizo, dijo:

—Muy bien, pero me siento extenuado.

Se dejó caer en la tierra húmeda, cerca de ella.

—Eva, ¿qué crees que sucedió? Me refiero a ellos, claro. ¿Supones que seamos los únicos en habernos salvado?

—No lo creo. Vi que papá sujetaba a mamá. Ella nunca quiso aprender a nadar.

—Tenía miedo al agua.

El viento soplaba con fuerza de la parte del río. Las llamas oscilaban y saltaban a impulsos del viento, y una que otra vez caía en el fuego una gota de lluvia. El colgadizo les servía de poco, pero procuraban no dejar apagar la fogata, y en cierta ocasión, Sam se adentró en el bosque en busca de más ramas. Regresó arrastrando un árbol seco, del que desgajó el ramaje para echarlo al fuego.

Eva temía pensar en Lilith y en Zeke. Lilith era la mejor nadadora del grupo, mejor aún que Sam, pero Zeke era el más débil… o, por lo menos, lo parecía. Las enfermedades sufridas durante su infancia hicieron pensar a su madre que no era un muchacho fuerte, si bien él siempre deseaba estar al aire libre y jugar.

No hablaron más, pero continuaron unidos, fríos, mojados y tristes, lo más cerca posible de la pequeña hoguera, moviéndose únicamente para agregarle más ramajes. Eva

hacía lo posible para que Sam no advirtiese el miedo que la dominaba. Necesitaba descansar, lo precisaba a toda costa. Pero ¿qué habría sido de su padre y de su madre? ¿Dónde estarían ahora?

El viento aumentó su ímpetu. No era de noche todavía. Hacia el este se observaba un claro en las nubes sombrías. La lluvia acababa de cesar, pero de los árboles se desprendían unas gotas grandes y pesadas, excepto cuando una racha de viento agitaba el follaje y sobre los hermanos caía una pequeña ducha.

Sus vestidos estaban secos, o al menos todo lo secos que se podía esperar, de modo que Eva se vistió y salió a recorrer la orilla del río. La muchacha se sentía arrastrada hacia aquella cosa oscura que vio detenida por los juncales, pero ya era demasiado de noche y no pudo ver nada.

Encontró un fardo de ropas envuelto en una lona, que había llegado flotando hasta la orilla. Se hallaban secas gracias a la cubierta impermeable. Descubrió también un cubo de madera y una tetera, cosas ambas que se habían mantenido a flote.

Inesperadamente oyó un grito, y Zeke salió corriendo de la floresta, llevando a Lilith casi pegada a sus talones. Cayeron unos en brazos de otros y se estrecharon con fuerza, sin decir nada. Fue Zeke quien primero rompió el silencio.

—¿Y mamá? ¿Está bien? ¿Y papá?

—Sam está junto al fuego —fue lo único que Eva pudo contestar.

Lilith aún chorreaba agua.

—Cuando llegué a la orilla —explicó— comprendí que no podía hacer más que seguir el curso del río para tratar de reunirme con vosotros.

—¿No viste lo que pasó?

—Me lo ha dicho Zeke. He estado andando desde que llegué a la orilla. Eso fue un poco después del mediodía. —Se aproximó al fuego y añadió—: Me reuní con Zeke una media milla más atrás.

—Sam teme que no pudieran ganar la orilla —manifestó Eva—. Mamá no sabía nadar, y seguramente papá trató de salvarla. Lo más probable es que no consiguiera nada.

Aquí y allá se divisaba ahora una estrella por entre las aberturas de las nubes. Reunieron más ramas y agrandaron el improvisado cobertizo. Zeke y Lilith se habían salvado. Pero ¿y sus padres?

—Suponiendo que… que no los encontremos, ¿qué pensáis hacer? —indagó Zeke.

—Yo no voy al Oeste, eso desde luego —respondió Lilith, alzando la cabeza en gesto de reto—. Nunca quise ir, y ahora nada tenemos allí que hacer ninguno de nosotros.

Eva los fue mirando uno tras otro. Siguió sentada, absolutamente inmóvil y pensando que esto representaba el final de algo, el fin de la familia que habían constituido siempre. Primero desapareció la granja, y con ella cuanto habían considerado su hogar, lo que para ellos había de estable. Y ahora sus padres…, porque en el fondo de su corazón tenía la dolorosa certeza de que habían desaparecido.

Aquí se terminaba todo lo que habían conocido. Este era el comienzo de cuanto les quedaba por aprender, pensaba Sam, por su parte.

¿Y Lilith? A su madre le preocupaba Lilith y sus caprichos, pero Sam había estado más cerca de ella que ningún otro, y no sentía la menor preocupación. Era una muchacha, mas poseía una firmeza de acero y él lo reconocía. Lilith se abriría camino por sí misma, y en este aspecto, no le aventajaba

ninguno de los demás. Acaso fuera más audaz que el resto, pero su camino era distinto. En cada generación hay alguno que rompe las tradiciones familiares, y este era el caso de Lilith.

Sam seguiría su camino hacia el Oeste, pues ya lo deseaba antes siquiera de que su padre lo mencionara. No dijo nada a sus padres, pero comunicó sus proyectos a Eva y a Lilith, pensando siempre que iría él solo, no con su familia.

—Será preferible que te acuestes, Sam —aconsejó Eva, mirando a su hermano por encima de la hoguera—. Estás fatigado.

Le ocurría algo peor que eso, y por esta vez, no hizo la menor protesta. Se limitó a meterse más adentro del cobertizo y a hacerse un ovillo. Eva abrió el fardo de ropas que encontraron cubierto por la lona y descubrió una chaqueta de su padre. Con ella tapó a Sam, y aún le echó por encima un trozo de la lona. El resto serviría para cubrirse todos los demás.

El viento susurraba entre las frondas. Zeke se volvió y fue a acurrucarse al lado de su hermano. Eva quedó a solas con Lilith.

—¿Crees que han muerto, verdad? —preguntó esta.

—Sí.

—También yo. Aun cuando el agua los hubiese arrastrado, papá ya nos habría encontrado, guiándose por la luz de la hoguera.

—¿Qué vas a hacer, Lilith?

La joven se arropó más con la manta que venía en la lona, y se cubrió los hombros.

—No lo sé. Lo único que puedo hacer es tocar ese viejo acordeón y cantar algunas canciones, pero me gusta la gente.

Quiero estar donde haya mucha, donde sucedan cosas. Y ansío poseer vestidos bonitos.

Eva escuchaba el ruido del río. ¿Cuántos hombres, a través de los tiempos, habrían permanecido de noche escuchando el rumor del agua? ¿Y cuántos lo habrían hecho en este mismo río? Recordó que alguien había hablado con su padre acerca de los extraños montículos existentes en la región del Ohio, gigantescas colinas artificiales hechas por razones desconocidas de todos, por un pueblo mucho más antiguo de cuanto se podía imaginar. Aquellos mismos hombres pudieron haber estado sentados aquí, junto a este río… Los constructores de los montículos podrían haberlo hecho, o los indios, o los exploradores.

Levantó la mirada hasta fijarla en los árboles. Eran viejos y monumentales y representaría una faena inmensa despejar aquí el terreno. Luego recordó haber atisbado una pradera detrás de donde estaban en este instante. Fue solo una simple mirada, pero allí había una pradera verde. Acaso no fuera preciso despejar el terreno.

Habría que considerar esta posibilidad.

A muchas millas de distancia, Linus se levantó con las primeras luces del alba y se puso a reparar su canoa. Ello le costó más tiempo del que suponía, pues descubrió otro desgarrón, inadvertido al principio, y necesitó volver al bosque en busca de un nuevo trozo de corteza de abedul. Cuando encontró lo que precisaba, tuvo que reconocer, bien a pesar suyo, que se encontraba en un atolladero.

Nada había en aquel islote que fuese de su agrado, y, sin embargo, se resistía a marcharse. En cuanto iniciase la marcha río arriba, cada golpe de remo le alejaría más de Eva.

Quería ver Pittsburgh, y después seguir hacia el este para llegar a Nueva York, o dondequiera que fuese, y poder ver

aquel océano del que tanto había oído hablar. Allí tenía que contemplarse una gran masa de agua, puesto que era mayor que el Lago Salado, y algunos llegaban a afirmar que era todavía más ancho que las Grandes Llanuras. Siguió pensando en Pittsburgh y en aquel mar, pero en el fondo de todo continuaba fijo el recuerdo de Eva.

Después de contemplar los costurones hechos a su barca, se incorporó y vio acercarse una piragua, conducida despacio por dos hombres.

—¡Hola! —El que iba en la proa llevaba una desteñida camisa de lana roja, y sonreía amistosamente—. ¿Va río arriba o río abajo?

—A Pittsburgh, cuando tenga arreglada la canoa.

Dejaron quietos los remos en el remanso cercano al embarcadero, y el hombre de la camisa roja le brindó un trozo de tabaco negro para mascar. Linus lo rehusó y le dio las gracias.

—He encontrado a unos individuos llamados Harvey más allá de los saltos de agua. Dijeron que había ocurrido un accidente terrible por aquellos lugares. Se trataba de unos amigos suyos.

Algo dentro de Linus dejó de funcionar inmediatamente. Levantó los ojos.

—¿Dice… que un accidente?

—Unos que viajaban con los Harvey siguieron por equivocación la desviación del río, a causa de la tormenta, y cayeron por las cascadas.

—¿Le dijeron el nombre?

—Una buena gente llamada Prescott, según explicó Harvey. —Los dos hombres miraron a Linus con curiosidad —. También dijo que habían perdido un hijo en una pelea

sostenida por estos alrededores con los piratas del río.

Con un movimiento de cabeza, Linus indicó el islote que tenía a la espalda.

—Ahí detrás está enterrado. ¿Qué más sabe de los Prescott? ¿Se pudo salvar alguno?

—Harvey lo ignoraba. Les llevaba una delantera de veinte millas y no volvió a ver a ninguno de ellos. Se figuraba que todos habían muerto, que había desaparecido el grupo entero.

El que iba a popa de la piragua terció en la conversación:

—Será mejor no hablar más. —Hizo un guiño a Linus, y prosiguió—: Según me siento, creo preferible que nos apresuremos o no quedará ni una gota de whisky. De buena gana me lo bebería todo.

Linus continuó su trabajo y lo dio por acabado unos minutos más tarde. Alzó la embarcación y la dejó caer al agua. Luego se quedó mirando atentamente para ver si entraba agua a través del remiendo, pero no era así. Mientras lo hacía, no fue capaz de pensar en nada. Observaba simplemente el fondo de la barca.

Por fin se puso a cargar las pieles, haciéndolo con calma y reflexionando en tanto realizaba la faena. Cuando tuvo cargada la canoa había llegado al convencimiento de que no quería vivir en un mundo del que faltara Eva.

En su interior sentía un vacío inmenso, un vacío de sentimientos, de resolución, de todo. Ya no le atraían el whisky y las chicas de Pittsburgh. Hasta la vista del océano le parecía ahora innecesaria y sin objeto.

Ella había muerto. Eva había desaparecido.

Hasta ese momento no se dio cuenta de lo mucho que significaba para él. Durante años enteros había vivido sin preocuparse sino de sí mismo. Había sido libre, pero también

un hombre solitario.

Eva, con aquella su soledad interior, había penetrado suave pero hondamente en su vida, y temiendo esa soledad más de lo que pudiera herir su orgullo, se acercó a él. Mansa y honestamente había intentado atraérselo.

En ella no hubo argucias ni artificios femeninos. Se mostró franca, abierta, sincera… y terriblemente necesitada, porque lo estaba, y mucho.

Con amargura, reconsideró los años últimamente pasados, y comprendió que gran parte de su inquietud estuvo inspirada por su propia soledad, por la necesidad de tener alguien junto a sí, de algo por lo cual preocuparse. Al principio, su vagabundeo fue provocado por su amor a las tierras salvajes y extrañas…, a aquella región abierta y libre con montañas magníficas, sus grandes ríos, que brotaban Dios sabía dónde, su belleza imponente… Pero algún tiempo después, las tierras extrañas no fueron bastante.

Y esto lo comprendía ahora, cuando Eva había muerto.

Pero… ¿y si todavía estuviera viva? ¿Y si se encontrase allá lejos, en alguna de las orillas del río, sola y herida?

Había él vivido demasiado tiempo en tierras solitarias para no saber que el cuerpo humano es capaz de sobrevivir a gran número de penalidades y aun torturas. Todos los montañeros conocían la espantosa historia de Hugh Glass, desgarrado y lacerado por un oso gris, dejado por muerto por sus compañeros de viaje, y que, pese a todo, se había arrastrado más de cien millas y caminado unos cuantos cientos más, disputando a los lobos el cadáver de un búfalo, y llegando vivo a lugar civilizado.

También sabían todos los montañeros la historia de John Coulter, a quien los indios pies negros habían perseguido como fieras y que, después de una penosa carrera,

completamente desnudo y seguido de cerca por los pies negros, logró matar a su perseguidor más cercano con su propia lanza, y escapar, corriendo hasta que sus pies desnudos se convirtieron en horrendas masas de sangre y carne despedazada. Sin embargo, consiguió evadirse y sobrevivir.

Dos hombres, por lo menos, había conocido Linus que sobrevivieron después de haberles arrancado los indios el cuero cabelludo… Y había tantas historias más…

Cargó el último fardo de pieles, lo cubrió todo con la de búfalo y lo sujetó convenientemente. Ya no pensaba. Ahora obraba con rapidez, porque necesitaba saberlo todo. Tenía que cerciorarse de si ella estaba muerta. Si se encontraba abandonada y herida, estaba obligado a ir en socorro suyo.

E inició el recorrido río abajo. Las caídas de agua no eran cosa temible para un barquero que había conocido las corrientes violentas del Yellowstone y del Snake. Para una embarcación mayor o una almadía, sí que resultaban peligrosas. Hundió con fuerza el remo y lanzó su canoa hacia el comienzo de los rápidos.

Podía ser que ella estuviera por allí; *tenía que estar* viva.

Los atisbó de pie en la orilla del río antes de que ellos le viesen a él. Los vio, pero sin distinguirlos con claridad, porque la embarcación iba disparada hacia la catarata, hasta salir al espacio como una bala. Cayó de golpe al agua, hundió el remo una y otra vez, y quedó fuera de peligro.

—¡Es Linus! —exclamó Eva, y se lanzó a su encuentro.

Consiguió él llevar su embarcación hasta la orilla, y fue en busca suya. Las caras de los náufragos le dijeron todo cuanto necesitaba saber… Las caras y las pocas cosas que habían logrado salvar del agua.

Sam estaba flaco, consumido, y casi no podía tenerse en pie. Pasarían semanas, acaso meses, antes de que volviese a la

normalidad. Zeke tenía buen aspecto, pero el chico necesitaba tener unos pocos años más.

—¿Y tus padres? ¿Es que…?

—Los enterramos allí abajo —contestó Eva, en voz baja—. Se ahogaron juntos. Mi madre no sabía nadar, y mi padre no la abandonó. Los encontramos enredados entre los juncos, río abajo.

—Si alguien ha entrado directamente en el cielo deben de haber sido ellos. Eva —continuó, mirándola fijamente—, no sé expresarme bien, ni soy hábil en cortejar a una mujer, pero durante todo el camino me he venido diciendo que si te encontraba viva… Eva, ¿quieres acompañarme al Este?

—No, Linus, voy a quedarme aquí. No moveré un solo pie, en una u otra dirección. Mis padres querían una granja en el Oeste, y lograron llegar hasta aquí. Me parece que es este lugar el que Dios les había señalado para que se quedaran.

—Sam necesitará reposo y cuidados, Eva, y el invierno se acerca. Quiero decir que solo quedan un par de meses…, menos de eso, para que comience a nevar. Los inviernos son bastante duros.

—Me quedo, Linus. Quiero levantar mi hogar aquí mismo.

—Me molesta decirlo, pero no demuestras mucha sensatez, Eva. Es cosa que está bien clara.

—Linus, la mitad de los que van al Oeste no son precisamente gente muy sensata. Lo sabes tan bien como yo.

Estuvo un buen rato mirándola, y luego alzó la vista y contempló detenidamente los alrededores. Consistían casi tan solo en un espeso bosque y muy poca maleza, y se trataba más bien de bosque virgen, jamás talado ni podado hasta ese instante.

Pero, lo mismo que a Eva, le llamó la atención la pradera y

se acercó para observarla, así como los árboles gigantescos y el macizo de altas hierbas. Sí, a pesar suyo, hubo de reconocer que era un buen lugar, un sitio muy bueno.

Aquel chorro de agua que bajaba de lo alto significaba que existía un manantial en algún punto próximo, y el arroyo que se veía en el fondo de la pradera tenía de tres a cuatro pies de anchura, y medio de fondo. La hierba era buena, y a juzgar por ella y otra vegetación, comprendió que el terreno era rico.

Había observado ya —sus ojos de cazador sabían advertir tales detalles a simple vista— las huellas de venados. Poco antes, mientras venía río abajo, vio un oso negro en el borde del agua. ¡Sí, no podía dudarse, era terreno de caza!

El río les brindaba un excelente medio de transporte. Desde aquí podía irse con facilidad hasta el Mississipí con todo lo que tuviese para vender —pieles y otros artículos— y podía cultivar aquello que no se diera en el bosque.

También podía construirse una casa bastante bonita en las cercanías del agua, empleando madera de la colina que había detrás, y tendrían leña abundante para el invierno. Y si sabía andar vivo, hasta podría encontrar ganado perdido entre la maleza, pues había oído comentar que algunos pioneros del Oeste habían perdido sus ganados.

—Eva —dijo, cuando estuvo de nuevo a su lado—, eres una mujer de grandes soluciones. Me parece que he dejado mis correrías para siempre.

Se volvió a los otros y manifestó:

—Sois bienvenidos entre nosotros, si es que deseáis quedaros. Este será vuestro hogar en tanto lo deseéis, o cuando se os ocurra regresar. Sam, estoy pensando que tal vez quieras ir al Oeste, pero sería preferible que te quedaras para recobrar las fuerzas. Zeke, bienvenido seas.

Se encaró con Lilith, pero esta dio un paso atrás.

—Yo me voy al Este, Linus. Se lo dije a mis hermanos y te lo digo también a ti. No quiero vivir en una granja.

—Bueno, es lo que me figuraba —repuso él, con suavidad —. Si lo crees así, será mejor que no lo hagas. Pero me parece que debieras aguardar hasta que venda mis pieles… Vestidos. Necesitarás algunas ropas… Una mujer que va al Este para codearse con personas como Dios manda, debe ir bien equipada si desea juntarse con ellas. Sin tener quien te conozca, te juzgarán según como vistas. Y luego, supongo que podrás salir adelante si cuentas con uno de esos acordeones como el que tenías.

Sacó la pipa y se dedicó a llenarla con sumo cuidado, antes de proseguir:

—Cuando venda mis pieles, procuraré ponerte en condiciones y que, además, lleves algún dinero en el bolsillo. Todo lo demás será cuenta tuya.

Lilith empezó a decir algo, pero se le llenaron los ojos de lágrimas, y dando media vuelta, echó a correr hacia la orilla del río.

—Eva, si decidimos quedarnos, lo más recomendable es que escojamos un sitio para levantar nuestra casa. Vamos, muchachos, quedaos con nosotros. Probablemente necesitaremos muchos consejos y ayuda.

Juntos, echaron a andar colina arriba hasta el punto donde iban a instalar su hogar. Las praderas quedarían allá abajo, y a la derecha tendrían el río y podrían contemplar el ir y venir de las embarcaciones.

—He pensado que la cocina podía ponerse aquí —sugirió Linus—. Si una mujer tiene algo que observar, no debe encerrarse. Y desde aquí, podrás mirar las barcas. Andando el tiempo, habrá muchísimas.

Y encarándose con Sam, agregó:

—Aun cuando no quieras quedarte en nuestra compañía, te recomiendo que busques algún terreno contiguo al mío. Podría trabajarlo yo, y si no volvieras nunca, me lo quedaré. Pero si regresas, será tuyo. Siempre le hace a uno cosquillas saber que es propietario de algunas tierras, dondequiera que estén.

Y se puso a contemplar el río. También ellos, claro está, tendrían un embarcadero propio.

Segunda parte
Las llanuras

Las distancias eran inconmensurables, las dificultades no tenían número, pero cientos de hombres y mujeres con sus carromatos de toldo blanco llegaban formando interminables caravanas. Esta era una tierra de peligro, asombrosos rebaños de búfalos, salvajes jinetes rojos que asesinaban y robaban, y se apresuraban a regresar para matar sin piedad, otra vez. Esta era una tierra que se vendía a precio de sangre porque poseía una fiereza indomable…

Capítulo VII

Cleve van Valen se detuvo en la esquina y contempló con desagrado el río de barro que le separaba de los atractivos confines del «Planter Hotel» y sus cacareadas doscientas quince habitaciones y ser «la mayor sala de baile al oeste de los Alleghenies».

No proyectaba discutir sus derechos. Todo cuanto deseaba era pasar al otro lado de la calle sin ensuciar el brillo de sus elegantes botas hechas en París, y sin que le cayese la menor mancha en su traje de excelente género confeccionado en Nueva Orleáns.

La verdad del asunto radicaba en que Cleve van Valen estaba pasando una racha de mala suerte en la mesa de juego y otros lugares, y sabía lo bastante de juegos para comprender que nada de particular tiene que se pierda cuando se juega por necesidad.

La racha de mala suerte no era cosa nueva para él, puesto que, en realidad, había empezado casi quince años atrás, cuando su padre cayó muerto de un ataque al corazón mientras Cleve estaba tomando parte en la *Grand Tour d'Europe*.

Se apresuró a regresar al hogar con toda la rapidez que le permitió el mar, y se encontró con que las aves de presa habían ido más deprisa, pues en el ínterin la fortuna del padre se había desvanecido misteriosamente. Con sus escasos veintiún años, y sin experiencia en los negocios, escuchó las

rebuscadas explicaciones de los socios de su padre, y comprendió que le mentían pero lo tenían todo muy bien tramado.

Le mostraron recibos firmados por su padre y se dio cuenta de que eran otras tantas falsificaciones, pero carecía de pruebas, y los hombres que le defraudaban eran personajes destacados en los negocios y en los altos círculos sociales. No tenía pruebas, y perdió las pocas simpatías que podía inspirar cuando llamó embustero y ladrón a John Norman Black.

Black le desafió, haciendo gran ostentación de pesar por verse obligado a hacerlo. Se trataba de un duelista consumado y un hábil tirador de pistola, y a todos cuantos le conocían, Black les aseguró que el duelo le había sido impuesto, que lo último que deseaba en este mundo era tener aquel desafío con el hijo de su antiguo socio.

Sin embargo, en el campo del honor, cuando estuvieron espalda con espalda y los demás no podían oírle, Black habló por encima del hombro.

—Si tu padre no hubiese muerto repentinamente, habría tenido que matarle, pues le había robado y él lo descubrió. Ahora te mataré a ti.

Tal vez esperaba poner a Cleve lo bastante furioso para que perdiera el dominio de sí mismo. Quizá trató simplemente de hundir todavía más el cuchillo en la herida. John Norman Black era un tirador excelente, y permanecía tranquilo. Avanzó los pasos necesarios, y apuntó con cuidado.

Cleve van Valen jamás había sostenido un duelo ni disparado una pistola estando furioso. Sin embargo, sus reflejos eran perfectos. En lugar de apuntar atentamente antes de disparar, se limitó a volverse y hacer fuego simultáneamente. La bala del arma de Black fue a perderse en el vacío, mientras él caía muerto de un tiro en el corazón.

Tenía la opinión en contra suya. Todos creían que había formulado acusaciones terribles e irrazonadas contra un honorable ciudadano, y que había sido un loco al desafiarle. Todos concordaron en que había tenido una suerte asombrosa al matar a un hombre así. Sin amigos, carente de fortuna, nada ganaba con quedarse en Maryland. Por eso se puso en camino hacia el Oeste, siguiendo la ruta del Natchez.

No tenía oficio ni profesión. La educación comercial que su padre pensaba darle, quedó en buenos proyectos. Lo único para lo cual poseía gran habilidad eran los juegos de naipes. Tenía sentido natural para ello, buena memoria, y jugaba con destreza.

Jugó en Nueva Orleáns, ganando y perdiendo, siempre dispuesto a vivir bien, pero sin hacer progresos. Era joven, y le gustaba ganar dinero y gastarlo. Además, era un hombre sin destino, sin rumbo fijo.

A continuación vinieron Natchez, San Luis y Cincinnatti, los barcos fluviales, y posteriormente, siguiendo una racha de suerte, marchó a Europa. Allí pasó dos años, trasladándose de Londres a París, de Weimar a Viena, y estuvo en Innsbruck y Montecarlo. En Nimes tuvo su segundo duelo a sable y resultó vencedor.

Pero las ganancias fueron en disminución, y la suerte le duró poco. Vivía a lo grande, pero iba reduciéndose el margen con que jugaba, y tuvo la corazonada de que no tardaría en quedar descartado.

Retornó a los Estados Unidos, jugó un poco por los alrededores de Nueva York y Saratoga, casi siempre en círculos reducidos. Jugaba honradamente, como siempre, pero poseía una gran habilidad… y ganaba.

Las cosas marchaban por buen camino, cuando una noche fue reconocido como jugador profesional. Al día siguiente se

le cerraron las puertas de todos los clubs, y le fue retirada una invitación que ya estaba aceptada para tomar parte en una reunión.

En Cincinnatti perdió mucho de lo que llevaba ganado, y ahora en San Luis no le iba mucho mejor. Miró fijamente la calle, convertida en un río de barro, y pensó que también aquí podía perderse de vista, hundido en aquella masa cenagosa.

Era hombre honrado también consigo mismo y le dolió mucho el golpe recibido en Nueva York. Profundamente sensible, se sentía orgulloso de su forma de jugar, y jamás llegó a ocurrírsele hacer trampas en el juego… a pesar de que sabía la manera de hacerlas.

Fijó la vista en el barro. Ya no era un caballero, sino un jugador, un individuo discutible en cualquier clase social. Era un jugador, y solo podía reunirse con gente de su clase.

De pronto, alguien se le puso al lado. Era Allen Jones, tipo conocido en todos los lugares donde se jugaba.

—¿Vas a cruzar hasta el hotel? —preguntó. Esbozó una sonrisa al contemplar el estado de la calle, y añadió—: Con esas botas no podrás cruzar, Cleve.

—¡Te apuesto la mejor cena de San Luis a que soy capaz de atravesar la calle sin que me caiga una sola partícula de barro encima! —se apresuró a replicarle el aludido.

—¡Apostada! —fue la contestación del primero—. Acepto la apuesta.

Van Valen lanzó un vistazo alrededor suyo. Un hombre fornido, de hombros anchos, venía calle arriba, hacia donde ellos se encontraban.

—¡Eh, usted! —le gritó—. Le daré cinco dólares si me lleva en hombros hasta la puerta del hotel.

El hombre vaciló y miró escrutadoramente a Cleve van

Halen y a Allen Jones.

—He apostado a que puedo cruzar la calle sin llenarme de barro —le explicó Cleve.

—De acuerdo —repuso, luego de sonreír de modo extraño. Se colocó de modo que Cleve pudiera subir, y agregó—: ¡A bordo!

Cleve se aproximó al borde de la acera y se encaramó a la espalda del otro, que se adentró en la masa fangosa.

—¡Eh! —gritó Jones—. ¡Diez dólares si le deja caer!

—¿Quiere aumentar la apuesta? —replicó el desconocido, hablando sin volver siquiera la cabeza.

—Hemos hecho un trato —advirtió Cleve—. Mantengo las condiciones.

—¡Veinte dólares! —aulló Jones.

El hombre acomodó mejor a Cleve, siguió cruzando el barro, y depositó a aquel en los mismos peldaños del hotel.

Cleve sacó del bolsillo unos cuantos billetes, buscó uno de cinco dólares y se lo entregó al que le había cargado en sus hombros. Con la mayor frialdad, introdujo el hombre una mano en el bolsillo y extrajo una bolsa repleta de billetes y monedas. Echó los cinco dólares en la bolsa, después hizo un guiño a Van Valen y explicó:

—Un poco aquí, otro poco allá… Algún día seré rico.

—Rehusó una cantidad mayor por dejarme caer en el barro —comentó Cleve.

—Usted lo dijo. Lo tratado es lo tratado. En esta tierra, cuando un hombre no cumple su palabra puede considerarse perdido.

—Venga dentro —insinuó Cleve— y le invitaré a una copa. ¿Es usted nuevo en San Luis?

—No me crea dispuesto a dejarme desplumar —le contestó

el hombre, haciendo un guiño—. No soy jugador, amigo mío. Esto no quiere decir que no corra riesgos en el orden comercial, pero mi juego son los negocios. Siempre digo que no se debe hacer el juego de los demás.

Se sacudió el barro de las botas, y prosiguió:

—Sí, beberé en su compañía. Me han dicho que el profesor Jerry Thomas ha traído una bebida nueva llamada el «Tom and Jerry».

—Es el más entendido en bares que hay en el país entero —aseguró Cleve—. Venga, vamos. —Una vez dentro del establecimiento, volvió a mirar detenidamente a su acompañante—. Quizá esté equivocado, pero ahora que le veo bien, afirmaría que su cara no me es desconocida.

—Dudo que usted me viera más de una o dos veces. Trabajé con su padre.

—¿Sí? —Y Cleve cambió de expresión—. No creí que hubiese amigos por aquí.

El individuo no se turbó por esta respuesta, sino que siguió diciendo:

—Soy Gabe French. Usted no me conoce, pero su padre sí. En dos ocasiones que los negocios iban mal me echó una mano. Era un buen hombre —agregó, después de probar el whisky.

—Le robaron —comentó Cleve, con amargura.

—Eso fue lo que hicieron, pero usted lo hizo bien. Fue una buena faena la suya… cuando mató a Black. Hacía tiempo que se lo estaba mereciendo. ¿Ha vuelto a disparar desde entonces? —preguntó, después de lanzarle una breve mirada.

—Cuando ha sido necesario.

—Tiene usted vista, amigo mío. Lo presencié todo. Se limitó a volverse y hacer fuego… Reflejos rápidos, nada de

apuntar. Una simple vuelta y disparar…, vista de toro.

—Te debo una cena —terció Allen Jones, uniéndose a los otros—. ¿Quieres cobrarla?

—Señor French, le presento al señor Jones.

—También a usted le conozco, señor Jones —repuso aquel —. Le conocí cuando era guarnicionero.

—Hago buenas sillas de montar —contestó Jones, con cierto orgullo—. Es preciso poner corazón en lo que se hace, ya que no hay cosa mejor que hacer con un buen trozo de cuero una obra de arte. Algún día volveré a mi trabajo.

—¿Quiere acompañarnos a cenar? —invitó Cleve a su nuevo amigo.

—No, gracias. Tengo quehacer. Estoy vendiendo mulas a esa gente que se marcha a California, y casi estoy decidido a ir también yo. —Dejó el vaso en el mostrador y se encaró con Cleve—. ¿Quiere venir? Allí seguramente le iría bien.

—Sé cuál es el sitio mejor para mí. Me quedo.

Cuando Gabe French se hubo marchado, Jones se volvió a Cleve, riendo entre dientes.

—¿Sabes quién es ese hombre que alquilaste para que te cruzara la calle? El mayor tratante en ganado de esta región. El tipo más rico de la ciudad.

—Ya comprendo por qué tiene tanto dinero —respondió Van Valen—. Acepto esa cena ahora mismo.

—Cenaríamos mucho mejor aquí —expuso Jones—, pero el mejor espectáculo lo tenemos en esta misma calle, un poco más abajo. Hay una artista nueva, una chica llegada del Este. Es verdaderamente encantadora. Baila, canta como un ángel y toca el acordeón. Se llama Prescott, Lilith Prescott.

El teatro-restaurante se hallaba rebosante de público, pero el camarero los condujo hasta una mesa próxima al escenario,

pues reconoció inmediatamente a Allen Jones, y era de suponer que su acompañante estuviera cortado por el mismo patrón.

Cleve echó un vistazo a su alrededor, pensando con amargura que si persistía su racha de mala suerte no podría permitirse el lujo de comer en este lugar, ni de jugar en las salas del «Planters». Se vería obligado a alternar en los pequeños garitos situados en las cercanías del río.

Todo menos eso. Disgustado, contempló a las muchachas que evolucionaban en el escenario. Su baile no era precisamente bueno, pero el aleteo de sus enaguas resultaba incitante, y su descontento se transformó en interés por lo que veía.

La cena fue excelente, y el «Chateau Margaux» un vino magnífico. Poco a poco acabó por tranquilizarse. Se juntó con ellos Dick Hargraves, ya famoso en la comarca del río, y pidió una segunda botella de aquel vino francés.

—Esperad hasta que veáis a Lily —dijo—. Esa chica tiene algo especial.

—¡Eso puede verlo cualquiera! —exclamó Jones, y se echó a reír—. Pero nadie parece estar en condiciones de ver lo que hay de especial en ella. Aquí está —agregó.

Lilith se movía con gracia fácil y desvergonzada. Pronto se percataba uno de que poseía algo que las demás muchachas no tenían, pues además de su gran belleza y desvergüenza, tenía estilo.

Barrió con la mirada a todo el público y se puso a cantar «Aguarda el carromato», encabezando al coro. Bailaba mucho mejor de lo que Cleve había esperado. No sabía dónde habría aprendido, pero era evidente que tuvo buenos maestros. Él se acomodó mejor en el asiento, volvió a llenar su vaso, y observó la escena.

Cleve van Valen había visto bailar en París, Viena y Roma, y enseguida se dio cuenta de que la joven sabía mucho más de cuanto la rutina podía exigirle. Tuvo que haber trabajado mucho hasta saber lo que sabía.

Miró su rostro con curiosidad. Ella solo prestaba atención a la música, pero sus miradas se encontraron. La muchacha le sostuvo la suya solo un momento, apresurándose a desviarla.

¿Le había visto realmente? La luz de las candilejas no era demasiado fuerte y pudo verle porque estaba muy cerca del escenario. Tuvo la impresión de haber sido visto y catalogado instantáneamente, así como sus amigos: jugadores, aventureros, seres inútiles.

—Yo aseguraría que tres, a lo sumo —estaba diciendo Hargraves.

—¿Tres qué? —quiso saber Cleve.

—Enaguas… Jones supone que lleva lo menos cuatro.

—¿Cuatro? Lo siento, caballeros. Lleva seis.

—¡Seis! —exclamó Jones—. Estás loco, Van. Son los encajes los que te engañan. No puede llevar más de cuatro.

—Será preferible que no hagas apuestas con él, Allen —sugirió Hargraves—. Según he oído comentar, Cleve es un técnico en todo cuanto se relaciona con las mujeres. Además, no hay manera de probarlo.

—Escuchadme. —Cleve apenas quitaba la vista de la joven, que seguía en escena—. Te he ganado la cena y no me importaría llegar un poco más lejos. Estoy dispuesto a jugarme cien dólares contigo a que no lleva menos de seis enaguas.

—¿Cómo puedes probarlo?

—Yendo al escenario y averiguándolo. ¿Apuestas?

—Sí, voy contigo para verlo.

—Me parece bien. ¡Vamos!

La parte posterior del escenario se hallaba abarrotada de gente. Las chicas iban de un lado a otro a medio vestir. No existían camerinos apropiados, sino simples biombos que llegaban hasta el hombro, y detrás de cada uno había una artista que se cambiaba de ropa o se desnudaba.

Cleve van Valen se abrió paso entre el grupo con el aplomo del hombre para quien ninguna situación resulta extraña, y los otros jugadores le siguieron.

Lilith Prescott fue bastante fácil de encontrar. Se hallaba resguardada tras un biombo, dejando ver tan solo la cabeza y una parte de los hombros, mientras trataba de introducir aquella en un complicado vestido, que, suspendido de unos alambres, estaba dispuesto para caerle encima. Fuera del biombo había una doncella esperando que le echara la ropa que se iba quitando.

Cleve contempló por encima del biombo el rostro bello, aunque algo arrebolado de la joven, y se preguntó a sí mismo si había ido al escenario para ganar una apuesta, o para ver mejor a la artista. ¿Fue debido a que ella pareció catalogarle con la mirada y no concederle la menor importancia? Sonrió ante la idea de su orgullo herido por una persona de tan escaso valor, pero tuvo que reconocer que aquello le hacía poca gracia. Creía no ser más vanidoso de lo normal, pero se había visto favorecido con las atenciones de mujeres de todas clases, y después de todo, ¿a qué categoría podía pertenecer una chica que bailaba en semejante sitio?

Mientras dudaba acerca de lo que debía hacer, esperando el momento propicio para formular su pregunta, oyó que alguien le decía:

—¡Me hace el favor!

Volvióse a mirar y se encontró con un hombre de edad

mediana que se movía con embarazo evidente por entre los que llenaban el lugar. A simple vista se advertía que estaba confuso ante el desorden y la carne desnuda, así como tantas piernas al aire, pero no retrocedió y pudo llegar hasta el biombo tras el cual se ocultaba Lilith Prescott.

—¿La señorita Prescott? ¡Oiga, señorita Prescott!

—Luego, más tarde…

—Es muy importante, señorita Prescott. Yo…

—Siempre se trata de cosas importantes. Cuanto más viejos son, más importante es para ellos.

Por el borde del biombo asomó una enagua, y Cleve, levantó un dedo.

—Señorita Prescott, usted me ha entendido mal. Soy Hylan Seabury, notario encargado del asunto de Jonathan Brooks. —Hizo una pausa, y prosiguió—: ¿No significa esto algo para usted?

—¿Esa cabra vieja?

—Bueno, es evidente que usted representa algo para él —insistió Seabury—. Ha sido incluida en su testamento.

—¿En su qué? —inquirió la joven, asomándose por encima del biombo.

Después de mirar al notario, se encontró con los ojos de Van Valen clavados en ella, y apartó inmediatamente la vista.

Una segunda enagua voló sobre el biombo, y enseguida una tercera. Los dedos de Cleve las iban indicando a medida que aparecían.

—Voy a ganar, caballeros. He dicho que no menos de seis.

En el momento de hablar se produjo un apaciguamiento momentáneo en la barahúnda del escenario, y su voz se oyó claramente en aquel silencio parcial.

—Tendrá que ir a California, señorita Prescott, para

posesionarse del legado, pero si yo fuera usted…

—Pero no lo es. Y no iré a California aunque John Jacob Astor me nombrase heredera de todo San Francisco.

Mientras hablaba, salió a relucir la cuarta enagua, que se encargó de recoger la doncella.

—¿Lo veis? Ya van cuatro —dijo Cleve, al tiempo que levantaba un dedo más—. Y he apostado a que no son menos de seis.

—El señor Astor no tiene propiedades en San Francisco, señorita Prescott. Sin embargo, ya verá cómo el yacimiento que le ha dejado el señor Brooks no es para despreciarse. ¡De ninguna manera!

Apareció la quinta enagua encima del biombo, y los hombres cuyo trabajo consistía en bajar el adornado vestido se prepararon para actuar.

—Eso es todo, Mary —dijo ella—. Listos, muchachos.

—¿Todo?

—Ya me has oído. *¡Eso es todo!* —Levantó los brazos para ponerse el vestido que bajaba sobre ella, y los movió para ajustárselos convenientemente—. ¿Dijo yacimiento? —preguntó al notario—. ¿Yacimiento de qué?

—De oro, señorita Prescott. Me han advertido que se trata de uno de los mejores. Ahora, si usted quiere firmarme estos papeles…

—Pero ¿ha dicho oro?

—Exactamente. Ese yacimiento dio un beneficio de tres mil quinientos dólares en la primera semana.

Pasando la vista por encima de Seabury, Lilith la fijó en Cleve van Valen, que iba poniendo monedas de oro en la mano extendida de Jones.

—Has ganado —le decía Cleve—. Pero ¡maldita sea!,

hubiese jurado que…

—Habrías jurado, pero pierdes. Dijiste que no menos de seis, y te hemos oído todos.

Depositó la última moneda en la mano de su amigo, en el momento en que Lilith decía:

—Siendo así, hasta soy capaz de ir a California.

Disgustado por su mala suerte, Cleve se alejaba, cuando Lilith lanzó la sexta enagua por encima del biombo, y después sacó la lengua a los tres jugadores que salían.

Capítulo VIII

Era de noche, y en el cielo se reflejaba un resplandor distante. ¿Qué sería aquello? Las estrellas brillaban en lo alto, y en algún lugar, no muy alejado, ladró un perro. No se oía más ruido que el crujir de su montura y el «clop-clop-clop» de los cascos del caballo que montaba. El aire era frío, y le pareció que olía a río.

Cleve van Valen se consideraba un loco rematado al ir en pos de una muchacha que tal vez ni siquiera aparecería por allí. ¿No le había oído decir que no quería ir a California? Sin embargo, cuando el notario habló de oro, pareció interesarse… y él también.

Cleve se contempló despacio y con detenimiento, y no fue de su gusto lo que vio… Un hombre hecho y derecho que había malgastado jugando, catorce o quince años de su vida, y que ahora iba en busca de una joven solo porque había heredado una mina de oro. ¿Y por qué? Porque esperaba casarse con ella y hacerse así dueño de la mina y de sus beneficios.

Poco había en su pasado que pudiera enorgullecerle. No obstante, tampoco tenía de qué avergonzarse. Pero si llevaba a cabo lo que tenía proyectado, sí habría razón para ello. Caso de que le fuese posible, y esto era lo más difícil de su juego, pues Lilith Prescott no había manifestado el menor interés por él.

Le había visto, así como a quienes le acompañaban, y le

ignoró a partir de ese instante. Esto era precisamente lo que le había irritado.

Esta sola idea provocó nueva irritación en él. ¿Qué clase de chiquillo era para ponerse así porque ella no le había hecho caso? Había sido amado por muchas mujeres, otras le habían odiado, y hasta en cierta ocasión, hubo una que intentó matarle, pero a ninguna le había resultado indiferente.

¿Era esto lo que le molestaba? ¿O era la idea de que podía escapársele la oportunidad de adueñarse de aquel oro?

La chica le había costado cien dólares, por culpa de unas enaguas, y tenía que recuperarlos. Así se lo había prometido a sí mismo, y era preciso hacerlo. Si trataba de casarse con Lilith Prescott, no era porque la amase, ni siquiera porque le gustara su tipo, sino simplemente por haber fracasado en todo cuanto emprendiera hasta ahora, y andaba buscando la manera de resolver su vida antes de hacerse demasiado viejo. Y no es muy agradable que un hombre haya de llegar a tomar una decisión de tal naturaleza.

Pero ¿cómo iba a encontrar una muchacha que le conviniese en este mundo de Dios, y mucho menos en el vasto Oeste? ¡Ni aun tratándose de una como Lilith Prescott!

Y le era preciso encontrarla. En el bolsillo llevaba tres monedas de oro de veinte dólares, y era dueño del caballo que montaba. Tenía una pistola en la funda que pendía del cinturón, y algunas ropas envueltas en la manta que iba sujeta en la parte trasera de la silla. No disponía de rifle, carecía de experiencia respecto a la vida en la frontera, y, desde luego, su viaje al Oeste no tenía justificación.

De repente, por un mero capricho, había ligado su futuro a esta muchacha y su herencia, porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

No estaba del todo seguro que ella hubiera seguido este

camino. Únicamente supo que había abandonado su trabajo artístico para desvanecerse en el aire. Pero, volviendo al asunto de la herencia, era de suponer que habría seguido esta ruta. Alrededor de Independence (Kansas) y su área circundante, se reunía la gente que se encaminaba al Oeste, bien en los carromatos o bien a caballo. Era allí donde se concentraban todos para formar las caravanas de carromatos y galeras para equiparse convenientemente y, en general, disponerse para el largo viaje que iban a emprender.

Van Valen coronó una cima y quedó asombrado ante el insólito espectáculo. Frente a él, la amplia llanura se extendía en dirección al río, y en el centro de aquella bullía una verdadera ciudad resplandeciente de luz, aunque pasaba de la medianoche. Pero no fue la ciudad en sí lo que le sorprendió, ni siquiera el hecho de hallarse alumbrada a hora tan avanzada…, sino las fogatas que la rodeaban.

Había campamentos hasta en las colinas más bajas, y parecía como si existiera una hoguera por cada estrella del cielo. Dondequiera que mirase, las hogueras iluminaban la noche y atraían invitadoras.

De niño había oído referir historias de hombres que fueron al Oeste, y las de otros que proyectaron hacerlo, pero nunca en sus sueños más disparatados pudo llegar a imaginar un éxodo como el que este parecía ser. De seguro que habían sido precisas varias semanas para que se reuniera tanta gente. Sin duda de ningún género, algunos hombres audaces habían ya cruzado la pradera en dirección oeste, pero tuvo que ser bastante tiempo antes.

Una hora más tarde se presentaba en la herrería de Bob Weston. Había otros herreros en el lugar, pero esta era la mayor y más activa, y además era el punto de reunión para los viajeros que se dirigían al Oeste. Era aquí donde se daban cita

y donde organizaban las caravanas de carromatos, razón por la cual continuamente se encontraba llena de público. Este sería el sitio donde comenzaría sus averiguaciones.

Una docena de yunques resonaban bajo los golpes de los martillos, el fuego relumbraba en las forjas, y las llamas se reflejaban en las caras y los cuerpos de los herreros, todos sucios por el hollín. Trabajaban allí no menos de veinte obreros, preparando herraduras, herrando caballos, o haciendo piezas de hierro para las pesadas galeras. ¡Y todo esto mediada la noche!

Apareció un carromato. En el pescante iba una mujer con un niño llorando en los brazos. Junto al vehículo caminaba un hombre con una aguijada en la mano. Todos iban al Oeste.

De repente, alguien le sujetó el estribo.

—¿También usted va al Oeste? —inquirió Gabe French.

—En eso pienso. ¿Y usted qué hace?

—Mañana saldré con la «Roger Morgan Company» y llevaré cuatro carromatos[7]. Si quiere acompañarnos, búsqueme lo antes posible. Puedo darle un empleo.

—Lo tendré en cuenta.

Gabe French levantó una mano, en señal de despedida, y se alejó apresurado con su andar patizambo. Cleve se le quedó mirando.

—Ahí tienes uno que lo conseguirá, muchacho —le dijo a su caballo—. Cuando tú y yo estemos todavía en la miseria, él será dueño de media California.

Al otro lado de la calle, iluminándose con la luz de una antorcha, un hombre dirigía una partida de «monte». Cleve le observó más de cerca. Era «Canadá» Bill.

Siguió cabalgando calle arriba, viendo cómo cargaban los carromatos e iniciaban la marcha hacia la pradera.

Dondequiera que fijaba la mirada había actividad y conversaciones animadas. Jamás en su vida había visto tantos hombres hablando del mismo tema y empleando palabras idénticas aun en grupos distintos. Hablaban del camino, de los mejores carruajes, de bueyes, de caballos, de mulas. Se discutía acerca de los indios, de los fuertes recientemente establecidos. Había excitación, nerviosismo… Eran hombres lanzados a una aventura colosal, envueltos en una emigración gigantesca, y el Oeste era la palabra mágica. Era el «ábrete sésamo» de un fantástico futuro.

Tiró de la rienda al caballo y rehizo el camino. Se sentía mortalmente cansado, y le pareció preferible buscar un lugar donde poder acostarse, pero la posada del coronel Noland estaba al final de la calle.

Entonces, precisamente cuando volvía a acercarse al estruendo de la herrería de Bob Weston, fue cuando la vio.

Sostenía una animada conversación con un hombre alto y de constitución robusta, que examinaba algunos látigos puestos a la venta en una mesita colocada justamente a la puerta de la herrería.

Van Valen detuvo su cabalgadura en una sombra próxima a un edificio, y escuchó lo que hablaban.

—Supongo que tendrá ya un carromato —decía él.

—Puedo conseguirlo —contestó Lilith.

—¿Y el tiro?

—Compraré todo lo que necesite.

—¿Es usted casada?

—Soy soltera, señor Morgan.

—¿Y viaja sola?

—Sí.

—Pues no irá en nuestra caravana. Una mujer sola y soltera

provocaría un infierno. Soliviantaría a todos los hombres y, créame, bastante barullo tenemos ya en estos convoyes.

—Sé guardarme, señor Morgan, y también defenderme. Después de todo —añadió, secamente—, no sería la primera vez que tropiezo con problemas semejantes.

—No lo dudo. ¡Pero una mujer de su clase…! Algún día se encontrará en un atolladero y se armará un escándalo antes de averiguar quién ha sido…

Lilith palideció, ofendida. Cogió uno de los látigos, y dando rápidamente un paso atrás, lo empuñó con habilidad innegable, y replicó, en tono glacial:

—Vamos, señor Morgan, repita esas palabras y recibirá la ración de latigazos que merece.

El hombre se echó a reír, pero su mirada reflejaba admiración.

—Bueno, bueno… Me gustan las mujeres con carácter, y reconozco que no tenía derecho a decir lo que he dicho. Se me ocurre una idea para que pueda venir con nosotros. —Le quitó el látigo de la mano, diciendo—: Este es precisamente el que necesito. —Tiró una moneda encima de la mesa, se volvió de nuevo a Lilith, y prosiguió—: Hay una mujer llamada Clegg… Aggie Clegg. Procure unirse a ella, o viceversa. Me agradaría llevarlas a las dos.

Cleve aguardó en la sombra a que Lilith se pusiera en marcha, y la siguió a una distancia discreta. La joven caminaba decidida, como si supiera dónde podía encontrar a la Clegg.

Cuando llegó al final de la calle se dirigió a un grupo de carromatos situados en un extremo de la pradera. A la luz de una antorcha, una mujer estaba cargando un pesado cesto en la parte trasera de uno de aquellos vehículos.

Cleve fue acercándose hasta poder oír lo que decían.

—Vaya, pues no sé qué hacer —argüía la mujer—. Había esperado hacer el viaje con un marido, y la semana pasada estuve a punto de cazar uno.

—Escuche, señorita Clegg, me han asegurado que en California hay cuarenta hombres para cada mujer. Por mi parte, estoy dispuesta a pagarle.

—No quiero dinero. Lo que necesito es un hombre. —Miró a Lil y se apresuró a añadir—: También usted necesitará uno antes de acabar el viaje.

Suavemente, Cleve rozó con la espuela los ijares del caballo, y se acercó. Ambas mujeres alzaron la vista al oír los cascos del animal.

—Muy buenas noches, distinguidas damas. ¡Caramba, señorita Prescott! Cleve van Valen se pone a su disposición, si así lo desea, desde aquí hasta California.

—Gracias —replicó la aludida, bruscamente—. No necesitamos nada de lo que usted pueda ofrecernos.

Agatha Clegg se secó las manos en el delantal.

—Hable por su cuenta, preciosa. Ya le dije que antes de que este viaje se acabe…

—Tal vez no me ha comprendido bien, señorita Prescott —terció Cleve, sin dejar que la mujer terminara la frase—. Pero yo…

—Le comprendo perfectamente. Y conozco a los frescos en cuanto les echo la vista encima.

—Estoy ofreciéndole mis servicios por un sueldo razonable.

—Adiós, señor Van Valen.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Clegg —dijo Cleve, encarándose con la aludida—. Y nunca he visto una mujer con un cabello tan bonito… Naturalmente, me entristece

pensar que un indio pueda enorgullecerse al llevarlo colgado de la crin de su caballo. —Echó una ojeada a Lilith antes de seguir diciendo, con la mayor seriedad—: Confío que comprenda lo que está haciendo, señorita Prescott. Dos encantadoras damas, solas en el desierto, y ¿quién las protegerá? Cuando los indios ataquen, cada hombre estará muy atareado protegiéndose a sí mismo, y no se les podrá culpar de que piensen primero en su familia. —Se quitó el sombrero y agregó—: Buenas noches. ¿O debo decir buenos días?

Hizo dar media vuelta a su caballo, se metió por entre los carromatos, y Lilith se le quedó mirando, entre irritada y divertida.

—¡Vaya! —murmuró Aggie—. Nadie me lo había dicho antes.

—¿Qué?

—Que tengo un cabello bonito. —Inconscientemente, se llevó la mano a la cabeza, y enseguida se encaró con Lilith—. Mire, tengo la corazonada de que los hombres acudirán a usted igual que los peces al cebo. Quizá pueda atrapar alguno de ellos. —Le tendió una mano, al tiempo que decía—: Bueno, señorita Como-se-llame, puede disponer de mí.

—Mi nombre es Lilith Prescott, y no creo que tenga que llevarme en brazos. Me crie en una granja, al norte del Estado de Nueva York.

—Nunca se me hubiese ocurrido. —Y Agatha la miró pensativa—. ¡Qué raro que una joven tan bonita como usted no se haya casado!

—Todavía no pienso hacerlo —replicó Lilith, con aspereza —. Cuando encuentre el hombre apropiado, me casaré, pero no tengo prisa.

Cleve regresó a la ciudad, no del todo descontento de la

situación. Tenía la certidumbre de haber echado la semilla en tierra fértil.

De vez en cuando prestaba atención a cualquiera de las conversaciones que tenían lugar cerca de él, preocupándose ahora por su poca aptitud para la aventura que se le avecinaba. Había guiado troncos de caballos y hubo un par de ocasiones en que exigieron de él ciertos trabajos físicos, pero esto había sido todo.

Los hombres de que se hallaba rodeado pertenecían a todas las clases, oficios y profesiones, así como a las más diversas nacionalidades. Los había alemanes, suizos, franceses, polacos, suecos, noruegos y españoles. En pocas palabras: los había de todos los tipos imaginables, con todas las especies de vehículos.

Un individuo alto, que lucía sombrero de copa y patillas en filo de hacha, le detuvo.

—Señor, ¿quiere darme fuego? Acabo de gastar el último fósforo.

—¿Forma usted parte del grupo de colonizadores? —le preguntó Cleve, dando al otro lo que le había pedido y pensando lo tonto de su pregunta en semejante lugar y momento.

—Soy abogado, señor mío. Y notario, pero voy al Oeste. El oro, amigo mío. Voy detrás de él, pero no seré yo quien lo busque. Esperaré a que me lo traigan.

—¿Es usted jugador? ¿O proyecta abrir un *saloon*?

—Nada de eso, señor. Como le dije, soy abogado, y donde hay hombres y dinero habrá pleitos, y donde hay pleitos se necesitan abogados. No me cabe la menor duda de que me haré rico.

Cleve siguió cabalgando. Era posible que fuese abogado,

pero con aquella nariz que ostentaba, era indudable que había frecuentado muchos *saloons* y tabernas. Cleve llegó a la «Posada de Noland» y fue lo bastante afortunado para conseguir una cama vacía, aunque se hallaba todavía caliente del último que la había ocupado y que, sin duda, se disponía ahora a iniciar la marcha hacia el Oeste, formando parte de alguna caravana de las cuatro que saldrían al amanecer.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, en la fonda de Noland oyó comentar que la caravana de Morgan había partido. El primer día escasamente avanzarían más de ocho a diez millas, solo lo suficiente para que los animales de tiro se habituasen. Era posible que ni siquiera llegaran a cubrir esa distancia, pues era costumbre que el primer día, y hasta el segundo, no se hiciesen largos recorridos, a fin de que el ganado fuese acostumbrándose.

Poco después, dos hombres trataron de comprarle a Cleve su caballo, pero él se negó a venderlo. Después anduvo dando vueltas por la fonda por si llegaba a encontrar compañeros para iniciar una partida de naipes, pero no pudo conseguirlos. Salió a la calle y compró algunas cosas que necesitaba, entre ellas una cafetera, cierta cantidad de tasajo, y otra de pinole o «harina fría», que le vendió un viejo missouriano.

Jamás había él oído hablar de tal «harina fría», pero el vendedor soltó una risita socarrona.

—Es muchísima la gente que no la conoce —dijo—. Los mejicanos la emplean mucho. No hay más que coger el maíz y molerlo bien, después de haberlo tostado. Luego se le añade un poco de azúcar y canela. Con diez kilos, un hombre puede vivir perfectamente un mes entero, y a satisfacción. Esto se mezcla con un poco de agua, y a beber se ha dicho.

Adquirió también un poncho[8] impermeable, en previsión de posibles aguaceros, un par de mantas y una sábana gruesa.

Añadió una cantimplora y cien cartuchos para la pistola.

Los almacenes se hallaban atestados de hombres que compraban, hacían proyectos, solicitaban consejos de los almacenistas y de los demás… En una palabra, de todo aquel que estuviera dispuesto a prestarles atención.

—¿La mantequilla? —oyó Cleve decir a uno de ellos—. La mantequilla no es ningún problema. Hiérvala… Hiérvala bien, hasta que quede lo mismo que si fuese aceite, luego la pone en recipientes de hojalata, y los suelda. Hasta en Tejas, donde todo arde con el calor, puede conservarse así la mantequilla.

—¿Las verduras? —informaba otro—. Claro que puede llevarlas también. Compre verduras secas, como las que emplean en el ejército. Se prensan bien y se forman grandes bloques tan duros como una piedra. Con un puñado no mayor que la muñeca de una mujer, puede hacerse comida para cuatro o cinco hombres. Yo la comí así allá en Utah cuando, formando parte del ejército, íbamos en busca de Brigham y sus Santos, una buena partida de granujas. Sí, es cosa buena, y se pega a las costillas.

Van Vale encontró en la fonda de Noland los cigarros que buscaba y compró los que necesitaba para todo el viaje. Era el único lujo que podía permitirse. Tenía poco dinero y quería conservar algunos dólares, por si a alguien se le ocurría jugar una partida, en el transcurso de la jornada al Oeste.

Su caballo había trotado, aunque no mucho, y solo cubriendo distancias relativamente cortas, por lo cual necesitaba acostumbrarlo. Así que montó en él y dio principio a la marcha.

En sus planes no entraba dar alcance a los carromatos hasta después de algún tiempo. Deseaba encontrar a la caravana lo bastante lejos para que Roger Morgan no le obligase a

regresar.

Este Roger Morgan gozaba de una reputación importante. Era conocido como excelente conductor de caravanas, uno de los pocos que organizaban estas expediciones, pues el procedimiento habitual consistía en nombrar jefe entre los propios pioneros, y destituirle si fracasaba en el mando, o no sabía hacer las cosas como era debido. Morgan había hecho varias veces aquel recorrido, y actuaba tanto de guía como de jefe. Se sabía que era hombre duro, que no toleraba tonterías en sus caravanas y estaba preparado para enfrentarse a cuantas dificultades se presentaran.

Tanto al oeste de Independence como de Leavenworth había algunos poblados y ranchos, y a sus moradores les complacía recibir un visitante. Era gente hambrienta de noticias del mundo y deseaban saber lo que estaba sucediendo en las ciudades de reciente creación, como la propia Independence.

Fácil de palabra, cortés y nunca apresurado, Cleve van Valen encontró buenos oyentes para sus relatos acerca de cuanto estaba ocurriendo en San Luis, en Cincinnatti y también en Independence. Tomó el viaje con calma, cabalgando tan solo algunas millas durante el día, deteniéndose en los ranchos que hallaba al paso para compartir la cocina hogareña, y al mismo tiempo, hacer preguntas.

Era lo bastante inteligente para darse cuenta de que en esta región debía abandonar su juego para dejar hacer a los demás, cosa que no todos los jugadores saben comprender. En sus largas sesiones alrededor de una mesa de juego, en los garitos fronterizos, así como en los barcos ribereños, oyó hablar mucho de las luchas de los indios, de la vida en los llanos y en las montañas, y el resultado fue que acabó compenetrándose

perfectamente con la aventura que emprendía. Siguió haciendo averiguaciones entre los colonos instalados a lo largo de la región fronteriza, porque deseaba estar al corriente de todo para cuando se uniese a la caravana en que viajaba Lilith Prescott, a fin de demostrar que podía serles útil.

Al oeste de Leavenworth encontró un indio cherokee que iba en busca de una partida de cazadores, y Cleve cabalgó en su compañía. El cherokee, que anteriormente había sido dueño de una plantación y sus correspondientes esclavos en Georgia, antes de verse obligado a marchar al Oeste por causa de la persecución a los de su raza, le dio muchas explicaciones sobre los indios kiowa, arapahoe y cheyennes con que iba a encontrarse más adelante. Estos, en contraste con los cherokee, choctaws, chickasaws, creek y seminolas, eran indios salvajes, dedicados a robar caballos, asaltar haciendas y arrancar cabelleras a los blancos.

—Si pueden, harán huir tu ganado —le explicó el cherokee —, para después reunirlo en beneficio suyo. Y cualquier hombre que se aleje de la caravana puede estar seguro de que le matarán.

Después de cabalgar juntos tres días, se separaron en la orilla de un pequeño riachuelo, y el cherokee le señaló el camino que seguían las caravanas que iban al Oeste. Cleve van Valen hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó. Cruzó el riachuelo, salió de entre la maleza que había en el extremo más alejado y lanzó su cabalgadura al galope por una ladera donde la hierba era bastante alta.

El aire era muy claro, y en el cielo no se veía nube alguna. Todo resultaba agradable porque no hacía un calor excesivo, de forma que aflojó de la rienda al caballo y le dejó marchar apaciblemente a través de la pradera. En la cima de la colina, a bastante distancia de la caravana, Cleve tiró de la rienda a su

caballo.

La hierba se extendía hasta donde la vista podía alcanzar. A lo lejos, entre los matorrales, se movían dos objetos oscuros, que probablemente eran búfalos. Retuvo en los pulmones el aire fresco todo el tiempo posible, y ello fue como beber un buen trago de agua clara y fría. Donde él estaba no había movimiento alguno, con excepción del viento que hacía susurrar la alta hierba.

El caballo enderezó las orejas y dio una patada en el suelo, impaciente por aquella detención.

Cabalgó el día entero cruzando aquella inmensa pradera, y esa noche acampó junto a los sauces próximos a un arroyo. Al amanecer ya estaba levantado, y por primera vez hizo café, mezcló un poco de pinole con agua y se lo bebió. Después, reanudó su camino.

Los carromatos se hallaban detenidos cerca de un río, cuando él se aproximó a la caravana. No estaban muy lejos de Vermilion Creek y se disponían a acampar en la parte alta del Big Blue.

Casi el primer vehículo que vio fue el perteneciente a Agatha Clegg y Lilith Prescott. El hombre gigantesco, montado a caballo, junto a la hoguera, no podía ser otro que Roger Morgan, y volvió la cabeza para ver quién era el que se acercaba.

Cleve se quitó el sombrero e hizo un saludo ceremonioso.

—Señoras, yo…

—Creí que nos habíamos visto por última vez —le atajó Lilith, secamente.

—La verdad es que me sentía preocupado. No pude soportar la idea de que ustedes viajaran solas y sin ayuda. Si algo les hubiera sucedido, no me lo habría perdonado jamás.

—¿Y ha cabalgado cien millas usted solo? —preguntó Morgan.

—Esa será la distancia, puesto que usted lo dice, pero tenía tantas ganas de llegar, que ni siquiera lo he notado.

—Pues ya puede ir pensando en las cien millas que le faltan para regresar. En esta caravana no tenemos jugadores. Cuando se rompa un carromato, quiero hombres capaces de arreglarlo, no que se crucen apuestas sobre el tiempo que tardará la reparación.

—¿Sería capaz de dejar abandonado a un hombre? ¿En tierra de indios?

—Aún no hemos llegado a ella, y usted vino aquí porque quiso. Por lo tanto, me parece que puede volverse.

Lilith empezó a protestar, secundando a Morgan, pero Aggie había ya tomado la palabra.

—Señor Morgan, hablé con este hombre cuando estábamos en Independence. Le dije que si dejaba resueltos sus asuntos y quería darnos alcance, le tomaríamos a nuestro servicio. Es muy probable que necesitemos un hombre antes de haber finalizado el viaje.

—Soy magnífico a caballo, capitán, y un tirador excelente —arguyó Cleve.

Visiblemente irritado, Morgan se volvió a Lilith.

—¿Es cierto eso, señorita Prescott? ¿Está usted conforme en contratar a este… a este jugador?

—La señorita Clegg lo ha dicho, y me parece que es lo mejor que podemos hacer —respondió sinceramente—. Además, el señor Van Valen tiene otro amigo en la caravana. Gabe French habla muy bien de él.

—¿Conoce a Gabe French? —inquirió Morgan, entre dudoso y sorprendido.

—Claro que sí. En cierta ocasión hicimos juntos algunos negocios de transportes. Reconozco que Gabe llevó casi toda la carga, pero nuestra sociedad fue mutuamente satisfactoria.

Algo más tranquilo, Morgan aceptó.

—Entonces, está bien, si usted lo quiere así.

Y picó espuelas a su caballo, dirigiéndose a la cabeza de su caravana.

—¡Agatha! ¿Qué mosca te ha picado? —preguntó entonces Lilith, encarándose ásperamente con su compañera—. ¿Te has vuelto loca?

—Prometió hacer todo el trabajo honesto que fuese preciso, y tú y yo hemos visto lo suficiente para saber que la faena diaria es excesiva para nosotras. No me importa recoger excrementos de búfalo y conducir las caballerías, pero llevarlas a abrevar, amarrarlas, y cortar leña, me resulta demasiado.

—Sí, claro, tienes razón. —Lilith midió fríamente a Cleve de arriba abajo—. Pero una cosa te prometo, Agatha. Tendrá que hacer su trabajo. Lo hará, o ya me cuidaré yo de que se largue solo…, sin que me importe el lugar en que nos encontremos.

—Sí, señora —asintió, cortésmente, el aludido—. Como usted ordene, señora.

Desmontó, ató su cabalgadura a la portezuela posterior del vehículo y se encaramó al pescante. Cogió las riendas y azuzó a las mulas.

—¡Eh, que usted no ha comido nada! —protestó Agatha.

—Lo haré en otro momento, distinguida señora —repuso Cleve, con cara seria—. Mi implacable patrona no me concede tiempo para esas fruslerías. Además, es la hora de partir.

Se despojó de la chaqueta y la dobló con cuidado. Lilith lanzó un vistazo a su inmaculada camisa blanca, que no seguiría siéndolo por mucho tiempo.

Ante ellos, amplias y solitarias, se extendían las llanuras, y los carromatos rodaban en medio de una hierba polvorienta. No tardarían en presentarse las lluvias primaverales, y Morgan quería avanzar lo bastante para dejar atrás la parte del camino donde el fango era más peligroso.

El ir sentado detrás de una pareja de mulas durante todo un interminable día de marcha, da tiempo para reflexionar, y Cleve van Valen fue concretando su plan de acción. Lilith poseía una mina de oro y él deseaba adueñársela, de forma que lo primero era ganarse a la joven.

Sin embargo, tenía que aparentar que no le interesaba lo más mínimo. Lilith no era ninguna tonta, y le iba a costar mucho trabajo conquistarla. Sin duda se había visto halagada por muchos hombres, que le habían mentido, y era natural que desconfiase ahora de Cleve. Por ello debía mostrarse más que indiferente, esquivo.

Tenía que hacer bien su trabajo, mas procurando evitar los encuentros con ella. No debía parecer que deseara estar cerca de la joven y no buscar conversación. Asimismo, debía mostrarse capaz del trabajo que se le había encomendado, ya que, en otro caso, no duraría mucho tiempo en la caravana, y le sería imposible realizar lo que tenía proyectado.

Las pocas jornadas de viaje en que los carromatos rodaban normalmente llanura adelante, le dieron la oportunidad de acostumbrarse a aquella vida. El indio cherokee le había servido de gran ayuda, y encontrándose con que Cleve tenía deseos de saber, le instruyó acerca de muchísimas cosas en los días que estuvieron juntos. Ahora, con tiempo a su disposición, Van Valen procuraba recordar todo lo que oyera

y que podía serle de utilidad.

Además, en el transcurso de sus viajes por los pueblos fronterizos, escuchó cuantas conversaciones le fue dable y retuvo mucho de ellas porque poseía una gran memoria, y siempre le habían interesado los hechos y las informaciones concretas.

Empezó a recordar fragmentos de informes sueltos, anécdotas de los tramperos y de los que peleaban contra los indios, con los cuales había pasado largas horas de juego o de charla. Por fortuna, había leído también algo, y entre esas lecturas figuraban «Viajes por las praderas», de Washington Irving, y «El comercio en las praderas», del doctor Gregg. Sistemáticamente, fue procurando hacer un sitio en su memoria para todo cuanto había leído en tales libros.

El Big Blue estaba claro y frío cuando acamparon frente al vado superior. En ese punto, el río tenía unas sesenta yardas de anchura. Había buena hierba y leña abundante.

Cleve, que tenía bien planeado cada uno de sus pasos, tan pronto llegaron al campamento se apresuró a desenganchar las mulas y a despojarlas de los arneses. Luego las dejó atadas al carromato, y encendió una gran fogata, sirviéndose de excrementos de búfalo y de cuantas ramas halló a su alcance. Una vez estuvo bien encendido el fuego, se llevó las caballerías a abrevar, y después las condujo al corral de cuerdas, donde en compañía de todos los demás animales, debían pasar la noche bien vigiladas por los hombres designados para ese servicio. Tan solo su propio caballo quedó amarrado cerca del vehículo.

Cogió un hacha, fue al bosquecillo que había junto al río y cortó leña para el fuego nocturno y para hacer el desayuno a la mañana siguiente.

Como no estaba habituado a semejante trabajo, lo encontró

duro. El mango del hacha le produjo ampollas en las manos, que se le abrieron. En su infancia había cazado y pescado en las montañas de Virginia, y en sus años juveniles había hecho una vida activa montando a caballo, ejercitando la puntería, y esgrimiendo el florete. Pero jamás realizó un trabajo como este.

Cuando regresó junto a la hoguera llevando una brazada de leña para la mañana siguiente, Agatha le entregó un plato lleno de comida. Sentía las manos embotadas y casi no podía mover los dedos, cosa que la mujer observó al verle recoger el plato. Pero lo sostuvo como pudo, se separó unas cuantas yardas y fue a sentarse solo. Lilith le contempló con curiosidad, pero él pareció no darse cuenta.

Casi había terminado de comer cuando levantó la vista y se encontró con Roger Morgan a su lado.

—¿Por qué ha dejado aquí su caballo?

—Supongo que sería bastante tonto que si los indios consiguieran poner en fuga nuestro ganado, intentaran seguirle a pie para darle caza.

Morgan no respondió, pero estuvo mirándole un momento, y después se acercó a la fogata. Encendió un cigarrillo y se quedó hablando con Lilith y Agatha. Unos minutos después, esta última fue hasta donde estaba Cleve y le llenó el vaso. Rehusó más comida, aunque se la habría comido con mucho gusto.

Al amanecer, se puso en movimiento tan pronto abrió los ojos, y lo primero que hizo fue llevar su caballo a que bebiese agua. Al regreso, le puso la silla y le ató a la rueda del carromato. Luego se arrodilló junto al fuego.

Lo removió, le añadió más troncos y puso agua en la cafetera. Hacía frío, y cuando la hoguera estuvo bien encendida, sintió algunos escalofríos. Fue hasta el río, se bañó

rápidamente con agua helada, se vistió y volvió donde estaba la hoguera para echarle más troncos todavía. Agatha se había levantado ya, de forma que dejó el fuego a cargo suyo y marchó al corral en busca de las mulas.

Ya estaba hecho el café cuando terminó de poner los arneses a las caballerías, y se colocó en cuclillas lo más cerca posible de la hoguera, sosteniendo el tazón entre las manos heladas.

Este día, su vehículo debía situarse casi al final de la caravana, pues los puestos se cambiaban a diario, por turno riguroso. Después de enganchar las mulas, se volvió a Lilith y le preguntó:

—¿Le gustaría montar mi caballo? No quiero llevarle atado a la trasera del carromato cuando crucemos ese río.

—Por supuesto —accedió la muchacha.

Se hizo cargo de las riendas y situó el vehículo en el puesto que le correspondía en la columna. Cuando el que le precedía se había adentrado bastante en el río, se lanzó en seguimiento suyo. Le agradó ver que las caballerías no vacilaban en meterse en el agua. Aquella parte no era profunda, y llegaba tan solo a los ojos de las ruedas, pero no quiso correr riesgos y fue siguiendo exactamente el mismo camino que el otro carromato.

Agatha, sentada en el pescante a su lado, comentó:

—Veo que, a pesar de ser un jugador, maneja usted bastante bien las caballerías.

—No lo he hecho muy a menudo. Siendo joven conducía mi coche, y hubo ocasiones que conduje cuatro caballos.

En ese preciso instante, y desde atrás, llegó a sus oídos un chillido y después alteradas exclamaciones. Entregó las riendas a Agatha, y pensando en Lilith, se encaramó en el

pescante para mirar por encima del toldo de lona. Se dejó escuchar otro grito y enseguida el ruido de algo que cae al agua y el relincho de un caballo.

—¡Sarah! ¡Dios mío, Sarah!

Miró hacia atrás y observó que el vehículo que les seguía se había corrido hasta la parte más profunda, junto al vado por donde estaban atravesando el río. El grueso tronco de un árbol, clavado en el fondo y cuyo ramaje sobresalía un poco de la superficie, se había enredado en las ruedas del carromato. Arrancada violentamente del pescante, la mujer manoteaba en el agua, viéndose claramente que no sabía nadar. Cleve se quitó las botas y se lanzó desde su asiento al río.

Al emerger del fondo echó un vistazo a su alrededor para localizar a la infeliz mujer, pero en ese mismo momento Morgan tiraba de ella hacia la orilla. Inadvertido por todos, Cleve llegó al barrizal que se formaba en el borde de un banco arenoso y se tambaleó, chorreando agua. Volvió atrás la vista y advirtió que Roger Morgan le estaba contemplando.

Al parecer, nadie se había dado cuenta de su inútil intento, pero al echar a andar hacia la orilla para regresar al carromato resbaló y cayó de bruces en el barro, lo que produjo un coro de carcajadas. Furioso, alzó la mirada y vio que Lilith se reía de él. Hasta Agatha no pudo reprimir una sonrisa.

Se puso de pie y contempló sus ropas sucias.

—No lo toque —aconsejó Agatha—. Espere a que el barro esté seco y se quitará cepillándolo.

Fue hasta el vehículo, subió al pescante y recogió las riendas que sostenía Agatha.

—Bueno, ha conseguido más cayendo de cara en el barro que con todo lo que había hecho hasta ahora —comentó la mujer, con aspereza.

—Soy un tonto.

—Ninguna mujer rechaza a un hombre que hace el tonto de vez en cuando… porque así es más humano. ¡Sí, ya sé lo que está pensando! ¡No me considere también una tonta, Cleve van Valen! Lo cierto es que hoy lo ha conseguido. De ahora en adelante, la tendrá de parte suya.

—Lo dudo.

—Aguarde y verá, y fíjese bien en lo que le digo —fue la respuesta de la mujer.

Capítulo IX

La hoguera proyectaba sombras chinescas en la lona blanca del toldo de los carromatos, y la gente del campamento se movía con arreglo a los pasos rituales de la parada nocturna como si ejecutase algún ballet extraño para ser contemplado tan solo por las estrellas que brillaban en el cielo. En las cercanías, las aguas del Blue susurraban entre las piedras —se trataba ahora del Little Blue— y las caballerías en su corral de cuerdas entrelazadas pateaban la tierra y se hartaban de hierba, preparándose para la jornada siguiente.

Cleve van Valen echó un vistazo al círculo formado por los carromatos estrechamente unidos. Se encontraban ya en tierra de indios, y circulaban los acostumbrados rumores acerca de las correrías de sus guerreros. A medida que aumentaba el temor, el círculo se estrechaba más aún, y los hombres vigilaban con mayor interés, atentos al menor ruido o a cualquier cambio que se produjera en el zumbar de los insectos nocturnos.

Claro está que no faltaba quien se burlara de los ataques de los indios y quien no les tuviera miedo. Había quien creía que la muerte era cosa reservada para el prójimo y no para sí, por no haber descubierto todavía la imparcialidad de la muerte.

Con todo cuidado, Cleve limpió su pistola, quitándole todo el polvo y poniéndole unas gotas de aceite. Después, revisó las cargas en los tres cilindros sueltos que llevaba aparte. Comprendía que esta era la más acertada precaución que

podía tomarse, porque no es fácil cambiar la carga de un arma cuando apremia el tiempo. Resultaba mucho más sencillo limitarse a cambiar de cilindro, aun yendo a caballo y a galope tendido. Estaba revisando el último cartucho cuando oyó que alguien se acercaba.

Era Morgan, quien, señalando la pistola, dijo:

—Me ha dicho Gabe French que usted sabe usar esas cosas.

—Cuando es preciso —replicó Cleve—. Me he criado con ellas en la mano.

—Es posible que haya de hacerlo —continuó el otro, bajando la voz—. Hoy hemos observado huellas de indios cheyenne, y nos están siguiendo. No hay rastro de *travois*[9], de forma que se trata de un grupo guerrero. —Morgan lanzó una mirada a los carromatos, pero Lilith no se hallaba a la vista—. ¿Sabe manejar bien el rifle? —preguntó.

—Perfectamente, pero no tengo ninguno.

—Gabe tiene un rifle «Colt». Dispara seis tiros. Me dijo que puede dejárselo.

—Muy bien. ¿Y cómo sabe que son cheyennes?

—Por los mocasines. Cada tribu los usa distintos. Y también por otros detalles. Diferentes modos de hacer las cosas.

Un poco forzado, Morgan echó a andar e hizo su inspección nocturna del campamento.

Cinco días habían transcurrido desde que pasaran el Big Blue y todas las incidencias del cruce, y habían traído buena marcha hasta llegar aquí. El primer día recorrieron diecisiete millas, quince el siguiente, y los dos últimos a razón de diecinueve diarias. En realidad, el último había sido algo menos de las diecinueve. Y esto, para una caravana tan numerosa, representaba una marcha excelente.

Los pastos habían sido buenos hasta entonces, y tuvieron agua en abundancia, pero todos sabían que ahora comenzaba la peor parte del viaje. Cleve, recordando conversaciones escuchadas antes de lanzarse a esta aventura, había colocado en el vehículo un doble fondo de lona para almacenar excremento de búfalo, buena cantidad de astillas, y todo aquello que pudiera servirles como combustible. Hasta ahora no habían escaseado tales cosas, pero en los días venideros podía no ocurrir lo mismo, y procuraba estar preparado para cuando llegara el momento de las dificultades.

Unos minutos después, Lilith salió del carromato y se aproximó a la hoguera. Se había brindado a remendar unos pantalones de Cleve, y venía ahora a devolvérselos. Él se dejó caer sobre una piedra cercana al fuego.

—Le confieso, señorita Prescott, que sus atenciones me confunden y sorprenden, a la vez.

—¿Sorprenden?

—Es que no tenía idea de que fuese tan hogareña.

—Mi hogar fue una granja del Estado de Nueva York y muy a menudo he tenido que remendar los pantalones de mis hermanos.

—Nunca he tenido hermanos… ni hermanas.

—La mía vive en el Ohio. Se casó con un hombre de la montaña, Linus Rawlings. Y tengo dos hermanos.

—¿Y sus padres?

—Murieron en las cataratas del Ohio. De esto hace ya cuatro años, casi cinco.

—Quiero confesarle algo, Lil —interrumpió Cleve—. Mentí cuando le dije la razón de querer trabajar para usted.

—¿Y cree que no lo sabía?

—La verdadera razón es que… estoy enamorado de usted.

—La detuvo, al ver que se disponía a replicarle, y prosiguió—: Esta es la verdad. Desde el momento en que la vi, comprendí que no me sería posible vivir sin usted.

—No me gustaría ser la causa de su muerte, señor Van Valen —repuso la muchacha, con desparpajo.

—Hablo en serio. Y estoy dispuesto a asumir todas las responsabilidades de un marido fiel.

—¿Y hacerse cargo también de las responsabilidades de la mina que he heredado?

—¿Es de veras?

—Una mina de oro, señor Van Valen. Según tengo entendido, oro por toneladas. Oro amarillo, reluciente, atractivo.

—Bueno, yo… yo no tenía idea…

—Claro, estoy segura de que no lo sabía —le replicó, con ironía—. Es nada más que una simple coincidencia.

—¿Coincidencia?

—Desde luego, debida al hecho de que cuando usted estaba tras el escenario, hablando de su apuesta sobre las enaguas que yo llevaba, vinieron a comunicarme lo de mi herencia.

—¿Estaba enterada de la apuesta?

—Naturalmente. Y si yo pude oír lo que ustedes decían, estoy segura de que también se enteraron de cuanto me dijo el señor Seabury. ¿O soy demasiado suspicaz?

—Me parece que sí.

—Se acerca Agatha. Ahora, si está buscando esposa, le sugiero que se arrodille ante ella. ¡Tiene un cabello tan hermoso!

Se puso en pie, esbozó la más dulce de sus sonrisas, y agregó:

—¡Y sepa usted, señor Van Valen, que llevaba *seis* enaguas!

Agatha señaló el grupo que se había reunido alrededor de una hoguera próxima, donde estaban cantando «Hogar, dulce hogar».

—Escuchen. Parece como si estuviesen enterrando a alguien.

Lilith cortó el hilo y entregó a Cleve los pantalones zurcidos. Luego, se echó atrás el cabello, y recogiéndose un pliegue de la falda, se encaminó al grupo de los cantantes para unirse a ellos y tomar parte en la canción.

Poco después, cantando ya a pleno pulmón, Lilith retrocedió hasta la hoguera de su carromato, y la gente se volvió a escucharla. Mientras ella cantaba, se vio que la tristeza y el cansancio iban borrándose del rostro de los otros, y al llegar el segundo estribillo, todas las voces se sumaron a la suya. Roger Morgan, parado fuera del círculo, observaba el efecto causado por la voz de Lilith en los demás. En ese instante, su mirada se cruzó con la de Cleve y se alejó de aquel sitio.

La noche era gratamente fresca y el cielo estaba claro. Después de contemplar un momento a los que cantaban, Cleve fue a echar un vistazo a su caballo, y a continuación se acercó a hacer lo mismo con las caballerías que estaban en el corral de cuerdas.

Todo era quietud. En la lejanía, un coyote ofrecía a la noche su serenata de música quejumbrosa. Las botas de Cleve hacían crujir la hierba mientras cruzaba entre las mulas, y los animales empinaban sus grandes orejas al escuchar su voz. Se detuvo junto a ellas porque le gustaba oír el ruido que producían al rumiar la hierba. Sus oídos habían aprendido a distinguir los diferentes sonidos, llegando hasta aquellos que resultaban inaudibles para los demás.

Aquella Lil… Desde el principio sabía la razón de que él se hubiera unido a la caravana de carromatos. Supo leer en él desde el comienzo, desde que se conocieron, y no cabía esperar nada de ella.

Algún ave nocturna se movía entre la maleza y los grillos chirriaban. Anduvo un poco más, escuchando a los que cantaban, y aunque no podía distinguir las palabras, le agradaba la música. Entre todas destacaba la voz de Lil, clara y fuerte. Se sentía más atraído por ella de cuanto había sospechado. Era una muchacha inteligente, y también perspicaz, y ambas dotes le alejaban de su objetivo. Además, poseía un carácter firme.

Disponiéndose a dormir, consideró el futuro que no iba a ser fácil ni mucho menos. Pero ella era encantadora, desde luego, y a él ya no le importaba que la cuestión se prolongara un poco más. Después de todo, no tenía otra cosa que hacer en la caravana.

Aún no se había hecho de día cuando saltó de entre las mantas y fue en busca de las caballerías. El vigilante nocturno le dejó salir del corral llevándose las seis que tenía a su cargo, e inmediatamente las condujo al bebedero, y después fue con ellas hasta el vehículo para ponerles los arneses. Estaba ajustando una cadena en su lugar, cuando oyó a Morgan hablando con Lilith. La chica había estado trasportando agua desde un manantial próximo al río para llenar los barriles del carromato.

—Señorita Prescott —decía Morgan—, he estado pensando…

—¿Sí?

—Llueva o truene, es usted la mujer más bella que he visto en mi vida. Posee usted energía y un cuerpo bonito, lo cual es una maravillosa combinación. Para usted, el tener hijos será

algo tan sencillo como saltar de la cama.

—Pues si lo deja a mi elección, señor Morgan, prefiero saltar de la cama —replicó ella, secamente.

—Se lo aseguro. Tiene buena constitución para ello y es precisamente lo que ando buscando. Quiero que sea mi esposa. Poseo bastante ganado, más allá de La Merced, y pienso instalarme allí, cómodo y tranquilo.

—No dudo de que así será, señor Morgan.

—De forma que no puede usted hacer cosa mejor que casarse conmigo. Es seguro que tendremos una gran familia en muy poco tiempo.

—Le creo, pero no puedo aceptar su proposición, señor Morgan.

—¿Por qué no?

—A las mujeres nos gusta oír algo más atractivo cuando nos hablan de matrimonio, algo que indique que se nos quiere por nosotras mismas.

—¿Y no es esto precisamente lo que acabo de hacer? ¿Invitarla a compartir mi vida?

—Lo siento, señor Morgan.

—Es otra cosa, es algo que la tiene preocupada. Sin embargo, no crea que me voy a quedar así. Puede estar segura.

Tan silencioso como pudo, Cleve completó su trabajo con las cadenas del enganche, y ensilló su caballo. Era Agatha la que hablaba en ese momento, y le oyó decir:

—¿Qué quería ese?

—Tener hijos.

—¿Hijos? Pues que… pues que los vaya a buscar a otro sitio.

Estaban en la parte posterior del carromato, y el tintineo de las cadenas había servido para amortiguar el ruido de sus movimientos. Lilith vació el cubo que había llevado desde el manantial y echó a andar hacia el pescante del vehículo.

Cleve se puso a ajustar la correa de un estribo, pero atento a lo que hacía la muchacha.

—Señor Van Valen —oyó que le decía en tono frío—, ¿hace mucho tiempo que está ahí?

—He estado poniendo los arneses a las caballerías, pero he oído la proposición que acaban de hacerle. La verdad es que me parece una buena oferta, y se trata de un buen hombre. Claro que yo lo habría hecho de un modo distinto.

—Usted ya lo hizo. ¿O es que lo ha olvidado?

—¿Cómo me iba a olvidar? Hijos… Supongo que a cualquier hombre digno de su nombre le gustaría tenerlos, uno, por lo menos. Pero también es agradable pensar que uno se casa con una mujer que le ama, tener alguien por quien trabajar.

—¿Y qué haría usted por una mujer, señor Van Valen?

—Pues exactamente no lo sé —contestó con la mayor sinceridad—. Los hombres pensamos en estas cosas, pero cuando llega el momento… Bueno, empezaría por no dejar que se olvidara de que es joven y bonita.

Colocó el estribo en su sitio y cogió las riendas.

—Si no tuviera dinero para comprarle perfumes y buenos vestidos —siguió diciendo—, saldría, cuando menos, al campo, y le haría un buen ramo de flores.

Lilith se le quedó mirando atentamente, como si calibrase su sinceridad. Un minuto después, respondía:

—Puede dar muchas lecciones al señor Morgan acerca de las mujeres, pero también él podría enseñarle a usted algunas

cosas.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó, irritado.

—Que a las mujeres nos gusta asimismo la estabilidad, señor Van Valen. Si hemos de tener hijos, queremos un hogar para ellos. Tal vez los hombres piensan solo en el momento presente, pero las mujeres consideramos el futuro y hacemos proyectos para muchos años adelante. No es cosa de poca importancia tener un hijo, señor Van Valen.

Hizo una pausa y rememoró algo que su padre le había dicho mucho tiempo atrás, junto al Ohio: «¡Una mujer quiere un hombre, no una nube de humo!».

Y con el recuerdo de estas palabras paternas, vino el del hombre a quien aquel se refería, pues Linus Rawlings había resultado un buen marido para Eva, y más todavía, supo comprender las ansias de Lilith cuando esta quiso salir a probar suerte. Fue Linus quien le dio el dinero que le sirvió para empezar a trabajar en un teatro.

No fue una gran cantidad, pero la empleó en adquirir buenas ropas, un acordeón, y tuvo lo necesario para vivir mientras encontraba una oportunidad. Le entregó todo lo que obtuvo con la venta de sus pieles, menos una pequeña parte que reservó para sí.

Su memoria reprodujo ahora nítidamente la conversación de aquella mañana, junto a la leña apilada cerca de la casa, cuando Linus le hizo entrega del dinero.

—Eva y yo —le dijo— queremos que te lleves esto. —Clavó en ella la mirada y añadió seriamente—: Lil, cuando un sueño se convierte en parte de uno mismo y le quita algo del brillo de los ojos, es preferible darle rienda suelta. Siguiendo un sueño, me marché al Oeste —prosiguió, sin quitar la mano del hacha—, y he visto los lugares más alejados y las montañas más impresionantes. He cruzado los rápidos de

algunos ríos que jamás ha visto ningún hombre blanco y he cazado al lado de Carson y de Bridger, siguiendo otras veces sus pasos. Supe comprender a los indios y he visto las sabandijas. Esto es todo cuanto conozco, y sé que el hombre o la mujer sin un sueño vale menos que nada. Sin él no sirves para cosa alguna… Jamás pongas en duda tú sueño, Lilith, aunque llegue a tratarte con dureza, y cíñete a él. Esto es lo que importa, así como tu propio respeto. La gente te juzgará conforme te juzgues tú misma.

La joven se quedó mirando el dinero que tenía en las manos. ¡Cuánto significaba este dinero para ella! Y sin embargo, ¡cuántas luchas, peligros y dificultades se habían necesitado para ganarlo!

—No puedo tomarlo —replicó bruscamente—. No, no puedo, es tuyo y de Eva.

—¿De qué sirve un sueño si no puede ayudar a levantar otro sueño encima? Yo tuve el mío. Vi todo eso que acabo de explicarte. He visto correr a los búfalos y oído a los coyotes aullar a la luna en medio de las sombras de la noche. He visto a los osos grises pescando salmones, y me ha sorprendido la noche entre las nieves del Tetons. Seguí senderos que nunca había hollado la planta del hombre, y dejé mi huella en la tierra. Ahora tendré un hijo y le educaré para que vaya donde yo fui, un muchacho que deje su huella fresca, también él.

»Sé lo que deseas, Lil. Créeme, lo sé. Conozco todo lo que te atormenta, sé cuán desesperada te sientes a veces viendo que el nuevo día te encuentra atrapada en el mismo lugar. Ve y dale vida a tu sueño. Y jamás se te ocurra aceptar menos de lo que vales, menos de lo que quieres, tendrás momentos difíciles, pero cuando ello suceda, recuerda la historia que te conté de Hugh Glass, herido de muerte y abandonado a su suerte y cómo consiguió arrastrarse cientos de millas por

terrenos salvajes hasta lograr ayuda. Piensa en John Coulter, desnudo, con los pies convertidos en una masa de sangre y piel, escapando cuando se hallaba en poder de los indios pies negros. Recuérdalo y continúa la lucha con mayor dureza.

Lilith cogió el dinero. Y ahora rememoraba cada instante pasado junto al montón de leña. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y se acordaba de que Linus le dio unas palmaditas en el hombro.

—Puedes marcharte ya —le dijo—. Ve allí donde los acontecimientos están esperándote. He visto que la suerte te acompañará desde el principio.

Linus Rawlings no había sido más que eso, un trampero, un hombre de la montaña, pero duro cuando era necesaria la fortaleza, y con una gran visión del momento.

Recordó otra cosa que le había dicho.

—Una nación necesita héroes. De los sueños pequeños solo salen hombres e ideas pequeñas. El hombre es tan grande como lo son sus sueños. Siempre hay quienes se burlan, desconfían o se acobardan…, pero si quieres dejar huellas profundas en la tierra, tendrás que ponerte en marcha y pisar fuerte.

¿Era Cleve van Valen un hombre así? ¿O se trataba simplemente de un jugador, un cazador de fortunas y un aventurero?

Gabe French le tenía simpatía, y Gabe French era un individuo prudente que no perdía el tiempo con las cosas secundarias. En caballos, perros y hombres, Gabe solo respetaba aquello que valía.

Después de cenar, Lilith entró en el carromato a dormir, y sus manos tropezaron con algo que había sobre la almohada, unos tallos ásperos y unos pétalos suaves. El perfume era delicado, cual corresponde a las flores de la pradera.

Las recogió y se las acercó a la cara, procurando recordar la última ocasión en que un hombre le había regalado flores. También le habían obsequiado con vestidos, dinero… Hasta un carruaje con sus caballos correspondientes. Pero ninguno se había molestado en cortarle un ramillete de flores.

Los tallos gruesos le arañaban las mejillas, y cuando, con todo cuidado, las puso a un lado, disponiéndose a dormir, no se sentía ya como una mujer inteligente y endurecida, sino como una chiquilla que se acerca a la puerta del jardín para esperar la llegada del enamorado. Y estos eran unos pensamientos agradables, muy agradables.

Por la mañana empezó a llover. Era una lluvia que tamborileaba tímidamente sobre la techumbre de lona del carromato desde antes de romper el día. Barrió el polvo y la atmósfera se llenó de ese olor extraño que brota cuando la tierra se moja con las primeras gotas. Los carromatos marchaban en dirección al Oeste cuando la primera luz amarilleaba la hierba, pero esta mañana no se veían nubes de polvo.

Roger Morgan cabalgó hasta alejarse bastante. Se advertía la preocupación que le embargaba. Tres veces seguidas había descubierto un rato antes las huellas de caballos sin herrar, formando un grupo bastante numeroso. La semana anterior habían sido seguidos por algunos indios, pero ahora se trataba de varias bandas, lo cual representaba una reunión… y los indios no se reúnen por accidente.

Volvió la vista atrás en dirección de los carromatos. Iban demasiado separados. Era preciso agruparlos, no ir formando una línea interminable, sino dos paralelas. Regresó hasta la caravana, y al contar entre dos vehículos, oyó una voz que decía:

—Juego…

—Está bien. Yo me quedo —respondió otra voz.

—Caballeros, ¿es que somos principiantes? —terció la de Cleve van Valen—. Apostaré esta magnífica pistola con sus cinco cargadores. Está fabricada en Londres y sirve para cazar osos.

La furia estalló en Morgan. Acercó su caballo a la portezuela trasera, estiró un brazo y cogió a Van Valen por el hombro. Clavó espuelas a su cabalgadura, y esta, al sentir el acicate, dio un salto, separándose del vehículo. Con ello sacó violentamente a Cleve de allí y lo arrojó al suelo, donde cayó produciendo un ruido seco.

—¡Ya le advertí que no toleraría que sacara de sus casillas a los hombres que vienen en esta caravana, Van Valen, y por Dios que…!

Cleve rodó sobre sí mismo y se incorporó en el preciso instante que Morgan saltaba del caballo. Hacía unos cuantos días que Roger Morgan estaba furioso, pues tenía la certidumbre de que era Van Valen quien se interponía entre él y su proyectado casamiento con Lilith.

Cierto era que rara vez se les veía juntos, ni manifestar de alguna manera interés el uno por el otro, pero Morgan no pudo encontrar otra razón para la negativa de la joven. Además, la sola vista de Cleve le causaba desagrado.

Separándose de su caballo, fue hacia su antagonista y le lanzó un terrible puñetazo con la derecha, pero más por azar que intencionadamente, Cleve esquivó el golpe. Descargó uno de suerte que alcanzó a Morgan de lleno, y el jefe de la caravana se desplomó como muerto.

A espaldas de Cleve brotó un grito feroz, y un jinete pasó a galope tendido, con los ojos desorbitados y un brazo extendido, en dirección de la montaña.

—¡Indios! —volvió a gritar—. ¡Son cheyennes!

El jinete de los ojos desorbitados siguió la caravana en toda su longitud, sin dejar de gritar:

—¡Indios! ¡Huid todos!

Alguien hizo restallar un látigo, y un carromato se lanzó a carrera abierta. Levantando a Morgan del suelo, Cleve le recostó sobre la portezuela trasera del vehículo, y corrió en busca de su caballo.

Había desaparecido, espantado por el jinete que gritaba.

Los carromatos corrían dando saltos alocados. Cleve llamó a los conductores, pero estos, dominados por un pánico terrible, no le hicieron el menor caso.

Sacó la pistola y se volvió para hacer frente a los indios que llegaban. Disparó en el mismo momento, y un indio soltó la lanza que empuñaba y cayó de bruces en tierra, muerto antes de llegar a ella.

Lilith, a quien alcanzó a divisar, estaba haciendo fuego desde el pescante de su carromato. Algunos vehículos lograron doblar la velocidad, pero la mayoría, cargados con exceso, apenas podían salir del paso. La caravana se convirtió en un caos.

Uno de los caballos, herido por una flecha, cayó de rodillas. La lanza del carromato se clavó en tierra al producirse la caída del animal, y el vehículo se volcó. Su conductor cogió el rifle, y utilizando el carromato caído a manera de trinchera, abrió fuego contra los atacantes.

Cleve, con los pies firmes en tierra, disparaba haciéndolo calmosamente, sin precipitación, mas en su interior sentía una angustia terrible… ¡Todo esto era por culpa suya!

La caravana huía en forma alocada y ello daba una mayor ventaja a los indios, que se movían con más facilidad. Lo más probable sería que destrozaran vehículo por vehículo. Correr

era tanto como ir al desastre, pues no había espacio para escapar, ni los carromatos, excesivamente cargados, podían pasar del trote en las cuestas abajo. En todo caso resultaban casi nulas todas las posibilidades de escapatoria al ataque de unos indios rápidos, ligeros y bien montados.

Solo existe una manera de defenderse contra esta clase de ataques: hacer un círculo con todos los vehículos. Siempre ha demostrado ser excelente, sea cual fuere el número de indios atacantes. Ningún jefe de caravana, con pleno uso de sus facultades, permitiría una fuga precipitada como esta, y si Morgan se hubiese hallado normal, habría detenido inmediatamente a la caravana. De no haber sido por la partida de naipes, hubiese formado el círculo a tiempo.

Cleve disparó una y otra vez. Un caballo tropezó y cayó, arrastrando al jinete. El segundo disparo atravesó el pecho de uno de los indios, y le derribó de su cabalgadura.

Dando un salto para apoderarse del animal, que seguía al galope, Cleve lo montó cuando pasaba por su lado, sujetándose con toda su fuerza, y gritando lo mismo que un comanche, llegó hasta la cabeza de la caravana.

—¡El círculo! —ordenó—. ¡Formad el círculo!

El sonido de su voz llegó a oídos de Gabe French e hizo dar la vuelta al vehículo que conducía, y el que le seguía hizo a su vez lo propio.

Los restantes imitaron a los anteriores, y fueron formando el círculo que había de protegerles de los atacantes. Corriendo como un salvaje, Cleve iba de carromato en carromato, sujeto solo en el caballo por una mano con que iba cogido de la larga crin del animal, para obligar a los descarriados a regresar y formar el círculo, a fuerza de gritos y aullidos roncos.

Un conductor, dominado por el pánico, se negó a volver, hasta que Cleve disparó al suelo delante de las caballerías,

obligándolas a hacerlo. Una docena, por lo menos, estaban demasiado lejos para cumplir sus órdenes. Dos habían volcado, y a otro se le estaban muriendo las mulas, que pateaban impotentes para desembarazarse de sus arneses.

Hizo fuego contra un indio que se acercaba, y en ese mismo instante divisó a su caballo, que se había detenido cuando la cuerda con que le habían sujetado se rompió. Se escurrió del potro indio que montaba y subió a su propia cabalgadura, apoderándose de las riendas.

Permaneció quieto un segundo para recobrar el aplomo y echar un vistazo a cuanto le rodeaba. Aprovechó ese momento para cargar de nuevo la pistola, se guardó en el bolsillo de la chaqueta el cilindro vacío, y ajustó el nuevo en su lugar.

Allí donde las dos caballerías hacían esfuerzos inútiles para quitarse los arneses, un hombre yacía en tierra, y junto a él, su esposa, arrodillada, hacía fuego contra los indios. Uno de estos bajó del caballo por detrás de la mujer, y aunque se encontraba a bastante distancia, Cleve se arriesgó a disparar.

Vio que el indio daba un salto al sentirse herido, pero instantáneamente, el guerrero volvió a montar y se lanzó en dirección de su agresor. Iba completamente tumbado sobre el lomo de su cabalgadura y Cleve levantó la pistola para hacer fuego, pero el indio hizo dar la vuelta a su caballo, dejando tan solo una pierna visible. Al hacerlo así, olvidó a la mujer que había estado a punto de asesinar. Para ella, ofrecía un blanco completo. Disparó la mujer… y el guerrero cruzó como una exhalación junto a Cleve, pero enseguida se desplomó en tierra.

Cleve cabalgó hasta más allá de donde se hallaba la mujer que acababa de salvarle la vida. Esta se encontraba momentáneamente libre de atacantes, pero algo más lejos

había dos hombres que combatían desesperadamente contra media docena de salvajes guerreros.

Casi tumbado sobre la silla, Cleve se acercó a galope tendido, y al hacerlo, bajó la mano que empuñaba la pistola y disparó a quemarropa sobre el pecho de un indio, lo mismo que suelen hacer los cazadores de búfalos con estos animales. Su caballo saltó de costado, pero le hizo volver grupas y disparó, falló el tiro y volvió a disparar.

Luego se encontró en medio de la lucha. Su cabalgadura derribó a un indio que retrocedía descuidado, y Cleve descargó un culatazo contra la cabeza de otro. Sintió que algo desgarraba la tela de su chaqueta, acto seguido la mordedura de una lanza, y enseguida se vio despedido del caballo, escapándosele la pistola de las manos.

Se incorporó en el suelo cuando el indio se aproximaba para matarle, y apartó la lanza de un fuerte manotazo. Los dos contendientes rodaron juntos por tierra luchando y jadeando. Consiguió tener una mano libre y descargó un puñetazo en pleno rostro del indio, aplastándole la nariz.

Cleve se hallaba caído de espaldas, y el indio se incorporó y echó mano al puñal que pendía de su cinturón, pero aquel levantó ambas piernas y le obligó a curvarse hacia atrás. Semisentado, Cleve, apoyado en la mano izquierda, descargó un fuerte puñetazo en el plexo solar del indio, que se tambaleó. Prosiguieron la lucha un rato más hasta que por fin logró desembarazarse de su oponente y se puso de pie. El salvaje, casi exhausto, lo hizo con demasiada lentitud y Cleve le dio un puntapié por debajo de la barbilla.

Uno de los miembros de la caravana había recogido la pistola de Cleve y se la tiró. Este la cogió en el aire e hizo fuego… Pero, por no recordar el número de veces que había hecho fuego antes, se buscó en un bolsillo el tercer cilindro

cargado.

La lucha terminó tan súbitamente como había comenzado. Los indios fueron desapareciendo colina arriba, y la pradera quedó tranquila. A media milla de distancia, el círculo de carromatos aparecía envuelto en una nube de humo porque algunos disparaban contra los indios en fuga. Todo el ataque, del principio al fin, había durado unos cuantos minutos nada más.

La mujer que había ayudado a Cleve sostenía ahora a su esposo con un brazo echado por encima de sus hombros, y él caminaba aunque con evidente dificultad.

Uno de los hombres había caído gravemente herido, y Cleve se arrodilló a su lado, tratando de contener la sangre que brotaba de su herida. Otro conductor procuraba liberar de los arneses a un caballo muerto y tranquilizar a su tronco de mulas. Entre Cleve y el conductor colocaron al herido en la trasera del carromato y se pusieron en marcha para acercarse al círculo. Desde cierta distancia se aproximaba también otro vehículo.

De repente, Cleve sintió una gran debilidad y recordó su propia herida. Al principio la consideró un simple rasguño, pero ahora no estaba ya tan seguro de que así fuera. Sin embargo, acaso se tratase de la reacción propia de la pelea, del desmayo que suele sobrevenir después de una acción tan violenta. Se detuvo cuando llegó junto a su caballo y se encaramó a la montura. Sintió húmedo un costado y comprendió que estaba sangrando.

Revisó la carga de la pistola, aunque había vuelto a cargarla solo unos cuantos minutos antes. ¿Minutos? Quizá solo fuesen segundos. Echó un vistazo al sol… Apenas era mediodía.

Dirigió su cabalgadura hacia los carromatos, y

repentinamente sintió temblar todo su cuerpo. Se sujetó a la montura con toda su fuerza, temeroso de llegar a caer. Comprendió que no se trataba solo de su herida, sino de la reacción nerviosa después de lo sucedido.

Enseguida se encontró mejor, e hizo que su caballo rodease alrededor del círculo, buscando su vehículo. Cuando menos lo habría imaginado, vio alzarse una columnilla de humo. Alguien había encendido una hoguera. Con un suspiro de alivio contempló el humo y lo consideró algo tranquilizador, normal y real.

Una cosa tan simple, una hoguera, y, no obstante, representaba el símbolo del primer gran paso del hombre hacia la civilización, pero es su retorno instintivo a la realidad cuando sobrevienen momentos difíciles. Es su primera reacción, encender fuego, darse a sí mismo la seguridad y la alegría que aquel simboliza.

¡Cuántas veces había él visto a una mujer encender el fuego y ponerse a guisar, después de pasar la primera emoción del desastre, para ofrecer comida caliente, café…! ¡Cuántas veces le había parecido como si un hombre, al brindar fuego y alimentos calientes, estuviera diciendo: «Mírame, soy un hombre, por estas señales me reconocerás, ya que puedo hacer fuego y prepararme la comida»!

Y después la vio allí de pie, fuera del círculo de vehículos, mirando en dirección a él, pero resguardando sus ojos de la fuerza del sol que brillaba inmensamente. De pie, sola y contemplándole, no muy segura de verle reaccionar.

Capítulo X

Al Oeste se hallaba la tierra esplendorosa, al Oeste los nombres mágicos también, nombres oídos por ellos en canciones y relatos, nombres que representaban regiones salvajes, indios, peligros, promesas y esperanzas. El Platte era uno de estos nombres. Y Ash Hollow otro.

La Roca de la Chimenea… El Arroyo del Caballo… Los Riscos de Scott… Fuerte Laramie… Arroyo Amargo… Agua Dulce, Paso del Sur, Fuerte Bridger, el Río Humboldt, las Praderas de Lawson, la Casa de las Cuarenta Millas… Día tras día, con sol, con lluvia o con viento, la caravana marchaba hacia el Oeste, brotando de las pesadas ruedas de galeras y carromatos una música extraña causada por el maderamen y la carga en un suelo desigual.

Ahora, Cleve van Valen conducía el carromato con menos frecuencia que antes. Las dos mujeres podían hacerlo y él necesitaba explorar el terreno, buscar lugares donde hubiese agua, hierba y combustible, vigilar por si hubiese indios, cazar para alimentarse. Morgan dependía de él más cada vez, y había olvidado su animosidad ante las necesidades de los componentes de la caravana.

En la cima de una colina donde la hierba se movía bajo el sol a impulsos del viento, Cleve se quitó el sombrero y enjugó el sudor de la badana. El cabello le cosquilleaba en las orejas, pues le había crecido mucho en las semanas de viaje. Entornó los ojos para mirar a lo lejos y permaneció un momento

reflexionando acerca de la situación y el lugar que ocupaba en ella.

No solo había cambiado la actitud de Morgan, sino que también la propia se había alterado. Y no tan solo su actitud, sino también el aspecto. Se había curtido con el sol y el viento. Había cortado leña, guiado las mulas, hecho esfuerzos para sacar del atasco las ruedas del carromato atrancado en el fango o la arena, empleando su fuerza física hasta un grado como no lo había hecho antes.

Los valores también eran distintos aquí. Nada importaba lo que un hombre pudiera haber sido en el Este. Aquí solo se le preguntaba: «¿Puede hacer la faena? ¿Será capaz de aguantar cuando surjan las dificultades?».

En derredor de la hoguera también se había producido un cambio casi imperceptible. Ahora recibía tantas atenciones de Lilith como de Agatha.

Entre Cleve y el jefe de la caravana había un cese de hostilidades, pero nada más. Morgan no había hecho la menor referencia al episodio de la partida de naipes. Cleve no consideraba oportuno proseguir la cuestión, y Morgan, al parecer, creía preferible dejar que las cosas siguieran así. Sin embargo, Cleve rehusaba cuantas invitaciones le hacían para jugar, y esquivaba a los aficionados al juego.

En cuanto a Lilith, no hizo intento alguno para congraciarse con él, y excepto a las horas de comer se veían muy poco. Si bien Cleve estaba al servicio de las dos mujeres, son muchas las faenas que deben realizar los componentes de una caravana, y las faenas más duras corresponden a los hombres.

Después de atravesar el árido desierto del Gran Lago Salado, cedió el temor a los indios. Los había por aquellos alrededores, pero eran más inclinados a las raterías que al

ataque salvaje. A medida que avanzaban en dirección Oeste, el problema se reducía más que nada a conseguir agua, hierba y combustible.

El curso sinuoso e interminable del Humboldt ofrecía poca leña y agua. Durante muchas millas, esta ruta la indicaba solamente un poco de maleza baja. Muy lejos, hacia el Sur, había montañas, y alguna que otra vez divisaron nubes bajas y grises que cubrían el horizonte. Los viajeros buscaban ansiosamente las sierras, pues estas eran el anuncio de California, y California representaba el final de la jornada.

Cleve seguía cuidándose de las mulas. Las llevaba a beber y al corral, les ponía los arneses y se los quitaba. Y suministraba combustible al carromato, y de cuando en cuando, cierta cantidad de carne fresca.

De naturaleza ágil para observar y aprender, recordando conversaciones y libros leídos, Cleve van Valen no tardó en ser un llanero de primera categoría. Gozaba de una vista excelente, y con el rifle «Colt» que le había prestado Gabe French no podía ir mejor armado. Su caballo era fuerte, veloz, y capaz de soportar largas jornadas. Bien montado y bien armado, disfrutaba adelantándose mucho a la caravana para descubrir buenos lugares donde acampar al llegar la noche.

Cabalgando así, bien lejos de la ruta de los carromatos, solía encontrar caza mayor, y dos o tres veces por semana regresaba de tales excursiones llevando mucha carne fresca. Aparte de la que reservaba para los de su propio vehículo, acostumbraba distribuir el resto, imparcialmente, entre los restantes miembros de la caravana.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Gabe cierto día —. ¿Vas a dedicarte a dirigir caravanas? Estás haciendo muchos amigos en esta.

—Lo único que deseo es terminar el viaje con el pellejo

entero. —Y Cleve desvió la vista de las montañas para fijarla en su interlocutor—. Gabe, cuando llegue a California pienso dedicarme a los negocios.

—¿Tienes alguna idea?

—No.

—Bueno, pues recapacita. Eso es mejor que dedicarse a la minería, porque esta representa un juego de azar como quiera que lo mires. —Gabe hizo una pausa y continuó—: Tal vez a mí se me ocurra algo.

Habían acampado en el Truckee, con las Sierras asomando por encima de donde se hallaban, cuando Cleve llegó a galope al campamento y dejó caer un cuarto de ciervo en el carromato. Luego siguió cabalgando para obsequiar dejando un trozo aquí y otro allá.

Agatha le fue siguiendo con la mirada.

—Lil, has conquistado a ese hombre —dijo, dando mucho énfasis a sus palabras—. No hay ninguno como él para traer provisiones.

—Ha cambiado bastante —reconoció la joven.

—Es posible… Y es posible también que tú no supieras conocerle al principio. Acaso ni siquiera se conoce él mismo. Ha cambiado, en efecto —añadió, después de estudiarle un momento—. El sol le ha dado mejor color y ha engordado. Es todo un hombre.

—Es un jugador, y nunca he conocido a ninguno que haya cambiado. ¿Y tú?

—Este pudiera ser que sí. Viene de buena familia, según dice Gabe, que conoció a sus padres. Le hicieron una mala pasada y mató al tipo que se la hizo.

Las montañas bloqueaban ahora la línea oriental del horizonte, y el desierto se extendía frente a ellos. La nieve

cubría los picachos y los riscos, y los pinares tapaban las laderas interminables y empinadas. Otras caravanas habían cruzado estas montañas, de forma que debía existir un camino, pero desde donde se encontraban ahora los carromatos daban la impresión de ser un muro impenetrable y elevadísimo. ¿Cómo habrían logrado encontrar el camino los vehículos que les precedieron?

Tres veces esa mañana se habían detenido para despejar la angosta senda, quitando de en medio rocas, nieve, grandes piedras desprendidas de lo alto, pero en el mejor de los casos, el viaje resultaba lento y difícil. Los carromatos avanzaban pulgada a pulgada, y Cleve se adelantó en busca de un lugar propio para acampar. Cuando descubrió lo que buscaba, aproximadamente a la distancia que calculó podrían cubrir, se encontró ante una hermosa pradera rodeada de frondosos pinos, entre los cuales un pequeño arroyo formaba una cascada.

Había buena hierba, combustible en abundancia, y aquella agua clara y fresca que bajaba de la montaña. Después de lanzar un último vistazo a su alrededor, despojó de la montura al caballo y la frotó con un puñado de hierba seca.

No se oía otro ruido que no fuera el del viento al soplar entre el ramaje de los árboles y el producido por el agua en su caída. Se fijó en que su caballo se hallaba flaco. Hasta aquel animal, fuerte y resistente, comenzaba a mostrar el efecto de las millas recorridas, y ni siquiera su pelambre de invierno podía disimularlo. De repente, Cleve se sintió cansado.

Faltaban todavía bastantes millas antes de llegar a los campos auríferos, y muchas más aún hasta San Francisco. ¿Por qué tenía que esperar? ¿Por qué seguir la marcha de los lentos carromatos, cuando a la velocidad de su cabalgadura podía llegar en mucho menos tiempo? ¿Por qué no ensillarla

al romper el día y salir al galope, y seguir cabalgando así hasta la Golden Gate?

Tan pronto se le hubo ocurrido esta idea, comprendió que en ella tenía la solución. Después de todo, ¿qué razón tenía para suponer que Lilith había cambiado, o pensaba hacerlo? Cierto era que ahora se mostraba más agradable, más asequible, y en ocasiones, llegó hasta parecerle sincera en su conducta, pero él sabía que no podía tenerse mucha fe en tales detalles.

La verdad era que él no tenía dinero, y un jugador necesita verse ante una mesa de juego, pero era posible que encontrase viejos amigos en los garitos donde se jugaba al «faro», y él se encargaría del resto.

Seguía pensando en ello cuando llegó la caravana, y tuvo que ocuparse de las mulas, de la hoguera, y del problema del combustible. Pero la idea no se le iba de la cabeza.

Lilith estaba encantadora. Si un hombre tenía que casarse por dinero, no la encontraría mejor. Era una muchacha con opiniones propias, pero a él le gustaba así. Y al reflexionar algo más, llegó a la conclusión de que el juego nada le había producido en tantos años malgastados. ¡Años perdidos ya y que no podía recobrar!

Sin embargo, sería un tonto en cruzar aquellas montañas hartándose de trabajar, cuando unas cuantas horas de galope le apartarían de la caravana. ¿Por qué no olvidarse de Lilith? ¿Por qué no marcharse ahora, esta misma noche?

—Ya no nos queda mucho —comentó de pronto la joven, cuando estaban junto al fuego.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, dando la impresión de ser casi una pregunta.

—Después que hayamos cruzado las montañas, ya no les serviré de nada —replicó él—. Desde allí no será difícil el viaje

hasta el lugar donde se dirige.

—A la Quebrada del Conejo… Eso está en Mother Lode.

Lilith había respondido casi sin pensarlo, pero luego, al agacharse para alzar la tapadera de una vasija, comprendió todo el alcance de la observación hecha por Cleve. ¿No les serviría de nada? ¿Significaba esto que iba a dejarlas, tan pronto cruzasen las Sierras?

Por un momento, se sintió igual que si hubiera recibido un mazazo. Inmóvil, clavó la vista en la vasija, después le puso lentamente la tapadera y se incorporó.

Se sentía perdida, vacía, desmoralizada. ¿Qué le ocurría? Después de todo, él no era sino un cazador de dotes, ¿no era así? Un aventurero, un jugador de profesión. ¿Qué clase de hombre era este, que producía en ella una impresión tan honda?

Estuvo a punto de preguntarle si iba a marcharse, pero temió su respuesta. Echó algunas ramas a la hoguera, volvió a levantar la tapadera, y removió el guisado.

Cuando él rompió el silencio, dijo precisamente lo que ella temía oír.

—Estaba pensando adelantarme… Ahora ya nos falta muy poco, y me siento impaciente.

—¿Se dirige a los yacimientos auríferos? —inquirió Lil, aparentando indiferencia.

—A Frisco[10], porque la minería no me interesa mucho.

—Creo que usted podría hacer todo lo que se propusiera —arguyó ella, cautelosamente.

Hacía esfuerzos para poner en orden sus pensamientos, para decir lo más acertado. Luchaba también con una sensación dominante de pérdida inminente.

—Bueno, ha sabido ganarse su dinero —exclamó al fin—.

Prometió trabajar por un sueldo, y ha hecho más de lo que debía. Hasta Roger lo reconoce.

¿Conque era Roger quien andaba por medio? ¿Hasta dónde habría llegado? Morgan había tomado ahora la costumbre de acercarse a la hoguera, y un par de veces los había visto hablando en voz baja, casi con intimidad.

Cleve se preguntó mentalmente si era realmente un loco. Morgan, según los informes, era un hombre acomodado, aunque carente de imaginación. La realidad era que podía ofrecer algo a una mujer, pero ¿y él, Cleve van Valen, qué podía brindar a Lilith?

No tenía dinero, estaba considerado como un jugador, y era hábil con las armas en la mano. Considerándolo fría y lógicamente, no disponía de nada más. Había sido un grandísimo estúpido al ir detrás de aquella muchacha, pensando en casarse con ella, cuando había otros por medio.

Lo cierto era que se había comportado exactamente como ella sospechaba que lo haría, lo mismo que un estúpido egoísta. Todo ello venía a significar que estaba perdiendo el tiempo.

Agatha se acercó a la hoguera y distribuyó la cena, mirando a uno y otro con expresión pensativa. Era lo bastante inteligente para no darse cuenta de que allí sucedía algo, pero en esta ocasión no supo qué hacer.

—Se lo ha ganado, desde luego —manifestó Lil—. Se ha ganado lo que debo darle, pero hay cosas que no pueden pagarse, créame.

«Mañana por la mañana me marcharé —pensó Cleve—. He perdido el tiempo, y es hora de que me vaya. La cuestión está en saber aprovechar el momento oportuno».

—Me iré por la mañana —anunció—. Ya no me necesitan.

Lilith, perdido ya el apetito, clavó la vista en el fuego. Al cabo de un momento, respondió:

—Pero ¿cuánto tengo que pagarle? No lo sé… No acordamos nada, me refiero a la cantidad.

—Nada me debe. He recibido el sustento.

—Ha ganado mucho más que eso, muchísimo más. Sin usted no habríamos llegado hasta aquí. Le aseguro que si no hubiera sido por usted, los cheyennes nos habrían asesinado a todos nosotros. Usted fue quien contuvo el pánico que se había adueñado de todos, y nos obligó a formar el círculo.

—Morgan lo hubiera hecho a tiempo —expuso—, y si no hubiese sido por mi culpa, aquello habría sido muy distinto. —Levantó la cabeza y prosiguió—: No se lo había dicho antes, pero Morgan me sorprendió jugando, y tuvimos una pelea. De no haber sido por esto, él habría detenido a aquel maldito loco antes de que soliviantase a los demás.

—Eso nadie puede asegurarlo.

—Estoy seguro de haber distraído la atención de Morgan en un momento tan importante —replicó, al tiempo que se ponía en pie—. Puse en peligro la vida de todos.

Echó una mirada a su alrededor, queriendo decir algo más, pero no encontró las palabras que necesitaba. Por eso repitió:

—Me iré por la mañana. Ya no me necesitan.

Inesperadamente, giró en redondo y se alejó del fuego. Lilith empezó a decir algo, pero no continuó, limitándose a seguirle con la vista, descorazonada.

—¿Piensas dejarle marchar? —le preguntó Agatha.

—¿Y qué puedo hacer?

—Esa contestación la conocen las mujeres desde que Eva jugueteó con Adán y la manzana. Si a tu edad no la sabes todavía, no seré yo quien te lo enseñe.

—Le amo.

—¿Así estamos? Entonces te aconsejo echarle el lazo —respondió Agatha—. Te aseguro que es un hombre excepcionalmente bueno. Pero cuando se llega a mi edad, se acepta cualquier clase de hombre, con tal de que respire y se mueva. Representan un apoyo, créeme.

—Le amo —repitió la joven, como si le asombrase este descubrimiento—. Realmente, estoy enamorada de él.

—No me lo cuentes a mí. Díselo a él.

Todos en el campamento se habían acostado ya, y la mayoría estaban dormidos antes de que Cleve regresara al carromato. Permanecía despierto, con la vista fija en el toldo del vehículo, fantasmagóricamente iluminado por las llamas a punto de extinguirse. Lilith le había oído desenrollar las mantas y quitarse las botas. Podía distinguir todos los sonidos e interpretarlos. Por último, Van Valen dejó escapar un suspiro, se desperezó, y un minuto después, la joven le oía respirar normal y acompasadamente.

A ella no le era posible conciliar el sueño. No hacía más que dar vueltas, tratando de encontrar una postura más cómoda, cuando de pronto, oyó un ruido extraño.

Algo, tal vez un animal grande, daba vueltas alrededor del carromato. Oyó relinchar al caballo de Cleve y se dispuso a coger el rifle que tenía junto a ella en el vehículo, pero retiró enseguida la mano.

Los ruidos continuaban. Ahora se trataba de un resoplar sofocado, y le pareció que el caballo de Van Valen luchaba por liberarse de la cuerda que le sujetaba.

—¡Cleve! ¡Cleve! —musitó.

—Ya lo he oído —respondió aquel, con la mayor calma.

Estaba absolutamente quieto, escuchando. Por un instante,

después de haber hablado, sobrevino una quietud completa, pero después se dejó oír nuevamente el resoplar de antes y se oyó el ruido de un cubo, como si alguien lo hubiera volcado.

Bruscamente, el caballo se puso a retroceder y patear, volviendo a sus esfuerzos para escapar.

Cleve cogió la pistola, salió de debajo del carromato y empezó a ponerse de pie, cuando al propio tiempo el animal, un oso gigantesco, se incorporó casi a su lado. Enfurecido por los relinchos del caballo, así como por el hombre que, repentinamente, aparecía junto a él, el oso lanzó un gruñido feroz. Cleve le disparó a quemarropa.

Hizo fuego una… dos… tres veces. Disparó con toda la rapidez que le fue posible.

Cegado por la luz de los fogonazos, el oso se lanzó sobre él. Erró un zarpazo que habría sido capaz de arrancarle la cabeza, pero le derribó con el peso de su cuerpo.

Cleve rodó por tierra, pero sin soltar el arma, y el oso se golpeó contra un lado del vehículo, pero se volvió, gruñendo furioso, y dándose zarpazos en las heridas del pecho. Se lanzó sobre su agresor sin verle, y Cleve le disparó al vientre y enseguida se alzó y retrocedió con presteza mientras el oso se esforzaba por alcanzarle de nuevo. Alzó el arma, apretó el gatillo, mas no hizo blanco.

Por todo el campamento se oían gritos y gente que hacía preguntas acerca de lo ocurrido. Cleve, entretanto, permanecía con los pies clavados en tierra, sorprendido de que su antagonista no arremetiese contra él.

No tenía carga de repuesto. Llevaba todas las balas en un bolsillo de su chaqueta o en las bolsas de la montura. Con cuidado, retrocedió un paso más, sin separar la vista del sitio, cercano a la rueda delantera, donde había estado el oso.

—¡Cleve! ¡Cleve! ¿Está bien? —inquirió Lilith.

Aguardó, bajando despacio la pistola, temeroso de hacer el menor ruido que pudiera provocar otra arremetida.

Llegaron corriendo varios hombres armados.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido? —gritaban.

Cleve echó leña al fuego y algunas ramas despidieron llamas inmediatamente. El oso yacía en el mismo lugar donde cayera, casi junto a la rueda delantera del carromato, y los hombres se aproximaron recelosos, llevando dispuestas las armas.

Lilith y Agatha salieron de su vehículo. La primera fue corriendo a él, atemorizada y con los ojos muy abiertos.

—¡Cleve! ¿Se encuentra bien? ¿Está seguro?

Gabe French cogió al oso por una pata y tiró de él. Era una masa inerte. Tres balas le habían destrozado el pecho, un poco a la izquierda del centro, y los tres balazos habían entrado por un espacio que no excedía en mucho al que podría ocupar la mano de un hombre.

—¡Amigo, esto es saber disparar! —comentó uno de aquellos, después de comprobar la hazaña.

Fue el cuarto y último disparo el que había salvado la vida a Cleve, pues había penetrado en el estómago del animal y le había destrozado la espina dorsal. A pesar de los tiros mortales del pecho, pudo haberle matado finalmente, si no hubiera sido por este último balazo. Había tenido suerte, una gran suerte.

Era evidente que el plantígrado no había ido en son de guerra, sino que estaba olisqueando entre los cubos, atraído por el olor de la comida. El fogonazo del arma de Cleve le había cegado, y probablemente habría escapado si hubiese podido hacerlo. Aquel último disparo suyo le evitó un zarpazo feroz… o, acaso, algo peor.

Oía palabras sueltas de algunas conversaciones… «Mucho plomo» y «vérselas con un oso frente a frente» y «un magnífico disparo a oscuras»… Pero él sabía que no era ningún héroe. Lo había hecho atemorizado, y por eso se había portado de aquel modo. Si hubiese intentado escapar, al animal le habría sido fácil echársele encima. Cuando se vio tan cerca del oso, no le quedó otra alternativa que disparar.

Pero aquella historia sería referida muchas veces, dondequiera que aquellos hombres se reunieran.

Lilith le cogió del brazo.

—¡Cleve! ¡Cleve, no puede marcharse ahora! ¿Qué habría pasado si no hubiese estado aquí cuando llegó el oso? ¿Qué habríamos hecho nosotras?

Se la quedó mirando, con las manos apoyadas en sus brazos, y estuvo a punto de replicar: «Pues probablemente habría usted cogido su rifle, le hubiese matado, y se hubiera ido a dormir». Pero en lugar de esto, respondió:

—Sí, es preferible que me quede. No puedo dejarla sola.

Lo cierto era que había llegado a la conclusión de que no sentía el menor deseo de marcharse.

Deseaba quedarse allí, donde estuviera Lilith. Después de todo, llevaba muchos años jugando. ¿Y qué había conseguido? Valía más quedarse junto a ella y ver lo que podía sacar.

Seguiría a su lado hasta el final. No había que olvidar que esta chica iba a heredar una mina de oro.

¿Qué clase de tonto había sido cuando se le ocurrió largarse?

Capítulo XI

La Quebrada de la Pata de Conejo, bien conocida por todos, y comúnmente llamada «El Conejo» o simplemente «Conejo», era una abertura escarpada donde la montaña parecía haber sido desgarrada por un gigantesco estremecimiento terráqueo. Era una grieta profunda en la montaña, y sus costados, cortados a pico, se elevaban desde el fondo hasta la cima a una altura que sobrepasaba los mil pies.

A lo largo de aquella abertura, allí donde el cañón se ensanchaba, había algunas viviendas hechas con piedras, cobertizos de troncos, o simples grutas, donde los buscadores de oro se refugiaban cuando no removían los cedazos o limpiaban las acequias.

A uno y otro lado, los mineros se habían repartido el arroyo para lavar las arenas y la grava, que recogían en los cedazos, y separar las pepitas de oro que quedaban asoladas en el fondo de aquellos.

El sendero, si así puede llamársele, cruzaba dificultosamente entre las barracas, a lo largo del riachuelo, subiendo por uno de los costados de la quebrada, y bajando después hasta llegar a la orilla misma del arroyo.

Cleve van Valen, cabalgando con Lilith a su lado, pasó con precaución junto a los buscadores de oro, afanosamente atareados. En varias ocasiones, uno u otro recibieron el saludo de algún viejo conocido, y al verlos aparecer, todos dejaban la tarea por un momento. Las mujeres escaseaban por

aquel entonces, y las mujeres como Lilith no se vieron jamás por aquellos andurriales. Los hombres abandonaban el trabajo para mirarles y se ponían las manos en la frente para proteger los ojos de la fuerza del sol.

Mediaba la mañana. La mayoría de los buscadores trabajaba con las mangas de la camisa arrolladas, dejando al aire la roja camiseta de lana. En su gran parte usaban botas ordinarias de tacón plano, si bien no dejaba de haberlos que calzaban mocasines o botas de montar y hasta alguno que otro trabajaba descalzo. Eran muchos los que llevaban varios días sin afeitarse y sin bañarse, pero ninguno iba desarmado. Los que no llevaban la pistola al cinto mientras hacían su faena, la tenían al alcance de la mano.

Formaban un conjunto de individualistas toscos, groseros, bienhumorados, y tan independientes como se lo permitía su fuerza física o su pistola. Unos cuantos días o semanas antes, ninguno de ellos conocía al resto, y pocas semanas después cada uno se encontraría en algún otro campo aurífero, siempre en busca del codiciado metal.

Un individuo de pocas carnes reconoció a Lilith.

—¡Eh, Lil! ¡Cántanos una canción!

Le saludó ella con la mano, recordando haberle visto en San Luis, donde el hombre había procurado burlar la ley.

—Tenemos prisa, muchachos. Otra vez será.

—¡Vamos, Lil! —insistió a gritos el barbudo de San Luis—. ¡Anda! ¡Canta una canción!

La joven soltó la carcajada y se encaró con el grupo.

—¿Qué querrá que le cante, amigos? ¿Aquella canción titulada «¿Cuál es tu verdadero nombre?»?

Le respondió un coro de carcajadas estridentes, y el barbudo se agachó como simulando que procuraba esquivar

un golpe.

—Si te dejas convencer, tendrás que cantar más de una —le dijo Cleve, volviéndose a medias en la silla.

El angosto sendero que seguían se adentraba ahora por entre unos pinos y se alejaba del arroyo, que aquí ocupaba todo el fondo de una cañada tan estrecha que el sol únicamente le llegaba a mediodía.

Cleve precedía a Lilith, aunque a corta distancia, e iba medio vuelto en la montura para no darle completamente la espalda a su compañera.

—Iré a San Francisco —iba diciendo la joven— y compraré una casa en Nob Hill, y tendré un carruaje propio con el correspondiente cochero. Seré dueña de lujosas mantelerías, de cubiertos de plata y de la vajilla que siempre he soñado, y nunca más volveré a cantar para un público de hombres. —Tras breve pausa, añadió—: Dispondré de una sala grande y cuando quiera cantar lo haré para mí sola… o para mis amigos.

—¿Y para mí no cantarás, Lilith?

—Sí, siempre que lo desees. Y tendré bellos vestidos e invitaré a cenar a las personas de mi agrado. Tal vez vaya a Nueva York, y quizá llegue hasta París o Viena. ¿Has estado en Viena, Cleve?

—En Viena, en Innsbruck, en Bayreuth, en Weimar, en Montecarlo… Te gustarían muchos esos lugares, Lil.

El sendero describía una curva pronunciada, y a lo lejos pudieron distinguir la abertura del cañón, allí donde se encontraba la mina que le correspondía, según el legado. Ahora podían cabalgar uno al lado del otro, y así lo hicieron, pero sin cruzar palabra. Era mucho lo que les esperaba, y su vida no iba a tardar en tomar otro rumbo.

El camino descendía, y vieron el montón de cascajo en el sitio donde tiraban la roca menuda y los desperdicios extraídos del túnel de la mina. Abajo de todo, un buscador de oro se hallaba ocioso junto a la orilla del arroyo, mientras que del cedazo caía un chorro de agua que iba a parar a la corriente.

Cerca de la montaña, bajo unos pocos árboles esqueléticos, había un cobertizo, y un hombre barbudo estaba sentado sobre un tronco próximo a la puerta, fumando una pipa. No lejos de él, una *squaw* molía maíz en un *metate*[11].

Cuando se aproximaron, ninguno de los dos les miró siquiera, ni cambió de postura. El hombre, inmóvil como las mismas rocas, tenía la vista fija en el reflejo del sol sobre las aguas del arroyo.

Cleve y Lilith llegaron a su lado y la joven se apresuró a mirar hacia la oscura abertura que aparecía en la montaña, y enseguida, con gran inquietud, lanzó un vistazo a cuanto les rodeaba. Súbitamente, sin saber la razón, le acometió un temor indecible.

—Estamos buscando a un tal señor Huggins —dijo Cleve.

—Le han encontrado.

—Esta es Lilith Prescott.

—Me lo figuré, porque me anunciaron que era muy guapa. —Movió con desgana una mano cuyas uñas no podían estar más negras, y agregó—: Aquí está todo, tal como lo dejó el viejo Brooks. Hubo un momento en que aquí trabajaban simultáneamente veinte hombres.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Lilith—. ¿Quién se encarga de extraer el oro?

—Habla del oro… Ya se ve que no tiene idea del oro que se ha sacado de aquí. Solo había una veta, aunque produjo unos

cuatro mil doscientos dólares antes de agotarse.

El miedo de ella se convertía ahora en realidad. Cleve lanzó una mirada rápida a su acompañante. Lilith apretaba con fuerza los labios, y pensaba en lo que esto significaba para Cleve.

—El señor Brooks gastó aquí cerca de trescientos dólares antes de morir y yo tuve que poner un poco de dinero para comprarle un ataúd con asas de metal. Aquí en las montañas eso es muy caro. El resto, y conste que no es gran cosa, creo que usted me lo debe por haberme quedado a guardar este lugar. —Les contempló con los ojos entornados y prosiguió —: Supongo que está bien, ¿no les parece?

—¿Crees en su palabra o quieres que eche una mirada ahí dentro? —inquirió Cleve, al tiempo que volvía grupas a su caballo—. Por mi parte, le creo.

El hombre de la barba se movió al fin. Se levantó de su asiento.

—Mire todo cuanto quiera, pero es bien poco lo que hay que ver. Yo y la mujer nos vamos a marchar. Quiero decir que aquí no se saca nada, y es preferible ir al bosque. Me gusta mucho la caza.

Sin pronunciar palabra, Lilith hizo dar la vuelta a su caballo en dirección al sendero, y pasados algunos minutos, respondió:

—Tienes razón, Cleve. Me parece que podré seguir cantando. Y tal vez empiece ahora mismo, ahí abajo. Les prometí hacerlo en otra ocasión. Bueno, vámonos, volvamos a la realidad.

Roger Morgan oyó la música antes de llegar a aquel teatro improvisado, un entoldado de lona. Lo primero que vio al entrar fue un mostrador largo, detrás del cual cuatro camareros se movían febrilmente para servir a los hombres

allí agolpados, formando tres o cuatro hileras. Los había españoles, californianos con pantalones de boca ancha y chaqueta de ante, y no faltaban chinos, chilenos, irlandeses, alemanes, franceses… En aquella multitud podían encontrarse todas las razas y todas las nacionalidades.

Se situó a un lado de la puerta y echó una mirada a su alrededor. Se veían varias mesas de juego, y en el lejano fondo del local había un escenario, vacío ahora. En un rincón, varios músicos bebían alegremente cerveza.

Jackass Hill se hallaba en pleno auge. Una veta de cuarzo estaba produciendo de cien a trescientos dólares diarios, y otra mina, en solo seis semanas, había dado un beneficio de diez mil dólares, aunque únicamente estaba en explotación un espacio de unos cien metros cuadrados. Docenas de perforaciones hechas en la montaña habían producido lo suficiente para hacer ricos a sus propietarios, por lo menos temporalmente. Llamaban a este lugar Jackass Hill, o sea, la Montaña del Mulo, por los rebuznos que lanzaban esos animales cuando subían y bajaban transportando el mineral extraído.

Era una multitud salvaje y dispendiosa. Ningún individuo del numeroso grupo podía considerarse rico, pero la fiebre del oro se había apoderado de todos, y se comportaban como si lo fueran, gastando cuanto poseían.

Morgan se abrió camino entre aquellos hombres, buscando un rostro familiar por las mesas de juego, y casi esperaba encontrarse con el único que no deseaba ver.

De repente, a los acordes de un acordeón y un violín, Lilith apareció en el escenario cantando «¿Cuál es tu verdadero nombre?».

Roger Morgan descubrió una silla vacía y se dejó caer en ella para observar a la joven mientras cantaba. Las partidas de

naipes quedaron en suspenso, y fueron bastantes los hombres que dejaron de beber. Ninguno la perdía de vista. En Lil no se advertía esa especie de actitud forzada, de tristeza en la cara, que suelen encontrarse en todas las artistas que actúan en los teatros ambulantes y en las regiones donde hay buscadores de oro. Su aspecto era juvenil, lozano y encantador. Daba la impresión de una muchacha hogareña, aunque poseía un raro atractivo que hacía hervir la sangre de cuantos hombres había en el local. Mientras pasaba de una canción a otra, se movía con gracia por el escenario, fijando la mirada en cada espectador, dándole la impresión de cantar especialmente solo para él.

Por fin, Morgan no fue capaz de resistir más. Se levantó y abandonó el teatrillo para ir en busca del conocido carromato, que ahora servía de camerino y vivienda. No hacía mucho tiempo que aguardaba, cuando se presentó la joven.

—Señorita Prescott…

Se disponía ella a seguir de largo, pero se detuvo al reconocerle.

—¡Ah, hola, señor Morgan! Siento no poder invitarle a entrar, pero no podemos movernos ahí dentro.

—Esta no es vida para una mujer como usted. He oído comentar que su mina está agotada y que su veleidoso amigo la ha abandonado. ¿Dónde está ahora?

—¿Cleve? Me dijeron que está en Hangtown.

—Pero ¿es cierto que ese descastado se marchó y la abandonó?

—Me dejó, sí, pero no le considero un descastado. Cleve es Cleve, y nada más.

Morgan hundió la puntera de la bota en el polvo.

—Es usted una mujer que le deja a uno perplejo, señorita

Prescott. Cuando un animal apestoso necesita que lo maten… Si me hubiese dejado, habría hecho que ese tahúr saliera a todo correr de nuestra caravana. Nos hubiéramos evitado muchos problemas.

—Se portó muy bien, señor Morgan. Usted mismo tuvo que reconocerlo. En cuanto a hacer correr a Cleve, no es de los que huyen con facilidad. Son bastantes los cheyennes que pueden atestiguarlo.

—No niego que sabe disparar un arma, pero se marchó abandonándola. ¿Qué clase de hombre es?

—Toda mi vida, señor Morgan, he deseado encontrar un marido rico. ¿Puedo reprobarle que él busque una esposa con dinero? Ambos hemos nacido para ser pobres. Así, al menos, estoy empezando a pensarlo, pero a ninguno nos agrada la perspectiva. —Giró en redondo para dirigirse al carromato, y se excusó—: Tengo que cambiarme de ropa.

—¿Cree usted todo eso que acaba de decir? —preguntó él, poniéndosele delante—. ¡Dígame la verdad!

—Cleve y yo no podíamos vivir solo del amor ni cinco minutos. Ahí tiene la verdad, señor Morgan.

—Así acaba de contestar la pregunta que he venido haciéndome durante dos mil millas. Pues escuche bien, tengo el rancho más grande que ha visto en su vida… Todo un día a caballo no basta para recorrerlo. Antes o después, esta tierra valdrá mucho dinero. ¿Dice que desea un hombre rico? Bien, pues aquí lo tiene.

Lilith se le quedó mirando, pero no le veía, viéndose únicamente a sí misma tal como fue en cierta ocasión, una joven chorreando agua, sucia, desmoralizada, que había naufragado en el Ohio. No era esto lo que aquella chiquilla había deseado, no este teatrillo de lona, ni lo que Morgan le ofrecía tampoco. No sabía con exactitud qué era lo que

aquella muchachita deseó con tanto ahínco, pero sí que no era esto.

Morgan le brindaba seguridad, un hogar donde guarecerse del vendaval, pero ¿cuándo había esperado ella que un hombre le ofreciese su hogar? ¿No había sabido mantenerse a sí misma, aun en momentos muy críticos? A nadie en el mundo estaba obligada, con excepción de Linus Rawlings, a quien debía un poco.

Linus había sabido comprenderla. Además de renunciar a su vida libre en beneficio de su hermana Eva, había dado a Lilith los medios para que fuese en busca de su libertad. Mejor que ella misma y que todos los demás, Linus conocía las dificultades con que ella iba a tropezar, ya que de otro modo y en momento distinto, también él tuvo que enfrentarse a igual problema. La libertad, y esto lo sabía muy bien Linus, no es cosa que se compra a bajo precio. Linus, que la había comprendido, hubiera sabido comprender también a Cleve.

—No tendrá que hacer ninguna otra cosa más que atender a los niños —decía Morgan—. Y podemos marcharnos ahora mismo… en cuanto esté dispuesta.

Lil le miró sonriente porque acababa de tomar una decisión. ¿O la tenía tomada ya desde mucho tiempo antes? La verdad es que jamás se sabe cómo ocurre esto.

—Ahora no, Roger, ni nunca.

—¿Cómo puede decirme eso? —replicó incrédulo y dolido —. Si acaba de decir… ¿Es que no cree sus propias palabras?

—Tardaría mucho en explicárselo. Le aseguro que verdaderamente lo siento.

Roger Morgan dio media vuelta, furioso, y se alejó a grandes zancadas. Ella le siguió con la vista, un poco triste, pero no arrepentida de lo que acababa de hacer.

—¡Bueno, lo he oído todo! —exclamó Agatha, apareciendo en la puerta del carromato—. En todas las oportunidades que se te presentan, cometes una equivocación. ¿Por qué no habré podido yo hacer esa misma tontería, siquiera una vez?

—Sí, soy una tonta, pero sé lo que quiero, y no cejaré hasta que lo consiga.

—Debimos haber bajado del tren cuando pasaba por el Lago Salado. Con los mormones[12] hay que compartir el marido, pero se tiene uno, por lo menos. —Y Agatha hizo una pausa, antes de añadir—: ¿Y qué piensas hacer ahora?

—¿Qué pienso hacer? —repitió Lilith, al tiempo que soltaba una carcajada—. Pues lo mismo que hizo mi hermana. Cuando encontró al hombre soñado tuvo bastante sentido para no dejarle escapar, y no permitió que nada se interpusiera en su camino. De forma que iré detrás *del mío*, y si no quiere venir a mí por su propia voluntad, tendré que encontrar el medio de atraparle.

Agatha se puso en jarras.

—¡Desde que nos conocemos, esta es la primera vez que te oigo decir algo con sensatez! Te confieso que no había comprendido la razón que tuviste para dejar que Cleve van Valen se te escurriera entre los dedos cuando ya lo tenías en tu poder.

—Él solo buscaba mi dinero.

—Tú debes saberlo mejor que nadie. Acaso hubiera pensado así, y es posible que tú lo creyeras, pero nunca he visto a un hombre mirar un fajo de billetes de Banco como él te miraba a ti. ¡Tan vieja como soy, me daba pena verle!

—¡Ojalá esperase algo más que el dinero!

—Pues claro que sí. Créeme, cariño, si te quieren de ese modo, puedes darte por contenta. Ningún hombre pica por

su propia voluntad. Tú tienes que encargarte de cebar el anzuelo, y cuando lo muerda procura hacerle feliz, que se encuentre a gusto, y entonces sujétale más fuerte que si lo estuviese con cadenas. Y te aseguro que los que no se pueden retener con este procedimiento, es que no valen la pena, no sirven para nada. Logra que un hombre sienta agrado por su vida hogareña, y no se te escapará, si tú pones cuidado en atender todas sus necesidades. Tal vez se le ocurra volver a las andadas y déjale que piense como le plazca…, pero si tú eres lista, y yo creo que sí, ni siquiera se le llegará a pasar por la cabeza.

El barco de ruedas «Sacramento Queen» era algo más pequeño que los del río Mississipí, que Van Valen ya conocía, pero sus pasajeros eran aproximadamente iguales. En conjunto, sin embargo, vestían peor y gastaban el dinero con mayor ostentación, dando la impresión de que lo tenían en abundancia.

En el Mississipí podía distinguirse a un caballero por su manera de vestir, pero en el «Sacramento Queen» era imposible catalogar a un individuo. Aquí, los mejor vestidos solían ser los tahúres. La excepción estaba constituida por algunos comerciantes de San Francisco y por este u otro viajero ocasional procedente del Este o de Europa. Los mineros, rancheros y granjeros, acostumbraban vestirse, más o menos, igual que lo hacían a diario.

Cleve van Valen echó una ojeada a los naipes que tenía en la mano. Ante él se veían apiladas bastantes monedas de oro. Encontró entre sus cartas un par de ases y otro de doses. Su suerte raramente había sido buena, aunque hacía lo posible por ganar, confiando en el conocimiento que tenía de los naipes, de los hombres, de los porcentajes de jugadas, y de su propia memoria. Esta era notable en cuanto a las cartas

jugadas, así como para las que cada jugador pedía en las diversas «manos». Muchos meses después de haberse jugado una partida, podía decir el orden exacto de todas las «manos», y era capaz de conocer el modo de comportarse cada uno de los que jugaban.

Por término medio, los jugadores no solían ser profesionales, y se envanecían de conocer los naipes a las mil maravillas. Eran muy pocos los que entendían las posibilidades existentes en cuanto a determinada jugada. Como todo jugador sabe, hay rachas de suerte que nada tienen que ver con los cálculos ni aun con la lógica, y eran las que más preocupaban a Cleve, cuando favorecían a los demás… porque en él eran muy raras.

Desde la sala principal le llegaron los acordes de una música, e inconscientemente se puso a tararear la canción «Un hogar en la pradera». Una vez terminada la introducción, empezó a cantar una mujer, y Cleve se puso en tensión y quedó como clavado en la silla. Aguzó el oído para estar seguro de identificar la voz, y a poco, no le cupo la menor duda.

Se irguió ligeramente. Veía los naipes borrosos. Le dieron otra carta, y casi inconscientemente, la juntó a las que tenía en las manos. Era otro as.

Se quedó contemplando los naipes, y enseguida barrió materialmente la mesa con una mirada rápida. De súbito, comprendió que atravesaba una racha de suerte y que podía sacarle un buen partido.

Habría sido capaz de predecir las jugadas que iban a hacer sus compañeros de mesa, y tenía la certeza de que aquella «mano» le valdría de trescientos a cuatrocientos dólares, por lo menos.

Llegó hasta sus oídos con mayor claridad el estribillo de la

canción, entonada por una voz muchas veces escuchada junto a las hogueras encendidas en plena llanura. No tuvo duda de que se trataba de Lilith. Últimamente, había venido oyendo esta voz hasta en sueños.

Un jugador hábil se hubiese aprovechado de esta racha, pero ¿qué debía hacer él?

—Juego —dijo el hombre de la chaqueta gris.

—Espero —respondió el que tenía a su lado.

Correspondía hablar a Cleve. Volvió a ojear sus cartas, las plegó con elegancia y las colocó delante, boca abajo sobre la mesa. A continuación se levantó bruscamente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el primer jugador.

—Caballeros, lo lamento. Me marcho.

Y sin más, recogió las monedas de oro, se las metió en los bolsillos e inició la retirada.

—¡Oiga, venga aquí! —empezó a decir el de la chaqueta gris—. Yo…

Con la mano izquierda, Cleve levantó los naipes que había dejado vueltos, los conservó en ella, pero no los dejó ver a los demás.

—Caballeros, me voy, pero si alguno de ustedes cree tener mejor juego que yo… que este, estoy dispuesto a apostar a que el mío le supera. Dejo una «mano» que les hubiera costado a ustedes quinientos dólares, y si lo dudan…

—No —repuso el que había protestado—. No lo dudamos, pero se lleva buena parte de nuestro dinero.

—En efecto. Y en esta jugada les habría ganado mucho más. Vamos a verlo… carta por carta.

—Váyase, si quiere hacerlo —asintió el de la chaqueta gris, al tiempo que se encogía de hombros—. No tengo interés en hacer apuestas con usted, ya que tan seguro está de ganar.

Claro que —agregó, sonriente—, solo he visto un as. Como quedan otros tres, hay la posibilidad de que tenga uno o dos más.

Cleve les hizo un guiño. Dio vuelta a las cartas y las extendió, diciendo:

—Véanlo ustedes mismos, caballeros, y nada más… Hasta la vista.

El público, compuesto de hombres y mujeres, llenaba algo más de las dos terceras partes del contiguo salón principal. Sentados alrededor de las mesas, unos comían y otros bebían, simplemente. Ante una de las mesas estaba Agatha sola, y Lilith, lujosamente vestida, se hallaba en el centro del escenario, dando fin a su canción.

Cleve van Valen se detuvo en el umbral para sacar un cigarro habano del bolsillo. Cortó con todo cuidado una de las puntas y lo encendió. La única variación respecto a Lilith consistía en que estaba ahora más guapa que cuando la viera por última vez.

Deliberadamente, cruzó la entrada, y con paso lento, fue acercándose adonde ella estaba. La joven le vio avanzar, y cuando acabó de cantar, se volvió velozmente para marcharse.

Le había visto en el preciso momento de trasponer el umbral, y sintió como si se le doblasen las rodillas. Latiéndole con fuerza el corazón, se disponía a salir de escena, pero Cleve había subido hasta allí y se le puso delante.

—Lilly, tengo que hablar contigo —fueron sus palabras.

Y ella fue incapaz de contestarle. Parecía como sí hubiese perdido el habla. Sentía secos los labios, y no le fue posible tragar saliva.

Sabía que todos les estaban mirando, pero a él no le importó.

—Lilly, hace algunos minutos, al oír tu voz, tiré las cartas, y he desperdiciado una racha de suerte como no había tenido en mucho tiempo, algo que no hubiera creído hacer jamás por mujer alguna del mundo. Y he tirado esas cartas porque espero que la suerte me acompañe contigo.

Le cogió ambas manos y las retuvo entre las suyas.

—Lil —siguió diciendo—, ¿no te gustaría juntarte para siempre con un mal jugador?

A Lilith, de súbito, le pareció que todo se agitaba en su interior y empezó a llorar mansamente. Lo único que supo fue que él la tenía entre sus brazos y que el público estallaba en aplausos, pero no hizo el menor caso de esto último.

—Veo que estamos de acuerdo. Ahora mismo tengo mil doscientos dólares en el bolsillo.

—¿Qué haremos? ¿Abrir una casa de juego?

—El hombre casado debe pasar las noches en su hogar —replicó Cleve—. ¿Qué te parecería un *music-hall*? Podrías cantar y bailar y…

—Nada de eso —le atajó ella—. La mujer casada debe pasar las noches en compañía de su marido. Pero, Cleve —agregó, preocupada, fijando la vista en él—, ¿cuánto nos durarán mil doscientos dólares? No podremos hacer más que sentarnos en casa y…

—Lil, ¿has visto realmente San Francisco? Es feo, pequeño y está lleno de pulgas. Además, se incendia cada cinco minutos, pero cada vez que lo reconstruyen es más grande y mejor. ¡Es una cosa viva, Lil, vivita y coleando, y nada podrá detenerla! Esto hace que un hombre desee entrar en acción, sienta ansias de construir algo, de empezar algún negocio…, una línea de barcos, un ferrocarril, algo que ayude a esta ciudad en mantillas a desarrollarse…

—¿Con mil doscientos dólares?

—Algunos han empezado con menos. Y tengo aquí a Gabe French que ha montado una empresa de transportes a las minas de Nevada. Siempre me ha tenido simpatía, y me parece que podré asociarme con él. Puedo asegurarte que mi padre siempre quiso que me dedicase al negocio de embarques. No estaría mal que empezáramos con esto y los transportes por tierra. Las ganancias podríamos invertirlas en la compra de terrenos.

—¿Terrenos? ¿En California? ¿Y crees que así podemos ganar dinero?

—Tal vez algún día. Si somos capaces de aguantar lo suficiente…, es posible.

Tercera parte
La Guerra Civil

Antes de la guerra entre los Estados, los colonos marchaban por centenares al Oeste, pero después lo hacían por millares. Fue la Unión la que abrió finalmente el Oeste, una nación libre y unida en la que todos los hombres eran iguales, donde cada uno tenía derecho a disfrutar de lo suyo. La tierra abierta era como un señuelo que brindaba el mayor imperio que puede desear el hombre, proporcionando el espacio y las riquezas necesarias para la realización del destino manifiesto de la nación…

Capítulo XII

Eva Rawlings se quedó en la amplia galería y se llevó las manos a los ojos para protegerlos del sol y poder así mirar hacia la carretera que llevaba a la ciudad. Se acercaba un carricoche, pero aún se hallaba demasiado lejos para distinguir quién iba en él. El caso era que estos días cualquier carruaje que se aproximara le hacía sentir un miedo enorme.

Echó una mirada al campo donde Zeb estaba arando, seguido de Jeremías, que iba sembrando maíz. Sus hijos trabajaban juntos y se llevaban bien, cosa que le satisfacía, aunque eran distintos en muchos aspectos. Desde el comienzo de la guerra se sentía preocupada, no precisamente por lo que había sucedido, sino por temor a lo que podía sobrevenir, y había ocurrido ya en otras familias.

Precisamente algo más abajo, en esa misma carretera, dos hijos de la misma familia se habían separado, uno para alistarse en las fuerzas de la Unión, mientras el otro marchaba hacia el Sur para hacerlo en el ejército de la Confederación. Muchas familias de Ohio, Illinois, Tennessee y Kentucky habían visto marchar a hijos y padres por caminos opuestos, y hermanos que se convertían en enemigos.

Los veinte años que ella y Linus habían vivido en este lugar fueron de felicidad completa. Viendo a sus hijos trabajar en el campo, rememoró aquel día terrible en que fue a parar allí, después de la catástrofe en los saltos de agua, donde perdieron la vida sus padres, creyó desaparecida a Lilith

arrastrada por la corriente, y Sam quedó herido.

Se hallaba en una sima de desesperación, y, sin embargo, a partir de ese instante empezó su felicidad. Cierto era que había perdido a sus padres y que tardó mucho tiempo en rehacerse de este golpe, pero Lilith y Zeke mitigaron su dolor. Desde el primer instante debió haber comprendido que Lilith, la mejor nadadora de todos ellos, sabría llegar a la orilla.

Y después, para colmo de suerte, regresó Linus.

Ahora, el ruido del carruaje le hizo levantar la vista y fijarla de nuevo en el camino. Vio que Peterson, de uniforme, entraba ya en su finca.

Sintió un temor intenso, que aumentó al ver que sus hijos habían trabado la yunta y se acercaban cruzando los sembrados a todo correr.

—¡Cómo, señor Peterson! —exclamó—. ¿Qué hace vestido de uniforme?

—He ingresado en la milicia, señora Rawlings. Ahora soy el cabo Peterson. Temo que esta sea la última vez que nos vemos, por ahora… Aquí tiene una carta. Viene de California.

—Debe de ser de Lilith. —Y rápidamente rasgó el sobre—. Señor Peterson, cabo, ¿puede aguardar un minuto? Tal vez necesite contestar ahora mismo.

—Casi estaba esperando que Zeb se viniera con nosotros —comentó el recién llegado—. Es el mejor tirador que hay por estos alrededores, casi mejor que su padre.

—Su padre se marchó con los primeros voluntarios. ¿Es que no basta con un Rawlings?

Zeb saltó la barandilla de la valla y avanzó en dirección del porche, al tiempo que hacía un guiño a Peterson.

—¡Vaya, hombre! ¡Está precioso con ese uniforme!

Se apoderó del cazo grande y lo sumergió en el cubo

colocado en la parte fresca del porche. Al sacarlo, goteaba un chorro fino que fue a caer dentro del cubo, mientras el muchacho echaba un buen trago de agua fría.

—Zeb —terció Eva—, tu tía Lilith dice que en California no hay guerra, y no creen que llegue a haberla. Los negocios son buenos, y hay muchas oportunidades para la gente joven. Escucha este párrafo: «Se habla de construir un ferrocarril de unión con el Este, y con ello mejorarán mucho los negocios, según opinión de Cleve. Recibiríamos con mucho gusto a Zeb, si quisiera venir…».

—Madre —atajó, receloso, el aludido—, ¿le escribiste hablándole de mí? ¡Dímelo!

—No fue eso precisamente, pero…

—Dime la verdad.

—Solo le dije que, igual que tu padre, no te gustaba mucho la agricultura.

—Madre —respondió Zeb, en tono persuasivo—, tienes una idea equivocada respecto a esta guerra. No va a ser tan mala como supones. Y bien sabes que papá está disfrutando en grande…

—Señora Rawlings —intervino Peterson—, según me dijo el capitán en persona, no vamos a pasarnos allí toda la vida. Los del Este buscaron pelea en Bull Run, pero cuando nosotros los del Oeste les demos una buena paliza, correrán lo mismo que conejos.

—¿Por qué? —preguntó, fríamente, la mujer.

—¡Es muy sencillo! Los soldados del Este son chicos de ciudad, horteras, y nada más. A los del Oeste nos han salido los dientes con las manos metidas en un barril de pólvora. ¡Puedo asegurarle que haremos con ellos un escarmiento!

—Madre —prosiguió Zeb—, papá dejó a tu elección darme

o no el permiso necesario para entrar en el ejército, pero tú ya sabes cómo opinaba él.

—Señora Rawlings, no es mucha la gloria que se logra cuando se va dando tropezones detrás de un arado —insistió Peterson—. Tenga la seguridad de que me fastidia la idea de llegar a perder esta oportunidad. Piense lo que va a ser del muchacho… Todos luchando menos él.

Desde el comienzo sabía ella que su resistencia le iba a servir de muy poco. Al marcharse Linus, tuvo la esperanza de que Zeb prefiriese quedarse en el hogar, pero allá en el fondo de su corazón sabía que esa esperanza era muy remota. El joven ansiaba marcharse y acabaría saliéndose con la suya.

No compartía el optimismo de sus interlocutores. Era una mujer realista y veía con gran claridad, acaso con demasiada claridad, lo que podía sobrevenir. Había escuchado algunas conversaciones sostenidas por gente del Sur, y conocía su orgullo altanero y la certidumbre que tenían de la victoria. Y no iba a ser fácil que cedieran.

—Le agradezco que se haya esperado, cabo —dijo—, pero me parece que no hay prisa en contestar esta carta. De todos modos, muchas gracias.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó Zeb, con nerviosismo evidente.

—Habrá que hacer antes algunas cosas, hijo mío… Tenemos que estudiarlo todo bien.

—Adiós, señora Rawlings —terció Peterson, al tiempo que guiñaba un ojo al muchacho—. Ya nos veremos, Zeb.

Este se volvió velozmente y corrió en pos de su madre.

—¡Mamá!

—Tendré que lavarte tu ropa interior y remendarte los calcetines. ¿Te darán el uniforme?

—Supongo que sí.

—Pero de seguro que no te darán camisas. Quítate esa y la lavaré. Las otras dos están limpias, pero todavía no las he planchado.

—Madre…

Con los ojos muy abiertos, la mujer giró en redondo.

—¿Por qué me llamas así, ahora? Antes siempre me llamabas mamá.

—Pues… no lo sé —respondió, gravemente—. De pronto me pareció que eso no era bastante.

—Andas buscando que te metan algunas balas en el cuerpo —murmuró ella, esforzándose por contener las lágrimas—. Tú y tu padre siempre habéis hecho vuestra voluntad. Ojalá no te ocurra nada, pero creo que esos otros soldados están tan dispuestos a luchar como lo estáis también vosotros. Ten presente que la mayoría de ellos fueron educados lo mismo que tú y Jeremías. Serán buenos chicos, y sabrán manejar perfectamente las armas.

Debía ponerse a trabajar. Desde el primer momento supo cuál iba a ser el resultado, pero si se entregaba a la faena no tendría tiempo de pensar. Después de haber enterrado a sus padres junto a la roca grande, se dio de lleno al trabajo, haciéndolo de un modo tan intenso que el mismo Linus tuvo que detenerla un par de veces, pero las faenas pesadas se habían convertido en una bendición.

Asomada a la ventana, hizo una pausa de más de un minuto para contemplar las colinas verdes. Algo más allá estaba el bosquecillo cuyos árboles no se habían podado jamás. Precisamente al principio, Linus había dejado aparte esa zona, por decirlo así, y nunca permitió que nadie arrancase una sola rama, excepto recoger las que se desprendían después de alguna tormenta huracanada. Allí

había caza salvaje y era una especie de refugio en el que ni siquiera Linus se atrevía a disparar un tiro. Era aquel un bosque que se encontraba tal como lo había creado la Naturaleza, tan salvaje como el día en que el primer hombre posó su planta en la tierra.

Los vecinos decían que era una locura, pero él quería conservarlo así. «Es para la caza —solía responder—. Los animales necesitan un lugar donde criarse, un sitio seguro. Además, la región se está llenando de gente, y dentro de poco, nadie sabrá cómo era cuando nosotros la vimos por vez primera. Me parece que estamos obligados con la tierra a conservar este sitio tal como lo hallamos».

¿Con qué derecho había ella apartado a Linus de la vida salvaje y libre que llevaba? ¿No sentía en el fondo de su ser cierto sentido de culpabilidad y por eso se inhibía ante el afán de Zeb de marchar a la guerra? Probablemente comprendía que había atado un hombre a la tierra, y se creía obligada a dejar al otro en libertad. Sabía que su marido no se había sentido desgraciado, pero, no obstante, fueron muchas las ocasiones en que le sorprendió contemplando la lejanía con una mirada extraña. ¡Cuántas veces se había internado en la espesura del bosque para sentirse a sus anchas en aquellos terrenos vírgenes! Y Zeb era igual a su padre.

Una o dos veces se le ocurrió dudar si Linus regresaría o no. Como aquel día en que se fue siguiendo las huellas de un oso. Un plantígrado que constituía el tema principal de la conversación en cuanto se reunían algunos hombres, un oso viejo y grande, mucho mayor de cuantos se tenían vistos en aquella comarca, y muy astuto, además. Tanto ella como Linus habían oído hablar de él desde el principio. La gente se sentaba junto al fuego y hablaba de las huellas del oso, cual si fuese un ser sobrehumano o cosa parecida. Su presencia iba

acompañada de la muerte. Un invierno les mató la mejor de sus terneras. Y a la primavera siguiente les tocó el turno a dos cerdos.

Mató al hijo de los Hennington, casi un chiquillo, pues apenas acababa de cumplir los dieciocho años. El joven Hennington quiso para sí la gloria de matar al oso patituerto, y salió en busca suya. Pasaron varios días sin saber de él, hasta que le encontraron tendido en tierra. Había ido a cazar al oso, pero este le había cazado a él.

Allá en lo más apartado del Norte, Linus había oído a los indios hablar de osos, pero eso era en Alaska, y no creía que los hubiera en el Ohio. No era probable que indio alguno diese caza al oso patituerto, y después de despedazar a los sabuesos de Simpson, nadie quería saber nada de aquel temible animal.

Pero vino a matar un potro que Linus tenía en gran estima, y el hombre cogió su viejo rifle, dispuesto a terminar de una vez con el asesino. Zeb quiso acompañar a su padre, pero Linus se negó a ello. Se alejó con aquel andar suyo, típico de los hombres que recorren los bosques, y se hizo de noche durante dos meses antes de su regreso.

Apareció esquelético, con los ojos hundidos como un fantasma, pero tan dichoso cual nunca se le había visto. Y colocó la pata torcida del animal a la entrada de su casa. Aquella sola pata era mucho mayor de lo que podía calcularse en un oso de tamaño normal, y los indios y los colonos que acudieron a contemplarla se resistían a dar crédito a sus ojos. Pero lo cierto era que Linus había seguido las huellas del animal patituerto hasta lo más espeso del bosque y allí le había dado muerte. Nadie logró jamás que le refiriese la historia completa, mas durante meses enteros despertaba súbitamente de un sueño profundo y cogía el rifle, que dejaba

invariablemente al alcance de la mano.

La realidad fue que la aventura se convirtió en algo extraño y salvaje y que al final el hombre procuraba dar muerte al oso y este a aquel, y hubo un momento en que el animal estuvo a punto de conseguirlo.

El oso le plantó cara, mirándole fijamente a los ojos como no se sabe que lo haga animal alguno, pero este le contemplaba cual si deseara saber qué clase de hombre era aquel que le venía persiguiendo desde tan lejos y con tanta insistencia en su huida hacia el noroeste. Conforme explicó Linus, al final de la odisea, también el animal estaba esquelético.

Le costó mucho meterle unas cuantas balas en el cuerpo. En esa ocasión, el oso se limitó a mirarle, y antes de que el cazador tuviera tiempo de desenfundar el rifle, el viejo animal se había perdido en la espesura.

Finalmente, en una extensión arenosa a la orilla del lago —uno de los grandes lagos de que tanto se ha hablado— se enfrentaron cuando soplaba un viento huracanado que encrespaba las aguas. El oso trató de ser el primero en atacar, pero Linus llevaba mucho tiempo estudiando sus trucos y no iba siguiendo exactamente sus pasos, sino que lo hacía separado y a cierta distancia.

El animal y él se vieron al mismo tiempo, y cuando Linus alzó el rifle, aquel se le echó encima. Sin embargo, antes de que lograse sus propósitos, ya el cazador le había incrustado una bala en el cuerpo, produciéndole una herida grave. Esto no detuvo al oso, y su actitud decidida obligó a Linus a sacar la pistola y dispararla en sus mismas fauces, pero le tiró un zarpazo que le desgarró un hombro. El cazador hizo fuego de nuevo y el animal se inmovilizó.

Linus aprovechó esa pausa momentánea para desenfundar

el cuchillo con la mano izquierda y sacar el *tomahawk*[13] con la diestra, y cuando su atacante, detenido por la última bala, retrocedía para volver a lanzarse sobre él, le descargó un golpe terrible con el *tomahawk* y dio un salto atrás. Vio entonces que su último balazo le había destrozado una parte del pecho, pero la fiera, igual que Linus, no pensaba en huir.

El audaz cazador se le fue encima cuchillo en mano, a pesar de la sangre que brotaba a raudales de su herida del hombro. Consiguió clavarle la ancha hoja y le cortó la yugular. Acto seguido dio un salto y cayó a tierra, extenuado por la pérdida de sangre, y allí quedaron ambos antagonistas, contemplándose con mirada salvaje en aquella extensión arenosa y azotada por el viento.

—Por fin —explicaba Linus—, el oso pareció sentirse complacido de que hubiera sido yo quien le había vencido. Los dos nos comprendimos. Si hubiese continuado viviendo, cualquier novato podía haberle cazado por casualidad, y esto habría sido una vergüenza para él cuando se encontrase en el cielo de los osos.

Zeb se había hecho hombre oyendo referir esta historia, y eso que era solo una de las muchas que se contaban acerca de Linus Rawlings.

Y ahora pensaba Eva que sus padres Zebulón y Rebeca Prescott, que estaban sepultados allí mismo, a la sombra de la roca grande, se habrían sentido orgullosos de sus chicos. Esto solía pensarlo ella a menudo, pero enseguida fruncía el ceño porque era un error llamarles chicos, o pensar siquiera así de ellos. Sus hijos ya eran hombres, y hacían el trabajo de unos hombres hechos y derechos. Más aún, por mucho que le disgustara la marcha de Zeb, ya era hora de que probara su fuerza ante el mundo.

Dos días después le vio alejarse camino adelante, llevando

el saco de mano. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse mientras su hijo podía verla. Después de todo, Zeb nunca se había ausentado del hogar, con excepción de pequeñas partidas de caza llevadas a cabo con su padre. Cuando por fin desapareció en la revuelta del camino, Eva soltó las lágrimas.

Jeremías le puso una mano en el hombro.

—Ya nos arreglaremos, mamá. Trabajaré todo lo que pueda, y no me pasaré el tiempo recostado en la barda como hacía Zeb —dijo.

Esta observación no podía considerarse como una crítica, pues los dos hermanos se querían y respetaban mutuamente. Era simplemente la verdad. Jeremías se parecía mucho a Rebeca, regordete, duro para la faena y serio, aunque con cierta vena poética. Pero esta poesía suya pertenecía a la tierra porque la amaba, así como todo aquello que podía sacar de ella. Era un hombre que trataba a su granja lo mismo que si fuese su amante, y aquella le respondía de igual forma.

—Ve a la casa, hijo mío, y enciende el fuego para hacer la cena. Anda, ve.

Se fue el muchacho, sabiendo lo que su madre haría ahora, pues Eva Prescott Rawlings tomaba siempre el mismo camino durante sus momentos de pena. Iba a rezar junto a las tumbas de sus padres y de los dos hijos que había perdido, pues este sitio, como la casa donde habitaba, representaba su hogar.

Allí yacía Edith, que había llegado a vivir casi siete años y murió de una pulmonía. Y Samuel, que solo alcanzó a ver una Navidad y un día de Año Nuevo, y que no pudo alcanzar a cumplir el primer aniversario.

Sola y de pie junto a las tumbas en aquella media luz del atardecer, habló en voz alta:

—¿Qué otra cosa puedo hacer, padre mío? Es el hijo de Linus, y, al parecer, por sus venas corre más sangre de él que

mía. Quizá por esto le quiero tanto. Pero tú me enseñaste a rezar con humildad… Tú me enseñaste a rezar.

El capitán Linus Rawlings, tumbado boca abajo en la huerta, estudiaba la situación por la que atravesaba. Los melocotoneros estaban en flor, y a lo largo de los arroyos había macizos de los llamados «algarrobos locos», con bellas ramas oscuras salpicadas de florecillas púrpura.

Era el domingo 6 de abril por la tarde y de buena gana olvidaría lo que había visto ese día, pero sabía que esto nunca le iba a ser posible. De los dos ejércitos que se habían enfrentado en las cercanías de la iglesita llamada Shiloh, el ochenta por ciento lo constituían novatos, mandados por oficiales que, en su mayor parte, carecían de experiencia combativa, y respetaban el noble aunque loco adagio de que los soldados deben «erguirse y luchar como caballeros».

La lección que Washington tratara de enseñar a Braddock seguía, después de cien años, ignorada por los militares. Y la falta estaba en ambas partes combatientes, y en todos los generales que las mandaban.

Sherman había informado a Grant que solo tendría que hacer frente a veinte mil soldados rebeldes, cuando en realidad se trataba de cuarenta mil. Las tropas, faltas de entrenamiento y con malos mandos, sufrieron una carnicería espantosa.

Acaso jamás en la historia del mundo se habían reunido tantos oficiales que supieran más del arte de la guerra y menos de combates. Hay en ello una gran diferencia, y esa diferencia quedó escrita con sangre.

Las batallas las inician los generales, pero las ganan las acciones realizadas por las compañías, los pelotones o las escuadras, y solo en los cuentos de «Alicia en el País de las Maravillas» se enseña a los soldados, durante horas

interminables, a realizar maniobras hasta que saben actuar con elegancia y precisión, lo mismo que si se tratara de un grupo de coristas teatrales. A nadie se le ocurre enseñarles a combatir. Esto deben aprenderlo en campaña, si es que llegan a vivir lo bastante para aprenderlo. Linus lo había aprendido y había sobrevivido, pero su aprendizaje lo había hecho con los indios de las llanuras, tal vez los mejores luchadores que ha conocido el mundo.

Ahora, tumbado, estudiaba con atención el terreno que tenía delante. Se le había confiado una misión, y procuraba llevarla a cabo satisfactoriamente… con la menor pérdida posible de vidas.

Su compañía se hallaba diseminada entre los árboles que tenía a sus espaldas. Eran sesenta y seis hombres en total, incluyendo unos cuantos extraviados de otros regimientos, que habían salido con vida. Les agradaba aquel hombre alto y reposado, y comprendían su forma de pelear.

Durante todo ese largo día, Linus había conducido hábilmente a sus hombres, utilizando todos los refugios posibles, cubriéndose para hacer fuego, y avanzando con lentitud y persistencia. En alguna ocasión tuvieron que aguardar un momento más favorable para proseguir el avance. El resultado fue que tuvieron muy pocas bajas.

Era el suyo uno de los destacamentos de la Unión que detuvieron el avance del general Cleburne a través de la pradera ondulada, donde aquel perdió la tercera parte de su brigada bajo el fuego mortífero de los fusiles enemigos. Zeb había estado en lo cierto al pensar, así como el cabo Peterson, que la superior habilidad en el manejo de las armas de los muchachos del Oeste, compensaría la inferioridad de medios y fuerzas.

Volviéndose a medias, apoyado en un codo, Linus hizo la

señal convenida con sus hombres, y estos tomaron posiciones, arrastrándose entre la hierba, procurando no correr riesgos inútiles. Incorporándose se puso ahora al frente de ellos, pues el tiempo era algo esencial y seguramente tendrían que sostener una escaramuza al cruzar el campo y antes de llegar al terreno arbolado. Tenían exactamente enfrente la colina que les habían ordenado tomar y sostener hasta el día siguiente.

Grant estaba cubriendo las bajas habidas en su línea de vanguardia, y la colina era un punto clave. Linus se movió cautelosamente. Se suponía que la colina se encontraba desocupada, pero era preferible avanzar con precaución.

Jamás supo lo que hizo que el enemigo atacase, pero cuando menos lo esperaban, le vieron salir de entre los árboles a paso de carga y con la bayoneta calada. Los atacantes no salieron dando gritos, sino que se presentaron sin hacer más ruido que el propio de sus pisadas sobre la hierba. Si la carga hubiera tenido lugar unos minutos más tarde, con bastante menos distancia, habría significado la destrucción completa de los hombres de Linus, pero tal como había sucedido, aún podía hacerse algo.

Hincando una rodilla en tierra, Linus gritó:

—¡Fuego a discreción!

Y no había salido todavía de su garganta la última sílaba, cuando apoyó su pistola en el pecho de un soldado gigantesco con un mechón de pelo amarillo e hizo fuego. Al sudista se le doblaron las rodillas y cayó de bruces en la misma falda de la colina.

Alrededor de Linus, todos sus hombres disparaban sobre los atacantes, fríamente, con precisión y decididos a exterminarlos a todos.

El enemigo, rasgadas sus filas por el fuego de los soldados

de Linus, se mezcló con estos, y por breves minutos tuvo lugar una lucha espantosa, mortal y callada, entre la suave belleza de los melocotoneros en flor. Caían los hombres, y su sangre se mezclaba al deslizarse entre la hierba. Los cadáveres se amontonaban bajo los árboles, y, alguno que otro, sacudido con fuerza, dejaba caer sus pétalos rosados sobre los cuerpos que yacían en tierra.

Arriba, el cielo tenía el color escarlata que le daban los últimos rayos del sol, y a su alrededor las sombras se escondían detrás de los árboles, o asomaban tímidos para rozar a los moribundos con dedos acariciadores.

Linus disparó sin tregua. Un soldado hizo fuego contra él sin acertarle, pero enseguida le atacó con la bayoneta. En un costado, Linus sintió el zarpazo de una bala, pero se mantuvo en pie. Se le aproximó el soldado de la bayoneta, y le incrustó una bala. Vio que el pecho del atacante se teñía súbitamente de color carmesí, pero en el mismo instante de caer, el sudista le arrojó el fusil como si fuese una lanza.

La bayoneta, lanzada con fuerza, le dio a Linus de lleno en el pecho, y al caer, se lo rasgó de arriba abajo.

Pudo todavía sostenerse en la rama de un árbol, y volviéndose al sargento Kelly, ordenó:

—Ocupen la colina, sargento. Sosténganse allí hasta que sean relevados.

—Capitán, usted… usted…

—Diga a mi esposa… diga a Eva…

Su voz fue debilitándose hasta hacerse inaudible, y se desplomó sobre un costado, llevando todavía clavada en el pecho la punta de la bayoneta.

Pudo oler la tierra caliente, la hierba, y como viniendo de muy lejos, oyó una vocecita, una voz muy parecida a la de

Eva, llamándole para cenar.

Sus dedos se agarrotaron sobre la hierba y se hundieron en la tierra. Tuvo la impresión de que alguien, a mucha distancia, le decía: «Vas a ver las sabandijas, Linus. ¡Las sabandijas!».

Y rostros…, muchísimos rostros. Sintió unas manos que, sujetándole por la espalda, daban vuelta a su cuerpo, y escuchó una voz que decía:

—Tiene una herida grave.

—¡Bridger! —gritó con voz clara—. ¡Eres un embustero! Me levantaré… —Su voz se convirtió en un murmullo, mientras el sargento se arrodillaba a su lado—. ¡Esta es una piel magnífica! —musitó, añadiendo acto seguido y en tono quejumbroso—: ¡Eva! ¡Eva!

—¿Qué dice? —preguntó el soldado que estaba de rodillas junto a él.

—Llama a Eva. Probablemente es su mujer.

—A veces no suelen llamar a la esposa —replicó el soldado, con cinismo.

Linus abrió los ojos y vio la escena con toda claridad.

—¡Sargento! ¡La colina! —Y con voz calmada, agregó—: ¡Deben ocupar la colina, sargento!

—¡Sí, señor!

Kelly se puso de pie y echó a andar, llamando a sus hombres.

Linus siguió mansamente tendido sobre la hierba, con plena conciencia de cuanto estaba ocurriendo a su alrededor. Le había pasado ya su momentáneo delirio. Contempló el cielo donde las nubes flotaban iluminadas por el postrer rayo del sol poniente, y entonces le pareció que caía hondo, muy hondo, en un pozo negro donde había agua en el fondo.

—He visto las sabandijas —dijo en voz alta—. ¡He visto las

sabandijas!

Después, por encima de él, y solo durante un instante fugacísimo, apareció una gran sombra. Acaso fuera la sombra de un árbol, pero tenía ojos, y quizá miraba igual que un oso gigantesco, un oso que le contemplaba con curiosa comprensión, pues la muerte alcanza lo mismo al cazador que a su víctima.

Más arriba, y a cien yardas escasas, el sargento Kelly se dejó caer a tierra. Había ocupado la colina, y sus hombres se aprestaban a la defensa, buscando agujeros que, a modo de trinchera, les sirviesen de refugio. El sargento estaba preocupado. ¿Habría hecho todo lo que debía? ¿Qué otra cosa hubiese hecho Linus? La preocupación no era por sus hombres, sino por sí mismo, pues no hay mayor agobio que el del mando.

En el hospital de sangre instalado en la nave del pequeño templo de Shiloh, a la luz de velas y faroles actuaban los cirujanos. En derredor suyo yacían los heridos, los moribundos y los muertos, amontonados en el suelo, encima de colchonetas, y aun en camillas. Entre el olor del cloroformo, desde los rincones en penumbra, se percibían los gritos y los ayes de los soldados.

Los cirujanos se afanaban desesperados, salvando aquí una vida, un brazo, una pierna, o amputando algún miembro, y viendo morir a los que no tenían salvación. Todo se hallaba ensangrentado. Era algo espantoso. Por doquier se oían gritos tremendos de dolor, y el sollozar angustioso de los que ya nunca más volverían a caminar o a ver.

Los camilleros dejaron caer el cuerpo de Linus sobre una mesa llena de sangre. El médico le levantó un párpado y movió la cabeza, pesimista.

—Habéis perdido el tiempo, muchachos —comentó.

Los aludidos bajaron el cuerpo de la mesa y se apresuraron a colocar otro herido en el mismo lugar.

Los portadores de faroles se pasaron la noche entera recorriendo el campo de Shiloh en busca de cadáveres, de heridos cuyas vidas todavía tuvieran salvación, y de aquellos a quienes fuera posible identificar. Algunos estaban tirados grotescamente sobre la hierba, otros se hallaban acurrucados, lo mismo que despojos arrojados por las olas a una playa extraña.

Aquellos soldados se paseaban entre los muertos, buscando algo que poder salvar del desastre, lo mismo que sombríos Diógenes. De vez en cuando se agachaban para recoger algún objeto de valor, cartas, armas susceptibles de volver a usarse, u otras cosas. Una parte de aquello sería enviado a los parientes, y otra quedaría en poder de quienes lo habían encontrado.

Había ocasiones en que, mientras vagaban por entre aquel mar de cuerpos yacentes, solían gritar: «¿Hay alguien aquí del 12.º de Michigan? ¿Del 36.º de Indiana? ¿Hay alguno de los Tiradores de Birge? ¿O del 16.º de Wisconsin? ¡Vamos, que responda!». Estas voces venían a ser como una letanía fantasmal a los muertos, y uno tras otro los faroles se desvanecían, a medida que los buscadores se cansaban de su labor infructuosa.

Sin embargo, sus gritos llegaron a oídos de alguien. Zeb Rawlings los oyó, y lentamente, sirviéndose del brazo ileso, consiguió sentarse en tierra. Estuvo un momento considerando aquella confusión que le rodeaba. Estaba oscuro y hacía frío y se encontraba herido en el brazo o en el hombro.

Tanteó en busca del fusil, pero lo había perdido. No le quedaban más que la bayoneta y la cantimplora. Apoyándose

en un árbol, pudo ponerse en pie, viendo a los portadores de faroles ejecutar su danza macabra entre los cuerpos yacentes. Escuchó sus voces, y ocasionalmente, alguna respuesta lastimera. Cerca de él, brotó un grito de la oscuridad.

—¡Agua! ¡Agua! ¿Alguien quiere darme un sorbo de agua?

La voz se hallaba muy próxima, y los faroles muy lejos. Tambaleándose, Zeb se acercó al herido y se arrodilló a su lado.

—Aquí la tienes, soldado. No hay mucha, pero te la doy con gusto.

El hombre bebió con ansia y le vació la cantimplora.

—Te lo agradezco —murmuró, con voz ronca—. Siento haberme bebido tu última gota, pero me ha sentado muy bien.

—Enviaré alguien a buscarte —prometió Zeb.

Y empezó a cruzar el campo en dirección a un grupo de hombres que estaban cavando una sepultura. Al acercarse pudo oír el ruido de las palas, y vio que dos camilleros colocaban el cadáver de un hombre junto al hoyo. Les dijo que había dejado atrás un herido.

Cuando se alejaban, se dispuso a continuar la marcha, y la luz de sus faroles iluminó la cara del muerto al cual acababa de volver la espalda.

Era su padre. Era Linus Rawlings.

Capítulo XIII

Llevando en la mano su cantimplora vacía, Zeb Rawlings atravesó la arboleda. El olor a muerto se mezclaba con el aroma de los melocotoneros en flor y la humedad fría de la noche.

Poco le faltó para caer sobre un cadáver, y apenas había recuperado el equilibrio cuando oyó que, muy cerca, alguien decía:

—¿No has probado esta agua todavía?

—No.

—Pruébala.

Zeb hundió la mano en la charca donde vertían las aguas del manantial y bebió un pequeño sorbo. Oyó que otros soldados cruzaban el bosquecillo y se acercaban al lugar donde ellos estaban.

—Tiene un sabor raro, ¿verdad?

—Sí, eso parece.

—La vi antes de ponerse el sol. Tenía color de rosa, parecía té.

Zeb sintió náuseas y se apartó del agua. Volvió a colgarse la cantimplora del cinturón, y el soldado se le aproximó.

—No es muy agradable para un hombre tener que beber un agua como esa. Claro que tampoco lo es verse obligado a hacer las cosas que hemos hecho hoy. ¿Mataste a alguno?

—No lo creo —contestó Zeb—. Acabábamos de iniciar el

avance cuando explotó una bomba, me quedé aturdido por el humo y la polvareda que levantó, y entonces un soldado de caballería me golpeó en el brazo con su sable, aquí, casi en el hombro. El resto fue todo una gran confusión para mí. Alguien me pegó un culatazo, y cuando recobré el conocimiento, la lucha había terminado.

—Tampoco yo he matado a nadie, y no deseo hacerlo. ¿De dónde eres?

—De las cascadas del Ohio.

—Esta guerra estúpida comenzó en el Este. ¿Qué hacemos en ella nosotros, los del Oeste?

—No es lo que yo me figuraba. Resulta poco glorioso ver a los hombres con las tripas colgando. ¿Y tú, de dónde eres?

—De Tejas.

Zeb retrocedió, al tiempo que decía:

—Entonces tú eres un rebelde, ¿no?

—Lo era esta mañana, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Seguramente tendría que pegarte un tiro.

—¿Tienes algún arma de fuego? —inquirió el hombre, con tranquilidad—. Yo le he quitado la pistola a un oficial muerto.

—Tengo una bayoneta.

—Escucha, ¿por qué no nos largamos de aquí? Dejemos la guerra a los que les gusta.

—Dicen que en California no la hay —respondió Zeb, vacilante.

Recordó la conversación sostenida con su madre, que trató desesperadamente de que prestara atención a la carta de tía Lilith que llevaba en la mano.

Juntos se alejaron del riachuelo.

—Algo más allá existe una fuente —dijo el tejano—. Ayer

vi unos oficiales yanquis que bebían en ella.

Tuvieron que detenerse para dejar pasar un grupo de camilleros, y después oyeron voces y se pararon en el borde de un claro. A cierta distancia había dos hombres de espaldas sentados sobre un tronco caído. Aun en la penumbra, Zeb creyó reconocer algo familiar en ellos.

—Estoy proyectando trasladar a este sitio la brigada de Rousseau. Los hombres estarán perfectamente situados antes del amanecer. ¿Está de acuerdo?

—Aprobaré todas cuantas disposiciones usted tome. Si hoy no hubiese apoyado el flanco, nos habrían dado una paliza descomunal. —El que hablaba vaciló un instante y enseguida agregó—: Sherman, quiero decirle algo. Es posible que haya de hacerse cargo del mando usted solo.

—¿Por qué?

—He visto algunos de los despachos enviados hoy por los corresponsales de Prensa. Dicen que esta mañana fui atacado por sorpresa.

—Eso no es cierto. Fui yo al que sorprendieron.

—No importa. También afirman que anoche me hallaba borracho.

—¿Y lo estaba?

—No, pero es inútil luchar teniendo enemigos por todos lados. Mañana, victorioso o vencido, pienso renunciar al puesto.

—¿Por culpa de los periodistas?

—Por su falta de confianza en mí —respondió Grant.

Zeb y el tejano permanecían silenciosos, escuchando aquella conversación de los dos generales. Podían verlos a la luz lejana y temblequeante de las hogueras del campamento. Era evidente que se habían apartado hasta allí para hablar con

mayor tranquilidad. No era la primera vez que Zeb veía a estos dos hombres, y aunque a media luz, pudo reconocer los hombros cuadrados de Grant y el ajado sombrero que solía ponerse.

—¿Cree que a mí no me ha ocurrido algo semejante? —preguntó Sherman—. Hace un mes decían que yo estaba loco. Hoy me llaman héroe. Loco o héroe sigo siendo el mismo hombre, conque, ¿qué importa lo que piense la gente? Será lo que piense usted mismo, Grant.

—¿Crees que ese es Grant? —inquirió el tejano, cogiendo a Zeb por un brazo.

El muchacho asintió y aguzó el oído para no perder una sola palabra de lo que se hablaba.

—Ya sabe que esta guerra se perderá o se ganará en el Oeste —afirmó Sherman—. Usted es el único que sabe el modo de triunfar. Todo lo que ha hecho es una demostración palpable.

El tejano desabrochó la solapa de la funda, con gran cuidado para no hacer ruido, y sacó la pistola. Zeb, atento solamente a lo que decían los dos generales sentados sobre el tronco, no lo advirtió.

—El derecho a renunciar al puesto que se ocupa —rebatió ahora Sherman—, solo se tiene cuando uno sabe que está equivocado, pero no mientras tiene la certeza de pisar terreno firme.

El tejano levantó la pistola y apuntó directamente a la cabeza de Grant, y entonces fue cuando Zeb vio el arma.

—Pero ¿qué vas a hacer? —preguntó, con voz ronca.

—¡Se trata de Grant!

Sujetó la pistola con la mano sana, torció la muñeca del tejano, y cargando contra él, le hizo perder el equilibrio.

Lucharon unos pocos segundos, sin hacer el menor ruido, y enseguida Zeb sacó el brazo herido que llevaba en un cabestrillo improvisado, y buscó su bayoneta.

El tejano era resistente, pero mucho menos fuerte que su antagonista, pues los años de trabajo agrícola habían dado una fortaleza superior a los músculos de Zeb. Gracias a esta fuerza fue capaz de sujetar a su enemigo el tiempo necesario para sacar la bayoneta.

Mientras luchaban silenciosos, Zeb oyó decir a Grant:

—Lo reflexionaré. Es posible que tenga razón.

Llameó repentinamente un fósforo, en tanto que el general Sherman encendía su pipa.

—Ya sabe que este ejército combate mejor con usted que sin usted —aseveró—. No hay nada que reflexionar.

Zeb se dio cuenta de que se le escurría la mano con que sujetaba la pistola, pero cuando el tejano quiso revolverse, la bayoneta salió casi naturalmente de la funda, y en el preciso instante en que aquel conseguía liberar la mano armada, la hoja le penetró en el pecho.

Fue un golpe breve, asestado con una bayoneta afilada por Zeb hasta hacerle una punta tan fina como la de una aguja y un filo como el de una navaja de afeitar.

El soldado tejano respiró convulsivamente y cayó hacia atrás, arrancando de manos de Zeb el puño de la bayoneta, que quedó apuntando hacia su diafragma. Estaba muerto antes de que su cuerpo tocara la tierra.

Tambaleante, Zeb quitó la pistola de entre los dedos del muerto.

—¿Por qué me obligaste a hacer esto? —preguntó, secamente—. ¿Por qué? Nada tenía yo contra ti.

Cuando acabó de registrar el cadáver en busca de

municiones para el arma, se puso en pie. Sherman y Grant se habían marchado, ignorantes de la pelea breve y desesperada que había tenido lugar en la oscuridad a solo unas cuantas yardas de sus espaldas.

Zeb sentía la boca seca y un gran dolor en el hombro. El tejano había mencionado la existencia de una fuente por aquellos alrededores, y se metió entre los árboles, atento al ruido del agua.

Finalmente, la oyó. Era un chorro minúsculo que caía de un tubo colocado por alguien entre las rocas para conducir el agua a un estanque de reducidas proporciones. Se arrodilló y empezó por llenar la cantimplora, no sabiendo si podía suceder algo que le obligase a salir de allí. Y después bebió. El agua estaba fría y clara. Bebió y volvió a beber, y luego se sentó en medio de la oscuridad.

Regresaría donde se hallaban los suyos. Se había alistado para cumplir un deber, y, le gustara o no, este deber no había terminado. ¿Qué diría su padre si supiera que su hijo había pensado en desertar? No era hombre que sintiera simpatía por los desertores.

En los años posteriores nunca fue capaz de recordar por entero la sucesión de los acontecimientos, la marcha, los campamentos, los combates, y la marcha de nuevo. Todo ello eran cosas que se confundían en su memoria.

Regresó a su destacamento para encontrarse con que era el único sargento con vida, y que solo había un oficial. Fue ascendido en Chickamauga, y poco después le nombraron oficial, no por haber realizado acto alguno de bravura, sino sencillamente por ser el hombre de más alta graduación que había quedado vivo en su unidad. Según descubrió, esta era la razón habitual para los ascensos en el campo de batalla.

En la montaña Lookout le hicieron primer teniente y supo

lo que era combatir con dureza, sin contar lo que ya sabía por los relatos de su padre, pues en las largas noches invernales, Linus había referido a sus hijos más de una historia sobre las luchas con los indios, y Zeb aprendió más de lo que suponía.

Fue en Chickamauga donde se le comunicó la muerte de su padre. Llevaba algún tiempo sin recibir correo, y la primera noticia que tuvo fue por un kentuckiano flaco y de hombros caídos, que llegó destinado a su compañía.

—Kelly fue quien estuvo con él hasta el final… Yo había subido a lo alto de la colina. La tomamos exactamente como él tenía planeado, a pesar de que el enemigo nos atacó con violencia. Mientras agonizaba, su padre dijo algo muy extraño, algo así como que «había visto las sabandijas». Nadie comprendió lo que quería decir.

No tuvo duda de que, en efecto, se trataba de su padre.

Más de una vez había referido a él y a Jeremías aquella vieja historia de las sabandijas, y de cómo estuvo a punto de costarle la vida, lo mismo que a su madre.

»—Zeb —solía decir—, en tu vida tendrás muchas ocasiones de ver las sabandijas. Será preferible que te detengas a pensar lo que puede costarte, antes de dar un paso más.

Y de repente, la guerra terminó y se encontró en un barco fluvial mirando adelante para divisar cuanto antes la pintoresca roca que señalaba el lugar donde se encontraba el embarcadero de los Rawlings.

Allí desembarcó con toda su impedimenta, y por un minuto largo, mientras la embarcación se alejaba, permaneció inmóvil con la vista fija en la casa. Faltaba poco para el mediodía, y de la chimenea salía una columnilla de humo. Oyó cacarear a una de las gallinas, lo más probable era que estuviese poniendo un huevo.

Se echó al hombro el equipaje e inició la marcha en

dirección del hogar. Caminaba veloz, el corazón le latía con fuerza y sentía un nudo en la garganta.

Linus y su madre… Ellos habían colonizado este sitio cuando la región estaba virgen y salvaje. Linus había levantado la casa con sus propias manos, aserrando troncos para darles forma, y colocándolos en su lugar con ayuda de Sam y Zeke, los dos hermanos de su madre.

Se detuvo bruscamente ante la tumba. Encontró dos nuevas sepulturas marcadas con su correspondiente lápida, y antes de ver los nombres sintió un frío terrible que le subía por la espalda. Estaban juntas, como lo habrían estado ellos.

LINUS RAWLINGS

1810-1862

EVA PRESCOTT RAWLINGS

1820-1865

Una puerta se cerró de golpe allá en la casa, y Zeb vio a Jeremías de pie en el porche, con las manos puestas ante los ojos, protegiéndolos del sol. De pronto, Jeremías dejó caer el cubo de madera y se fue corriendo hacia él.

—¡Zeb! ¿De veras eres tú?

Zeb señaló la tumba de su madre, murmurando:

—No lo sabía. Nadie…

—¿No recibiste mi carta? Murió hace más de tres meses, Zeb. Desde que supo la muerte de papá, no era la misma y creo que deseaba la muerte para reunirse con él. Lo único que ansiaba era volver a verte. Papá no está realmente enterrado aquí, por supuesto, pero puse la lápida, de todos modos. Me parece que les habría gustado estar así.

Despacio, Zeb paseó la mirada por el terreno perfectamente sembrado. El heno estaba amontonado, y vio un granero nuevo mucho mejor que el viejo. La artesa se hallaba

rebosante de maíz amarillo, y el ganado parecía gordo.

—Lo has hecho bien, Jeremías, mucho mejor que lo habría hecho yo. —Y le tendió la mano, al tiempo que añadía—: Creo que me marcharé.

—Te necesito, Zeb. Quédate. Trabajando nosotros dos, podríamos tener una granja.

—Solo he regresado por mamá, y resulta que ha muerto. Has trabajado mucho, Jeremías, y lo has hecho mucho mejor que si hubiéramos estado papá o yo contigo. A ti te gusta la tierra, y ella corresponde a ese amor que le tienes. Si te lo propusieras, conseguirías sacar maíz de una roca de granito. No me necesitas para nada, y la granja te pertenece por entero. Me parece que así debe ser.

—No estoy de acuerdo contigo, Zeb. ¿Por qué he de quedarme con todo? ¿Qué piensas hacer tú? ¿Dónde vas a ir?

—Aún he de pasar revista, Jeremías, y me han pedido que pase a uno de los regimientos de caballería y marche al Oeste. Creo que esto será lo que haga.

—Hablas igual que papá. Siempre te pareciste mucho a él.

Zeb hizo un guiño, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Me parece, Jeremías, que necesito ver las sabandijas.

—Lucharás contra los indios, como lo hizo papá. ¿Te gusta guerrear, Zeb?

Zeb preguntó, a su vez:

—¿Recuerdas lo que nos contaba nuestro padre acerca de aquel oso solitario que cazó en el Oeste? No me refiero al patituerto, porque esto fue en las Rocosas. Le pregunté si le gustaba luchar con los osos grises y me dijo que no, pero que tenía que ir a alguna parte, y que el oso fue lo primero con que tropezó.

Extendió de nuevo la mano y continuó:

—Adiós, Jeremías.

—Bueno… —Su hermano se le quedó mirando porque pensaba que debía decir algo, pero no pudo encontrar palabras con que expresar este sentimiento—. Está bien, adiós.

Zeb giró en redondo, bruscamente, sin querer contemplar por más tiempo a Jeremías, ni este lugar que tantos recuerdos tenía para él.

Llevaba algunos metros recorridos, cuando Jeremías le gritó:

—¡Zeb, mira a ver si encuentras por ahí a nuestro tío Sam Prescott! ¡Y procura ver a la tía Lilith!

Jeremías se quedó solo, abiertas las grandes manazas, y viendo alejarse a su hermano. Zeb era el último familiar que le quedaba, y cuando alguien de su familia se iba hacia el Oeste, ya no regresaba. Linus había vuelto, pero eso fue antes de que él naciera. Ninguno más lo había hecho.

—Algo atrayente tiene que haber allí —exclamó en voz alta —. Ha de haber algo que los retiene.

Luego, esbozando una sonrisa, añadió:

—¡Quizá sean las sabandijas!

Cuarta parte
El ferrocarril

Cruzar las dilatadas llanuras equivalía a un viaje interminable; las montañas representaban un paso penoso, los ríos eran traicioneros y mortales a veces. El indio constituía una amenaza omnipresente, tan inesperada como pudiera serlo el rayo. Luego, vino el ferrocarril, esas líneas paralelas de acero que se extendieron por el yermo: el camino del poderoso Caballo de Hierro. Vino a quebrar el poder del indio, acabó para siempre con las atronadoras manadas de bisontes, se convirtió en semillero de incontables poblados y ciudadelas, transportó a riadas de granjeros, ganaderos, mineros y comerciantes que llenaron el Oeste y explotaron sus riquezas.

Capítulo XIV

Jethro Stuart continuó a caballo durante algunos minutos, después de haber encontrado los cadáveres. Su mirada escrutó inmediatamente los alrededores por si le tuviesen preparada alguna emboscada, pero en doscientas yardas a la redonda, no existía lugar alguno donde ocultarse, y las huellas tenían ya unas cuantas horas.

Era evidente que los muertos habían sido obreros del ferrocarril, pero los indios se habían propuesto que terminaran los trabajos, subrayando con flechas su decisión.

Jethro Stuart era un hombre seco y lacónico que no solía perder tiempo ni moverse inútilmente. Bajó de la cabalgadura, colocó los cadáveres a lomo de sus dos caballos de carga y los ató con cuidado. Después montó de nuevo, lanzó un último vistazo en derredor para comprobar si le había pasado inadvertido algún detalle y retrocedió en dirección al ferrocarril.

Mientras cabalgaba, sus ojos seguían la línea gemela de acero. No cabía duda, la obra marchaba rápidamente. Ayer todavía, aquello no era sino una pradera vacía y yerma donde los rieles formaban ahora un canal brillante en dirección al Oeste.

Esto era progreso, pero Jethro Stuart era un hombre para quien el progreso no representaba una simple bendición. A su llegada al Oeste, la tierra seguía estando como seguramente hacía más de mil años, y nada vio en ella que debiera

alterarse.

Pero había llegado el ferrocarril, traído por Mike King, y Jethro Stuart descubrió que, en general, le resultaba un individuo desagradable. Sin embargo, se trataba de un hombre de esos que hacen las cosas aun a costa de arrollar a todo y a todos los que se cruzan en su camino.

Detuvo el caballo en la cima de la colina y contempló con mirada escéptica la escena que abajo tenía lugar. El ferrocarril traería al Oeste mucha gente indeseable. Cuando la venida aquí era difícil, exigía un determinado tipo de hombres y mujeres para hacer el viaje y quedarse, una vez llegados a la meta, y esta era precisamente la clase de personas a que él pertenecía. Si los varones llegaban veloces, acarrearían gentuza de todas las calañas… cómodamente y con seguridad.

—No estoy a favor del progreso —le dijo a su caballo—. Ese maldito telégrafo acabó con el «Pony Express», que ya no volvió a trabajar. Dieciocho meses… ¿Qué son dieciocho meses?

Oficialmente, el «Pony Express» concluyó su misión en octubre de 1861, aunque algunos mazos de cartas siguieron entregándose hasta noviembre. Ello dejó a Jethro sin trabajo, así como a otros muchos más, y habría de transcurrir mucho tiempo antes de que la región se recobrase.

Jethro había estado al frente de una estafeta de la Compañía, y aquella sí que fue una buena época. Tuvo amigos en toda la línea, como el joven Bill Cody, aquel al que ahora llamaban Buffalo Bill. Cody había empezado transportando correo cuando tenía quince años, y fue uno de los mejores. «Pony Bob» Haslam y el irlandés «Happy Tom» Ranahan… Tenía que pasar muchísimo tiempo antes de que encontrasen un grupo semejante.

Jethro inició el descenso de la ladera, ojeando la hilera de

traviesas que se hallaban dispuestas a recibir los rieles de acero. Mientras seguía su camino, vio los trabajadores que se dirigían al vagón que transportaba los rieles, una plataforma arrastrada por un solo caballo. Cinco hombres a cada lado cogían el riel y lo sacaban por la parte delantera de la plataforma. La voz del capataz y los restantes sonidos subsiguientes se producían a una cadencia regular que a él le hubiese agradado, de no haber sabido lo que estaban haciendo.

La voz del conductor gritaba: «¡Alto ahí!». Enseguida, el capataz decía: «¡Riel!», y los hombres sacaban uno de la plataforma. El capataz gritaba ahora: «¡Abajo!». Y lo dejaban caer en su sitio, produciendo un seco ruido metálico.

La plataforma avanzaba, y detrás llegaban los empalmadores, dejando caer una tuerca y dos remaches en cada unión de riel, además de dos tornillos. Se ajustaban inmediatamente las tuercas a los rieles, y acto seguido, hacían acto de presencia los remachadores provistos de pesadas herramientas, que se encargaban de terminar la faena. El maravilloso ritmo de los martillos era cosa digna de escucharse.

—¡Alto ahí!… ¡Riel!… ¡Abajo!… ¡Alto ahí!… ¡Riel! ¡Abajo!

Varios obreros levantaron la cabeza cuando Jethro Stuart llegó, abriéndose paso para dirigirse adonde estaba el jefe, y sus miradas se clavaron en la carga que transportaban las caballerías.

Poco a poco fue cediendo el trabajo de los hombres, hasta llegar a detenerse.

—¿Dónde los encontraste? —preguntó el capataz.

—Aproximadamente a una milla de aquí.

—Conozco a ese —terció uno de los trabajadores, señalando el muerto que tenía más cerca—. Era un vigilante.

Le conocí en California. Se llamaba Prescott… Sam Prescott.

Los ojos de los obreros se apartaron de los cadáveres para mirar con temor hacia las colinas silenciosas. Habían corrido rumores de que los indios se acercaban y que tendrían dificultades. Aquellos dos cadáveres eran la prueba más evidente.

Mike King era un hombre que siempre estaba encolerizado. Esto y la velocidad con que el ferrocarril estaba construyéndose, constituían los dos factores de su éxito. Era un hombre joven, de fuerte musculatura y mirada dura y atrevida, que solía vestir traje de faena. Viendo que cesaba el trabajo y que sus hombres se agrupaban en torno a los caballos, su cólera creció de punto. Seguido por un joven amanuense, que llevaba una cartera, se dirigió al grupo.

El capataz levantó la vista, asombrado de ver que King se le echaba encima, pero antes de que pudiese abrir la boca para mandar a los hombres que reanudaran la faena, King le apuntó con un dedo tan tieso como un huso.

—Usted *era* aquí el capataz. Ya no es más que un obrero, o queda despedido. Escoja lo que prefiere. Y si se le despide, volverá a ser un colono como antes.

Bruscamente, le volvió la espalda, haciendo caso omiso de él.

—¡Usted! —E indicó a un hombre robusto, cuyo rostro se hallaba surcado por profundas arrugas—. Usted será el capataz hasta que pueda encontrar otro mejor. ¡Haga trabajar a estos individuos!

—Sí, señor. —El nuevo capataz giró en redondo—. ¡Basta ya! —vociferó—. ¡Al trabajo! —Hizo un ademán rápido, se dirigió al único caballo que tiraba de la plataforma donde se transportaban los rieles y volvió a gritar—: ¡Alto ahí!… ¡Riel!… ¡Abajo!…

—Usted se llama Jethro Stuart, ¿verdad? —inquirió Mike, mirando fijamente al recién llegado.

—Eso es.

—Stuart, se le había contratado para cazar búfalos con que alimentar a estos hombres, pero no para que detuviera su trabajo. ¿Por qué ha traído aquí esos cadáveres?

—Se trata de obreros del ferrocarril. Creí que podría interesar a alguien de los de aquí, a alguno del ferrocarril.

—El ferrocarril soy yo —replicó King—. ¡Y no me interesan! Debió enterrarlos donde los encontró y haber seguido la pista de los indios que los mataron.

—Como acaba de decir, señor King —respondió Stuart, fríamente—, se me contrató para cazar. No me emplearon para cavar tumbas ni para combatir con los indios. Además —prosiguió, señalando los trabajadores—, en su mayoría han sido soldados. No pensé que un par de muertos les preocupasen mucho.

—Quiero que en la cabezota de todos no haya más idea que el trabajo, ¿me comprende? Ahora quite de en medio esos cadáveres y póngase a rastrear a los indios, mientras yo telegrafío al ejército.

Y sin más palabras, King dio media vuelta.

Jethro Stuart no hizo movimiento alguno. Tranquilamente, se sacó del bolsillo un trozo de tabaco y le dio un mordisco pequeño.

—Sigue olvidando, señor King, que mi trabajo consiste en traer caza.

—Su trabajo *era* dedicarse a la caza —le replicó aquel, girando sobre los talones—. Vaya al pagador y que le haga la liquidación.

Sin preocuparse, Jethro volvió la espalda a King y empezó a

deshacer las ligaduras que sostenían los cadáveres.

—¿No le interesaría saber, señor King, quién se va a encargar ahora de traerles la carne? ¿Va a ser usted mismo?

El desprecio en el tono de voz de Stuart enfureció al jefe, pero aquel furor amainó al darse cuenta de que no podía, por el momento, remplazar a Jethro. Sin el cazador, los trabajadores no tendrían carne fresca, y sin carne, no tardarían en abandonarle. Nada significaban su cólera y los sentimientos que Jethro le inspiraba, si se ponían en la balanza con el progreso del ferrocarril en el otro platillo.

—¡Está bien! —Agitó la mano con impaciencia—. Olvide lo que dije. ¡Pero quiero que nos traiga carne de búfalo y no hombres muertos!

En el momento de alejarse, dijo a su secretario:

—Tome nota para que remplacemos a ese hombre en la primera oportunidad.

Detrás de él se produjo un ruido seco al caer algo a tierra, y volviendo atrás la vista, vio que Stuart había soltado los dos cadáveres en el preciso lugar donde se hallaba.

Le invadió de nuevo el furor y empezó a gritar, pero enseguida apretó los labios, clavó la mirada en el cazador, y sintió un sabor amargo en la boca. A su espalda, los remachadores dejaban caer el martillo con un ritmo uniforme, produciendo un sonido encantador. Su cólera tardó poco en esfumarse.

—Señor King —empezó a decir el secretario—, ¿qué se hace con esos cadáveres?

—Déjeselos al ejército. Ya que no nos protege, que sirva al menos para enterrar a los muertos.

Le llamaban el Final de la Senda, y este nombre resultaba bastante apropiado, aunque habría sido mejor llamarle el

Final de la Línea como vino a ser para muchos de los que allí trabajaban.

Hasta aquí había llegado esta noche. La anterior se encontraba treinta millas atrás. La noche siguiente sería la última que estuviera en este lugar, y luego seguiría adelante. Con mucha suerte pasarían una semana entera en el mismo sitio, cosa bastante difícil con Mike King al frente de los trabajos. En el Final de la Senda solo existía una ley: el ferrocarril. Y en el Final de la Senda, o en cualquier parte en aquellas seiscientas millas de acero. Mike King era el ferrocarril, y, por lo tanto, no había más ley que la suya.

Junto con todo aquello se trasladaba también una ciudad, y podía desmontarse en menos de una hora, una ciudad sin raíces, habitada por hombres sin raíces también y por mujeres de una sola clase, con una única excepción.

Doce grandes tiendas de campaña y cincuenta pequeñas. Esta era la ciudad existente al Final de la Senda, y en parte alguna, en un espacio tan reducido, se había concentrado jamás un porcentaje tan inmenso de vicio. Podía uno escoger el juego que quisiera, y su marca preferida de whisky. Si al bebedor no le importaba, podía tomar el más detestable de todos los licores, pero si así lo deseaba, también lo había selecto. Y podían adquirirse champaña y vinos caros.

Se podía escoger el tipo preferido de mujer. Las había de todos los colores y nacionalidades, conocedoras de cuantos pecados existen y dispuestas a inventar algunos nuevos, si así lo requería el parroquiano. Todo allí era brutal, tosco y obsceno.

La mayoría de los hombres que recorrían de noche aquella ciudad improvisada eran los carreteros remachadores, acarreadores de rieles, y demás obreros que estaban construyendo el ferrocarril. Pero estaban también los

hombres y mujeres que iban en su compañía para divertirles y servirles. Los obreros deseaban ganar dinero para gastarlo a continuación. Mike King favorecía el despilfarro, porque un hombre sin dinero no tiene más remedio que seguir trabajando. Resultaba difícil conseguir mano de obra en el Final de la Senda, y más de un trabajador vacilaba por miedo a los indios que pululaban más allá de las montañas. Diseminados entre los habitantes de aquella ciudad de tiendas de campaña había bastantes uniformes azules, pues el ferrocarril no podía ni quería seguir adelante sin la protección del ejército. Y el hombre que lo mandaba era el teniente Zeb Rawlings.

Zeb Rawlings salió de su tienda para encontrarse rodeado por las sombras de la noche y sentir el viento helado en la cara. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por entre el cabello, y al mirar a su alrededor, no vio otra cosa sino las montañas.

Nunca se le había ocurrido pensar en regresar al Este, aunque sostenía una correspondencia esporádica con Jeremías, que seguía prosperando en la granja. Sabía, lo mismo que su hermano, que el Oeste estaba hecho a propósito para él. Este, y ningún otro, era el sitio donde debía estar.

Contempló las montañas, sabiendo que los indios merodeaban por allí y que les espiaban, ya fuese de día o de noche. Ignoraba cuánto tiempo se contentarían con espiarles, pero sabía que no lo iban a hacer siempre. Llegaría un momento en que habría de pelear al frente de sus soldados.

Estaba seguro de que les sobrepasarían en número, pero tres años de combatir contra los indios le habían enseñado que podía hacer frente a un ejército si sabía evitar la sorpresa. Esos tres años habían renovado en él las enseñanzas que

mucho tiempo atrás le habían proporcionado las historias de su padre, y de ellas se desprendía que, como combatiente, el indio raramente puede igualarse.

Caminó despacio por entre la hilera de tiendas convertidas en garitos, prestando a la música solo una parte de su atención. Los tres años que llevaba en el Oeste habían dejado en él una huella más profunda que las quemaduras del sol y del viento. Cada vez era más parco en palabras y más observador. Desde mucho antes, había aprendido a escuchar con solo una parte de su oído, y con el resto, prestar atención al más ligero sonido. Jamás llegaría a igualarse a Linus, porque su padre había vivido más tiempo en tierra de indios, y la conocía mejor.

Entró en la tienda y se dirigió al bar. Las mesas se hallaban repletas de jugadores y mirones, y en el bar había gran concurrencia. En el momento de acercarse, se apartó uno de los clientes y le dejó un lugar vacío.

La música se transformó en un pasodoble ruidoso y salió una muchacha con un vestido rojo, resplandeciente de lentejuelas. Zeb Rawlings la miró sin el menor interés. Era bonita cuando se unió a la gente del ferrocarril, pero esto sucedió quinientas millas atrás. Empezó a cantar «Seré la novia de un ferroviario», y Mike King se aproximó al bar para ponerse junto a Zeb. Los hombres le hicieron sitio respetuosamente y con cautela también.

—¿Ha visto a esos dos que mataron hoy? —preguntó.

—Los hemos enterrado —respondió Zeb.

—¿Qué me dice de los arapahoes?

—Seguimos sus huellas y encontramos a los arapahoes, pero las huellas no iban en esa dirección. Era una partida de guerreros cheyennes. Estos fueron los que, bajando del norte, mataron a sus dos hombres.

—¡Y un diantre! ¿Y los dos de la semana pasada?

—Los arapahoes fueron los asesinos. Sus hombres estaban borrachos y se dedicaron a perseguir *squaws*. ¿Qué hubiera hecho usted si un borracho hubiese perseguido a su esposa?

—No estoy casado. —Sin interés clavó la mirada en la joven del vestido rojo. Mike King sabía ya todo lo que podía saberse de ella—. De todos modos, su trabajo consiste en combatir a los indios, no en estar de acuerdo con ellos.

—Eran doscientos arapahoes y conmigo iban veinte hombres. Por eso me pareció preferible escuchar. Además, no voy a iniciar una guerra solo por darle a usted gusto.

—Me parece que habré de telegrafiar a su coronel —replicó King, irritado—. Acaso él tenga otra idea acerca de la persona a la que debe usted complacer.

Sin apartar la vista de la joven artista, Zeb metió la mano en el bolsillo y entregó un telegrama a su interlocutor.

—Ya le informé yo —dijo, secamente—. Y como verá, mi comportamiento le ha dejado satisfecho. Si usted está en sus cabales, lo último que puede desear es un encuentro con los indios. Empecemos ahora una guerra con los arapahoes, y enseguida se les unirán los kiowas, los cheyennes y los sioux.

Zeb apoyó los codos en el mostrador y aceptó el whisky a que le invitaba King para quitarse el sabor de la leche que había estado bebiendo. Deseaba alejar su fatiga, pues estaba cansado, mortalmente cansado. Le había producido gran emoción el entierro de aquellos dos hombres. Se había limitado a echarles una ojeada, pero su rostro se le había clavado en la mente. En especial uno de ellos… porque le recordaba a su madre.

En el bolsillo interior de la guerrera llevaba otra carta de Jeremías. Le comunicaba haber comprado otra parcela más y terminaba diciendo: «Recuerda que la mitad de todo es tuyo,

si quieres regresar. Ruth y los pequeños te envían sus mejores recuerdos». Jeremías se había casado y tenía ya dos hijos.

Se quedó contemplando a la artista y dijo, en voz alta:

—Quiero ver las sabandijas.

—¿Cómo es eso? —preguntó King—. ¡Ah, vamos! Se refiere a esa chica. Tiene razón. Es una sabandija. Un gato montés.

Y se volvió a medias, teniendo un codo apoyado en el mostrador para dar frente a Zeb.

—¿Sabe usted que estos últimos días he estado viendo a Julia? —le preguntó.

—Ella me lo dijo. Este es todavía un país libre.

—Tiene razón.

Antes de continuar, King le hizo un guiño.

—Si usted cree haber hecho lo suficiente, está equivocado. Soy capaz de hacer yo más en un mes que usted en un año.

—Vale más que me hable con claridad.

—Puede hacerse mucho más de lo que ha hecho —insinuó suavemente King—. Me disgustaría haber de competir con usted. Fíjese en lo que ha ocurrido con mis hombres… Fueron asesinados a menos de una milla de aquí. Quiero que mis obreros estén seguros a diez millas a la redonda. Se emborracharán y perseguirán *squaws*, pero quiero que estén seguros.

—Mis órdenes consisten en mantener la paz. Por eso estoy aquí, y no por otra razón.

—Las órdenes son un pedazo de papel —replicó King, con impaciencia—. Usted se encuentra aquí para ayudarnos a construir el ferrocarril. El Gobierno lo quiere, y el pueblo también.

—Y usted.

—En efecto. Lo quiero. —King dejó el vaso sobre el mostrador y añadió—: Y usted tiene que ayudarme a terminar la obra.

Cuando King se hubo marchado, Zeb Rawlings se recostó en el mostrador y observó a los que bailaban, sin que en realidad los viera, ni pensara tampoco en ellos. Por primera vez reflexionaba seriamente que esta vida nada tenía en común con el ejército. Había la presión que podía ejercer Mike King, y sabía que pocos días más tarde recibiría una reprimenda de su coronel, trasladándole la que él habría recibido del general.

Al general le faltaba poco para retirarse y estaba preparándose el camino para conseguir un buen empleo en la vida civil. Su paga como retirado no sería suficiente para el general y su familia. Por ello, nada tenía de particular que deseara ocupar un alto puesto en la compañía del ferrocarril. Zeb Rawlings sabía algo de esto e intuía lo demás. Mike King empleaba dinero e influencia conforme utilizaba todo lo que estaba a su alcance para lograr cuanto se proponía, y sin pensar en complicaciones de moral o de otra clase.

Zeb Rawlings poseía la clara visión del hombre que ha vivido en la frontera y entre las cosas más simples que tiene la vida. En su mente no existía la confusión, y hacía mucho tiempo que había sacrificado sus intereses personales en favor del servicio, dondequiera que este lo requería. Pero se había llegado a un acuerdo con los arapahoes, y si se les obligaba a retirarse combatirían, y esto representaba la muerte de muchas personas inocentes que ninguna relación tenían con el ferrocarril.

Jethro Stuart se colocó a su lado en el bar y aceptó el vaso y la botella que el empleado le puso delante.

Se encaró con Zeb, adoptando una postura idéntica a la que

poco antes tuviera King.

—Usted se apellida Rawlings y es de Ohio. Su padre se llamaba Linus, ¿no es cierto?

—Eso parece —contestó Zeb, mirándole con curiosidad.

—Le conocí —declaró, al tiempo que le tendía la mano—. Usted es amigo de Julia. Si se parece a Linus, me alegro de que sea amigo suyo.

—Oí a mi padre hablar de usted. —Era extraño que hasta ese momento no hubiese relacionado a los dos hombres—. Solía mencionarle.

—¿Solía?

—Le mataron en Shiloh.

Jethro llenó el vaso de Zeb y el propio.

—Eso es mejor que morir detrás de un arado, y conocí lo bastante a Linus para asegurar que esa habría sido la muerte que hubiese escogido. Una vez me dediqué a la agricultura, algo más de un año, pero fue como si me hubieran quitado diez de vida.

Contempló el vaso que tenía en la mano y prosiguió:

—¿Ha enterrado a los hombres que traje?

—Sí.

—Buenos hombres, *vigilantes*… Estaban en el sitio que les correspondía. Los mataron los cheyennes.

—¿Usted lo sabía?

—Sé leer las huellas —aclaró, y enseguida vació el vaso de un trago—. King querrá tomarlo como pretexto. Odia a los indios.

—¿Odia a los indios? ¿Y por qué? —preguntó Zeb, sorprendido.

—Porque se cruzan en su camino. No son del agrado de

Mike ni de la gente de su camada. Sus medios de vida molestan a King porque no coinciden con los suyos. Hay una clase de hombres que odia todo aquello que no entiende ni se le asemeja, y solo ver a los indios haciendo cosas que él detesta, le fastidia.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—Algún día, King será un personaje en el país, pero esto no es todo. Me recuerda los castores. Ponga usted uno de esos animalitos donde haya agua y hará enseguida una presa porque en su naturaleza está el hacerlas, pero apártelos del agua y no servirán para nada. Lo mismo sucede con Mike King. Conseguirá hacer cosas y ganar dinero, pero un día se morirá sin enterarse de que en el mundo existen otras cosas. Esta es una de las razones de que le fastidien los indios que andan por aquí. En muchos aspectos viven mejor que él. —Al acabar de decir estas palabras, Jethro se alejó, añadiendo—: Déjese caer alguna vez por donde yo estoy. Tendré mucho gusto en verle.

Terminó Zeb de beberse el whisky y dejó el vaso en su sitio. No había que pensarlo más. Estaba cansado. Salió de la tienda de campaña, se detuvo un momento al aire libre y se sintió mejor ahora, fuera de la musiquilla y la charla de todos los que se hallaban reunidos allá dentro.

Una vez más, deseó haber podido regresar antes de la muerte de su madre. A ella le hubiese agradado Julia.

Capítulo XV

La improvisada ciudad del Final de la Senda tenía un modo extraño de quedar bruscamente silenciosa. En raras ocasiones cedían la música, el bullicio y la confusión. Todo se hacía a tambor batiente, hasta que, de pronto, sobrevenía el silencio lo mismo que si lo hubieran sofocado con una manta dejada caer desde arriba, y no quedaban sino los ruidos propios de la noche, el crujir de algún letrero zarandeado por el viento, el movimiento de alguna lona que no había sido asegurada, el sonido de unas pisadas, o el murmullo de un hombre que hablaba en sueños. A lo lejos, un coyote solitario lanzaba sus aullidos al cielo estrellado, y más lejos aún, una locomotora silbaba tristemente a las estrellas silenciosas.

Julia se envolvió en la capa para protegerse del viento. No debía salir, lo sabía, pero después de pasarse en la tienda la tarde entera, ansiaba poder respirar un poco de aire fresco.

Esa noche, su padre se la quedó mirando al entrar y comprendió que esperaba que le dijese algo.

—¿King? —preguntó él.

—No.

—Ese Zeb es un buen muchacho —comentó—. Me recuerda a su padre.

Se cubrió con las mantas y se dispuso a dormir, pero Julia continuó un rato sentada y sin moverse, pensando en el comentario que acababa de oír. Jethro nunca había intentado

influir sobre ella en uno u otro sentido respecto a sus amistades, al menos desde que dejó de ser una niña. Habían estado bastante tiempo separados, y cuando volvieron a reunirse, él prefirió no entrometerse. Hubo momentos que la joven casi llegó a desear que lo hiciera, pero aquel hombre era de los que dejan que cada uno siga el camino que más le agrade. En este caso había algo más que eso. Tenía confianza en ella.

Cuando le pareció conveniente, Julia salió a contemplar las estrellas. Pensó en aquella ciudad de tiendas de campaña de la cual formaba parte. En el Final de la Senda no había otras mujeres más que aquellas que seguían a los obreros. No conocía a ninguna de ellas, ni llegaría a conocerlas, limitándose a saludarlas cortésmente cuando se cruzaban.

Oyó las pisadas de Zeb Rawlings antes de poderle ver, y advirtió el cansancio que denotaban. Sabía que estaba preocupado, y esta preocupación era la misma que había visto en la cara de su padre. Y además, sabía que ello era por causa de los indios.

Zeb se acercó hasta llegar a su lado. Permaneció un momento sin despegar los labios, dejando que el viento le azotara el rostro y sintiendo su frialdad.

—Zeb, ¿en qué estás pensando? —quiso saber la joven.

—Creo que estoy obsesionado. Uno de esos hombres que hemos enterrado hoy me ha recordado mucho a mi madre. No sé por qué exactamente, quizá algo en su cara.

—¿Cómo era tu madre?

—¿Cómo? Pues una mujer dulce y con gran amor a la tierra —contestó un instante después—. Quiso mucho a su familia, y en su manera de pensar, hubo mucho de poesía. Le gustaba segar de vez en cuando. Yo he salido a mi padre.

—¿Y tu padre cómo era?

—Igual que yo, según creo. Y bastante parecido al tuyo. Es una cosa curiosa —añadió, pensativo—, nunca se piensa en los padres sino considerándolos como tales. Solo cuando uno empieza a hacerse viejo es cuando empieza a darse cuenta de que también ellos tuvieron sus esperanzas, sus sueños, sus ambiciones y sus pensamientos secretos. Es algo que no se nos ocurre pensar, y, de pronto, nos asombra la idea de que seguramente tuvieron uno o dos amores y que acaso hubieron de pasar por encima de algo o de alguien. No se llega a verlos realmente como son hasta que es demasiado tarde. Más de un buen padre o una madre excelente se afana, haciendo todos los esfuerzos posibles para sacar adelante su familia, cuando su corazón se halla muy lejos, al otro lado del horizonte, tal vez ahuyentando un sueño…, un sueño que jamás se realizará precisamente por culpa de su familia.

—Lo sé.

—La realidad se encarga de ponerle a uno obstáculos delante. Igual que ahora.

—¿Ahora?

—Me gusta el ejército. Desde que se acabó la guerra no he sido capaz de pensar que pudiera estar lejos de él. Pero las cosas están cambiando. Es posible que tenga que dejarlo.

—¿Por Mike?

Si se dio cuenta de que le había llamado por su nombre de pila, se hizo el desentendido.

—En cierto modo. Pero hay algo más que eso. Son dos clases de vida que se enfrentan: una es la del cazador, la del que se afana por ganarse el sustento; la otra es la comercial, la técnica, con todo género de exigencias y necesidades. Cuando dos personas así se encuentran frente a frente, la que está menos preparada para sobrevivir tiene que echarse a un lado. No está bien ni mal, sino que es así.

—¿Y Mike quiere apartarte?

—Sí.

—Pues si es inevitable, ¿por qué te preocupas?

—Uno se preocupa siempre, Julia. Pero es posible que el empujón no se produzca enseguida. Tu padre opina que los indios molestan a Mike. Tal vez tenga razón. Una cosa es cierta. No estamos de acuerdo, y Mike King ganará la partida porque puede apelar a su influencia política, aun cuando en el ejército no haya nadie a quien agrade recibir órdenes de un civil. Respecto al presidente, es distinto. En cierto modo, es un civil, aunque también es nuestro comandante en jefe.

Sin pensarlo, habían empezado a alejarse de las tiendas. Zeb extendió la mano hasta el cinturón del que colgaba la pistola, para cerciorarse de que se hallaba en su sitio. No llegarían muy lejos, pero no era hombre que gustara de correr riesgos innecesarios. Esto solo lo haría un loco. Ya tenía bastantes peligros la vida cotidiana.

—¿Qué harás, Zeb? Quiero decir… si llegas a dejar el ejército.

—Irme al Oeste. Puedo dedicarme a la vida de ranchero. En nuestra familia, al parecer, les gustó a todos el Oeste, con excepción de Jeremías.

Ya la había hablado de su hermano y también de la tía Lilith. Se acordó de ella cuando empezaron las dificultades con King, pues el marido de tía Lilith, Cleve van Valen, ocupaba un alto cargo en las redes ferroviarias de la costa del Pacífico.

Y no era que pensara aprovecharse de la influencia de su tío Cleve, pues Zeb Rawlings era de los que libran sus propias batallas y saben aceptar las derrotas.

—No puedo negar que en una o dos ocasiones he pensado

trabajar como ranchero —explicó a su acompañante—. En el Oeste hay terrenos a disposición del que los quiera, y reconozco que tengo cierto cariño a la tierra. Supongo que esto lo heredé de mi madre, pero continuaré en el ejército, si puedo, aun cuando no hay muchas posibilidades de ascender si no se ha pasado por West Point. Los ascensos son lentos cuando hay paz.

Siguieron paseando, aunque sin alejarse demasiado de los límites del campamento, y luego dieron media vuelta y regresaron. El reducido poblado se hallaba tranquilo bajo la luz de las estrellas. Próximo a unas traviesas apiladas, Rawlings distinguió la silueta de un centinela que se recortaba en el horizonte.

Al separarse estuvo a punto de pedir a la joven que se fuese con él al Oeste, pero enseguida pensó en Mike King. Este llegaría algún día a ser vicepresidente del ferrocarril, acaso presidente de la compañía. Sería un hombre rico. Si se comparaba con esto, ¿qué podía ofrecerle Zeb?

Después de marcharse, ella estuvo un momento siguiéndole con la mirada, disgustada por verle alejarse y un poco molesta porque él no le había dicho que contaba con ella para realizar sus proyectos.

¿Llegaría a decírselo? La muchacha sintió un temor súbito al imaginar que pudiera no hacerlo. Por un instante casi estuvo dispuesta a correr detrás de Zeb, pero bajó la cabeza y se metió en su tienda de campaña.

El teniente Zeb Rawlings hizo que su patrulla realizara una amplia inspección en la zona que rodeaba al Final de la Senda. Por dondequiera que pasaba iba encontrando huellas de caballos sin herrar, algunos formando parte de grupos numerosos, y en ninguna parte advirtió huellas de *travois*. Esto significaba que los indios no iban acompañados por su

familia, de lo cual se deducía que eran partidas en son de guerra. Subió hasta la cima de una colina y estudió el terreno.

—Sargento, ¿ha visto a Jethro en estos dos últimos días? —preguntó.

—Anda por ahí, pero no he hablado con él. No hemos vuelto a cruzar la palabra desde que encontró aquellos dos muertos.

Rawlings se sentía inquieto. Los grupos de indios que habían cruzado aquella zona de un lado a otro, *podían* ser grupos de cazadores, pues no muy lejos existían algunos poblados bastante grandes, y como la distancia era pequeña resultaba fácil que las *squaws* viniesen para despellejar los animales, caso de cazar alguna pieza. Pero no eran muchos los animales que se acercaban al ferrocarril a causa del ruido y la confusión allí reinantes, de forma que era poco probable que las huellas correspondiesen a grupos de cazadores. Claro que, a veces, los indios se presentaban en los campamentos a mendigar, o sencillamente para observar los incomprensibles trabajos de los hombres blancos.

Pero Rawlings no lograba calmar su inquietud y era un hombre lo bastante experimentado para confiar en su intuición.

Este era campo abierto, aunque menos de lo que aparentaba a simple vista. La línea del ferrocarril descendía ahora por un amplio valle y a su alrededor había colinas ondulantes, coronadas algunas de ellas por escarpados riscos. En las lomas altas se veían árboles, y estos crecen a lo largo de los cursos de agua. Un grupo numeroso de jinetes, que conociesen el terreno, podían recorrer sin ser vistos una distancia bastante grande, limitándose a cabalgar junto a los arroyos o bajo los árboles.

Como todos los soldados conocedores de la frontera, Zeb

Rawlings sentía simpatía por los indios. Estos eran buenos combatientes, y antes de llegar el hombre blanco habían sabido adaptarse maravillosamente al medio que les rodeaba.

Antes de llegar los rostros pálidos, los indios carecían de caballos, razón por la cual era limitado su radio de acción. Sus *travois* eran entonces arrastrados por perros, y con ellos seguían la caza. Además de esta, su alimentación consistía en semillas diversas, nueces, avellanas y raíces. Su mayor honor y placer consistía en combatir contra otras tribus.

La aparición del caballo revolucionó su modo de vivir, extendiendo inconmensurablemente su radio de acción, y dando a estos animales un valor mucho mayor a cuanto hasta aquel entonces había conocido el indio. La posesión de caballos se convirtió en medida de poder, y un buen cuatrero podía escoger entre las *squaws* jóvenes que más le agradaran.

Los sioux, por ejemplo, a partir de entonces desencadenaron una verdadera carrera de conquistas, con tal de conseguir caballos. Si la marcha del hombre blanco hacia el Oeste hubiera sido algo más lenta, o de no haberse producido el alud en busca de California, los salvajes jinetes de las Grandes Llanuras habrían tal vez, hallado su Gengis Khan, a semejanza de los caballeros mogoles, que en un estado de civilización semejante, encontraron el suyo.

Igual que los mogoles, los indios norteamericanos estaban divididos en muchas tribus pequeñas sin sentido alguno de unidad en su más amplio significado. Gengis Khan había fundido a las tribus libres de los mogoles, formando con ellas una gran unidad combativa. Tecumseh tuvo esa misma idea, pero la amenaza contra el hombre blanco no llegó a cuajar por entero, y Tecumseh se anticipó al momento. Quanah Parker concibió una idea similar, pero con demasiado retraso.

De haber surgido ese caudillo para dirigir al indio contra el

blanco, es posible que este último hubiera tenido que replegarse hasta el mar. Es muy posible que más de un poblado fronterizo hubiese sido borrado del mapa. En los años siguientes, el hombre blanco tuvo siempre la ventaja de las armas, pues aunque el indio poseía armas de fuego no llegó jamás a tener las municiones suficientes para sostener una lucha prolongada. Mas no por esto dejaba de haber constantemente el peligro del indio.

Con muy escasas excepciones —y estas solían estar en los jóvenes oficiales procedentes del Este— era el ejército quien mejor sabía comprender al indio, y si el manejo de los asuntos indios se hubiera dejado en manos de los militares, aquellos habrían causado menos quebraderos de cabeza. Luego de la inmediata dominación de los indios, en la mayoría de los casos se nombraba un funcionario civil que volvía a soliviantarlos.

Zeb Rawlings había entrado en relación con los indios sin inclinarse en uno u otro sentido. No los consideraba un puñado de salvajes a los que había que matar como si fueran perros rabiosos. Por otra parte, no estaba de acuerdo con el grupo integrado por personas que vivían cómodamente en el Este, y según las cuales el pobre indio era un ser infeliz e inofensivo.

Su padre había enseñado a Zeb muchas cosas acerca del indio. Comprendía la mayor parte de sus costumbres, su inquietud por la guerra, su orgullo por la valentía, y todo cuanto el hombre blanco solía considerar perfidia de su parte.

Ahora, mientras estudiaba la región, volvió a pensar en su padre.

—Mi padre —comentó con el sargento que le acompañaba — era uno de los hombres que más sabían respecto a los indios, y siempre los trató con cautela. En cuanto trate usted

de considerarlos igual que lo haría con los blancos, puede considerarse perdido. Sus reacciones son distintas.

—Jethro dice eso mismo —respondió el sargento—. ¿Qué opina usted que puede suceder, señor?

—Recapacite. ¿Cuántas huellas vimos el mes pasado?

—Unas pocas aquí y otras algo más lejos.

—Pero eran poquísimas. ¿Y ahora? ¿Cuántos indios considera que hay en los grupos que hemos visto hoy? Me refiero, claro está, a las huellas.

—Quizá fueran treinta, acaso más en aquel primer grupo, y más o menos igual número en el segundo. En conjunto, habremos visto hoy las huellas de un centenar de indios. —El sargento frunció el ceño y terminó diciendo—: Me parecen demasiados para andar por ahí a la ventura, señor.

—Estamos de acuerdo. Ya sabe, sargento, las innumerables tonterías que se cometen cuando solo se piensa en el problema de alimentar a las tropas. Usted sabe muy bien la cantidad de raciones que necesitamos para dar de comer a nuestro grupo. Limítese a multiplicarla por diez… ¿Y a qué conclusión habrá llegado? Se lo voy a decir con exactitud, sargento, y es algo que no me gusta ni pizca. En esta zona hay ahora mismo cinco veces más de los indios que pueden conseguir abastecerse. Quizá esperan apoderarse de una cantidad de víveres de los cuales carecen en la actualidad, lo cual solo significa que proyectan atacar el ferrocarril.

Al llegar a este punto de la conversación, Zeb vio el jinete que salía de un barranco, y por la forma de frenar al caballo, supo que se trataba de Jethro Stuart.

La mirada de Zeb barrió materialmente las colinas circundantes. Estaba completamente seguro de que sus soldados eran observados en todo momento, y ahora los indios sabrían que Jethro se había reunido con ellos, siendo

muy probable que hasta adivinaran lo que aquel iba a decirles. Pensaba igual que un indio, y, por lo tanto, les diría lo mismo que les diría uno de ellos.

Jethro ojeó la tropa, veintidós hombres, incluyendo a Rawlings y al sargento, lo cual no era número suficiente. No, de ninguna manera. Y no encontrarían otros veinte en un radio de cincuenta millas.

—Ya lo hemos visto, Jethro —dijo Zeb.

—El jefe indio se queja de que el ferrocarril ha quebrantado el acuerdo. Dice que han cambiado la ruta y ahora están cruzando los territorios de caza de los arapahoes.

—¿Y es cierto, Jethro?

—Claro que sí, teniente. Traté de advertir a King, pero no quiso ni escucharme. Procura ganar tiempo en el recorrido, y por eso ha cambiado la línea sin ponerse a medir las consecuencias.

—Ya conoce a Mike King —respondió Rawlings, secamente—. No quiere atender a nadie.

Sin embargo, una hora después, el teniente Rawlings se presentaba a caballo ante los vagones que componían la oficina y dormitorio de Mike King. Cerca se veían tres plataformas, el grupo encargado de colocar traviesas se hallaba casi a una milla de distancia, pero el poblado de tiendas estaba próximo. Había apiladas bastantes traviesas que recientemente fueron cortadas de los árboles cercanos. Zeb descabalgó y entró, dejando que Jethro hiciera lo que tuviese por conveniente.

King estaba ante su escritorio, revisando albaranes de envíos según la relación que tenía sobre la mesa. En otro escritorio, situado al extremo del vagón, su secretario manejaba el aparato telegráfico.

—King, ¿cuándo decidió cambiar la ruta? —le preguntó bruscamente Zeb.

El aludido siguió mirando las listas, y estuvo un momento sin levantar la cabeza. Había esperado este momento y se hallaba dispuesto a resolver la situación, porque tenía la certeza de saber el modo de tratar a este teniente gruñón. Al hacer uso de la palabra, la impaciencia lo dominaba.

—No hemos hecho cambio alguno, aunque tenemos el derecho de hacer cuantas modificaciones sean precisas para abreviar la construcción, y esto es precisamente lo que hemos puesto en práctica.

—Está buscando dificultades. Se ha metido en los territorios de caza de los arapahoes, y las tribus se han sublevado.

—¡No diga tonterías, Rawlings! —replicó King, irritado—. ¿Es capaz de creer sinceramente que lo que hemos hecho puede costarles la mínima cantidad de piezas salvajes?

—Lo que importa es lo que los arapahoes opinan, y Jethro dice que se quejan de que el pacto no ha sido respetado.

—¡Que se vayan al diablo, teniente, y Jethro con ellos! No voy a dejar que la compañía del Central Pacific me considere un idiota por culpa de unos cuantos salvajes desnudos. Si perdiera el tiempo preocupándome de lo que puedan pensar unos miserables indios, jamás llegaría a ninguna parte.

—¿Es que eso merece una guerra? ¿Una guerra que costará muchas vidas?

—¿Cuál guerra? Usted dijo que el ejército está aquí para mantener la paz. Manténgala, pues.

—¿Y cómo le parece que puedo hacerlo?

—Dígales que el ferrocarril no les hará daño alguno. Únicamente se trata de dos rieles y un silbato.

—No me creerán, King. Olvida que estos indios han visto cómo el ferrocarril ha traído gente al Oeste. No son solo los rieles la causa de su preocupación, sino los cazadores de búfalos, y los destripaterrones que vendrán después.

Mike King reía entre dientes, y, de pronto, cambió de modales.

—¡Qué diantre, Zeb, usted me agrada! Es un hombre que tiene valor. Podría emplearle en mi negocio. —Se levantó y dando un rodeo, llegó hasta el armarito—. ¿Quiere un trago? Nunca engaño a un hombre cuando tengo el vaso en la mano.

Zeb aceptó el whisky que el otro le brindaba. Imaginaba lo que iba a venir y se disponía a hacerle frente. Al mismo tiempo conocía las limitaciones de su autoridad, y el poco valor que tendrían sus argumentos cuando se recibieran en unos pacíficos cuarteles situados muy lejos del lugar de la escena, ante un grupo de militares burócratas dispuestos a pasar por alto lo que se les antojase.

No estaba en su mano detener la construcción del ferrocarril. Le era imposible obligarle a que se desviara. Su deber consistía en mantener la paz, y ya lo había intentado. Pudiera suceder que se limitase a subir hasta las colinas más elevadas, simulando hallarse de patrulla, y dejar que King afrontara las consecuencias de su actitud. Lo malo estaba en que iban a ser muchos los que sufriesen. Y King nunca había tenido que enterrar una mujer caída en manos de los indios, o visto el resultado de una contienda con ellos.

Si el ataque llegaba a producirse, el personal del ferrocarril haría bastante con defenderse, pues muchos de los trabajadores eran veteranos de la guerra civil y de las luchas contra los indios, y otros habían combatido en los ejércitos europeos antes de emigrar al continente americano.

—¡Oiga! —dijo King, al tiempo que llenaba su vaso—. Ya

ha visto los búfalos… ¡Los hay a millones! ¡La semana pasada tuvimos un tren detenido dos días para permitir el paso de una inmensa manada! ¿Cuánto cree que pueden tardar los colonizadores en acabar con tantísimos búfalos? Por lo menos no lo conseguirán en toda mi vida ni en la vida de los que vengan detrás de nosotros. No siento el menor cariño por el noble piel roja, y jamás lo tuve. Cuando dos pueblos se enfrentan, y uno posee una cultura superior, una mayor habilidad técnica, el otro tiene que doblegarse o sucumbir. Ya he sabido que usted y Jethro dicen lo mismo, aunque quizá las palabras sean distintas, pero es inevitable. El indio pudo competir con lo que fuera antes de llegar el hombre blanco, pero ahora está ya anticuado. Por mi parte, quiero ver toda esta región llena de granjas y ranchos. Quiero ver minas y molinos. Quiero ver estas tierras rebosantes y en pleno auge, y este es el modo de lograrlo y nadie puede oponerse, ni esos estúpidos indios, ni usted, ni nadie. El indio debe resignarse a formar parte del grupo o desaparecer. No soy yo quien lo hace. En realidad, no es nadie. Es, simplemente, que la forma de vida del indio no puede competir con la del blanco. No me culpe a mí. No soy yo quien ha hecho las leyes de la naturaleza. Considere, sin embargo, su lógica. Estos territorios de caza se hallan a salvo por todo el tiempo que dure nuestra vida y la de esos indios con quienes ha hablado. Y cuanto más pronto se ponga esa gente en contacto con el hombre blanco y sus modos de vida, mayores serán sus posibilidades de subsistir. De todas formas, la cuestión es que no tiene por qué preocuparse. Pasarán cincuenta, o tal vez cien años, antes de que la gente se decida a venir a esta región.

Zeb Rawlings contempló el líquido ambarino contenido en su vaso. Había mucho de verdad en lo dicho por King, y él sabía que eran bastantes los indios ancianos que opinaban de igual manera. Lo malo estaba en que él no confiaba en King ni

en los argumentos que pudiera esgrimir. Ni podía tampoco tener confianza en los jóvenes guerreros que ansiaban arrancar cabelleras y robar caballos.

Sin embargo, ¿a qué se debía aquella desconfianza en King? ¿Era motivada por los celos? Zeb frunció el ceño. Le desagradaba suponer que podía juzgar mal a un hombre a causa de sus sentimientos personales.

No, no era cuestión de sentimiento personal. Era tan solo que sabía que a Mike King únicamente le importaba una cosa: el ferrocarril. Antes que dejar a un lado sus proyectos sobre la vía férrea, Mike King sería capaz de pasar por encima de lo que fuera y se tratase de quien se tratase, pudiendo incluirse a Zeb Rawlings.

—Bueno —rezongó al fin—. Veré lo que puedo hacer. Hablaré con ellos.

King le acompañó hasta la puerta del vagón, apoyando una mano en el hombro del teniente.

—No se preocupe por eso, Rawlings. Nos limitaremos a cruzar sus tierras. Le doy mi palabra de que nadie se quedará aquí.

—Voy a verlos.

—¿Piensa entrevistarse con Julia?

Zeb Rawlings levantó la vista, y con mirada fría y serena respondió:

—Sí. ¿Le parece mal?

El otro esbozó una sonrisa, aquella sonrisa burlona que siempre parecía esconder tantas cosas.

—¡No, no! Es usted un hombre afortunado, y nada más.

Zeb fue hasta donde había dejado el caballo e hizo ahí una pausa, simulando que apretaba la cincha al animal. Tenía la impresión de que King se lo había quitado de encima lo antes

posible, pero con King solía tenerse siempre esa sensación, salieran las cosas bien o mal.

Saltando a la montura, se volvió a Jethro, que estaba aguardándole.

—¿Puede conseguirme una entrevista con el jefe?

Jethro se limitó a hacer una señal de asentimiento y picó espuelas al caballo. Cabalgando juntos, se lanzaron en dirección a las colinas.

Capítulo XVI

Amanecía cuando llegaron al poblado de Pasea-Sus-Caballos. En cuanto lo vio, Zeb Rawlings experimentó una escalofriante sensación de tirantez en la parte posterior del pericráneo. Había por lo menos doscientas tiendas, lo cual significaba muy cerca de los quinientos guerreros.

Los perros les salieron al paso, ladrando furiosos, y un indio apareció en la entrada de una de las tiendas.

—¿Estamos seguros? —preguntó Zeb—. Mi padre solía decir que si uno penetra por su voluntad en una aldea india, se halla seguro mientras está en ella.

—Es cierto, por regla general.

Jethro estuvo un par de minutos dando vueltas a esta idea, y, por fin, agregó:

—Yo diría que en esta ocasión puede considerarse bastante seguro. Pasea-Sus-Caballos es un hombre relativamente razonable, y lo suficientemente astuto para creer que es mejor parlamentar que combatir. Son los jóvenes quienes deben preocuparle. Desean hacer méritos para ganarse las simpatías de las *squaws*.

Pasea-Sus-Caballos era un indio alto, de constitución fuerte, y tendría unos cuarenta años. Su rostro era inteligente, de pómulos salientes, y pintándose en él una dignidad como solo puede encontrarse en la cara de la gente de su raza. Estuvo contemplando a los recién llegados y después los invitó a entrar en su tienda.

Cuando hubieron tomado asiento, Jethro empezó a hablar despacio en lengua arapahoe, de la cual Zeb conocía tan solo algunas palabras. Sin embargo, Jethro se expresaba también por señas, dando los graciosos y exactos movimientos de sus manos un toque extraño al momento. Poco a poco, otros guerreros empezaron a entrar en la tienda.

Jethro hablaba con Zeb, haciéndolo solamente por un extremo de la boca.

—Dice que hay un indio que sabe quién fue su padre, un osage llamado Flecha-Que-Vuelve-a-Casa. Dice que su padre tenía fama de ser un gran hombre, un famoso guerrero y cazador.

—Oí a mi padre hablar de ese osage. Cruzaron juntos las llanuras allá por los años cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco.

Zeb podía seguir parte de la conversación, pues conocía el lenguaje de las manos, que era universal entre las diversas tribus, aunque bien pocos indios sabían otro idioma tribal que no fuera el propio.

La tienda acabó llenándose de guerreros. La atmósfera se hizo pesada. Fue encendida la pipa y pasó lentamente entre todos cuantos formaban el círculo. Zeb le dio una fumada con la mayor seriedad y se la pasó al siguiente.

—El viejo está de buen talante —musitó Jethro, señalando un indio de cabello blanco y nobles rasgos sentado detrás y a la derecha de Pasea-Sus-Caballos—, y esto tiene gran importancia.

La conversación continuó monótona, y Jethro traducía de vez en cuando alguna frase importante que Zeb no había sabido descifrar.

De repente, Pasea-Sus-Caballos comenzó a hablar. Su voz era más bien apagada, pero llena de fuerza sombría, y mientras hablaba, su mirada iba de uno a otro.

—Cuando os he visto aquí en mi tienda, me he alegrado como cuando los caballos ven la primera hierba verde que brota en las montañas, al empezar el año. Mi corazón rebosa de alegría por poder hablar como viejos amigos, pues no tengo deseo de pelea con mis hermanos blancos, y menos con vosotros, los que estáis hablando conmigo, mi amigo, y el hijo del hombre conocido por todos los iñuaina. Cuando el hombre blanco vino a vernos por vez primera y habló de poner una senda de hierro para que caminase el Caballo de Hierro, nos dejó asombrados y quisimos ver esa maravilla, pero al mismo tiempo quedamos atemorizados, pues había circulado entre nosotros el rumor de que donde andaban los vagones del Caballo de Hierro, aparecía enseguida el hombre blanco para cazar, no por docenas, sino por centenares, acaso por miles. Tuvimos miedo de que estos cazadores mataran los búfalos y dejasen hambriento al piel roja, sin comida a sus *squaws* y sus *papuses*[14]. Oímos decir que el hombre blanco mataba los búfalos para quitarles solo la piel, dejando que la carne se pudriese al sol, mientras los hijos del indio se morían de hambre. El hombre blanco prometió que el Caballo de Hierro no se acercaría a nuestros territorios de caza, sino que seguiría por el otro lado de las montañas. Ahora esto ha cambiado, y el Caballo de Hierro, con sus vagones, se ha metido entre nosotros. Vemos que la caza huye asustada a las montañas más lejanas, donde nosotros tenemos que ir a buscarla y correr el peligro de no encontrar alimentos. Con la llegada del Caballo de Hierro han comparecido mis jóvenes guerreros, y a gritos me han dado a conocer su enojo. Han agitado la flecha de guerra y han preparado la pintura para su rostro, y han traído los caballos de guerra que tenían pastando en la pradera. No queremos luchar contra el hombre blanco, pero nuestros jóvenes guerreros se sienten furiosos. Piden la guerra. Exigen que la senda de hierro sea

destruida antes de que traiga cazadores a nuestros territorios de caza.

Zeb Rawlings permanecía silencioso, meditando sobre lo que debía responder. ¿Por qué se sentía culpable ante este anciano? ¿Y ante Pasea-Sus-Caballos? ¿No había dado Mike King su palabra?

Habló despacio, tomándose todo el tiempo necesario para hacerse comprender, y permitir que su compañero tradujera aquellas palabras que escapaban a la comprensión de su interlocutor.

—Consideramos como hermanos a los arapahoes, y sus problemas son también los nuestros. Cierto es que la senda del Caballo de Hierro se ha cambiado, porque no puede correr por donde quiera, como lo haría un potro. Donde la senda se halla ahora el camino es suave, y puede aquel correr fácilmente sin tener que atravesar montañas o necesitar puentes para cruzar los ríos. Serán muchos los hombres que cabalgarán en los vagones del Caballo de Hierro, pero son hombres que marchan lejos, a la tierra que abraza las aguas azules donde el sol se pone. Pasarán por vuestras tierras, pero no se detendrán. El hombre que construye la senda de hierro me ha prometido todo esto.

Los ojos de Pasea-Sus-Caballos permanecían clavados en los de Zeb Rawlings.

—Chaqueta Azul, hijo del hombre a quien conocimos, es a ti al que hablo, no al hombre que construye la senda de hierro. Él no está sentado en mi tienda, ni oye siquiera mi voz. ¿*Tú* qué dices? ¿Cuál es *tu* promesa?

El teniente Zeb Rawlings tuvo un momento de vacilación, pues no necesitaba mirar a su alrededor para conocer a su auditorio. La tienda se hallaba atestada de guerreros, muchos de ellos jóvenes que ansiaban y exigían combatir. Casi podía

sentir la amarga animosidad que los poseía. Tan solo les contenía la autoridad de su jefe. Pero ¿cuánto tiempo iba esto a durar?

Cuando atacaran, ¿quién moriría? Al comienzo serían únicamente viajeros solitarios, colonos, gente inocente que nada había hecho para desatar la furia roja que arrasaría las llanuras. Solamente después atacarían al ferrocarril. Serían muchos los inocentes que morirían a no ser que él pudiera contener la guerra ahora, que pudiese hacer algo aquí.

Pasea-Sus-Caballos era un hombre hábil. Sabía cuán temible era la venganza del hombre blanco, y, por experiencia, estaba enterado de la crueldad con que perseguían a sus enemigos. La costumbre india consistía en entablar una gran batalla, una sola, y el resultado decidía la cuestión. Hasta la llegada del hombre blanco, el indio no descubrió lo que representaba una campaña. El piel roja combatía y después se retiraba a su tienda. Pero el blanco continuaba, destruía los maizales indios, su carne y sus viviendas. Se llevaba los caballos y perseguía al indio hasta que la nieve se llenaba de huellas sangrientas. Esto lo sabía el jefe, y también el anciano que tenía sentado a su lado. Los jóvenes lo ignoraban o creían tener fuerza suficiente para vencer. No les cabía en la cabeza que contra el hombre blanco no había victoria posible.

—Lo que he dicho —reiteró, lentamente, Zeb Rawlings—, es la verdad. Habrá hombres que cabalguen en el Caballo de Hierro, pero será porque deseen ir a las tierras del Oeste donde hay plata y oro. El hombre que construye la senda de hierro me ha dado su palabra. *Yo* os doy la *mía*. Nadie se detendrá aquí. Los territorios de caza de los arapahoes continuarán siendo los territorios de caza de los arapahoes.

El sol principiaba a ponerse cuando los dos hombres

cabalgaban de regreso por la colina desde la cual se veía el extremo más alejado del Final de la Senda. En el momento que tiraban de la rienda a sus cabalgaduras para concederles un respiro, se dejó oír el silbido lejano de una locomotora.

—¡Ese maldito tren! —exclamó Jethro, irritado—. Suena tan natural como la trompeta del Juicio Final.

—¿Qué es lo natural y qué no lo es? Mi madre procedía de una familia de colonos. Creían que el hombre debe arañar la tierra y dejarla un poco cambiada. De todos modos, gracias por haber arreglado las cosas con el jefe.

—¿Yo? No he arreglado nada. Usted puso las palabras en mi boca y dije lo que usted no podía decir por sí mismo. Pero con ello no se logrará que sean ciertas.

—Dije lo único que podía decirse para mantener la paz. Ya sé que existe un riesgo.

—¿Riesgo? Ahí detrás acaba de dejar empeñada su palabra, Rawlings, no la mía. No era la palabra de Mike King, ni la del ejército. Les ha dado *su* palabra de conservarles sus territorios de caza.

—Creo que así será.

—Tiene usted más confianza en sus semejantes que yo. Especialmente cuando ese semejante es Mike King. —Jethro sacó su tabaco, lo miró con aire pensativo, y siguió diciendo —: Escuche, hijo, ¿cómo cree que se van a pagar los gastos de este ferrocarril? ¿Supone que será suficiente para ello el transporte del correo y de algunos pasajeros para California? De ser así, es que es usted muy crédulo. Necesitan granjas, gente, ciudades. Se precisarán hombres que embarquen ganado, y agricultores que envíen muchos cereales. Romperán su convenio, Rawlings, y no quisiera encontrarme por estos alrededores cuando eso ocurra. Búsqueme por ahí, cuando se haya cansado de aguantar todas estas cosas.

—¿A dónde piensa ir?

—A las montañas, y le aseguro que donde me quede no será terreno de los arapahoes.

—¿Y Julia?

Jethro entornó ligeramente los ojos al responder:

—Bueno, hijo, acaba de hacer un tratado de paz con los indios. Me parece que debiera hablar con Julia. Es probable que no sea tan difícil de convencer.

El resto de la cabalgada de regreso transcurrió silenciosa, pues ambos hombres iban abstraídos en sus pensamientos. Zeb Rawlings no consideraba —por el momento, cuando menos— la promesa hecha a Pasea-Sus-Caballos, sino que pensaba tan solo en Julia.

Ninguna muchacha en sus cabales se casaría con un teniente del ejército que proyecta dejar el empleo, cuando podía hacerlo con un hombre como Mike King. Dijérase lo que se dijera sobre él, King tenía un porvenir brillante. Era un hombre que sabía moverse con rapidez. Su modo de ser implacable haría que no se le escapase el triunfo que buscaba.

Zeb nada podía ofrecerle. Solo su persona y su vida y las oportunidades que tuviera, dentro del ejército o fuera de él. Y ahora se lo había jugado todo sobre la palabra de King, de un hombre en quien no tenía la menor confianza.

Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Al menos por ahora, la guerra se había evitado.

Después de dejar a Jethro, fue rápidamente a su alojamiento y se bañó. Con tristeza estuvo mirando el único uniforme limpio que poseía. No era muy brillante, pero se lo pondría esta noche.

Jethro Stuart se detuvo en la tienda grande. Rowdy Jim Lowe, su dueño, era un hombre brutal y con reputación de

asesino, un tipo que había hecho dinero con el negocio de los garitos que tenía instalados en el Final de la Senda. Jethro ató su caballo en la talanquera, junto a la puerta, y se adentró en el local, sorteando las diversas mesas hasta llegar al mostrador del bar.

A esta hora, la inmensa tienda se encontraba poco menos que desierta. Solo media docena de mesas estaban ocupadas, y en el bar había únicamente tres hombres. Uno de ellos era Mike King.

En el momento de volverse, vio llegar a Jethro.

—Venga a tomarse un trago conmigo —le invitó alegremente—. Deseo hablarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó, secamente, el aludido—. ¿Ha quebrado la compañía del Central Pacific? ¿O ha encontrado ya alguien que me remplace en el empleo?

—He sabido que usted acompañó al joven Rawlings a ver a los arapahoes. Muchas gracias.

—Me pasé el tiempo sentado y escuchando. Quisiera creer que usted ha prometido todo lo que ofreció Rawlings.

El empleado del bar llenó dos vasos y dejó la botella al alcance de la mano de sus clientes.

—¿Es que no confía usted en mí? —Y King hizo un guiño sarcástico—. ¿Usted lo hubiera hecho de otro modo?

—De ser yo, les habría dicho que arrasaran su vagón y que colgasen al sol su cuero cabelludo hasta que se secara. Así se hubiese terminado su maldito ferrocarril.

Mike King rio entre dientes. Estaba contento y no quería que nadie le echara a perder su satisfacción. Algún día recordaría todo esto y haría uso de ello.

—Ha dejado a Rawlings en la estacada —añadió Jethro—. Y lo sabe muy bien, King. Y es que ese muchacho tiene

nociones.

—¿Qué clase de nociones?

—Unas nociones tontas acerca del honor. No tiene objeto hablar con usted, porque no me comprendería.

King volvió a reír con risita sardónica.

—Deje de hablar de ese modo, Jethro. Esta es una gran noche. —Le hizo otro guiño y prosiguió—: Seamos amigos… al menos.

—¿Qué está insinuando? —preguntó aquel, receloso.

—Julia y yo hemos tenido una entrevista —contestó King —. Hemos considerado la cuestión con calma. Tiene usted una hija magnífica, Jethro. Es una verdadera señora. Hasta la punta de los pies.

—¿A qué viene todo esto? —inquirió Jethro, amoscado ya.

—Los dos se lo diremos más tarde —respondió el otro, bebiéndose de un trago el contenido del vaso—. Esta noche iré a verle.

Dio unas palmaditas a Jethro en el hombro, giró sobre los talones y salió de la tienda, pero aquel se quedó contemplando la bebida, con súbito desagrado y, volviéndose bruscamente, la abandonó encima del mostrador y salió asimismo del local. Rowdy Jim le siguió con la vista. Jethro Stuart bebía poco, pero era la primera vez, desde que él trabajaba en el ferrocarril, que le veía marchar sin beberse el vaso que solía tomar por la noche.

Y recordó la expresión que se pintaba en el rostro del cazador.

—Algo ocurre —comentó con el empleado del mostrador —. Nunca había visto a Stuart con una cara tan sombría.

—Pero no es pistolero, ¿verdad?

—No, no lo es —barbotó el otro—, pero ninguno que esté

en su sano juicio buscaría pelea con él. Hay una cosa que debes aprender en esta región, y es hablar sinceramente a estos viejos montañeses. Es posible que mates uno, pero será él quien primero te meta un balazo en el cuerpo. ¡Son muy duros para morir… muy duros, no lo olvides!

Lowe reflexionó que Stuart había estado hablando con King. Tal vez debiera ir a verle para advertirle; pero ¿es que King había hecho algún favor a alguien? ¡Que se fuese al diablo!

Jethro Stuart alzó la lona que servía de entrada a su tienda, y quedó inmóvil contemplando a Julia. La muchacha se peinaba delante del espejo que había pertenecido a su madre. Solo Dios sabía por qué milagro se había conservado incólume.

Despacio, empezó a reunir sus cosas para hacer con ellas un paquete. Su hija le miraba por el espejo, aunque sin despegar los labios. Por último giró en redondo.

—Oye, padre, esta es la época del año en que hemos estado juntos más tiempo, desde que era una niña. ¿Piensas volver a marcharte?

—Eso es.

Siempre acostumbraba a marcharse a las montañas cuando algo le salía mal, y hacía días que ella esperaba que esto sucediera.

—¿Es que vas a dejarme sola en… un sitio como este? Nunca lo habías hecho, padre.

—Me parece que no estarás sola por mucho tiempo. —Se incorporó para quedarse mirándola—. ¿Lo has pensado bien, Julia? ¿Estás decidida?

—¡Pero padre! ¿Es que hay algo que decidir? —Se acercó a él y empezó a atusarle el bigote. De niña lo había hecho en

muchas ocasiones, y sabía que le gustaba.

—Mira, no vuelvas a empezar —rezongó contemplándola escrutador—. ¿Estás segura de obrar como es debido?

—Claro —dijo y, de repente, se puso seria—. No te vayas, padre. No te vayas ahora. No quiero que vuelvas a marcharte.

Sintió él un nudo en la garganta y ello le irritó.

—Bueno, basta ya. Me voy. Lo que hagas es asunto tuyo.

Se interrumpió y, poco después, agregaba:

—Reconozco que me he pasado fuera la mayor parte del tiempo, pero tu madre y yo procuramos educarte bien, y cuando estuve con vosotras traté de hacer bien las cosas… y nunca he conocido otro modo de vivir que no fuese con el rifle en la mano o poniendo trampas para cazar animales. Eres toda una señora. No me necesitas para hacer tu vida. Tienes que hacértela por ti misma. —Arregló todas las cosas e insistió—. ¿Estás segura de haberlo hecho bien?

—¡Claro! —repitió la muchacha.

Salió él de la tienda y dejó caer la lona que cubría la entrada. Fue hasta donde le aguardaba el caballo y allí se detuvo. Se sentía agotado, necesitaba reposo. Quizá pudiera aún alistarse en el ejército como auxiliar.

Se acomodó en la montura e inició la marcha, pero, al hacerlo, dijo en voz alta:

—Lo intenté, Linus. Puedes estar seguro de que lo intenté.

Capítulo XVII

La primavera llegó con tardanza a las tierras del Oeste. Las montañas pardas mostraban todavía parches oscuros de humedad causados por la nieve al derretirse, mientras que aquí y allá podía encontrarse todavía algún resto de nieve o de hielo. Zeb Rawlings bajó a caballo la montaña para dirigirse a la estación de Willow Springs. Iba furioso y desesperado.

El tren compuesto por cinco vagones, que se hallaba en Willow Springs, crispó aún más sus nervios.

—¡Tenemos problemas, sargento! —exclamó, señalando el tren—. Más colonos, más cazadores de búfalos, y el ferrocarril sin haber salido todavía del territorio de los arapahoes.

—Eso debíamos haberlo supuesto, teniente. La gente se queda allí donde puede llegar.

Claro que esto era cierto, y Zeb, allá en el fondo, lo había sabido perfectamente. ¿Por qué no iba a saberlo? ¿Es que su propia familia no había recorrido el canal del Erie y había navegado por el Ohio para trasladarse al Oeste?

¿Por qué se había dejado convencer por King? Por esto, en último análisis lo único que podía hacer era culparse a sí mismo. Debió dejar que fuera King quien se comprometiera personalmente con Pasea-Sus-Caballos.

Nada de cuanto Zeb hubiera hecho habría detenido la construcción del ferrocarril, ni tampoco desviado su ruta. Su único recurso era protestar, e informar al cuartel general, pero allí, cualquier militar burócrata hubiese considerado

fríamente la cuestión, y sus planes se habrían venido a tierra.

Mike King se hallaba en el andén cuando llegó la patrulla.

—¡Usted me aseguró que no ocurriría en toda su vida! —le gritó Zeb Rawlings, con las manos apoyadas en el arzón de la montura, y fulminándole con la mirada.

—No será usted quien pueda detener la marcha del progreso, teniente —replicó el otro, sin dejar de sonreír burlesco—. Era lógico pensar que la gente vendría al Oeste si el ferrocarril les brindaba esa posibilidad. ¡Qué diantre, para eso lo estamos construyendo!

—¡Me mintió! —Fue la réplica seca de Zeb—. ¡Hizo de mí un embustero! Me aseguró que esto no ocurriría en el transcurso de toda su vida.

—¿Quién podía esperar que viviría tanto tiempo? Baje, teniente, y tomaremos un trago. No se tire tan pronto de los pelos.

—Es que les di mi palabra.

—Se avergüenza con demasiada facilidad, Rawlings. ¿Ha habido alguna vez un indio que construyera un ferrocarril? Estos rieles valen más que usted, que yo, y que todos esos arapahoes juntos, y continuarán aquí cuando todos nosotros hayamos desaparecido.

»El Gobierno nos dio las tierras junto con el derecho de venta para pagar esta vía férrea; mas para conseguirlo necesitamos colonos, rancheros, agricultores, hombres de negocio. Y ahí los tenemos. ¿Los ve? Más de la mitad han llegado de Europa, y tendrán momentos muy difíciles, pero es gente dispuesta a luchar y saldrá adelante porque desea sobrevivir y enriquecerse, y para ello han tenido que cambiar su forma de vida. También los arapahoes habrán de hacerlo así. Y si no lo hicieran, pueden considerarse liquidados.

—Esto no cambia en nada mi situación.

—¡Vaya, hombre, olvídelo! Usted les dio su palabra, pero son unos salvajes desnudos, conque, ¿qué importa?

—Es posible que le sorprenda, King, pero me importa a mí. Puedo afirmar que Pasea-Sus-Caballos es un caballero, y a su manera, un jefe de Estado. Hicimos un convenio. El ferrocarril no ha perdido un solo hombre ni un caballo desde el día que hablé con él.

Zeb Rawlings tiró de la rienda a su cabalgadura, y prosiguió:

—Hace algunos minutos, King, usted hablaba a esa gente que ha venido de Europa y del Este. Antes de terminarse el mes, serán muchos los que hayan muerto, y también bastantes de los nuestros. Pasea-Sus-Caballos sabe ya que han llegado, y con el principio de la semana tendremos luna llena. Lo mejor que puede hacer es armar a sus hombres para hacer frente a lo que venga.

—¡No me culpe por lo que pueda suceder! —replicó King, cuya expresión se endureció—. Su obligación es protegerlos.

—Es usted quien ha cambiado la ruta del ferrocarril, violando así el acuerdo. Fue usted quien lo cambió sin consultar a nadie. En su tonto propósito de ver la línea terminada cuanto antes, la hizo atravesar el territorio de los arapahoes, y gozó de la influencia precisa para que le apoyaran ese cambio, aun cuando era innecesario. Y lo más importante es que ha fracasado en lo que se proponía —concluyó en tono despreciativo.

Hizo volver grupas al caballo para que la tropa le siguiera, en tanto que Mike King le miraba fijamente, echando lumbre por los ojos.

—¡Teniente! —le gritó, bajando del andén.

—Sargento, llévese la tropa —le ordenó Rawlings, acortando la brida de su montura—. Deles de comer y cuídese de los caballos. Creo que esto se va a convertir en un infierno.

Y, al volverse, desabrochó la funda de su pistolera.

King observó el movimiento y se armó de cautela. Rawlings se le acercaba, y levantó los ojos para encontrarse con los de Zeb, que le miraban fijamente. Mike King era un hombre listo a su manera, y ahora procuró serlo todo lo posible.

—Lo siento, teniente. Verdaderamente lo siento. Además —y sacó a relucir un telegrama—, ha llegado esto para usted. Lo recibimos en mi telégrafo privado. Le han ascendido a mayor… hace dos semanas.

—Usted es el autor, King —dijo Rawlings sin cambiar el áspero tono de voz—. Tanto usted como yo sabemos lo difíciles que son los ascensos en tiempos de paz. Ahora yo no hubiera podido lograr este ascenso por medios legales. Sé de algunos oficiales que han apelado a la influencia política, hasta para conseguir decretos especiales del Congreso con miras al ascenso, pero yo no soy de esos. Voy a dejar mi puesto.

—¡No haga locuras!

—Me ha convertido en un embustero, King. Sí, ya sé que en gran parte fue culpa mía, pero su Compañía pudo haberse negado a vender billetes para las estaciones intermedias entre Omaha y Salt Lake. Al menos durante algunos meses. De este modo, Pasea-Sus-Caballos creerá que es el ejército quien le engañó. Lo único honroso que puedo hacer es separarme del puesto, cargar con toda la culpa, y luego, el que me sustituya estará en condiciones de negociar con él. Será el teniente Rawlings quien mintió, no el ejército.

—¿Y a usted qué le importa?

—A menos que el jefe indio piense que fue mi palabra la

que no se cumplió, y que el ejército es ajeno a ello, le aseguro que habrá muchos muertos. Yo hice la promesa, de forma que la culpa es mía. Usted me aseguró que en esta zona no habría servicio de pasajeros, y le creí.

—Si quiere hacer esa tontería, hágala —replicó King, encogiéndose de hombros—, pero quítese ese uniforme y se convertirá en un don nadie. Oiga, acepte este ascenso —siguió diciendo—. Créame, en cuanto termine la campaña contra los indios puede ser coronel. Si llama bastante la atención, la gente estará dispuesta a creer que ha hecho algo importante, sea o no verdad. Uno de mis mejores amigos lo es, a su vez, del general Sherman.

—King, en este país, el ejército, con excepción de algunos, siempre ha permanecido al margen de la política, y así debe ser. Cuando a un ejército se le permite entrometerse en la política, no tarda en surgir la dictadura. Constituimos un instrumento del Gobierno, del Congreso y del poder ejecutivo. Me niego a aceptar ascensos concedidos por procedimientos políticos.

—Habla lo mismo que un niño. ¡Sea realista!

—He observado, que cuando a un hombre se le pide que sea realista es porque se espera que traicione algo en lo cual cree. Este es el argumento favorito de los que creen que el fin justifica los medios.

Junto a los depósitos del ferrocarril en Willow Springs se habían instalado los que pensaban dirigirse al Oeste. Los colonos habían levantado allí sus cuarteles, y estaban construyéndose algunas tiendas hechas con troncos sin desbastar, sin que faltaran, como ocurría en tales lugares, los consabidos garitos y algún que otro lugar donde divertirse.

Ahí era donde Mike King tenía ahora su vagón-oficina y su vivienda. Junto a ella se encontraba el vagón-cocina, y otros

varios más destinados a los obreros y capataces. Al otro costado, un poco más atrás de los vagones y del andén de la estación, había muchas traviesas apiladas, que formaban un parapeto excelente. Cuando no se necesitaban unos cuantos vagones, se colocaban en dicho lugar, llenándose de este modo los huecos que pudiese haber en aquel parapeto.

La tropa de Zeb Rawlings estaba acampada precisamente dentro de este muro de traviesas. En el interior de esta zona ardían varias fogatas y se oía el murmullo de las charlas y el ruido de sartenes.

A un cuarto de milla del ferrocarril se encontraban las montañas bajas, rotas en algunos puntos por los desfiladeros. Sin darse un momento de reposo, Zeb Rawlings recorría de continuo el campamento de sus soldados. Su instinto le decía que el ataque podía sobrevenir en el momento menos pensado. Arriba, el cielo azul estaba limpio de nubes… una ligera brisa descendía de las montañas. Zeb lanzó un vistazo a los caballos, pero los vio paciendo tranquilamente. En esa quietud del mediodía solo se escuchaba, alguna que otra vez, el tintineo de un plato de hojalata al chocar con otro, o alguna carcajada.

¡Solo con que Julia no estuviese allí! ¿Por qué, Dios santo, se habría marchado Jethro sin ella? Estuvo un momento luchando con la idea de correr a su tienda y traerla a este lugar, donde estaba el ejército, pero no sabía cómo iba a recibirle. Después de aquella noche en que poco le faltó para pedirle que se casara con él, no habían vuelto a hablarse. Y habían transcurrido muchas semanas. La vio por casualidad, pero la esquivó, y como solía pasarse el tiempo de patrulla, esto no le fue difícil.

Con amargura, rememoró aquella noche después de hablar con Jethro, cuando se bañó, se cambió de uniforme, y se

dirigió a la tienda de Julia. Se sentía tan nervioso como un muchacho, un poco asustado, pero decidido… y entonces fue cuando, por el camino, se encontró con Mike King.

—¿Va a alguna parte? —Y King contemplaba su uniforme con una mueca burlona—. Me parece, Rawlings, que se ha vestido para nada. Voy a verla esta noche… pues me ha invitado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Zeb.

—Pues que si va a ver a Julia, ha llegado tarde. Estamos prometidos.

Estuvieron un instante mirándose fijamente, y después Zeb preguntó:

—¿Es cierto eso?

—El Evangelio.

Bruscamente se sintió muy estúpido con aquel uniforme azul. ¿Qué opinaría King de él? ¿Y los otros que les rodeaban y que sin duda suponían lo que estaba pasando? Sin más palabras, giró sobre los talones y se alejó.

Ahora, contempló de nuevo las montañas, y no divisó movimiento alguno… nada.

—¡Sargento! —exclamó, de repente—, lleve ocho hombres armados a la barrera de la derecha. Ordene cincuenta rondas a cada hombre. Déjeles que coman, pero que no aparten la vista de aquellas montañas. Tan pronto como los demás hayan acabado de comer, deje apagar la fogata por sí sola, ponga cafeteras sobre las brasas, y que todos los soldados vayan armados.

—Están cansados, teniente, muy cansados.

—Prefiero verlos cansados que muertos.

Fue hasta su fogoso caballo y lo montó. Sin más palabras, se dirigió al campamento de los colonos y ahí inquirió:

—¿Quién es aquí el jefe?

Un individuo alto, delgado, de pelo rubio, se le quedó mirando e hizo una mueca.

—Esto no es el ejército. Somos gente libre que no recibe órdenes de nadie.

Rawlings se alejó sin hacerle caso, y volvió a preguntar:

—¿Hay aquí algún veterano del ejército?

Le respondieron unos cuantos.

—Está bien. Óiganme ustedes bien. No tengo sobre ustedes más autoridad que la que concede el ejército para protegerles. Es posible que seamos atacados por los indios. Lleven sus hijos al interior del parapeto formado por las traviesas, y quédense todos allí. Saquen las armas de fuego que posean y ténganlas dispuestas. Designen a un jefe y pongan vigilancia.

—No veo ningún indio. —La réplica procedía del individuo alto y delgado—. ¿Qué se propone hacer, yanqui? ¿Enseñarnos su uniforme azul?

Otro hombre se destacó del grupo, seguido por otros, que también habían servido en el ejército. El primero era un hombre esbelto, con bigote negro y pómulos salientes.

—Me llamo Vaucelle, señor. Estuve en la Legión Extranjera Francesa.

—¿Vaucelle? No sabía que hubiese franceses entre los legionarios.

—Fui oficial, señor —explicó el otro con ligera sonrisa—. ¿Quiere decirnos cuál es la situación?

—Estos son los terrenos de caza de los arapahoes. Los indios estaban bajo la impresión de que el ferrocarril no traería colonos ni cazadores aquí. Procurarán echarnos. No sé su número, pero habrá, por lo menos, quinientos guerreros… acaso sean muchos más. Espero pronto un ataque, es posible

que antes de la puesta de sol.

Señaló al grupo de militares y prosiguió diciendo:

—Somos veintidós, incluyéndonos el sargento y yo. Con tres excepciones, son veteranos, y esos tres son excelentes, pero necesitaremos toda la ayuda posible.

—Gracias, teniente. Veré lo que puedo hacer.

—Me gustaría ver lo que es capaz de hacer ese teniente —dijo el del pelo rubio, incorporándose despacio—. Le he visto paseándose de aquí para allá, observando a la chica que vive en aquella tienda, y yo…

—¡Caballeros, espero que me perdonen! —exclamó Zeb Rawlings, y se apeó del caballo.

El tipo del pelo rubio era tres pulgadas más alto y pesaría unas treinta libras más que Zeb. Hizo un guiño extraño y se frotó las manos en el pantalón.

—¡Vaya, esta es la primera oportunidad que se me presenta después de la guerra! —murmuró.

Cerró las manos y descargó un puñetazo.

Zeb Rawlings carecía de habilidad. Nunca había tenido ocasión de aprender a pelear con los puños. Linus, por el contrario, había salido triunfante en muchas peleas brutales sostenidas con marineros y cazadores, y había procurado enseñar a sus hijos las añagazas elementales para ganar en las riñas.

El rubio echó el cuerpo adelante, y Zeb se agachó para asestarle con toda su fuerza un directo a las costillas. Al hombre se le doblaron las rodillas y empezó a caer, momento que aprovechó para pegarle un rodillazo en la barbilla. Se oyó un crujido nada agradable, y el individuo siguió cayendo. Rawlings dio un paso atrás, soplándose los nudillos despellejados y sin perder de vista a su contendiente, inerte en

el polvo.

A continuación, se volvió.

—Señor Vaucelle, le estimaré todo lo que pueda hacer. ¡Gracias!

Rápidamente, puso el pie en el estribo y se alejó. Al hacerlo, vio a Julia Stuart.

Estaba de pie, a menos de cincuenta pasos, con un cesto en las manos, y, al encontrarse sus miradas, giró en redondo dispuesta a marcharse de allí. Zeb picó espuelas al caballo y en un santiamén estuvo a su lado.

—¿Vienes a que te felicite? —preguntó la joven.

—Mike King me dijo que había hablado contigo.

—Hemos hablado muchas veces —contestó ella, y alzó la cara—. ¿Eso qué tiene que ver? No dudo que volverá a hablarme, si pasa a mi lado. Yo le contestaré, y en paz.

—¿Es que no… es que no piensas casarte con él?

—¿Con Mike King? Me gustaría saber la razón de que una muchacha haya de casarse con un ferroviario. Nunca se me había ocurrido.

—Pero es que él me dijo… yo creí que…

—Entonces, ¿crees todo lo que te dicen? ¿No te das cuenta de que ese hombre no conoce la verdad? No tuviste razón para pensar de ese modo, y si hubieras sido menos tonto, lo habrías comprendido.

—Julia, recoge todo lo que tengas y ve adonde se halla el ejército. Esperamos un ataque.

—Cambias muy pronto de conversación.

—Es un mal momento para hablar de asuntos románticos —replicó Rawlings, con gesto triste—, y de lo que viene después. Ahora tengo algo que hacer. —La miró a los ojos, y agregó—: Julia, pienso dejar el ejército.

—Ya me lo habías dicho. Si piensas dejarlo, hazlo cuanto antes. Donde vayamos querremos crear una familia, y nos queda poco tiempo.

Ya estaba a mitad del camino del campamento cuando el viento le llevó las últimas palabras de ella. Penetró en aquel lugar igual que si hubiera sido una tromba.

Y la furia le dominaba. King le había mentido, burlándose de él, y se lo había creído todo. Hizo girar en redondo a su caballo, y llegó al vagón de King en el preciso instante en que este salía a la puerta y se desperezaba.

—No lleva usted pistola. Búsquese una y salga enseguida —le conminó Zeb.

Mike King bajó los brazos con cuidado. Su pistola había quedado dentro, encima del escritorio, y a poca distancia suya tenía un arma cargada.

El rostro de Zeb Rawlings estaba lívido y amenazador, y King, que pasaba por hombre valiente, sintió una sensación extraña en la boca del estómago. En ese instante comprendió lo cerca que se hallaba de la muerte; más de lo que jamás se había visto. En diversas ocasiones había observado cómo Zeb tiraba al blanco, y sabía que tenía muy pocas posibilidades de salir con vida.

Empezaba a decir algo, cuando brotó un grito del campamento militar.

—¡Indios! ¡Indios!

Se dejó oír un disparo. Zeb tiró de la rienda a su cabalgadura, que se alzó de manos. La cresta de la montaña aparecía festoneada de arapahoes que bajaban a gran velocidad, y, al mirar con más detenimiento, vio otro grupo que salía de un desfiladero, a menos de veinticinco yardas de distancia, lanzados los caballos a un galope desenfrenado.

—¡Usted buscó la guerra! ¡Ya la ha conseguido! —le gritó enfurecido a King.

Espoleó a su caballo y recorrió las pocas yardas que le separaban de su campamento, donde ya sus veteranos habían empezado a hacer fuego sobre los atacantes. Delante de él vio a un hombre que se tambaleaba con las manos en la garganta. Por entre los dedos le salía un chorro de sangre.

Volvió la vista al campamento de los colonos. Vaucelle y los voluntarios escogidos por él ya estaban alineados detrás del parapeto, con los fusiles dispuestos a disparar. Bajo la influencia de estos, los restantes se disponían a pelear como les fuera posible.

Mezclados entre los fusiles y carabinas anticuados, se veían unos pocos de los nuevos rifles «Henry», y algún que otro «Spencer». Los blancos del «Spencer» se conocían enseguida, porque sus cartuchos del calibre 56 o 54 hacían saltar al indio de la silla.

Una joven rubia estatuaria, que habría servido de modelo como Brunilda, limpiaba el cañón de un rifle con la baqueta, lo cargaba y se lo pasaba a un hombre, que le devolvía el que acababa de disparar. Otra mujer estaba inclinada sobre un herido, le lavaba un brazo y se disponía a vendárselo.

Lejos de su patria, en una tierra salvaje, esta gente valerosa, de la que la mayoría nunca había oído disparar un tiro, combatía por defender su derecho a permanecer allí. Igual que los indios, peleaban por el hogar y la familia, y muchos morirían.

Los ferroviarios de King tenían un aspecto terrible. La mayoría eran veteranos, u hombres que ya antes habían tomado parte en batallas con los indios, y se apresuraron a tomar posiciones y hacer fuego.

Los disparos imprevistos parecieron quebrar el ímpetu de

los atacantes, pues el alud se abrió repentinamente a derecha e izquierda. Y entonces Zeb oyó un ruido que produjo en él un pánico inmenso.

Fue una especie de trueno apagado, que apenas llegaba hasta ellos, pero que enseguida aumentó de volumen… y que no tardó en convertirse en una nube terrible de polvo provocada por una masa negra movediza, que era la que producía el ruido. Una nube negra de cuernos, de cabezas lanudas, de cornamentas relucientes… ¡los búfalos!

Los arapahoes cabalgaban a ambos flancos, conduciendo la manada enloquecida en dirección al improvisado poblado, en línea recta hacia los endebles parapetos de los colonos, muchos de los cuales se encontraban en un extremo.

No les quedaba salvación. Apenas tuvieron tiempo de disparar y cargar antes de que tuviesen encima el rebaño lanzado en estampida. Aquella muralla lanuda de carne agresiva formaba una manada gigantesca. Entre aquellos centenares de animales eran muchos los que pesaban, por lo menos, una tonelada.

Y nada había que pudiese detener su amenazadora carga. Las tiendas quedaron aplastadas; las mujeres gritaban. El hombre herido echó a la mujer a un lado y trató de cubrirla con su cuerpo, pero la masa cruzó atronadora por en medio de todo. Un momento antes estaba allí la pequeña ciudad improvisada, pero luego solo quedaba barro mezclado con cuerpos desgarrados y sangrantes. En un lugar próximo al ferrocarril, Zeb vio un búfalo gigantesco que se debatía con una techumbre que le tenía medio atrapado. Consiguió librarse y desapareció enseguida.

Y entonces llegaron los arapahoes.

Se presentaron pegados materialmente a las pezuñas de los búfalos, y haciendo saltar sus caballos sobre los cuerpos de las

bestias derribadas, muertas por el esfuerzo desesperado de los atacados para contener la estampida, los indios se metieron en los parapetos caídos y se encontraron cuerpo a cuerpo con los pocos defensores vivos.

King se apresuró a replegarse en dirección al vagón que le servía de vivienda, una de las pocas cosas que todavía estaban de pie. Zeb vio a su sargento caer bajo el golpe mortal de un *tomahawk*, y disparó alcanzando al guerrero y haciéndole caer de la silla. Se le vino encima un caballo y se echó a un lado, haciendo fuego y fallando el tiro.

Un joven guerrero, con el rostro pintarrajeado de rayas negras, se abalanzó sobre él y Zeb levantó la pistola y disparó. La bala hirió al atacante, pero sin matarle, y Zeb tuvo que volver a disparar. Con tres balas en el cuerpo, el indio se desplomó casi encima de su enemigo.

Apoderándose de un rifle, Zeb se parapetó detrás del cadáver e hizo fuego sobre un indio que se acercaba a la improvisada barricada. Luego giró en redondo para volver a disparar, pero el arma estaba vacía y tuvo que cargar contra un grupo de indios, blandiendo el pesado «Springfield» como si fuese una maza.

El ataque finalizó tan repentinamente como había comenzado. Quedó tan solo el olor acre de la pólvora, el jadear de los hombres extenuados por el tremendo esfuerzo, los sollozos o gritos de los heridos. Zeb quitó el cargador vacío de su pistola y lo remplazó por otro.

Mike King se levantó con dificultad de los escalones de su vagón particular, corriéndole la sangre por la cara a causa de una herida en la cabeza.

—¡Usted es el culpable! —le espetó Zeb, furioso—. ¡Ahora pasee por ahí y vea lo que ha costado!

—¿Piensa matarme?

Poco faltó para que King esbozara también ahora su sonrisa burlona, pero en sus ojos se reflejaba el temor. Ambos iban armados y les separaba poca distancia. King conoció entonces la diferencia; se aferraba con desesperación a la vida, y a Zeb Rawlings le importaba muy poco. Muy en el fondo de su ser, King sentía un miedo espantoso. Combatiría, pero no podía descartar su miedo a la muerte.

—¡Vaya a ver eso! —le ordenó Zeb—. ¡Quiero que vea lo que ha hecho!

Allí donde la mujer había estado arrodillada junto al herido, se veían ahora dos cuerpos aplastados uno contra el otro, desgarrada la carne por las pezuñas de los búfalos. La rubia Brunilda yacía de bruces. Debió tener una muerte horrible, el cabello rubio había desaparecido, y solo quedaba su cráneo al descubierto. Algunos hombres gemían y pedían auxilio. Lentamente, los supervivientes iban reuniéndose y empezaban a moverse entre los heridos.

El sargento, con una herida espantosa en la cabeza, se aproximó al teniente para recibir órdenes. Lacónico, Zeb le dijo lo que tenía que hacer:

—Lleve ocho hombres a las barricadas, como antes. Dedique el resto a recoger rifles y municiones, y ayudar a los heridos. A estos solo podemos dedicarles cuatro soldados.

Se volvió hacia King.

—¿Le gusta todo esto? Usted los invitó a venir. Los trajo demasiado pronto a este infierno creado por su promesa incumplida. Usted fue quien los trajo, y los asesinó… Ahora podrá vivir satisfecho.

—No es posible hacer una tortilla sin huevos —replicó King—. Y los huevos seguirán recibiéndose.

Pero tenía el rostro grisáceo y de mal aspecto, y paseaba la mirada entre los muertos y los moribundos.

—¿No pensará matarme? —preguntó.

—¿A usted? Ni siquiera merece que le mate, porque ya está muerto. Hace años que lo está. Solamente es un martillo que empuñan los directores de esa condenada vía férrea. Dentro de usted no hay nada.

«¿Y Julia? —pensó—. ¿Dónde estará Julia?».

Entonces fue cuando la vio, inclinada sobre un herido, y se fue hacia ella.

—Me marcho —dijo.

—¿Ahora? —inquirió, incrédula, la joven.

—Es lo mejor. Los arapahoes me verán marchar, y me culparán más que a nadie. Creo que vosotros podréis contener el ataque que desencadenarán enseguida, pero si me voy, este no llegará a producirse.

—Te matarán.

—Tal vez. Pero tan pronto como salga de aquí procuraré no convertirme en un mártir. Me llevaré nuestro caballo de carreras, y saldré al galope tendido.

—¡No… no te vayas! —suplicó ella, y le puso una mano en el brazo.

—Tengo que hacerlo. Si me voy se lanzarán en persecución mía. Les resultará más fácil que volver al ataque en este lugar. Si lo consigo, nos encontraremos en Salt Lake.

No hubo lágrimas ni protestas. Estuvieron un momento mirándose mutuamente a los ojos, y después él se alejó presuroso.

Cruzó directamente hacia el lugar donde se hallaba el sargento dando órdenes al atemorizado grupo reunido en el campamento.

—El mando está a cargo de usted, sargento. Ya he enviado mi dimisión. Me marcho. Es posible que tengan ganas de

atraparme, que le dejen en paz, pero sepa que su posición es buena, que ya no tienen el factor sorpresa en su favor, y que el tren de Omaha llegará aquí mañana con tropas de refresco.

—Adiós, teniente.

—Adiós, sargento.

—Y que tenga buena suerte, teniente.

Ensilló el caballo gris, que era un gran corredor, un animal que él mismo había comprado y que había dedicado exclusivamente a las carreras, ganando con él algún dinero de cuando en cuando. Ahora iba a tener que correr mucho.

Montó en él y lo condujo hacia el borde de la barricada. Allí se le acercó Vaucelle.

—Por aquí —e indicó con un movimiento de cabeza hacia un punto indeterminado—, parece que no hay ningún indio. Usted podrá comprobarlo.

—Gracias.

Los arapahoes se habían llevado sus muertos, como tenían por costumbre, dejando tan solo los que cayeron dentro del recinto enemigo. Se veían charcos de sangre sobre la hierba, indicación clara de que también ellos habían sufrido graves pérdidas.

Puso su caballo al trote valle abajo para darles oportunidad de verle. Pensaba dirigirse al Oeste. Al parecer, esta era siempre la resolución. «Cuando las cosas se pongan mal, vete al Oeste».

Sonó un disparo…

Volvió la cabeza y se sorprendió al ver la distancia que le separaba del ferrocarril… y también divisó a los arapahoes. Formaban una fila larga que se destacaba en los riscos, e iban en su persecución.

Echó una ojeada al Norte, y vio otra línea de guerreros.

Todos se encaminaban a determinado punto donde esperaban caer sobre él.

—Está bien, «Jubal» —dijo al caballo gris—, vamos a ver lo que eres capaz de hacer.

«Jubal» estiró los poderosos remos; sus cascos hicieron estremecer la tierra, y el viento azotó la cara del jinete. El animal tenía un galope maravilloso y suave, y le encantaba correr a sus anchas.

A Zeb le aguardaba un mañana con suerte. Los cascos del caballo tamborileaban un ritmo melodioso sobre la tierra. Zeb Rawlings se tendió sobre el cuello de «Jubal» para ofrecer menos resistencia al viento.

Capítulo XVIII

Gabe French se detuvo en la esquina y contempló la calle. La última vez que estuvo en Nob Hill fue para buscar a un carretero que antaño había trabajado a sus órdenes, y este lugar era entonces un grupo de modestas casitas de madera. En la actualidad lo ocupaban suntuosas mansiones.

Entornó los ojos para protegerlos del reflejo del sol, que rechazaba la verja dorada de «Jim Flood», una verja que le había costado la friolera de treinta mil dólares. Tenía dos manzanas de longitud, y un hombre se hallaba entregado a la tarea de darle brillo. Cleve le había contado algo acerca de este hombre, cuyo trabajo consistía en pasarse el día abrillantando el metal de la famosa verja.

Las torres grises del castillo de Hopkins con sus jardines formando terrazas, al lado opuesto de la calle, más adelante. Siguió su camino, ignorando las residencias de los Colton, los Stanford y los Crocker. Nunca había visitado la casa de Cleve mientras su amigo vivía, y le pareció extraño venir ahora, que ya estaba muerto. Sin embargo, siempre habían sido amigos y más que nunca al principio.

—Era un hombre al que tuve envidia —dijo Gabe en voz alta, mientras vacilaba en la esquina—. Había algo en él… una especie de atracción, si así puede llamársele.

—¿Qué decía?

Al oír la pregunta, Gabe se volvió confuso.

—Le pregunté si sabe dónde está la mansión de los Van Valen.

—Ahí mismo —contestó el hombre, señalándola—. Aunque hoy casi no se la puede llamar así. Y, según los rumores, mañana ya no pertenecerá a su viuda. Lo están vendiendo todo, hasta el último mueble.

Era un hombre pequeñito y delgado, con ojos minúsculos y una expresión poco grata. En cambio, era evidente la satisfacción de su tono.

Esto irritó a Gabe French, y le replicó:

—No lo harían si él estuviese vivo. Cleve van Valen era capaz de sacar millones donde los demás no veían una sola moneda de cobre… solo con su nombre.

—Eso he oído decir, pero no lo creo —fue la contestación del hombrecillo.

Gabe empezó a encolerizarse, pues con los años se impacientaba pronto. Antes era tolerante con los tontos, pero ya no le ocurría lo mismo.

—El hombre debe pagar sus deudas —siguió diciendo el hombre—. Van Valen siempre gastó más de lo que ganaba.

—Fueron muchos los años en que *nadie* podía hacer lo mismo. Hubo una época en que una sola mina le producía más de ochenta mil dólares mensuales. *¡Ochenta mil!* Nunca he ganado yo tanto dinero.

—Lo supongo. —Y el desconocido miró despectivamente las ropas ajadas de Gabe.

Este se esforzó por ahogar la irritación que le dominaba, pero no lo consiguió. El ser humano tiene pocas satisfacciones cuando envejece, y Gabe se permitía la de irritarse por cosas insignificantes. En los últimos años se había vuelto hasta gruñón.

Contempló fríamente a su interlocutor y replicó:

—Lo que no podría hacer, sería comprar y vender a más de uno de los que poseen casas en esta colina. En cuanto a Cleve van Valen, jamás tuve un amigo mejor y más leal que él. Hubo un tiempo, de esto hace ya bastantes años, en que mis caballos enfermaron del muermo y perdí dos contratos de transporte. De la noche a la mañana, se me murió casi todo el ganado que poseía.

»Alguien se lo dijo a Cleve, y no tardó en presentarse en Donner Pass con doscientos caballos para mí… y esto a finales del invierno, cuando más nieve caía. Le fue muy difícil llegar hasta allí, pero me sacó del atolladero.

»En otra ocasión, dos de nosotros caímos en una emboscada que nos tendieron los modocs cerca del Lago Klamath. Nos mataron los caballos y me metieron un balazo en el cuerpo; y Cleve se pasó el día haciéndoles frente, y se escapó durante la noche, llevándome en sus hombros.

—Entonces usted… ¡Claro, usted debe ser Gabe French! —exclamó el hombre, asombrado.

—Exactamente —advirtió aquel en voz baja, paseando la vista calle arriba y enseguida calle abajo. Bajó de la acera, y se dirigió a la de enfrente.

Cleve había muerto, pero Lilith continuaba viva, y por Dios, que si necesitaba dinero él sabía de dónde podría sacarlo. Lo malo estaba en que Lilith era orgullosa, una mujer muy orgullosa.

Media docena de carruajes había en la calle y algunos más en el sendero que conducía hasta la casa. Gabe los dejó atrás y penetró en la suntuosa vivienda, abriéndose paso entre un grupo de hombres que conversaba en la puerta.

En el vestíbulo bullía una verdadera multitud, y en lo alto de la escalera se hallaba el subastador.

—¿Dos mil dólares? ¿Es la última oferta? Señoras y caballeros, este trofeo es de oro puro y aquí tiene una inscripción —e indicaba las letras que había a un lado de la figura de oro—: «Al señor Cleve van Valen, Presidente del Ferrocarril de San Francisco a la ciudad de Kansas». Este fue uno de sus más estimados tesoros.

Gabe miró a su alrededor, buscando a Lilith. Al verla, tuvo un sobresalto y un desplome momentáneo. Jamás se le había ocurrido pensar que Lilith pudiese envejecer, pero el caso era que ahora debía tener alrededor de los sesenta años.

Estaba sentada en una silla que dominaba el vestíbulo, envuelta en una encantadora bata de seda, y su peinado era impecable. Cerca de ella había un hombre a quien Gabe reconoció como su abogado.

—¿Han ofrecido tres mil dólares por esta verdadera maravilla?

La tenía lo bastante cerca para oírle comentar:

—¡Válgame Dios, llamar maravilla a eso que utilizábamos como picaporte de la puerta!

—¡Pero, señores, si solamente el oro que tiene vale tres mil dólares! —decía ahora el subastador.

—¡Dos mil quinientos!

—¡Adjudicado!

Gabe fue sorteando el público hasta llegar a su espalda. Solo le separaba una pequeña distancia de Lilith, mas para cruzarla tuvo que dar un rodeo por un vestíbulo no muy grande. Sin hacer ruido se colocó detrás de ella.

—Un día triste, Lilith —le decía su abogado en ese momento.

—¿Triste? Hemos hecho fortunas y las hemos gastado. ¿Qué tiene eso de triste? Si Cleve hubiese vivido, aun habría

tenido tiempo de hacer una fortuna y volver a gastarla.

—Le ruego que me perdone, señora Van Valen —dijo un empleado, acercándose a ella.

—¿Que hay?

—La silla. Ha sido vendida.

—Tómela. —Graciosa y ágilmente se puso de pie—. No me venga con más excusas y llévesela. ¿O es que habré de decirle… —esbozó una dulce sonrisa, y concluyó—: tómela y váyase al diablo?

—Lo siento, señora —respondió el empleado, e hizo un guiño.

—¡Largo ya de aquí! —exclamó, acompañando sus palabras de una sonrisa.

—Si hubiera habido otra forma de pagar las deudas, la habríamos encontrado, Lilith —se excusó el abogado.

—Eso no importa. Hay dos cosas que no me podrán quitar, mis recuerdos y mi rancho en Arizona.

—No quiero hacerle perder las esperanzas, pero me temo que aquello carece casi de valor.

—Sin embargo, allí está, ¿no es eso?

—Sí, claro, pero la mayor parte del ganado ha sido vendido o robado.

—Si es preciso, también conseguiré ganado. —Sonrió, y siguió diciendo—: ¡Hasta soy capaz de robar unas cuantas cabezas! Cleve solía decirme que casi todos los grandes ranchos se han hecho así.

—Necesitará alguien que trabaje, alguien que lo administre.

—Tengo el hombre necesario.

—¿Quién? —preguntó, dubitativo, el abogado.

—Mi sobrino, es comisario del *sheriff* en algún lugar

cercano.

—¡Pero a su edad —protestó—, en un sitio tan desagradable!

—¿Desagradable? Mis padres murieron en las cataratas del Ohio cuando iban en busca de tierras. Después de todo, creo que por mis venas corre algo de sangre de los Prescott.

Gabe French avanzó en silencio.

—¡Lil! —murmuró.

—¡Gabe!

En su voz se reflejó un afecto sincero, y en los ojos del hombre brotaron algunas lagrimas que se apresuró a disimular simulando un estornudo, bastante mal imitado.

—¡Gabe French! Debí esperar que vendrías. Vamos a la cocina y tomaremos una taza de café.

Se volvió al abogado, y agregó:

—¿No habrá vendido mi cafetera, verdad?

—Lilith… formaba parte del juego —arguyó aquel, ruborizado—. Ya sabe que hemos vendido toda la plata. Me parece que hemos logrado un buen precio.

—¡Vaya al diablo su plata! Me refiero a la vieja cafetera negra.

—¡Ah, sí, claro! —y el abogado pareció más tranquilo—. No, esa todavía está allí. Supongo que aún no han ofrecido nada por ella.

—Quiere decir que nadie desea llevársela —aclaró Lilith a Gabe—. Es la cafetera que usamos Cleve y yo cuando cruzamos las llanuras y alguna que otra vez más. En realidad, era también de Agatha, tu esposa.

—Hacia un café excelente. Nunca lo bebí mejor —afirmó Gabe.

Entraron juntos en la cocina y pusieron la cafetera al fuego. Luego, Lilith se sentó y contempló a su visitante, desde el lado opuesto de la mesa.

—Sentí mucho lo de Agatha, y el no poder asistir a los funerales. Cleve odiaba las ceremonias fúnebres, y yo casi estaba de acuerdo con él. Siempre me ha gustado recordar a las personas tal como eran, y como no he visto enterrar a Agatha, me parece que la tengo a mi alrededor… Fuiste afortunado, Gabe. Tuviste una gran esposa.

—¿Crees que no lo sabía? Allá en la caravana no la perdía de vista un solo instante, pero creí que ni siquiera se había fijado en mí.

Bajó los ojos y miró sus manos grandes y de nudillos cuadrados. Un momento después, proseguía:

—Te he oído decir algo sobre ese rancho en Arizona. Lil, si quieres alguna cosa… no importa la cantidad, dímelo, ya sabes que Cleve no me dejó una sola vez en la estacada. Fueron muchas, muchas las ocasiones en que me sacó de aprietos.

—Y viceversa. —Lilith puso una mano sobre la suya—. Nada necesito, Gabe. Cuando esto haya terminado, tendré lo suficiente para llegar hasta Arizona. Zeb Rawlings vendrá para hacerse cargo del rancho. Pero gracias, de todos modos.

—Si yo fuese algunos años más joven…

—Olvídalo. Zeb es capaz de hacer lo que haga cualquiera. Es comisario del *sheriff* de uno de aquellos pueblos, y estuvo en el ejército. Tomó parte en la Guerra Civil y en las luchas contra los indios.

—He oído hablar de él. ¿No fue él quien mató a Floyd Gant? —inquirió, al tiempo que la miraba pensativo.

—Sí… y fue una buena faena.

—Conocí a Gant. En diversas ocasiones nos creó graves problemas en los transportes, allá en Nevada. Su hermano Charlie era peor. ¿Qué habrá sido de Charlie?

—No sabía que Floyd tuviese un hermano.

Estuvieron un rato en silencio. En la cocina se hallaban lejos del vocerío que tenía lugar en la parte alta de la casa, pues la cocina se encontraba en la planta inferior y daba a otra calle. Con salir por aquella puerta y bajar un poco la colina, era suficiente para encontrarse en pleno Chinatown[15].

—Aquellos fueron los buenos tiempos, Gabe —comentó, bruscamente, Lilith—; los mejores de todos. Nadie decía nada entonces, pero todos teníamos la impresión de estar haciendo algo grande, de que estábamos construyendo algo.

—Lo sé. Precisamente algo de eso hablé con un escritor que vino a Boston. Me hizo preguntas acerca del paso de las llanuras, y estaba interesado en saber si algunas personas habían hecho y conservado los diarios de su vida, o algún resumen o cosa parecida. Toda aquella gente parecía estar bajo la creencia de que vivían un momento que nunca jamás habría de repetirse. Bueno, pues ese escritor estaba interesado en encontrar tales «Diarios», antes de que fueran destruidos o llegasen a perderse.

—Yo empecé a escribir el mío en una o dos ocasiones. Cleve nunca lo hizo. Pero creía eso mismo que tú dices, y así se lo oí decir.

Volvió a mirar a Gabe y siguió diciendo:

—Jamás me arrepentí, Gabe. Nunca lamenté haberme casado con Cleve. Disfrutamos juntos de la vida.

Gabe asintió, sin contestar, porque estaba escuchando el ruido que los leños producían al quemarse, y después, cuando Lilith sirvió el café, cruzó cuidadosamente las piernas. Desde

luego, pensó, nadie había disfrutado más con su dinero.

—Donde ganamos mucho fue en el Mother Lode —manifestó Lilith—, y cuando aquello se acabó, Cleve marchó a Nevada y sacó el dinero del fondo de la tierra en el Comstock. Nos trasladábamos ahí donde se podía sacar algo, a veces a caballo, otras en coche. Nunca olvidaré aquella mina cerca de Hamilton. Cleve sacó plata por un valor de tres millones de dólares de un agujero de setenta por cuarenta y quince pies de profundidad hecho en el suelo, y, después, vino un hombre y le ofreció otros tres millones por la mina, pero Cleve se rio de él.

—Lo recuerdo.

—En el agujero no quedaban ni tres libras de plata. Cleve la había sacado toda. Ofrecía tres millones por un simple agujero en tierra cuando aquello apenas servía como solano.

Gabe cambió de postura en el asiento. Ahora, cuando permanecía demasiado tiempo sentado sin moverse, sentía un dolor agudo en la espalda.

—Si hubiera sabido esto —dijo—, hubiese venido antes. Podrías haber conservado la casa.

—No la quiero, Gabe. Debo ser practica. Es demasiado grande para mí sola, y me sentiría aquí lo mismo que una piedra en un tonel. No, prefiero marcharme a Arizona y ver lo que puedo hacer con aquel rancho. Una mujer en mi situación no puede quedarse tranquilamente sentada. No serviría de nada… ni me gustaría, tampoco. He trabajado toda mi vida, y soy lo bastante vieja para no cambiar. Además —agregó sonriente—, nunca he estado en Arizona.

Terminó de beberse el café y se levantó.

—Cuando quieras te llevaré a la estación —le dijo Gabe—. Y si alguna vez me necesitas, mándame un recado. El viejo Gabe estará siempre dispuesto a servirte.

Le tendió una mano y prosiguió:

—Ha pasado ya mucho tiempo desde que llevé a cuestas a Cleve en aquella calle llena de barro en San Luis para que pudiese ganar una apuesta.

La mujer tomó aquella mano, se inclinó ligeramente y besó a su amigo en la mejilla.

—Gracias, Gabe. Ya sé que me aprecias de verdad.

Se apresuró él a salir, temeroso de que la mujer pudiera ver los ojos que se le llenaban de lágrimas. Era un viejo loco sentimental.

Contempló el grupo que se apelotonaba en la otra puerta y exclamó en voz alta:

—Adelante, no estáis comprando nada. Ella tiene todavía cuanto necesita.

Lilith llenó de nuevo su taza. Todo era tranquilidad en la cocina, ahora que ya no había cocinera ni criadas, y en muchos aspectos era la habitación más agradable de todo el caserón. La lumbre producía una temperatura grata, pues la noche había sido fría y de gran humedad.

Quitó del marco la fotografía de Cleve que Huffman le había hecho en Miles City, Montana, solo cuatro, o quizá cinco años antes.

No podía ponerse en duda que había sido un hombre hermoso. «Me habría gustado que Eva te hubiese conocido, Cleve —se dijo para sus adentros—, y también Linus».

¡Cuán lejos, cuán lejos había llegado ella, y cuánto, cuánto había ido dejando atrás!

Quinta parte
Los forajidos

Algunos de aquellos que fueron al Oeste no tuvieron sosiego. No se habían hecho para ellos las ciudades, las tiendas, el arado ni los rodeos. Siempre habían vivido a salto de mata, y seguirían haciéndolo hasta que les echasen una soga al cuello o su vida terminase de un balazo. Eran hombres de mejillas hundidas, mirada de reptil y mal talante, que robaban lo que se les antojaba y que pudieron hacerlo hasta que la Ley llegó al Oeste y los arrojó de allí para siempre…

Capítulo XIX

Jethro Stuart era demasiado veterano en las montañas para hacer caso omiso de la sensación que ahora le dominaba, aunque en las varias ocasiones en que retrocedió para estudiar el terreno, en lo más espeso del bosque, no había visto a nadie.

Sin embargo, tenía la certeza de que era seguido. Le seguía alguien que se tomaba una gran molestia para no ser visto, y esto le producía desazón.

Jethro Stuart tenía sesenta y seis años en esa primavera de 1883, y llevaba cuarenta y ocho de recorrer aquellas montañas del Oeste. El lugar al cual se dirigía ahora, lo había visto por última vez cuando viajó con Osborne Russell en 1838, más o menos.

Abandonaron el empleo que tenían en la «Compañía Peletera de las Montañas Rocosas» para convertirse en tramperos libres, y siguiendo el Stinkingwater habían encontrado el valle.

También fueron seguidos en aquella ocasión. Solo que entonces se trataba de los indios pies negros, y esta tribu había sido pacífica desde mucho antes. Según los informes de Jethro no había un solo indio en pie de guerra en toda la región, que comprendía las remotas montañas próximas a la cabecera del Yellowstone.

Llevaba toda una semana sin haber vuelto a ver un ser humano. Siete días exactos hacía desde que, de un modo

inesperado, se encontró frente a una cabaña de estilo tejano, levantada en un angosto valle. Disponía de corrales, de un cobertizo hecho con troncos, y de unas docenas de caballos muy buenos que pastaban en la pradera. Precisamente el que montaba ahora era uno de ellos, que pudo adquirir.

Había llegado a aquel lugar a últimas horas de la tarde, y el hombre le aguardaba en la puerta de la cabaña, con el rifle al brazo. Jethro se detuvo a una relativa distancia.

—¿Se me permite pasar? Soy pacífico.

—Y si no lo es —respondió el otro, fríamente—, dispongo de medios para hacerle entrar en razón. Pero pase, pase.

—La última vez que anduve por aquí, mi grupo lo formaban los únicos hombres blancos que podían hallarse hasta Fort Hall.

—¿Montañeros?

—Eso es. Trabajaba con Wyeth y los suyos.

—Baje del caballo. La compañía escasea por este lugar, y cuando uno la encuentra, generalmente no suele ser de lo mejor.

Jethro se apeó de la cabalgadura y le quitó la montura. Un muchacho alto salió de la cabaña de troncos, llevando el rifle debajo del brazo. Era evidente que le habían apuntado con más de un arma. Y así era como debía hacerse. Resultaba satisfactorio saber que aún no se habían acabado los veteranos. Mal día iba a ser aquel en que un hombre no supiera estar preparado para recibir la compañía que le llegase, ya fuese buena o mala.

—Es bastante molesto tener que cabalgar solo —comentó el hombre—. Y nada tiene de agradable la región a la cual se dirige.

—Llevo más de cuarenta años recorriendo las montañas, y

la mitad de ese tiempo lo he pasado solo. Perdí a mi esposa.

—¿Tiene hijos?

—Una hija… casada. Vive allí por Arizona, pero hace ya bastante que no la he visto.

—Mi esposa murió hace dos años. —Y el desconocido miró a Jethro en forma casi desafiante—. Era una india shoshone.

—Buena gente —contestó aquel con la mayor calma, consiguiendo así que el viudo se tranquilizase—. Yo viví una temporada con los narices agujereadas.

Sin contarle a él, fueron cuatro los que se sentaron a la mesa: el hombre, dos muchachos, y una jovencita. Esta era la más joven, acaso tuviera catorce años. Los chicos eran bastante altos para su edad, y delgados, pero anchos de hombros. La llegada de Jethro había causado cierta excitación en todos, y le acosaron a preguntas.

Hubo de reconocer que la comida era buena. Recostado en el asiento, les habló del ferrocarril que cruzaba ahora las tierras de California. Habían oído hablar de este acontecimiento, pero nada más.

—Yo he visto vagones accionados por el vapor —declaró el padre—. Nací en la parte norte del Estado de Nueva York y emigré al Oeste con mi familia, pero cada uno siguió caminos distintos. Nunca más hemos vuelto a reunirnos.

Era un hombre fuerte, de constitución robusta, de mandíbula prominente y mirada firme. El sitio no podía ser más hermoso, en opinión de Jethro. No se trataba de un gran rancho, pero sí estaba bien atendido y reunía condiciones. Algo más allá se veía buena cantidad de heno, y un campo sembrado de maíz y algo de hortalizas.

A Jethro no se le escapaba detalle alguno, y llegó a la conclusión de que aquí se hallaban atendidas todas las

necesidades. Había una especie de almacén con una puerta pesada, que probablemente se empleaba para guardar pieles, y, en el granero, tenían clavada una que, de seguro, perteneció al mayor oso pardo que había visto en su vida.

—Hay uno más grande —dijo el hombre—. Es un macho viejo con manchas grisáceas, que anda por estas montañas, y al que estoy deseando poder dar caza, pero es muy astuto, demasiado, y, a menos de que uno ande con cuidado, le echará la zarpa encima. Ese oso es capaz de matar al hombre que le siga.

—He oído hablar de él —concordó Jethro.

—Le seguí una vez, pero luego me arrepentí y emprendí el regreso. Hubo algo que me hizo volver la vista atrás, y, desde donde me hallaba, vi algo que me puso los pelos de punta. Al final de la senda que había estado siguiendo, unas veinte yardas más allá, estaba esperándome aquel oso gigantesco que me habría arrancado la cabeza de un solo zarpazo.

Jethro cargó la pipa de tabaco, y advirtió la mirada de envidia que le dirigía su anfitrión.

Le arrojó la tabaquera, y dijo:

—Coja el que quiera. He traído mucho.

—¿Dijo usted que había estado con Wyeth y los suyos? ¿No ha tropezado alguna vez con un montañero llamado Linus Rawlings?

—Pusimos trampas juntos y combatimos a los pieles rojas. Además, su hijo mayor está casado con mi hija.

—¡Vaya, qué casualidad! Yo conocí a Linus Rawlings allá en el Ohio. Dígame, ¿no se apellidaba Prescott su esposa?

—Eso es, y Eva era su nombre. No estaba seguro del apellido.

—¡Eva! ¡La misma! ¡Bueno, bueno! —Se encaró con sus

hijos, y añadió—: ¿No recordáis que os he hablado de ellos? ¿Y de que Eva se había enamorado de aquel montañero cazador de pieles? ¡Os aseguro que era una mujer muy bella! Y también su hermana, la que cantaba. Era una joven que valía la pena, pero atrevidilla…, muy atrevidilla.

Jethro estudió el camino con aire pensativo y luego continuó adelante. No era de creerse que viniera siguiéndole uno de los Harvey… a menos de que tuviese algo que decirle, lo cual tampoco era probable. Dos días con sus noches correspondientes las había pasado en su compañía, allá en la cabaña, y ya nada les quedaba por decirse.

Brutus Harvey… si alguna vez volvía a ver a Zeb le interrogaría acerca de aquel nombre. Era indudable que seguramente oyó a su padre hablar de él.

El resto no se lo contaría nunca, porque a nadie le agradaba saber malas noticias de su familia. No le había pasado por la imaginación relacionar a Zeke Ralls con Rawlings hasta que Harvey lo mencionó. Pero todo el mundo conocía las andanzas de Zeke… y ahora resultaba ser el tío de Zeb.

Este le había hablado de él, pero nunca le había visto. Era el más joven de la familia y llegó al Oeste cuando los padres de Zeb se conocieron, pero se marchó de la región del río Ohio, y jamás volvió a saberse de él.

Harvey se lo había encontrado dos o tres veces, y tuvo ocasión de mencionarle.

Jethro continuó cabalgando, en busca del pequeño arroyo que recordaba. Cruzaba un valle en dirección norte, y pensaba que era una ramificación del Yellowstone. Se acordaba del valle… y a él se encaminaba. Siempre pensó en volver alguna vez, y esta era la razón de que lo hiciese ahora, porque si esperaba más le sería imposible realizar sus proyectos.

Y no era que se sintiese viejo a los sesenta y seis años. Tenía la certeza de no haber envejecido gran cosa en los últimos veinte años, y podía ver y oír a gran distancia. Quizá ahora no necesitaba dormir tanto…, pero entonces tenía el sueño ligero.

Mientras avanzaba, iba buscando el lugar mejor para acampar. Y realmente era demasiado viejo para no hacerlo en un sitio donde pudiera encender una hoguera; la sensación de que le seguían le hacía recordar el lugar y los indios pies negros. Lo que necesitaba era un punto resguardado por tres costados para evitar una sorpresa, y en esta región rocosa y con muchos bosques no era fácil que lo hallara. El caballo que le vendieron los Harvey era un animal acostumbrado a la montaña, y, por lo tanto, mejor que cualquier perro guardián.

Descubrió el sitio que deseaba después de la puesta de sol, cuando ya no le quedaba mucha luz para proseguir la búsqueda. Se trataba de un lugar situado bajo el saliente rocoso, en un punto que en época pretérita debió de ser el lecho de algún río, pues las rocas se hallaban cortadas a pico. Cercano había un buen manchón de hierba y, también, agua, y para acercarse a este sitio tenía que atravesarse una pradera abierta y pasar por un tajo que protegía parcialmente la muralla de roca. Un punto bastante seguro, y pensaba hacerse la cama lejos de la hoguera y en plena oscuridad.

Puso el agua para hacer café y después se sentó, con el rifle en la mano, alejado del fuego y masticando un buen trozo de tasajo. No le preocupaba pasarse sin una comida caliente, pero no podía perdonar el café. Nunca iba de viaje sin llevar consigo cierta provisión de tasajo, que, gracias a Dios, era bueno para la dentadura del hombre. A los sesenta y seis años solo había perdido dos dientes… aquella vez en Brown's Hole cuando, peleando por una fruslería, cayó a tierra con Hugh

Glass.

No era malo aquel Glass… que un oso estuvo a punto de matar. La riña fue por algo que carecía de importancia. Tal vez por alguna *squaw* o por cuál de los dos tenía el mejor caballo. Glass le arrancó dos dientes de un puntapié feroz… y su suerte estuvo en que iba calzado con mocasines, porque si no hubiese perdido toda la dentadura. Glass le dio una buena paliza, lo cual fue buena cosa porque Jethro era joven entonces y nunca había visto una pelea entre montañeros.

Transcurrió la noche sin que ocurriese nada, si bien hacia las doce se levantó el viento y él no tuvo más remedio que echar más leña a la hoguera.

Pero lo hizo sin salir de la sombra, conforme lo tenía cuidadosamente planeado. Lanzaba las ramas, y enseguida se sentaba para verlas arder. Había construido un ingenioso artificio próximo a la hoguera, y lo había provisto de ramas y trozos de tronco, de manera que cuando uno de ellos ardía hasta el extremo, dejaba caer otro al fuego. Cualquiera que observara, a cierta distancia, no podría estar seguro de si Jethro dormía o estaba despierto. Era un ardid inventado por él hacia tiempo.

Al romper el día ya estaba de pie, y se adentró en el bosque antes de que hubiese aclarado del todo. Dejó encendida la hoguera, pero con una zanja alrededor para que el fuego no pudiera extenderse. Nadie que no fuese un loco correría el riesgo de provocar un incendio en el bosque.

Cabalgó unas quince millas, atravesando aquel terreno cubierto de vegetación y, por último, salió al valle que buscaba. Tenía unas seis o siete millas de largo, casi la mitad de ancho, y se hallaba rodeado por elevadas montañas, cubiertas de bosque. Un riachuelo corría por su centro en dirección noroeste, hasta perderse en un cañón inmenso.

Dentro del valle las orillas del riachuelo eran bajas, y estaban salpicadas aquí y allá con preciosos macizos de pequeños arbolillos. Jethro cruzó la corriente y cabalgó en dirección al sitio donde habían acampado muchos años antes. En aquella época habitaba el valle un reducido grupo de indios serpiente. Ahora, mientras recorría el terreno buscaba huellas de aquellos, pero no encontró ninguna.

Diez años atrás, más o menos, una parte de esta región se había destinado para convertirla en el Parque del Yellowstone, según rumores que corrían, tomando su nombre del que llevaba el río. Jethro ignoraba si este valle estaba dentro de sus límites, aunque sospechaba que sí.

Antes de plantar su campamento, trabó su cabalgadura, así como los animales de carga, y se fue a dar una vuelta para reconocer el terreno. Al pasear la vista por allí lo encontró todo tal y como recordaba. El viejo y frondoso pino que utilizaron para identificar el lugar, tenía el tronco destrozado por algún rayo, y, a un lado de la montaña, se veía una abertura producida por algún deslizamiento de tierras, ocurrido entretanto.

Le agradó ver unos castores dedicados a su trabajo, y dispuso el campamento teniendo a un lado la presa de estos animales, a modo de protección. Se trataba de una presa bastante grande, pues tenía unas cincuenta yardas en ese lugar, y toda una colonia de castores se hallaba entregada al trabajo. Podían considerarse seguros, pues él ya estaba harto de ponerles trampas. Pero ¿por qué había regresado allí? ¿Fue tan solo por recordar que esto era muy hermoso? Recordó cómo él y Russell habían subido ladera arriba para contemplar desde allí el paisaje circundante rodeado de montañas…; jamás habían visto nada tan grandioso.

Bueno, ya se había detenido. Quizá ahora descubriese

quién le venía siguiendo. Por aquellos alrededores había muchos ladrones y renegados, según informes de Harvey, pero no era probable que se encontrasen en este lugar tan oculto de las montañas. Y Zeke Ralls andaba por el norte… de forma que no sabía de quién podía tratarse, pero ojalá no fuese Zeke.

Se tratara de quien se tratase, si le habían seguido no era porque no tuviesen cosa mejor que hacer, sino porque deseaban apoderarse de sus pertenencias.

Se acercó al equipaje y sacó una pistola que llevaba de repuesto, que ocultó donde pudiese tenerla a mano, sin provocar las sospechas de nadie. Luego se dispuso a prepararlo todo.

Proyectaba quedarse allí. Este era el lugar que más había recordado de todos. Construiría una cabaña de troncos y viviría en ella.

Los rayos del sol bailoteaban en las aguas del riachuelo, la hierba alcanzaba allí la altura de la rodilla, había buenos árboles que le abastecerían de combustible en abundancia. Cortaría los troncos y levantaría la cabaña y los corrales, compraría a Harvey algo de ganado y lo tendría en este sitio… Acaso fueran mejor los corderos, que eran excelentes en esta región, y, así, podría esquilarlos y tener lana para exportarla junto con los animales.

El ruido de los caballos llegó a él antes de ver a los jinetes, pero fueron sus propios animales los que le avisaron, pues alzaron la cabeza y observaron con atención.

Cuando se pusieron a la vista, advirtió que se trataba de cuatro hombres.

Sintió una especie de nudo en la garganta. Cuatro eran demasiados para no perderlos de vista. Se hallaba en un aprieto muy grave.

Fueron aproximándose, y después tiraron de la rienda a sus monturas.

—¡Eh, el del fuego! ¿Podemos acercarnos?

Como no podía hacer otra cosa, les contestó:

—Pueden venir, si son gente de paz.

Solo uno de ellos era joven; los otros no tendrían muchos años menos que el mismo Jethro. Su jefe era un tipo alto, delgado, de cara huesuda, y, en cierto modo, atractivo. Llevaba una pistola al costado derecho, y otra en la funda del izquierdo, con la culata hacia delante.

Jethro supo enseguida de quién se trataba. Había oído hablar de la destreza con que Zeke Ralls manejaba el arma con la mano izquierda… cuando todo el mundo esperaba que hiciese fuego con la derecha. Era una pequeña ventaja, pero en un juego que exige la de un segundo, esto ya era suficiente.

Y mucho más tratándose de Jethro Stuart, que jamás había sido un tirador rápido, aunque no le fallaba un solo disparo con cualquier clase de arma.

—Soy Zeke Ralls.

—Y yo Jethro Stuart.

—Usted vino aquí como si supiera perfectamente el terreno que pisa.

—Hace muchísimo tiempo que estuve. He colocado trampas en ese río para cazar castores.

Los otros descabalgaban en ese momento. Uno era muy fuerte, un hombre ancho de hombros con el cabello rojo, tal vez no demasiado alto, pero de una fortaleza evidente; y había otro, delgado y más viejo, que masticaba tabaco. El joven podía tener veinticinco años; era esbelto, rubio, y de ojos demasiado entornados.

Miraban alrededor suyo, como si valorasen las pertenencias

de Jethro, quien llegó a la conclusión de que estaban metidos en un aprieto y necesitaban de modo apremiante más caballos, víveres y municiones, probablemente. Todo hacía suponer que no se atrevían a acercarse a ninguna ciudad.

—Qué extraño es que nos hayamos encontrado aquí —comentó Jethro, estudiando con cuidado sus palabras.

—Ha traído mucha comida —observó el joven—. Parece como si hubiera venido para quedarse.

—Eso es.

—¿Qué es lo que le parece extraño? —inquirió Zeke—. ¿Qué hay de extraño en esto?

—Pues que seamos parientes.

Había conseguido ganar su atención, sobre todo la de Zeke. Jethro se había apresurado a jugar su carta de triunfo enseguida, porque sabía que no podía andarse con tonterías con ellos; proyectaban matarle lo antes posible, y llevarse cuanto tenía.

—¿Parientes?

—Zebulón Rawlings se casó con mi hija.

—¿A quién se refiere? —quiso saber el del pelo rojo—. Nunca he oído hablar de él.

—Cállate, Red —ordenó Zeke, muy interesado ahora—. Cuente eso, Stuart. ¿Quién es ese Zebulón Rawlings?

—Actualmente desempeña el cargo de comisario allá en Arizona, y anteriormente fue oficial de caballería de los Estados Unidos. Lo importante es que se trata de un hijo de Linus y de Eva Rawlings.

—¿Está caliente ya el café? —preguntó Zeke—. Tal vez sea mejor que nos sentemos y hablemos.

—¿A qué perder tiempo, Zeke? —El joven ardía en deseos de resolver la cuestión—. Acabemos con él.

—¡Maldita sea, Kid, quiero hablar! —replicó, irritado, su jefe—. Está refiriéndose a mi familia. Vamos, desensilla los caballos y aviva el fuego.

Zeke se puso en cuclillas y empezó a echar leña a la hoguera.

—¿Conque Linus y Eva tuvieron hijos, eh? ¿Más de uno?

—Dos… el otro sigue trabajando como granjero allá en el Ohio. Zeb tomó parte en la guerra y después se vino al Oeste.

—¿Conoció usted a Lilith? ¿Qué ha sido de ella? Alguien me dijo que estaba trabajando en un cabaret.

—Es actriz y cantante, lo cual es muy diferente. ¡Y una gran artista! Luego, se casó con Cleve van Valen.

—*¿Con quién?* —Red casi hizo la pregunta a gritos—. ¡Con ese asqueroso! Él fue quien puso precio a nuestra captura.

Jethro se echó hacia atrás. Tenía la mano derecha exactamente encima de la pistola que había escondido.

—Bueno, Zeke, pues ese es su cuñado. Lo fue, mejor dicho.

Zeke sirvió un vaso de café, y Red retrocedió hasta donde se hallaba su caballo, y empezó a quitarle la silla. Los otros continuaron lo que estaban haciendo.

Jethro hacía memoria. La primera vez que se oyó hablar de Zeke fue cuando se presentó en Placerville… allí mató un hombre en una riña de taberna. Ese mismo año mató a otro en Whiskey Flat. Ahora debía andar por los cincuenta y dos, más o menos, y se le conocían, por lo menos, una docena de asesinatos. Era un hombre perverso.

—Si estuvo por estos lugares hace muchisímo tiempo, tuvo que ser montañero…

—Y por eso conocí a Linus.

—¡Linus! —Zeke escupió a tierra—. A Eva le gustaba, pero yo nunca le tuve simpatía. Era un tipo demasiado seguro de sí

mismo.

El más viejo de los bandidos trajo un saco de comida y puso una sartén en el fuego. En cuclillas, junto a la fogata, comenzó a preparar algo de comer.

Seguía la charla y Jethro se sentía casi divertido. Zeke estaba verdaderamente ansioso de noticias, tanto como los demás de matar al viejo trampero. Jethro tenía la certeza de llevarse por delante uno de ellos, o quizá dos. La cuestión estaba en saber cuál o cuáles. El joven era quien más prisa tenía por despacharle, pero ¿quién era el más determinado de todos?

Jethro sabía que más de uno de tales perdía el ímpetu al principiar los balazos, o al meterle en el cuerpo un buen pedazo de plomo. En cambio, los determinados soportan los tiros y siguen disparando, y, por ello, a este era a quien primero deseaba quitar de en medio.

Zeke le tenía intrigado. Procedía de una familia decente de colonos, y, según todos los informes, el resto de aquella se había comportado de un modo honesto. Tan solo Zeke era la oveja descarriada.

Hasta donde alcanzaban los recuerdos de Jethro, jamás oyó comentar que Zeke Ralls hubiese hecho un trabajo honrado en su vida. No solo era un asesino, sino que en ocasiones demostraba una perversidad sin límites. Y era un tipo con suerte. Se había escabullido y abandonado la pandilla con la que actuaba a lo largo del camino de diligencias del Overland, donde saquearon cuanto se les puso delante, asaltaron carruajes, y robaron caballos.

Continuaron sus fechorías hasta que Jack Slade empezó la limpieza que dio por resultado la muerte de veintiún bandidos, la mayoría de ellos compañeros de Zeke Ralls.

Merodeó por las afueras de Virginia City con Henry

Plummer, y se marchó de la región cuando los *vigilantes*[16] se dedicaron a colgar forajidos y acabaron con veintiséis de estos proscritos.

Jethro Stuart se incorporó y echó algunas ramas a la hoguera.

—Claro que resulta interesante haberle encontrado por aquí, Zeke —dijo con amabilidad—. No es frecuente encontrarse con un pariente en semejante lugar tan apartado. Según mis últimas noticias, Lilith estaba viviendo en San Francisco.

—¿Y Linus?

En pocas palabras, explicó lo ocurrido a Linus en la guerra, y todo lo que Zeb le había contado acerca de su muerte y de cuando regresó en busca de su madre, encontrándose con que Eva había muerto, también.

—Tuve otro hermano —comentó Zeke—. Era algo mayor que yo y se llamaba Sam.

—Sam Prescott… Sí, me suena. ¿Sam Prescott, verdad? No conozco bien los apellidos de la familia de Zeb. Se casó con mi hija después de marcharme yo. Me dijeron que se peleó con un individuo en Miles City.

El llamado Kid se hallaba sentado con cara de mal humor, y el pelirrojo se había tumbado y contemplaba la escena, mirando por entre las hojas, pero sin perder detalle. No podía ponerse en duda lo que el pelirrojo estaba pensando…; era igualmente un tipo perverso.

El viento agitó la hojarasca e hizo oscilar las llamas. Zeke miró la hoguera con aire de tristeza, y Jethro respetó su silencio.

Uno de los caballos resopló y Jethro comenzó a ponerse de pie, pero Red se le anticipó.

—Estése quieto —le dijo—. Yo echaré un vistazo.

Regresó a los pocos minutos y explicó:

—Todo muy tranquilo. Será alguna sabandija o algo por el estilo.

—Acaso fuera preferible ir a echar un vistazo —comentó Jethro, a media voz—. Todos los hombres debemos ser sabandijas.

—No cabe duda de que es usted inteligente —le replicó Zeke, al tiempo que reía entre dientes.

Avanzada ya la tarde, comieron todos, y en varias ocasiones lanzaron miradas en dirección de Zeke, cosa que él fingió ignorar. El viejo no les prestaba atención, ni por lo visto, tenían nada que decir a Jethro. Solamente le preocupaban sus asuntos. Jethro reflexionó que se trataba de un proscrito avezado y hábil.

—¿Conoce bien esta comarca? —inquirió de improviso.

—Antes sí… ahora la voy recordando.

—¿Existe alguna salida hacia Montana?

—Claro… un conocedor del terreno encontraría el camino hacía Yellowstone Lake. Desde allí hay una especie de sendero.

—¿Querrá indicarnos el camino?

—Le dibujaré un mapa —fue la respuesta de Jethro—. Yo pienso quedarme aquí.

—¿Aquí?

—Siempre tuve el deseo de represar. Este es casi el lugar más hermoso que he visto en mi vida.

Jethro permanecía atento a los ruidos nocturnos. Los caballos estaban inquietos. Algo se movía en esa dirección, algo que les causaba temor. Acaso un puma. O un oso… aquel viejo plantígrado gigantesco, mencionado por Harvey,

merodeaba por estos sitios.

El viento procedente de los picachos nevados era frío. Jethro añadió unas ramas a la hoguera. El más viejo de los bandidos se había metido entre las sombras para pasar allí la noche. No era ningún tonto. Si algo ocurría, él lo vería desde lejos… probablemente por eso había podido llegar a esta edad avanzada.

Jethro se encontraba cansado, pero no se atrevía a dormir. Zeke acariciaba la taza de café que tenía en las manos, sin decir nada. Red dormitaba, y Kid, por fin, se levantó y recogió sus mantas. Las tiró enfadado al suelo, se enrolló en ellas y pareció quedarse dormido.

—Aléjese de Arizona —aconsejó, de pronto. Jethro—. Zeb Rawlings está de comisario por allí, y supongo que no querrá pelear con su propio sobrino.

—Lo que él haga no es asunto mío —replicó Zeke—. Es posible que vayamos por Arizona. Además, que sea él quien me deje a mí en paz.

—No lo hará. Es un hombre justo, Zeke, un hombre muy bueno.

Kid se incorporó inesperadamente y gritó:

—¡Maldita sea, Zeke! ¿Por qué pierdes tanto tiempo? Necesitamos todas sus cosas y sus caballos.

—¡Tú te callas! —le respondió el aludido, mirándole con ojos centelleantes—. Este hombre es un pariente mío. —Volvió la mirada a Jethro, y prosiguió—: Necesitamos caballos de repuesto, la comida que tiene y sus municiones. Debe comprenderlo.

Algo se movió en la maleza que tenían a la espalda, algo muy voluminoso. Jethro pudo oír los ruidos cuando echó un vistazo hacia el sitio donde tenía las provisiones. Los otros, al

parecer, no se dieron cuenta de nada.

—Tendrán que irse sin todo eso —fue la respuesta de Jethro—. Lo he comprado con mi buen dinero y vine aquí para quedarme. Cabalgar por ahí en busca de alimentos frescos es cosa que no pienso hacer, porque ya estoy viejo para tales andanzas.

—Está bien, anciano —le dijo Kid—. Pero no tendrá que hacerlo, ni va a necesitar tampoco estas provisiones.

Zeke no hizo comentario alguno, pero Red se incorporó con lentitud y Jethro comprendió que tenía una pistola debajo de las mantas: así, por lo menos, lo hubiera hecho él, si estuviera en su lugar.

Había llegado el momento, y todos lo sabían. Más aún, no había escapatoria posible. Jethro echó más leña al fuego.

—¿A qué viene buscar esta pelea innecesaria? Pueden apoderarse de mis cosas, pero me llevaré alguno de ustedes por delante. Por ahora están todos enteritos, mas si empieza la sarracina, ya sabrán de lo que soy capaz.

—Usted no hará nada, viejo —le espetó Kid—. ¡Solamente se quedará tieso!

—Nos quedaremos los dos, Kid —le replicó aquel, y vio que el muchacho abría mucho los ojos—. Siempre piensan en matar, pero nunca se les ha ocurrido que también pueden matarlos. Veamos, ¿qué puede pasar en una pelea como esta? Ustedes me matarán, pero tengo valor suficiente para acabar con uno o tal vez dos.

»En estos casos —siguió diciendo, mientras cogía una rama próxima al borde de su manta y la arrojaba a la hoguera—, uno suele escoger con tiempo al hombre que piensa llevarse por delante. Yo tengo ya escogidos dos…; hasta en el momento de agonizar se puede usar la pistola, y soy capaz de hacer más todavía. Los años que he pasado en las montañas

me han hecho muy duro. Soporto bien las heridas. Conque ya pueden calcular que vamos a tener un buen baile.

Volvió a producirse aquel ruido ligero. Las provisiones que había bajado de los caballos de carga estaban apiladas junto a una roca monumental, y para llegar allí, el oso tendría que acercarse. Lo más probable era que en este momento se encontrase a unos cincuenta pies de ellos, al otro lado de la hoguera, y seguramente colocado en línea recta con aquel pino tan grande.

«¿Y si distrajera mientras tanto a los bandidos?». Le pareció una esperanza muy remota, pero las circunstancias estaban en contra suya, de modo que nada podría empeorarlas. Tenía confianza en poder matar a dos de ellos; pero acabar con los cuatro era cosa fuera de razón… aunque también suceden cosas inesperadas.

—No me da miedo —alardeó Kid—. Considérese ya muerto. ¿Cómo cree que va a conseguir un arma, estando aquí nosotros cuatro? Sentado como se halla, sin ninguna pistola al alcance de la mano, tardaría mucho tiempo…

Jethro cogió una rama que había cerca de su manta. Era una rama pequeña, igual a todas las que había estado echando al fuego durante la tarde entera.

—Claro que puedo hacerlo, Kid —contestó Jethro—. ¿Va a permitir que esto ocurra? —preguntó, fijando la vista en Zeke.

—Usted no es de mi misma sangre —respondió el otro—. Lo siento, pero necesitamos esas provisiones y todo lo demás.

—Ya sabe lo que pasa —agregó Red.

—Desde luego —aceptó el viejo trampero, y recogió otra rama, solo que esta vez no fue precisamente eso, sino la pistola que escondía entre los pliegues de la manta. Tiró una rama al fuego con la mano izquierda, y pegó un tiro a Kid entre las costillas, con el arma que empuñaba en la derecha.

No había sido un movimiento brusco, solo una repetición de lo que estuvo haciendo durante toda la tarde, y si arrojó la rama a la hoguera, fue para llamarles la atención. Acaso esperaban que sacase una pistola de la funda, y al hacer el disparo ya era demasiado tarde para evitarlo.

Después del balazo a Kid, quiso correr el riesgo y volvió a hacer fuego hacia las sombras próximas a las provisiones apiladas.

Un oso representa un blanco bastante grande. La distancia no era mucha, y para engullirse la comida, el animal tenía que estar de pie en un solo punto. Jethro disparó al azar y, volviendo el arma, lo hizo sobre Red; pero casi en este mismo fugacísimo instante se escuchó un terrible rugido de rabia, y el oso salió corriendo de entre el boscaje.

Jethro falló el tiro contra Red, pero este se encontraba exactamente en el camino del oso.

Jethro, el único que sabía lo que se avecinaba, o que esperaba lo que iba a pasar, rodó sobre sí mismo y se escurrió en dirección de la maleza. Sintió la quemadura de una bala, luego sintió otro dolor más y cayó pero consiguió arrastrarse y pudo adentrarse más en el bosque Detrás se oían disparos y gritos, y los rugidos terribles del plantígrado.

Continuó arrastrándose: después, se apoyó en el tronco de un árbol y pudo ponerse de pie. Se sentía inmensamente débil, pero fue capaz de asomarse entre los árboles y llegar al lugar donde los caballos estaban trabados. Habían desaparecido. Comprendió enseguida que con ellos se había esfumado su última esperanza.

No disponía de ningún rifle… A la pistola que tenía en la mano solo le quedaban dos balas. La otra arma tenía toda la carga, y le quedaba aún la cartuchera llena. En suma, aproximadamente, cincuenta disparos.

Se le nublaba la vista, y pensó que sus heridas eran más graves de cuanto había supuesto. Ante todo, tenía que encontrar un lugar donde meterse, de forma que se detuvo cerca del tronco de un árbol, que le ocultaba casi por entero, y trató de recapitular.

¿Dónde podría esconderse?

Algunos de sus enemigos seguramente sobrevivirían, aunque estaba seguro de haber matado a Kid.

Ya no se oían más disparos a su espalda, ni más rugidos. Avanzó un poco más, y luego se acordó de haber visto a su llegada a ese sitio una gran roca hueca, de modo que fue arrastrándose hasta ella y quedó allí tumbado.

Pero comprendió que no podría permanecer mucho tiempo en este lugar. Necesitaba regresar, averiguar lo que había pasado, y buscar comida. Le era preciso, además, encender una fogata para calentar agua con la cual lavarse las heridas. La quemadura causada por la primera bala carecía de importancia, pero la segunda herida revestía cierta gravedad. La humedad de la espalda se lo anunciaba.

Seguramente perdió el conocimiento, pues cuando más tarde abrió de nuevo los ojos, el cielo era ligeramente grisáceo. Aún no había roto el día, pero no tardaría mucho en hacerlo. Era probable que por haber permanecido acostado, la misma postura hubiera contenido la hemorragia, pero tendría que moverse con cuidado.

¿Tendría la bala metida en el cuerpo? Palpó con cautela buscando el agujero producido por la bala al salir. Pero no halló ninguno. Luego tocó un bulto que atirantaba la piel… ¿una costilla rota? Volvió a palpar.

Se trataba de la bala… no podía tocarla ni verla, pero tuvo la certeza de que sí lo era.

Con precaución fue arrastrándose por debajo de la roca y

trató de incorporarse. Sintió algo extraño en la espalda y pensó que seguramente se trataba de la mucha sangre seca. Se arrodilló y recogió la pistola; después, apoyándose en la roca, cargó de nuevo el arma.

Tenía la mente asombrosamente despejada, pero no funcionaba al ritmo normal, sino con una lentitud exasperante.

Cuando menos lo esperaba, vio a su caballo que pastaba en la pradera próxima al arroyo. Había varios animales juntos y, por lo menos, uno de ellos estaba ensillado.

Dificultosamente cruzó el arbolado hasta llegar a un punto desde el cual le fue posible echar un vistazo al campamento. Nada se movía allí. Distinguía bien los objetos, pero no los colores. Unos pocos minutos después saldría el sol. Esperó, sin quitar la vista de aquel punto.

¿Qué le habría ocurrido a Zeke Ralls?… No estaría mal que aquel oso gigantesco hubiese acabado con él. Tener a uno de estos animales cerca no era cosa de broma, y menos si se trataba de aquel osazo inmenso que pesaría, por lo menos, de ochocientas a novecientas libras.

Zeb y Julia se ahorrarían muchos quebraderos de cabeza si el oso había dado fin a la vida azarosa de Zeke, porque era un individuo perverso, capaz de matar hasta sus propios sobrinos. Sin embargo, no estaba bien pensar así, aun tratándose de un asesino inmundo como Zeke Ralls.

Pero ¿y el viejo, aquel otro bandido…? Si alguno había salido con vida de la aventura, tuvo que ser este. Se encontraba algo apartado del grupo y en la parte oscura.

Fue aclarando el día. Jethro sentía seca la garganta, y le dolía la cabeza. Debería reposar y curarse la herida, mas para ello habría de ir en busca de los shoshones. Los indios tenían ciertas hierbas… ¿o eran, tal vez, los pimas? No le fue posible

recordarlo.

Se acercó al campamento, que estaba hecho un desastre… lo mismo que si hubiese pasado por allí un huracán.

Red fue al primero que vio. Tenía la cara desgarrada por el zarpazo terrible de unas uñas aceradas. En un estado lastimoso, Red yacía en el mismo lugar donde cayera… De seguro que tardó muy pocos minutos en morir.

También Kid estaba muerto. La bala de Jethro le había atravesado de lado a lado, precisamente a la altura del corazón.

Jethro se mantuvo cerca de un árbol y contempló despacio cuanto le rodeaba.

Faltaban dos… ¿dónde estaban? Entornó los ojos para poder ver entre la oscuridad reinante bajo los árboles, pero no logró distinguir nada, aparte de los dos cadáveres iluminados por la débil luz del amanecer.

Se dijo a sí mismo que habría de tener cuidado con la herida y conseguir un caballo para regresar lo antes posible a la vivienda de Harvey. Sin embargo, al mismo tiempo que lo pensaba, sabía que no regresaría. Había venido para quedarse, y se quedaría.

Lentamente, la luz fue filtrándose entre la arboleda. A lo largo del arroyo los pájaros trinaban en la maleza, y allá abajo, en el valle, bramó un ciervo. No se veía la menor señal del oso.

El equipaje se hallaba tirado por tierra, y uno de los paquetes había sido abierto. Descubrió su «Winchester» apoyado en el tronco de un árbol y se encaminó a recogerlo.

Casi había llegado allí cuando oyó una voz.

—Calculé que así iba a ocurrir.

Jethro seguía empuñando la pistola en su mano derecha y,

como llevaba el brazo bajo, existía la posibilidad de que Zeke no se hubiera dado cuenta. Porque de este se trataba.

—Tome un caballo y lárguese de aquí —le aconsejó Jethro —. No tiene motivos para matarme.

—Usted tuvo la culpa de que aquel oso se nos echase encima. Lo hizo todo a propósito.

Jethro no respondió. En realidad no podía decir nada, y experimentaba una curiosa falta de interés. Entornó los ojos, miro hacia la zona en sombras y procuró localizar a Zeke Ralls.

—Claro —dijo, al fin, deseoso de que el bandido hablara de nuevo—. Yo sabía que estaba allí; pero ustedes se proponían matarme.

Tuvo que aclararse la garganta para seguir hablando.

—Tome un caballo y lárguese de aquí —repitió.

¿Por qué Zeke no disparaba, si es que se proponía hacerlo? Jethro aguardó, pero el sonido fatal no se dejó oír. El sol iba surgiendo ahora sobre los picos de la montaña, y la nieve que bordeaba la cresta era muy brillante y deslumbraba.

Se sentó allí mismo donde estaba, sosteniendo la pistola entre las piernas. Inesperadamente, sonó un disparo, y, acto seguido, también él hizo fuego una vez, otra y otra más…

Silencio…

Aquel disparo había sonado de un modo extraño.

Jethro se levantó por el simple procedimiento de apoyarse en el tronco del árbol, y teniendo dispuesta el arma, empezó a cruzar la pequeña abertura. Zeke se hallaba sentado en un tronco caído, y estaba muerto. Su bala había ido a incrustarse en la tierra, debido probablemente a la contracción final de sus dedos.

El oso había realizado una buena faena. El cadáver tenía

una pierna horriblemente lacerada y el suelo estaba oscuro a causa de la sangre. El brazo izquierdo de Zeke se hallaba torcido, seguramente roto. Los dos disparos de Jethro habían dado en el blanco, pero las balas penetraron en un cuerpo muerto.

Encendió una hoguera y puso en ella la cafetera. Recogió el «Winchester» y lo dejó en tierra, a su lado. Luego, se echó una manta por los hombros, porque el frío matinal le producía escalofríos. Tomaría un poco de café para reparar las fuerzas, y después echaría una mirada a su herida. Tenía que extraer aquella bala y curarse como pudiera.

Lanzó una ojeada al arroyo. Los caballos habían olfateado el fuego y venían subiendo la ladera hacia donde él estaba. Oyó hervir el agua y entonces recordó que todavía no había echado el café.

Añadió algo más de leña. Luego retiró la cafetera de la fogata y echó agua fría para apagar los tizones encendidos aún. Al llenar la taza le temblaba la mano. Tuvo que usar las dos para llevársela a la boca. Probó el café y le pareció que nunca le había sabido tan bien.

El sol estaba ya bastante alto, pero no le calentaba mucho.

Bebió más café, y bajó con cuidado la taza.

Alzó la vista y buscó los caballos entre la niebla.

¿Niebla…?

Entonces fue cuando comprendió que iba a morir. Sin embargo, este pensamiento no le inquietó. ¿No sucedía igual a todo el mundo, antes o después?

—He llegado hasta aquí solo para morir —exclamó, riendo entre dientes.

Intentó volver a llenar la taza, pero la mano fue incapaz de sostener la cafetera, y se volcó.

—Probablemente tenía que ser así —murmuró.

Sintió que le invadía un frío intenso. Estaba muriendo, pero ¿es que un hombre moría realmente cuando dejaba alguien detrás? Él iba a dejar a Julia… sí, y a Zeb Rawlings y sus hijos.

—¡Julia! —gritó—. ¡Julia…!

Y cayó muerto.

El viejo proscrito esperó algunos minutos más, y luego salió de entre las rocas y caminó despacio hasta donde el otro estaba. Lanzó una mirada a su alrededor, recogió la cafetera y empezó a servirse café en la taza del muerto, pero enseguida la dejó caer y fue en busca de la suya.

La llenó y permaneció un rato bebiendo y contemplando con aire pensativo el cadáver de Jethro.

—Es mejor que hayan muerto todos —comentó en voz alta.

Dejó la taza en tierra y se dedicó a recoger las armas. Después, con todo cuidado, fue registrando los bolsillos de todos los muertos, sin quitarles más que el dinero. Se lo guardó, hizo un paquete con las armas y municiones, y fue a buscar el caballo ensillado.

Lo condujo al borde del macizo de árboles y ató detrás de la silla el paquete de las armas, porque estas representaban dinero. Estuvo rebuscando entre las provisiones e hizo un par de paquetes con las que mejor le parecieron. A continuación, montó a caballo y bajó hasta el arroyo, donde trabó dos animales de carga. Retrocedió y les colocó los paquetes que acababa de preparar.

Todavía le quedaba otra cosa que hacer. Con las hebillas de la cincha de una montura, calentadas al rojo, grabó los nombres en el tronco de un árbol:

JETHRO STUART 1883

ZEKE RALLS 1883

RED HART 1883

KID 1883

Tiró las hebillas a un lado y montó a caballo. Había descubierto un senderillo entre las rocas mientras permaneció escondido, y hacia allí se encaminó.

Era mediodía cuando se detuvo fuera ya de la primera loma, y volvió atrás la mirada. El valle se hallaba muy tranquilo e iluminado por el sol, y el arroyo era una cinta de plata entre la hierba.

—Yo no regresaré —dijo.

Capítulo XX

La estación tenía dos habitaciones. El empleado del ferrocarril estaba en una de ellas, teniendo a mano el telégrafo y los billetes. Una ventana daba a la sala de espera, en la que había bancos adosados a las paredes, y una estufa barriguda. Esta sala de espera tenía doce pies de ancho, por catorce de largo, y resultaba excesivamente grande para el uso a que estaba destinada.

Varios árboles gigantescos daban sombra a la estación y a un prado cercano. Las ramas de aquellos susurraban de continuo, y sus hojas de color verde pálido parecían estar besándose constantemente. Zeb Rawlings estaba habituado a este susurro, y le agradaba.

Julia había extendido un mantel a cuadros encima de la hierba, y estaba disponiendo la comida. Zeb se hallaba recostado en el tronco del árbol más próximo y dormitaba plácidamente.

Los chiquillos corrían de aquí para allá, y contemplaban la vía por la cual debería llegar el tren. Eva, que ya tenía cinco años, ayudaba a su madre. Linus, de siete, y Prescott, de nueve, jugaban a los indios entre la arboleda.

—¿Has visto alguna vez el rancho? —preguntó Julia.

—No —contestó Zeb—, pero en más de una ocasión he cruzado esa comarca a caballo. En todo aquel valle hay una hierba que te llega hasta los estribos. Creo que te gustará, Julia.

—Preferiría que no hubiera hierba.

—¡Eh, papá, mira! —gritó Prescott, desde el árbol donde estaba encaramado.

Buscando a su alrededor, vieron a Linus colgado por un brazo de la rama de un álamo, mientras con su otra mano se apretaba la garganta para sacar un palmo de lengua y simular que era un ahorcado.

—¡Linus! ¡Bájate de ahí! —le ordenó su madre.

—Es *Billy the Kid* y yo le he ahorcado, padre —explicó Prescott.

—A *Billy* no le ahorcaron, Press —corrigió Zeb—. Le mató Pat Garrett de un balazo. En julio próximo hará dos años.

—Ese es el único árbol bueno para ahorcar a alguien que ha quedado en todo el territorio —comentó Julia con irritación —. Me gustaría que lo talasen.

—Podrían necesitarlo —replicó su marido.

—Zeb Rawlings, sabes perfectamente bien que ya no se lincha a nadie. Ni siquiera a los cuatreros.

—Es un árbol precioso, Julia, y da una sombra excelente. Y la sombra es algo bastante escaso por esta región.

—La sombra del crimen.

Los chiquillos corrieron a contemplar de nuevo la vía férrea, y Julia se encaró con Zeb.

—¿No se te ha ocurrido pensar en mi padre? ¿Qué puede haberle pasado?

—Tu padre era un hombre que había cometido muy escasos errores —contestó el aludido—. Lo que le haya sucedido ocurrió sin duda mientras estaba haciendo lo que debía. Y el que dejó esas armas en la oficina de Correos, pensaba seguramente igual.

—Zeb…

—¿Qué?

—¿Sabes algo que me has ocultado?

—Ni pensarlo. Dejó una nota con las armas. —Y Zeb la sacó de un bolsillo—. Pensaba enseñártela, aunque no dice gran cosa.

«Una lucha a muerte en el Valle Lamar, Wyoming».

—¿Y nada más?

—Porter Clark se había levantado temprano esa mañana, y vio un hombre cabalgando hacia la ciudad. Identificó al individuo y creyó conveniente informarme de su presencia por aquí.

Zeb Rawlings contempló pensativo las oleadas bailoteantes que el calor producía a lo lejos.

—Era un viejo proscrito… uno de los bandidos que acompañaban a Dutch Henry allá en el Panhandle; participó en las luchas habidas en el Condado de Lincoln y también en la contienda de Horrell-Higgins.

—¿Y le viste? ¿Crees que fue él quien dejó las armas?

—Quién sabe —respondió Zeb, al tiempo que se encogía de hombros—. Puede tratarse de una coincidencia.

—¡Padre! —gritó Prescott, desde la vía—. ¡Ya viene! ¡Oigo al tren que se acerca!

Zeb prestó atención y oyó el silbato del ferrocarril, aunque algo lejos todavía. Se puso de pie y ayudó a Julia a levantarse.

—Querido, espero que le gustemos a tu tía.

Su marido le dedicó una sonrisa y contestó:

—¡Qué cosas dices, Julia! ¿Es que ha habido alguien a quien no le gustaras?

La cogió del brazo y juntos se dirigieron al andén, donde unas cuantas personas aguardaban la llegada del convoy. Zeb

vio que la pequeña Eva alzaba los bracitos, y la levantó del suelo.

Los chicos llegaron corriendo por la vía, y Julia los llamó al orden.

—¡Muchachos! Venid aquí con nosotros. Vamos, haced lo que os digo, o no volveréis a venir más.

Zeb echó un vistazo al andén y luego, muy despacio, volvió a dejar a su hija en tierra.

—¡Papá! —suplicó la niña.

—No, quédate ahí, Eva. Tu padre tiene algo que hacer.

Julia se apresuró a mirarle, pero él solo parecía interesado en el tren que se aproximaba.

Un hombre hablaba con el empleado de la estación, y otro se hallaba cerca. Ambos iban armados, cosa nada sorprendente, ya que la mitad de los presentes llevaban armas, también.

—¿Sabes qué aspecto tiene, Zeb? —preguntó Julia.

—¿Qué?

—Si podrás reconocer a tu tía Lilith.

La mujer se le quedó mirando, y enseguida lanzó una ojeada a su alrededor. Nada vio que pudiera alarmarla, pero se sentía intranquila.

—¿Qué pasa, Zeb?

—¡Vaya, aquí llega! —exclamó aquel.

El tren entró en la estación, chirriando estruendosamente las gigantescas ruedas de acero. Siguió hasta un poco más allá de donde ellos estaban, y después retrocedió hasta que los dos vagones de pasajeros quedaron situados ante el andén.

Con el rabillo del ojo Zeb pudo observar que los hombres que habían estado con el empleado de la estación se juntaban

a un tercero, no muy alejado de ellos. Todos miraron hacia donde él estaba, y luego fijaron la vista en el tren.

El primero que vio era un famoso proscrito, de forma que cabía suponer que también lo eran los otros. Ninguno de ellos le era conocido, pero sí su comportamiento, y mientras acompañaba a Prescott y a Linus hasta los vagones, iba pensando en lo que podía significar su presencia allí.

Prescott y Linus se detuvieron en seco al ver a Lilith. Lilith van Valen siempre había sido una mujer hermosa, y los años no le habían restado nada de esa belleza. Más aún, poseía esa notable distinción que uno tiene cuando sabe que es alguien… no en el sentido del dinero, sino en lo relativo a personalidad y posición. Elegantemente vestida, y con aspecto todavía gracioso y juvenil, era una figura atractiva, como ninguno de los chicos había visto hasta ese instante.

—¡Atiza! —murmuró Linus.

—Señora… señora, ¿es usted nuestra tía abuela Lilith? —le preguntó Prescott, sin querer dar crédito a lo que veía.

—La misma, si es que vosotros sois los hijos de Zeb. —Les puso las manos en los hombros, y se quedó mirándoles a los ojos con seriedad burlona, que le sirvió para ganárselos enseguida—. ¡Pero no os atreváis a llamarme tía abuela delante de ningún hombre joven!

—¡Lilith!

Miró a Zeb y le tendió la mano.

—Seguramente tú eres Zeb Rawlings. Confieso que eres mejor que Linus. Creo que te habría reconocido en cualquier sitio.

Contempló con interés y un destello burlón en los ojos a aquel hombre alto y de constitución fuerte, que tenía enfrente. Lilith, en sus buenos tiempos, había contemplado a

muchos hombres en el azaroso mundo de la frontera, pero, viendo ahora a Zeb, sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. ¡Qué orgullosa estaría ahora Eva, si pudiera ver a su hijo! ¡Cuán satisfecho se sentiría su hondo sentido familiar, si los viese a todos juntos de nuevo!

—¡Zeb… Zeb Rawlings! —Las lágrimas pugnaban por salírsele de los ojos, y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerlas—. ¡Maldita sea, Zeb! Había jurado que no lloraría más.

—Eres aún más guapa de lo que decía mamá. Me gustaría presentarte a mi esposa Julia.

—Encantada de conocerte —declaró Julia.

—Y yo muy satisfecha, Julia. No puedo expresar la satisfacción que este encuentro me produce.

—Ya has conocido a los chicos: Prescott… Linus, y esta es Eva.

—¡Anda, ven, y conocerás a «Sam»! —dijo Prescott, al tiempo que le tiraba de la mano.

—¿«Sam»? —preguntó Lilith, con extrañeza.

—Es nuestro caballo. Si quiere, tiene fuerza bastante para tirar de dos carromatos. No nos marcharemos a casa hasta que te presentemos a «Sam».

—Lo siento —dijo la recién llegada, mirando a Zeb y cogiendo a los dos muchachos de la mano—. Es preciso que conozca a «Sam». Quiero sentirme a gusto entre vosotros.

—Creo que esto significa mucho para ella —comentó Zeb con Julia—. Mucho más de lo que yo había supuesto.

Luego fijó la vista en los tres hombres, que se habían acercado a los vagones. Todos ellos estrecharon la mano a un individuo que acababa de bajar del tren. Zeb Rawlings sintió que la piel de la nuca le cosquilleaba.

—Charlie Gant…

En ese mismo instante, Gant, seguramente advertido por alguno de los tres hombres, se volvió para mirarle. Casi enseguida echó a andar en dirección a ellos.

Charlie Gant era un individuo alto, de aspecto retador y fanfarrón; poseía una figura llamativa, aun en la frontera, donde esto era casi común. Siempre vestía ropas costosas y era inútil preguntar si iba armado.

—¡Comisario! No me dirá que ha venido hasta aquí solo por verme, ¿eh? Me sería difícil creerlo. —Se echó atrás el sombrero y agregó—: Aquí tenemos a la bella señora Rawlings. ¡Es un placer verla!

—Vámonos, Zeb —pidió Julia.

—Le envidio, comisario. Una mujer hermosa con ojos bonitos… tan deslumbradora como ese sol del cielo.

—¡Zeb…!

Zeb Rawlings sonrió.

—¡Vaya, Charlie, qué sorpresa! No tenía idea de que estuvieras aún en este territorio. La última vez que te vi… bueno, me pareció que te disponías a abandonar el país.

Charlie Gant continuó sonriendo, pero su mirada no pudo ser más feroz.

—Cuando se tiene una gran familia como esta, Rawlings, no es raro que un hombre ame la vida.

—¿Y tú quisiste vivir, verdad, Charlie? —le preguntó su interlocutor con la mayor frialdad.

Súbitamente, Gant dio media vuelta y se alejó, y Julia, atemorizada, le siguió con la vista. Cogió a su marido por el brazo, y dijo:

—Es Charlie Gant, ¿verdad? ¿No me dijiste que estaba en Montana?

—No te preocupes más. Yo iré a buscar el equipaje.

Cuando regresó, Gant y los suyos ya no se encontraban allí. No obstante, Zeb observó con atención a su alrededor hasta convencerse. Con los hombres como Gant es preciso no andarse jugando.

Para ser criminal, como lo era Gant, se requieren ciertas condiciones mentales muy peculiares, condiciones que invariablemente conducen al fracaso y la captura. Una de ellas es el desprecio de las personas y de la Ley; otra es el optimismo. El criminal es un optimista invariable. Debe creer que todo tiene forzosamente que salirle bien; y, por si algo faltaba, ha de ser un gran vanidoso, creyendo que su habilidad engaña a la Ley.

Más de una vez Zeb había oído baladronear a un criminal: «Yo soy más inteligente que ningún *sheriff*. Nadie más que un loco trabajaría por el sueldo que a ellos les pagan».

No se daban cuenta de que ellos no podían ser más inteligentes que una docena o un centenar de *sheriffs*. La Ley se hallaba ahora bien organizada. Se cursaban descripciones completas de los criminales de una oficina a otra, y había una verdadera colaboración entre los *sheriffs* y los comisarios.

Los mismos atributos que les llevaban a convertirse en criminales, eran precisamente los que servían para traicionarles. El desprecio, el optimismo y la arrogancia llevan a la despreocupación, y esta conduce a la prisión o a la muerte.

Zeb se echó la maleta al hombro y caminó hacia el cochecillo. Iba pensando que en ese preciso momento, los muchachos de toda la comarca jugaban a «Jesse James y su pandilla»; y los hombres que debían de estar mejor informados se hacían lenguas del tesoro que Jesse había enterrado.

En sus dieciséis años de proscritos eran pocos los componentes de la pandilla de James que habían hecho algo medianamente decente, y la mayor parte de ese tiempo tuvieron que andar huyendo, escondiéndose en cuevas, graneros y cobertizos, mal alimentados, pobremente vestidos, recelando unos de otros y de todo el mundo.

La gente afirmaba que Jesse había sido asesinado por uno de sus mismos hombres. Lo que la mayoría ignoraba era que había matado a dos de los suyos y que planeaba acabar con todos.

En cuanto a su ferocidad, bastaba decir que un grupo de granjeros comerciantes de Northfield los habían recibido a tiros, matando a dos bandidos en la pelea. Los únicos hombres asesinados por la banda de James en Northfield, fueron uno que iba desarmado en el momento de cruzar la calle, y el banquero local, al que dejaron sin sentido en su despacho, y sobre quien Jesse disparó cuando huía del edificio.

Varios de los bandidos de Jesse James habían resultado heridos, y, posteriormente, cuando los Younger, Cole, Bob y Jim, fueron capturados, se vio que Jim tenía cinco heridas, Bob, dos, y Cole Younger, siete. Charlie Pitts había muerto.

Zeb depositó la maleta en el vehículo y la ató convenientemente con una cuerda. Llevando a Julia y a Lilith a su lado en el pescante, condujo el cochecillo hacia la ciudad y, una vez en ella, a la concurrida calle donde se encontraba el viejo hotel.

Bajó del asiento y ató los animales.

—Ve a ver las habitaciones, ¿quieres, Julia?

Dio media vuelta y fijó la mirada calle arriba. Lilith advirtió la expresión de Julia cuando observaba a su marido.

—¿Sucede algo malo, Julia?

—No… nada.

El vestíbulo del hotel era alto de techo y espacioso. Colgadas en la pared, dos cabezas de alce contemplaban a los visitantes, y, sobre el espejo, había otra de antílope. Detrás del mostrador, colgada a bastante altura, se veía una cabeza de búfalo, negra y monumental.

—¡Mamá! —dijo Prescott, cogiéndola por un brazo—. ¿Podemos Linus y yo dormir fuera? ¿Nos dejas, mamá? ¿En el coche?

—Está bien, pero sin andar corriendo por ahí. Habréis de dormir enseguida.

Zeb Rawlings siguió calle adelante, y se metió en la oficina del comisario local.

—¿Tienes un minuto libre, Lou?

—¡Zeb! Claro que sí.

Lou Ramsey dejó a un lado los papeles que leía y tendió a su visitante una caja de cigarros.

—¿Quieres fumar?

—No, gracias.

El comisario mordió la punta del puro y escupió en dirección de la escupidera.

—¿En qué puedo servirte, Zeb? Vamos, anda, dímelo.

Zeb se echó atrás el sombrero.

—Charlie Gant está en la ciudad.

—¿Qué?

—Le he visto bajar del tren. Le estaban esperando tres individuos.

Lou Ramsey frunció levemente el ceño, y sintió que la irritación se apoderaba de él. ¿Por qué tenía que ocurrirle esto ahora? ¿En el preciso momento en que todo marchaba a la

perfección y podía descansar?

—¿Y por eso has venido a verme?

—Precisamente.

—Zeb, nada puedo hacer con respecto a Charlie Gant. Es un ciudadano libre, y está en libertad de ir donde le plazca. Más aún —añadió—: aquí no queremos tener problemas.

Zeb dio la callada por respuesta, y Ramsey prosiguió:

—Sé lo que fue ese individuo, pero eso ya se terminó, Zeb. Ha transcurrido bastante tiempo desde el día en que su hermano resultó muerto. Debiste haberlos matado a los dos, Zeb, pero no lo hiciste, y nadie podría hacerlo ahora. Todo aquello pasó ya… y se terminó.

—¿Y por qué tiene que venir aquí, Lou? ¿No sientes siquiera curiosidad?

Ramsey miró malhumorado por la ventana. Zeb Rawlings era un viejo amigo y un buen funcionario policiaco. Acaso llegara el momento en que hubiera de pedirle ayuda, lo cual empeoraba la situación actual. Su ciudad se encontraba solo a sesenta millas al norte, y Zeb lo llevaba todo muy bien, y era conocido como un hombre que no sentía deseos de apretar el gatillo, lo cual era raro en los comisarios de la vieja época. Estos ocuparon su puesto en un tiempo en que lo más seguro era disparar primero y hacer después las averiguaciones.

Zeb seguía la tradición de los Bill Tilgham, Jim Gillette y Jeff Milton, todos ellos expertos con la pistola, pero dispuestos a conceder al adversario la oportunidad de rendirse. Eran hombres buenos, quizá los mejores.

La realidad era que existieron tres tipos de comisarios y *sheriffs* en la frontera. Los Tilgham, Gillette y Milton, y algunos otros que daban todas las ventajas a los demás.

Luego venían los Hickock, que no concedían la segunda

oportunidad. Si uno estaba conceptuado como camorrista, o si se presentaba en la ciudad creando dificultades, al primer movimiento en falso podía considerarse hombre muerto.

Y aun había una clase más, como aquella a que perteneciera Dave Mather, «el Misterioso». Si uno se presentaba en el pueblo dispuesto a buscar complicaciones, no aguardaban a más, sino que le salían al encuentro y disparaban sobre él dondequiera que le hallasen, sin perder tiempo en averiguaciones ni en juicios.

Por lo que respectaba a Zeb Rawlings podía asegurarse que donde él exhibía su placa de comisario, la Ley era cosa sagrada. La ejercía en silencio, seguro, y sin favoritismos. Había perdido diversos empleos por haber encarcelado a un ranchero pendenciero con muchos miles de cabezas de ganado, igual que si se hubiese tratado de un vaquero de los que ganan treinta dólares al mes.

Pero este asunto de Gant… tenía todo el aspecto de una cuestión personal. Lou Ramsey no sabía si este era el caso, pero lo temía. Cuando un hombre tiene que cumplir la Ley, no puede permitir la intromisión de personalismos.

—¿Qué quieres que haga? —quiso saber Ramsey—. ¿Expulsarle de la ciudad? Ya sabes que no puedo hacerlo. No llevamos la Ley en la funda de la pistola, Zeb. Eso se terminó. Además, ¿cómo me justificaría? ¿Es que se reúne con malas compañías? No está reclamado por ninguna autoridad.

—Siempre ha sido lo bastante listo para escurrir el bulto —replicó Zeb—. Nunca se ha dejado coger en la trampa. Charlie fue quien lo planeó todo, pero Floyd el que lo llevó a cabo. Fue Floyd quien dirigió la acción.

—Los tiempos han cambiado, Zeb —insistió Ramsey, que mordisqueaba el cigarro—. Ya no estamos en aquella época en que salían a relucir las pistolas por un quítame allá esas

pajas. —Se arrellanó en el asiento, y prosiguió—: La pandilla de James Younger fue la última.

Zeb miró burlón a su amigo.

—No lo creas, Lou. Aquí está todavía Charlie Gant.

—Tráeme una orden de detención, y echaré el guante a tu Charlie Gant.

Se abrió la puerta y entró el agente Stover.

—Lou, quieren tres *vigilantes* para el vagón que llevará mañana la remesa de oro.

—¿Tres?

—Es una remesa fuerte. Vale alrededor de los cien mil dólares. Será mejor que me haga acompañar de Clay y de Sims.

Cuando Stover se hubo marchado, Lou contempló a Zeb, que tenía la vista fija en el techo y hacía guiños.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Aquí nos pasamos el tiempo embarcando oro. Algunas remesas son importantes, y por eso situamos tres hombres para vigilarlas.

—¿Y qué ocurre cuando ya está cargada en el tren?

Lou Ramsey se puso de pie.

—Zeb, no te metas en más averiguaciones. Claro, Charlie Gant está en la ciudad… casi todos los delincuentes de la comarca han pasado por aquí en uno u otro momento, pero todavía no se ha perdido ninguna remesa de oro.

Rawlings se levantó y fue hasta la puerta, pero al abrirla, Ramsey le llamó:

—Zeb.

El aludido volvió la cabeza.

—No quiero problemas en la ciudad. Hace mucho tiempo que somos amigos, y como tal quisiera que te marcharas de

aquí.

Zeb Rawlings no replicó, sino que se limitó a salir y cerrar la puerta silenciosamente. Una vez en la calle se detuvo para recapacitar. Ahora tenía también que cuidar de tía Lilith como de su propia familia, pero marcharse al rancho sin preocuparse de aquel barril de pólvora que le amenazaba… no podría dormir en muchas noches, sabiendo que Gant merodeaba por la región. Y conocía demasiado bien al hombre para tener la seguridad de que no había olvidado.

Charlie Gant no volvería a sentirse tranquilo hasta que hubiese muerto el hombre que había matado a su hermano… y, lo que era mucho más importante para él, el hombre que sabía que Charlie había abandonado a su hermano cuando las cosas se pusieron difíciles, que él había escapado para salvar la piel. Si la noticia corría, Charlie Gant no encontraría un solo delincuente, por no mencionar a los hombres decentes, que quisieran cabalgar en su compañía.

Profundamente consternado, Zeb Rawlings regresó al hotel, contestando algún que otro saludo ocasional, pero con el pensamiento fijo en aquel inesperado conflicto. Sin embargo, no le pasaba por alto nada de lo que sucedía en la calle, debido a su larga experiencia. Cuando un hombre lleva varios años de comisario, lo ve todo sin que, al parecer, preste atención a nada.

Había proyectado quedarse en el hotel para hablar con Lilith sobre el pasado, ya que, después de todo, llevaba muchos años sin oír gran cosa de su familia, pero los chicos querían ir a visitar la mina porque nunca habían visto ninguna. Conteniendo su irritación, pues comprendía el interés de sus hijos, aceptó ir con ellos hasta la entrada del pozo.

Sabía que debía encerrarse en el hotel, pues hacía mucho

tiempo que había aprendido que debía alejarse del lugar de la pelea, si se quiere estar al margen de ella… y por la ciudad andaban Gant y sus secuaces. No obstante, si estaba en lo cierto al pensar que planeaban el asalto al tren, lo último que se les ocurriría sería buscar camorra en el pueblo.

Este tenía solo una calle a la cual poder dar este nombre. Su longitud era de una milla, y casi una cuarta parte, a ambos lados, estaba edificada. Luego, venían edificios diseminados con solares entre ellos.

La calle Poston, llamada así por uno de los colonizadores de Arizona, se cortaba casi al final de la parte construida, y ascendía ladera arriba en dirección a los edificios de la mina y la entrada al pozo, terminándose en la propia mina. A un lado se hallaban las oficinas de la explotación, detrás del laboratorio, y más allá el pabellón de los motores elevadores, que daba frente al pozo. Había también otras edificaciones tales como la herrería, el almacén, y un cobertizo alargado en el que se guardaban los troncos que luego serían empleados como puntales en la mina.

La jaula que bajaba los mineros al pozo tenía en su parte alta un gran cesto metálico, en el que cabían cinco toneladas de mineral. Cuando este llegaba a la salida, se abría la compuerta y el mineral caía en un recipiente gigantesco, desde el cual bajaba hasta los vagones colocados más abajo. Cada vagón era arrastrado para situarlo debajo de la tolva, se alzaba la compuerta de esta, y el mineral iba cayendo hasta llenar el vagón. Después, se cerraba la puerta metálica que impedía la salida del mineral.

El motor elevador chirriaba algo más allá, dejando escapar una blanca nube de vapor. Se veían linternas colgadas por todas partes, y se hallaban encendidas, aunque apenas había comenzado la tarde.

Linus corrió hacia la boca del pozo para mirar abajo, y su padre le llamó, alarmado.

—No te separes de mí —advirtió—. Ese pozo tiene mil pies de profundidad. Si tuvieras doscientos hermanos ahí abajo, puesto cada uno en los hombros del anterior, no llegarían arriba.

—¿Has trabajado alguna vez en una mina, padre?

—En algunas… pero no tan buenas como esta. Trabajé con oro de pocos quilates… aunque nunca llegué a verlo. Los mineros no ven jamás sino pedazos de piedra.

—¿Y es así como sacan siempre el mineral?

—No, en ciertos casos se emplea el sistema de noria, o sea una cadena sin fin en la que van enganchados muchos cubos. Pero en una mina tan profunda como esta, el sistema no resulta práctico. Se utiliza principalmente en las de carbón. Los hombres empujan las vagonetas cargadas de mineral y lo vacían en una especie de bolsón, un agujero inmenso cubierto por rieles de acero, al que llaman criba. El encargado de mover la jaula, vacía eso que veis ahí en la techumbre de la misma para que vaya a parar a los cubos, y desde allí lo eleva hasta la superficie.

Mientras hablaba observó al hombre que salía del laboratorio. En el tiempo que llevaban allí había oscurecido, y no podía distinguir con claridad la cara del hombre, pero cuando este pasó bajo la luz de una linterna Zeb vio que se trataba de Charlie Gant. Este le divisó en el mismo instante, y tras un momento de vacilación, se dirigió hacia donde él estaba.

—Muchachos, id hasta el pabellón de los motores, y veréis la máquina de vapor —insinuó Zeb a sus hijos—. Me reuniré enseguida con vosotros.

Gant se acercó a él y le saludó.

—Buenas tardes, Rawlings. El comisario me ha dicho que estuvo hablando con él. ¿Cree que esto lo hace un amigo?

—Jamás te he considerado como tal.

—No he venido buscando camorra —manifestó el otro—, pero si desea pelear, usted y yo solos, me parece bien.

—No tengo razón alguna para ello, Gant, mientras obedezcas la Ley y no te entrometas en los asuntos ajenos. Floyd y yo tuvimos diferencias en el terreno de la justicia. Eso quedó terminado. Por lo que a mí respecta, lo considero asunto liquidado.

—Pero fue a ver al comisario.

—Naturalmente. Todavía llevo esto —añadió, al tiempo que señalaba la placa que colgaba de su pecho—, y tu aparición por estos lugares se me hace sospechosa. Claro que yo nada tengo que ver. Es problema de Lou Ramsey, de forma que no busco pelea.

—¿Entonces quiere paz, comisario? —preguntó, cambiando de tono—. Para usted, Rawlings, solo existe una clase de paz: la que tuvo mi hermano.

—Me parece que no has aprendido mucho con lo que le ocurrió a él, ¿verdad?

—Calma, comisario, y procure no tentar demasiado a la suerte —replicó el facineroso, al tiempo que por sus ojos cruzaba un rayo de furor.

—Floyd cometió muchos errores graves… excepto cuando estaba a tus órdenes. Y tú fuiste el único que escapó.

Gant quedó como petrificado. Zeb Rawlings pudo observar el odio que le dominaba, pero el individuo supo contenerse, aunque no sin esfuerzo. Permaneció algunos minutos silencioso, observando la jaula del mineral que subía, bajaba, y volvía a subir para ser vaciada.

—Usted no es de mi agrado, comisario —manifestó por fin—. No me gusta lo que usted y los de su clase han hecho en esta región, y continúan haciendo. Antes, un hombre podía sentirse libre aquí, pero ahora apenas si puede respirar.

—No he visto ningún hombre honrado que tenga dificultades.

—Cualquier día de estos iré a visitarle junto con su familia. Le haré una visita que no olvidará nunca.

Giró sobre los talones y se alejó. Un minuto después, Zeb llamó a los muchachos, que esperaban no lejos de allí. Al acercarse, vio que cada uno de los chicos llevaba en las manos una piedra de regular tamaño. Encogiéndose, la dejaron caer a tierra. El padre sonrió y no hizo comentario alguno.

—¿Qué ha querido decir, padre?

—No tiene importancia, hijos. Pero ya sabéis cuánto preocupan estas cosas a las mujeres. Quiero que me prometáis, pero muy en serio, no decir nada de esto a mamá. ¿Estamos, Prescott?

—Te lo prometo.

—¿Y tú, Linus?

—Cuenta conmigo; te lo prometo, y cumpliré mejor que Prescott.

—¡Bueno! Ahora vamos para abajo.

Iniciaron el descenso de la colina, y, aunque Zeb procuraba disimularlo, marchaba muy alerta. Para Charlie Gant había ahora algo más importante que la venganza, pero nunca se puede afirmar nada… hay momentos en que las emociones derrotan a la razón, y Charlie Gant era un hombre que sabía odiar.

Zeb siguió caminando en compañía de sus hijos, disfrutando con la frescura del aire del anochecer, después del

calor del día. Podía decirse de él igual que del desierto. Era un hombre de temperamento impulsivo, pero se enfriaba enseguida de ponerse el sol.

Las ventanas se hallaban iluminadas, y en las aceras había hombres charlando y fumando. Al extremo de la calle jugaban algunos niños, y los caballos sujetos a las talanqueras descansaban apoyándose tan solo en tres patas… mientras esperaban al jinete. Desde el interior de los *saloons* llegaba el ruido de los tacos de billar, y el que producían los jugadores de naipes.

Zeb se detuvo a la entrada del hotel y dejó que los chicos subieran solos. Pensó que esto de entrar y salir de la ciudad llevando ganado era la parte de la vida que más le había gustado siempre. Sin embargo, cuán pronto aprende uno a presentir el peligro. Es un instinto que se adquiere con el tiempo. Solo que él no era el comisario de este lugar, sino Lou Ramsey.

Volvió a reflexionar acerca de la pistola y el rifle dejados por el extraño jinete, y el mensaje que acompañaba a las armas. Si lo había hecho aquel viejo proscrito, representaba una curiosa señal de respeto, algo que iba más allá de la Ley y de lo imaginable.

Claro que estas eran cosas que ocurrían antaño y, en cierto modo, seguían ocurriendo todavía. Los hombres que caminaban a ambos lados de la Ley se conocían y solían respetarse. Había ocasiones en que un *sheriff* era un exdelincuente arrepentido, pero ello nada significaba. Lo que se respetaba mutuamente eran el valor, el juego limpio, el ingenio y la habilidad.

Cuántas veces había él estado sentado en alguna casa ranchera oyendo referir al propietario la astucia con que le habían burlado los ladrones de ganado. Y eran muchas las

historias que corrían acerca de los indios que robaban caballos, su deporte favorito.

Como le sucedió al soldado a quien una vez le mandaron que llevase a pastar el caballo de carreras del regimiento. Llevaba el animal sujeto con una cuerda, pero no se tomó la molestia de trabarle. Para tener la certeza de que el caballo estaba seguro, no soltó de la mano el otro extremo de la cuerda. Era un día de sol brillante, y la hierba era magnífica y muy verde. El cuadrúpedo mordisqueaba la hierba, y el soldado vigilaba sus movimientos cuando, de repente, observó que en la mano sujetaba una cuerda, pero nada más. Le habían robado el caballo delante de sus propias narices. ¿Se habría quedado dormido? ¿Cerrado los ojos por un momento, mirando a lo lejos sin darse cuenta? Fuera lo que fuese, el caballo se había esfumado y no le volvieron a ver jamás.

Por detrás de Zeb pasó un vaquero y le saludó. Zeb respondió dándole las buenas noches. Alguien comenzó a tocar un piano al final de la calle, y en el restaurante se cayó un plato y se rompió. Zeb Rawlings saboreaba la paz de la noche.

El viejo Jethro había muerto allí en Lamar Valley. Alguna vez tendrían que ir por allí. Julia le había dicho que su padre acostumbraba hablar de su proyectado regreso a ese lugar. Era un valle pequeño, alejado del nacimiento del Yellowstone, lo que deseaba volver a ver. Y lo más probable era que hubiese sido allí donde murió.

Prescott salió a la puerta para decirle:

—Papá, de parte de mamá que subas a cenar. ¿Es que no quieres venir?

—Claro, hijo mío.

Una vez sentados a la mesa tardó unos momentos en darse

cuenta de que la hermosa mujer que acompañaba a Lilith era verdaderamente su esposa. Se había peinado el cabello de cierta manera, y nunca la había visto él tan atractiva. Lucía también un vestido que no se había puesto hasta ahora… sin duda uno de los de Lilith.

Se sintió un poco molesto en el fondo por no haber podido comprarle alguna vez un vestido semejante. Y lo más probable sería que nunca pudiese hacerlo. La gente espera que los funcionarios encargados de velar por el cumplimiento de la Ley trabajen mucho, pero no les agrada pagarles como es debido.

Se quedó mirando a su tía Lilith y evitó fijar la vista en su esposa.

—Tía Lilith, ¿es que Julia no piensa venir a cenar? Yo suponía que…

—¡Pero Zeb…! —le interrumpió aquella.

—¡Cómo! —exclamó, con asombro burlón—. ¡Vaya, Julia! ¡No te había reconocido! Nunca te he visto más guapa.

Comprendió la mujer que este asombro era fingido, pero resultó muy de su agrado.

—¿Te gusta de veras?

—Claro que sí… y gracias, Lilith. Veo en esto tu mano y la ciudad de San Francisco.

—A las mujeres nos va bien cambiar de aspecto de vez en cuando… peinarnos de otro modo… algo…

—Si esta es la muestra, acepto tu criterio —respondió él, y dedicó a su esposa una mirada aprobatoria—. Aunque tú no necesitas cambios, Lilith —agregó.

Esta se le quedó mirando, pensativa. Su sobrino poseía una cualidad muy de su gusto.

—Te doy libertad completa en el rancho, Zeb, pero no

vamos a disponer de mucho capital. Es bastante poco lo que traigo de San Francisco.

—Tampoco yo dispongo de mucho —declaró él en voz baja —. De forma que estamos en igualdad de condiciones.

—Lo que estaba pensando —prosiguió Lilith—, es que será necesario que dediques todo el tiempo al rancho.

Rio él antes de contestar:

—¡Ah, vamos, ya entiendo! Tú y Julia habéis conferenciado y habréis dicho: «¿Cómo podemos evitar todas estas tareas policíacas y obligarle a que se esté quieto en un sitio?».

Calló un instante, contempló con seriedad a las dos mujeres, y siguió diciendo:

—Será para mí una alegría permanecer tranquilo, siempre que pueda hacerlo. Los hombres trabajan mientras les es posible. No estoy lo bastante educado para ayudar a redactar las leyes, y lo único que puedo hacer es ejecutarlas. Julia no quiere que vaya armado. Dejaré la pistola en cuanto pueda…; hasta entonces será necesario que la usemos los hombres pacíficos porque también lo hacen los delincuentes, y no podemos permitir que tengan la fuerza en sus manos. Te gustará saber —concluyó, mirando a su esposa—, que Charlie Gant se va a marchar de la ciudad.

Capítulo XXI

Zeb Rawlings saltó de la cama al amanecer, como tenía por costumbre desde hacía años. La habitación del hotel en que habían pasado la noche tenía por único mobiliario una silla, un lavabo con su jarro de agua correspondiente, un espejo pequeño encima, y la cama. Esto era todo.

Hombre siempre silencioso, esta mañana se vistió con cuidado especial para no despertar a Julia. Sin calzarse, llevando puestos solo los calcetines, se acercó a la ventana y contempló la calle.

A esa hora, la calle se encontraba relativamente vacía, pues el sol aún no había surgido de detrás de las montañas. Pero allá en la acera haraganeaba un individuo dedicado a fumar un cigarrillo. En el suelo, alrededor suyo, se veían bastantes colillas, lo cual demostraba que hacia tiempo que se encontraba allí.

Levantando los ojos, Zeb echó un vistazo a la mina. Vio un carromato que estaban cargando varios hombres. En el pescante se hallaba un vigilante armado, y, muy cerca, había otros dos a caballo.

El individuo de la calle volvió ligeramente la cabeza, y Zeb vio que se trataba de uno de los que habían ido a la estación para esperar a Charlie Gant. Era evidente que todo estaba bien preparado. Cada pieza ajustaba en el sitio adecuado.

Zeb fue hasta la silla, se sentó y se puso las botas. Recogió el sombrero, la chaqueta y el cinturón con la pistola. Llegó a la

puerta, la abrió en silencio y salió al pasillo. En el cuarto de baño situado al fondo se ajustó el cinturón del que pendía el arma, se lavó las manos y cara, y después se puso la chaqueta.

Todo esto requirió tiempo, pero precisamente era eso lo que Zeb necesitaba. Primero se ocuparía de ver lo que había pasado con el carro y sus *vigilantes*, pero no era en ellos en quienes pensaba, sino en Charlie Gant y el oro.

Su larga experiencia le marcaba casi los pasos que iban a darse. Había estado seguro de que en la calle pondrían uno de guardia para cerciorarse de que la remesa de oro salía de la mina y era cargada en el tren. El telégrafo era muy valioso para los representantes de la Ley, pero también significaba una ayuda inmensa para los delincuentes.

El vestíbulo del hotel estaba vacío cuando él lo cruzó, y, al salir a la acera, había desaparecido el que estuvo de guardia. Calle arriba, a cierta distancia, Zeb vio el pesado carromato con el oro, que bajaba hacia la estación, la cual quedaba fuera de la ciudad. Cuando el cargamento llegase allí, también estaría el observador, o bien no andaría muy lejos.

Calle abajo, frente al restaurante «Bon Ton», un hombre con delantal estaba barriendo la acera. Los rayos solares se filtraban por los espacios vacíos que dejaban los edificios, y en el extremo de la acera, la escoba, se veía tan pronto iluminada como en sombras.

Linus y Prescott acababan de levantarse, y Zeb se sentó con ellos y fumó un cigarrillo, en tanto que los muchachos se lavaban en la fuente de la caballeriza.

A bastante distancia silbó un tren… el procedente del Este, que cruzaba por allí poco tiempo antes de hacerlo el del Oeste, el cual tenía que recoger el oro. Si iba a hacerse algo con Charlie Gant tendría que ser ahora. Sentado aquí, en el banco de la caballeriza, Zeb reflexionó acerca de la cuestión.

Unas cuantas horas antes había llegado a la misma conclusión, pero tenía que estudiar a fondo la situación por si había alguna alternativa.

Si le dejaban actuar libremente, Charlie haría lo que tenía en proyecto, y después estaría en condiciones de ir en busca de Zeb Rawlings; mientras el bandido viviese, ni Zeb ni los miembros de su familia podrían vivir seguros. Iban a ser muchos los momentos en que él tendría que permanecer alejado del rancho, y la mayor parte del tiempo habría de pasarla en la serranía… dejando sola a su familia, virtualmente desamparada, si a Gant se le ocurría atacar por este lado… y Charlie era tan criminal como para obrar así.

Cuando Zeb entró en el comedor del hotel acompañado de sus hijos, estaba allí Lou Ramsey, sentado a la mesa con tía Lilith y Julia. Se levantó y le recibió con cara seria.

—Anoche tuve la visita de Charlie Gant —dijo—. Y esto no me gusta, Zeb.

—¿Algo más?

—Me explicó que te había visto. Que andabas buscándole camorra.

—¿Y le has creído?

—Zeb, poco importa que le crea o no —replicó Lou, furioso—. Si tienes ganas de peleas, que sean en tu terreno, pero no aquí en el mío. Esto no lo tolero, Zeb.

—No habrá nada de eso. Gant se ha marchado. Esta mañana, antes del amanecer, salió de aquí a caballo.

Ramsey vaciló, asombrado y molesto por el informe, aunque casi lo esperaba.

—¿Solo?

—No me vengas con disimulos. Se llevó consigo a su pandilla, lo sabes tan bien como yo, y sabes que deben de

estar esperando al tren en algún punto situado entre esta ciudad y Kingman.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Lou, si tuviese a mi disposición tres agentes… o siquiera dos, haría que me acompañaran en ese tren.

—No conseguirás engañarme lo más mínimo, Rawlings. No es un asalto lo que esperas. Sé lo que te pasa con Gant. La primera vez fue en Tejas… y aún llevas en tu cuerpo la bala que te disparó. Luego, lo de Oklahoma, cuando mataste a Floyd. Y ahora… aquí.

Ramsey lanzó una mirada a Julia y a Lilith.

—Lo lamento —agregó—. Tendrán que perdonarme. Si ustedes no pueden contenerle, yo debo hacerlo porque no quiero que me convierta esto en un campo de batalla.

—Todavía no has comido, Zeb —comentó, disgustada, Julia—. ¿Por qué no te sientas?

Lou Ramsey abandonó el comedor a grandes zancadas, y Zeb se dejó caer en una silla. Contempló a Lilith y se excusó:

—Perdona, tía Lil. Siento que todo esto haya tenido que suceder precisamente cuando tú acabas de llegar.

La camarera sirvió café, y luego el desayuno de Zeb. Poco a poco fue serenándose. Sentía sincera simpatía por Ramsey, y no quería indisponerse con él porque comprendía la posición en que se encontraba el comisario amigo. Culpaba a Ramsey no por la actitud adoptada, sino porque se daba cuenta de lo que se avecinaba.

—¿Quién es ese Charlie Gant? —quiso saber Lilith.

Zeb la miró sorprendido, no por la pregunta en sí, sino por haber dado lugar a que se la hiciese. Pensó que podía ser de suma importancia que estuviese informada de quién era el bandido.

Charlie Gant era un tahúr, y también un proscrito. Más aún, era hermano de Floyd Gant, que no solo fue un facineroso, sino también un pistolero.

Le resultó extraño pensar cuán pocos pistoleros eran proscritos en ese momento. Algunos de ellos lo fueron con posterioridad, debido a ciertos cambios en la actitud pública, o en la de la Ley.

Un pistolero no era más que un hombre que, por una rara habilidad, poderoso nervio y extraordinarias facultades de coordinación, manejaba el arma mejor que los demás mortales. No pertenecía a un tipo distinto de persona, aparte de poseer la habilidad poco común de enfrentarse a otro hombre armado y devolverle los balazos, ni procedía de una determinada profesión o clase social. La mayoría de los pistoleros habían sido representantes de la justicia, y lo de ahora no era sino el resultado de su destreza, más que otra cosa.

El célebre Hickock fue conductor de una diligencia y explorador al servicio del ejército. Wyatt Earp, Bat Masterson, Billy Brooks, y muchos más fueron cazadores de búfalos; Clay Allison, Pink Higgins, y John Slaughter habían sido rancheros, Ben Thompson un tahúr, Doc Holliday dentista, Temple Houston abogado. El tristemente famoso Billy «el Niño» fue un vaquero inquieto y un tahúr; después se convirtió en combatiente durante la guerra del Condado de Lincoln, y desde el final de la contienda se había transformado en un proscrito más.

Chris Madsen había estado al servicio de diversos ejércitos, entre otros la Legión Extranjera Francesa; Buckey O'Neill se había dedicado al periodismo, a la judicatura, y fue inspector escolar y *sheriff* de una ciudad fronteriza. Eran muchos los pistoleros que habían sido soldados.

Pero ¿y Charlie Gant, quién era?

—Me resulta difícil el poder responder a tu pregunta, tía Lil —dijo Zeb—, y Lou Ramsey lo sabe. Por esto se ha mostrado tan quisquilloso en este asunto.

—Conocimos primero a Floyd —terció Julia—. Zeb le encontró en el Panhandle, cuando se dedicaban a cazar búfalos.

—No es que llegáramos a ser amigos —aclaró Zeb—, pero nos llevábamos bastante bien. Existía cierta rivalidad en cuanto a la destreza de cada uno de nosotros en el manejo de la pistola, pero con el rifle yo era más hábil. Hicimos una apuesta sobre quién cazaba más búfalos, y le gané. No se hicieron comentarios entonces, mas a Charlie le sentó mal que yo hubiese ganado. Floyd lo tomó por las buenas, pero Charlie perdió bastante dinero.

Zeb Rawlings se arrellanó en el asiento y miró cómo le llenaban la taza de café. Al hablar de los tiempos idos se situaba de nuevo en el pasado. Miró de reojo a Julia, y observó que también por sus ojos cruzaba el brillo de la remembranza.

Fueron muy buenos aquellos días, después de su regreso del Panhandle a Kansas City, donde Julia estaba esperándole. La caza le había producido mucho dinero, y vivían bien. Se trasladaron a Nueva Orleáns, y de aquí marcharon en barco a Galveston. Él compró ganado, y juntos hicieron el recorrido hasta Kansas, en cuyo lugar lo vendió con jugoso beneficio. Y comenzó a pensar que se hallaba en el camino del triunfo.

Su segundo negocio ganadero se convirtió en rotundo fracaso. Al llegar a un sitio llamado Nation, el ganado salió de estampida y perdió casi la mitad. Posteriormente sostuvo una enconada lucha con los indios kiowas, durante la cual se le escaparon las restantes reses, y Zeb con tres de sus hombres estuvieron combatiendo a los kiowas por espacio de tres días,

en los que carecieron hasta de agua. Uno de ellos murió, y Zeb y el otro trasladaron al tercero, medio muerto, a lomos de su único caballo.

En esta ocasión no fueron buenas las noticias que recibió Julia. Había ido a esperarle en Dodge, y el poco dinero que les quedaba apenas bastó para que pudieran regresar a Tejas. Zeb Rawlings marchó a Austin y allí ingresó en los Rurales de Tejas, permaneciendo con ellos dos años.

Más tarde le nombraron comisario en una pequeña población vaquera del oeste de Tejas, y ahí fue donde volvió a presentarse Charlie Gant. Antes de que Zeb se hiciera cargo del puesto le hablaron sobre el establecimiento de Gant… donde se habían producido varios asesinatos, y dos jugadores, por lo menos, que lograron tener buenas ganancias en las mesas de juego, fueron muertos al salir de allí.

Zeb Rawlings fue allá, observó, escuchó, y llevó a cabo una investigación meticulosa. Luego, un individuo fue apuñalado y abandonado medio muerto a espaldas del garito por orden de Gant o, al menos, con su consentimiento.

No disponía de pruebas suficientes para arrestarle, ni había tribunal alguno en cien millas a la redonda, de manera que Zeb entró en el establecimiento y se fue directamente al bar. El propio Charlie le salió al encuentro.

—No —dijo, rechazando la bebida que aquel le ofrecía—. Vengo a clausurar esto, Charlie.

Gant se limitó a mirarle fijamente. Pasados unos segundos, replicó:

—No sea loco. No puede clausurar mi negocio.

—A las doce del día —y eran algo más de las diez—, este garito se hallará cerrado. A las dos sale una diligencia y deberás ir en ella.

Gant soltó una risotada, pero muy a la fuerza.

—Está haciendo una locura, Rawlings. No quiero cerrar, y no puede obligarme a ello.

—Si pudiese probar algunos de los crímenes que has cometido —le rebatió aquel en tono mesurado—, saldrías de aquí esposado y con vigilancia. Tal como están las cosas, te concedo esta oportunidad.

Zeb Rawlings jamás olvidaría esa mañana. Salió del garito a la brillante luz del sol, sin tener la menor idea de cómo podría obligar a Gant a cerrar y marcharse.

Pocos minutos después de las once, dos hombres de Gant entraron a caballo en la población. Uno de ellos fue a la caballeriza y se situó allí como observador. El otro, después de hablar con Gant, cruzó la calle, fue a colocarse frente a la oficina del comisario, y encendió un cigarrillo.

A las doce menos cuarto, el banquero local y varios ciudadanos más fueron a visitar a Zeb, armados de pistolas y «Winchester».

—Estamos dispuestos para acompañarle, Rawlings. Si quieren movimiento, lo van a tener.

—Gracias —les respondió—, pero ustedes se limitarán a quedarse sentados aquí en mi oficina. Dejen que sea yo solo quien resuelva este asunto.

Se sintieron defraudados, cosa que él sabía de antemano, pues como en la mayoría de las ciudades del Oeste, el carnicero, el panadero y el confitero habían sido vaqueros, combatido a los indios, o se trataba de veteranos de la Guerra Civil, anhelantes siempre de volver a montar a caballo.

Rawlings salió por la puerta trasera, pasó agachado entre dos edificios, y se metió por la entrada lateral de un almacén vacío. Luego subió al tejado.

Esta edificación figuraba entre las primeras que se levantaron al fundarse la ciudad, época en que los ataques de los comanches eran frecuentes. El tejado tenía un parapeto de tres pies de alto a todo su alrededor, con troneras espaciadas. Varias de estas troneras caían frente al garito, y Rawlings había observado anteriormente que desde ellas enfilaba la planta baja y el primer piso de aquel establecimiento.

Se había llevado consigo un trozo de chimenea doblado en forma que pudiera emplearse como altavoz, y, desde la posición que ocupaba, gritó:

—¡Bueno, Gant, te quedan cinco minutos!

El individuo situado frente a la oficina del comisario dejó caer el cigarrillo que fumaba y se apresuró a echar una mirada a su alrededor. Más que nervioso al ver el inesperado grupo armado que se había reunido, se sentía realmente alarmado. Sin embargo, no logró divisar al comisario, a pesar de mirar hacia todos lados. Dentro del garito, Gant con dos empleados del bar y tres clientes, bien armados todos ellos, aguardaban, dispuestos a pelear.

Transcurrieron los cinco minutos.

Su término fue señalado con el inesperado estampido de un rifle «Spencer» del calibre 56, especial para la caza de búfalos. Zeb lo prefirió a su «Winchester» por el efecto psicológico del estampido de aquella especie de cañón.

Su primer disparo hizo blanco en el poste donde se recostaba el individuo que vigilaba. El grueso proyectil se estrelló allí con una fuerza tremenda, partió el poste y roció de astillas al bandido.

Instantáneamente, Rawlings se volvió y, haciendo fuego desde otra tronera, destrozó el farol colocado encima del otro vigilante y le dio un baño de vidrios y petróleo. Ambos individuos corrieron en busca de refugio, y Rawlings se

encargó de apresurar la marcha de uno con la explosión de otro disparo del «Spencer», cuya bala fue a incrustarse en la pared, un poco más allá de donde el tipo se encontraba.

Apuntando el arma hacia el establecimiento, donde los que aguardaban no le habían localizado todavía, Zeb inició un fuego a discreción. El primer balazo deshizo materialmente la rueda de la ruleta, que Gant había importado a un elevado precio; el segundo abrió en dos el mostrador del bar, detrás del cual podía ocultarse alguien; y el tercero hizo añicos el monumental espejo colgado detrás del mostrador. Este último dejó una buena huella de su paso en el marco de la ventana colocada a la derecha de la puerta.

Después de hacer siete disparos más, cargó velozmente el arma. Fría y metódicamente estuvo barriendo el garito de un extremo a otro con los proyectiles del 56. Destrozó botellas en la estantería del bar, y apuntaba a todo lugar donde era posible esconderse.

Al acabársele la carga, volvió a meter nuevos proyectiles en el depósito del «Spencer», y otra vez barrió el garito desde el suelo hasta el techo, de una pared a otra.

Un disparo le respondió desde el piso superior del edificio contra el cual estaba haciendo fuego, pero ello no le preocupó. Corría de una tronera a otra, y en el muro de adobe que le guarecía hubiese sido capaz de contener hasta una bala de cañón.

En el bando contrario, las débiles paredes de las habitaciones construidas sobre el garito no servían para detener proyectiles de calibre alguno. Uno del 44 o del 45 habría atravesado de seis a nueve pulgadas de madera de pino, y los suyos del 56 eran capaces de mucho más que esto. A la distancia escasa de sesenta pies, una de estas balas lo atravesaba todo, incluyendo el edificio de lado a lado, a

menos de chocar con una viga.

Escogiendo todos los lugares susceptibles de ocultar un hombre y aun permitirle escudarse para devolver los disparos, Rawlings los fue barriendo a todos con el fuego de su «matabúfalos». No deseaba matar a nadie, sino simplemente demostrar que haría lo que se había propuesto.

Y nadie murió, pero cuatro de los delincuentes que había en el garito resultaron levemente heridos, y todos se mostraron dispuestos a abandonar la ciudad. Gant, por su parte, salió de ella, jurando regresar.

Dos meses más tarde, volvió en compañía de dos pistoleros a sueldo, y calcularon exactamente el momento en que Zeb Rawlings saldría del «Restaurante LXL». Le sorprendieron en la misma puerta, y la primera bala le hizo girar en redondo y pegarse a la pared. Esto le salvó la vida, porque ese primer disparo fue seguido por la detonación de un fusil de dos cañones, que abrió en la puerta un agujero tan grande como la cabeza de un hombre. Aunque Rawlings se hallaba herido, no por esto podía considerársele eliminado. Abrió fuego desde el portal del restaurante, y, a continuación, consiguió salir a la calle.

Su primer tiro mató un caballo; con el segundo hirió a uno de los pistoleros a sueldo. En la escaramuza que siguió, ambos pistoleros fueron muertos, y una bala alcanzó a Gant en el vientre, pero fue rechazada por la gran hebilla rectangular de su cinturón. Esta hebilla, grande y gruesa, le salvó la vida.

Un segundo balazo le produjo una herida ligera en las costillas, a pocas pulgadas del corazón, y Gant, muy asustado, huyó de la población. Pasaron algunas semanas antes de que curase la herida recibida, pero en la conciencia de Charlie Gant quedaba una cicatriz que duraría muchísimo tiempo.

Al año siguiente, después de sanar las cuatro heridas con

que Zeb salió de la escaramuza, fue nombrado Comisario Federal de los Estados Unidos y destinado al Territorio Indio.

Se trataba de un buen empleo. Aquel territorio estaba lleno de proscritos, unos cuantos protegidos por indios renegados, pero la mayoría considerados indeseables. Los indios que poblaban el Territorio Oriental pertenecían casi todos a las Cinco Tribus Civilizadas: los cherokees, los choctaws, los chickasaws, los creeks y los seminolas. La mayor parte vivía igual que los hombres blancos. Eran muchos los que habían recibido educación, gran parte eran veteranos de la guerra, y otros tenían antepasados que combatieron con Jackson o contra él.

Zeb Rawlings los estimaba, y ellos le correspondían.

Su trabajo le agradaba. Era un magnífico seguidor de pistas y, como estaba acostumbrado a pasar largas horas a caballo, se conquistó el respeto de todos, incluyendo a los delincuentes que perseguía y arrestaba.

Precisamente fue uno de estos quien le advirtió.

Del Meggeson era un cuatrero de los más hábiles. En el curso de su azarosa vida había asaltado unas cuantas diligencias, robado bastantes vacas, luchado contra los indios, y trabajado como conductor en una línea de transportes. Estaba reclamado por haber participado en un tiroteo habido en Cabin Creek, y Zeb Rawlings fue en busca suya y le capturó.

Del vio el reflejo de la estrella prendida en el pecho de su perseguidor, y trató de sacar la pistola, pero Zeb Rawlings se lo impidió con una sola palabra.

—¡No! —pero fue una palabra firme, una orden seca que repercutió en la cañada—. ¡Del, te tengo encañonado!

Meggeson no era ningún tonto y dejó la mano quieta donde estaba. Aquel era un juego limpio, y así lo comprendió.

Poco a poco fue tranquilizándose.

—No puedo verle —dijo como si estuviese sosteniendo una conversación—, y nunca he oído antes su voz, pero solo un hombre en esta región me habría sorprendido de esta forma. Usted tiene que ser Zeb Rawlings.

—Empiece por desabrocharse el cinturón, Del, y déjelo caer.

Con sumo cuidado, Meggeson hizo lo que acababan de ordenarle. Sabía que no tenía escapatoria posible.

—Acérquese al fuego —ordenó Zeb—. El café está hecho, y si ha venido siguiéndome, ha tenido que cabalgar mucho.

Zeb enfundó su arma, y Del sonrió al ver el ademán. Le gustaban los hombres de valor, y le agradó que le concedieran el beneficio de la duda.

Rawlings recogió las armas del otro y las colocó al alcance de su mano.

—Podría registrarle, pero me basta con su palabra. ¿Lleva alguna pistola escondida?

Del tuvo un instante de duda; después, rio entre dientes.

—Con usted no se puede, comisario. —Sirviéndose solo del índice y del pulgar, sacó un arma pequeña que escondía en la cintura, y la tiró al otro lado de la hoguera.

Permanecieron varias horas sentados junto al fuego, cambiando impresiones acerca del Oeste y refiriendo historias de la región. A la mañana siguiente, después del café, fue cuando Del le advirtió:

—Zeb —exclamó, de pronto—, voy a hacerle una pequeña confidencia. Charlie Gant se encuentra en el territorio, y está azuzando a Floyd contra usted.

En la interminable jornada del regreso salió a relucir la historia completa. Los hermanos Gant, después de formar

parte de varias bandas de facinerosos, habían terminado por unirse a la de Cad Pickett. Charlie era el cerebro de la pandilla, junto con Cad y Floyd, pero este último ya demasiado conocido en Tejas y aun en toda la nación. Circulaban muchos carteles con su fotografía, y se aseguraba que había matado a once hombres, siete de los cuales pudieron ser identificados.

—Floyd es rápido, Zeb. Es muy rápido con la pistola, y Charlie le ha estado animando para que le mate. Charlie no será feliz hasta que usted haya muerto.

—Gracias.

El encuentro se produjo antes de lo que Zeb podía esperar.

Cuando Zeb Rawlings se presentó en los almacenes de Boggy Depot aquella hermosa mañana de sol, no pensaba ni mucho menos en los Gant. Su misión era bien sencilla: encontrar y arrestar a un indio llamado Sanders, que había cometido un crimen.

Zeb se detuvo en el Fuerte Washita, y ahí le indicaron que el individuo que buscaba lo encontraría en Boggy Depot. Un mestizo desconocido le facilitó el informe.

El establecimiento era un edificio bajo y alargado, de techumbre ondulada, y un tejadillo que servía para guarecerse del sol. Un hombre dormitaba, al parecer, en una silla junto a la puerta. No había caballos atados en la talanquera.

Zeb abrió la puerta, penetró en el interior, y en ese mismo instante se dio cuenta de que había caído en una celada. El empleado, extraño para él, se hallaba detrás del mostrador, lívido y atemorizado.

Zeb volvió los ojos a la izquierda y vio a Floyd Gant de pie en el pequeño bar del rincón. Apoyaba un codo en el mostrador, pero su mano derecha, solo a unas cuantas pulgadas de la culata de la pistola, sostenía un vaso de whisky.

Otro individuo, al que Zeb inmediatamente identificó como Cad Pickett, por los carteles con su fotografía ofreciendo una recompensa a quien le capturase, se encontraba en el bar, acompañando a Floyd.

Desde el último extremo, cerca de la puerta lateral, Charlie Gant le gritó:

—Llevamos ya mucho tiempo esperándole, Rawlings.

Zeb no se detuvo, sino que siguió caminando hacia el mostrador, e hizo caso omiso de Charlie.

—Hola, Floyd —dijo—. Sé que has estado muy atareado últimamente.

Floyd Gant no era un hombre alto, pero sí fornido, de hombros anchos, y musculoso. La columna del cuello sostenía una cabeza cuadrada, cubierta de espesos rizos negros.

—¿Vienes en busca mía? —preguntó.

—No. Y puedo decirte que me informaron de que un indio llamado Sanders andaba por estos contornos. ¿Le conoces?

—¿Dices que te informaron? —preguntó Floyd.

—Fue un mestizo quien me lo dijo, allá en el Fuerte Washita. Sanders está acusado de asesinato.

—¿Y no vienes a buscarnos a nosotros?

—Cumplo las órdenes que recibo —replicó Zeb—, y nadie me ha mandado que os arreste, muchachos.

Zeb habíase detenido en tal postura que Charlie no se atrevió a disparar desde detrás, por miedo a herir a su hermano; y si Cad intentaba retroceder corría el riesgo de iniciar una batalla campal, en la que probablemente todos saldrían malparados. No era una posición grata para nadie, pero Floyd fue el único que comprendió la estrategia de Zeb.

Hizo un guiño que dejó al descubierto una hilera de dientes muy blancos y fuertes.

—Siempre fuiste un tipo inteligente, Zeb —comentó—. Es difícil sorprenderte, ¿verdad?

—Eso es… pero en esta ocasión me he dejado engañar. El informe resultaba demasiado burdo. Debí darme cuenta de que se me tendía una trampa.

Pareció que se ensombrecía la mirada de Floyd.

—Vaya, yo no diría tanto, Zeb. Cualquiera puede caer en un truco semejante. —Hizo una pausa, y añadió—: Hasta yo mismo. No habría recelado que se trataba de una celada.

Súbitamente, Zeb Rawlings comprendió que Floyd estaba diciendo la verdad. No estaba enterado de nada. Su hermano Charlie había obrado por iniciativa propia.

¿Y Cad? ¿Lo sabía? Zeb llegó a una conclusión afirmativa, y calculó que ahora aquel se hallaba nervioso porque le preocupaba la reacción que Floyd pudiera tener.

El único hombre que sabía exactamente lo que quería, era Charlie Gant; y este, a menos de que se anticipara, podía considerarse fuera del juego. Cad dudaría en actuar hasta que lo hiciese Floyd; y Floyd no haría nada, a pesar de ser el más peligroso de todos.

—Parece como si en todo esto existiera un error —comentó Zeb—; un error grave que podría convertirse en algo muy triste para todos los afectados. Consideraría una buena idea que lo olvidásemos todo ahora mismo.

Charlie Gant soltó una risotada.

—¿Ahora que le tenemos en la jaula? ¿No cree que sería una verdadera locura?

—En este momento no hay nada contra vosotros, muchachos —respondió el comisario—. No me han ordenado que arreste a ninguno. Si aquí ocurre algo hoy, todos los comisarios federales del territorio solo tendrán un propósito:

colgaros de una rama bien alta.

—¿Y qué? —replicó Charlie—. No es la primera vez que van en busca nuestra.

—Pero no las autoridades federales. Estas pueden actuar libremente en toda la nación, sin haber de detenerse en los límites de los Estados[17].

No tenía objeto seguir hablando con Charlie. Floyd era la clave de la situación, y se haría tan solo lo que él decidiese. Zeb debía enfrentarse a Floyd y echar sus planes por tierra. La situación de los tres forajidos equivalía a tener al oso cogido por la cola, y, en manos de Zeb estaba resolverlo todo. Si alguien tenía que aflojar, habrían de ser ellos.

—Yo creo, Floyd, que nos hallamos metidos en un embrollo del que alguien puede salir mal, y sin que ninguno ganemos nada… excepto Charlie, que desea matarme. Consideraría un favor que salierais de aquí, montaseis a caballo y os largarais.

Charlie soltó una nueva carcajada.

Zeb comprendió que Floyd estaba reflexionando. Se bebió el licor que le quedaba y dejó el vaso en el mostrador.

—La considero una buena idea, Zeb —contestó fríamente —. Me parece una idea excelente.

Charlie retiró violentamente su silla y gritó:

—¡Floyd! ¿Te has vuelto loco? ¡Le tenemos en nuestras manos! ¡Siempre hemos querido acabar con él!

—¿Quién lo ha querido? —preguntó su hermano—. Charlie, la próxima vez que tú…

Zeb Rawlings sentíase dominado por la tensión de la espera. No se atrevía a volver la cabeza, dejando de vigilar a Cad y a Floyd, para ver lo que iba a hacer Charlie; pero en ese instante, a una señal de aquel, Cad Pickett dio un paso atrás, y

Charlie le gritó:

—¡Cad! ¡También tú estás metido en esto! —y el aludido pareció convencido.

Floyd comenzó a gritar, pero Zeb Rawlings actuó veloz. Cogió a aquel por un brazo y le arrastró fuera del mostrador, empujándole hasta que chocó con Cad, cuyo disparo hizo blanco en el techo.

La bala que salió del arma de Charlie hizo un rasguño en la oreja de Zeb, quien acto seguido, vio que Floyd se levantaba con la pistola ya empuñada. Cad Pickett quedó libre de movimientos y bajó el brazo armado, pero Zeb disparó e hizo blanco en él, a pesar de hallarse, en parte, resguardado detrás de Floyd. Este abrió también el fuego y, al hacerlo, se dejó caer a tierra.

Zeb le hizo un disparo y después volvió el arma y apuntó a Charlie, quien dio un salto atrás. Todo esto sucedió en cuestión de breves segundos, pero Zeb jamás olvidaría la cara de Charlie cuando se vio encima el fogonazo del disparo.

Sintió Zeb el impacto de una bala, y vio a Floyd tendido y haciendo fuego contra él. Apenas les separaban unos diez pies cuando también Zeb le devolvió los tiros y le alcanzó con los dos gruesos proyectiles del calibre 44, que le hicieron desplomarse. A tan poca distancia no le fue difícil meterle dos balazos a la altura del corazón, pues era casi disparar a quemarropa. Por si acaso, disparó de nuevo sobre su cabeza, y enseguida apuntó el arma contra Cad.

—¡No! ¡No! —le gritó el bandido, y Zeb giró sobre los talones para hacer fuego sobre Charlie.

Pero Charlie Gant se había esfumado…; la puerta lateral estaba abierta.

Así terminó la refriega. Pickett se encontraba herido, pero muy contento de haber salido con vida.

Floyd estaba muerto y, aunque el hombre había sido un delincuente, Zeb Rawlings deploró haberle aniquilado, sabiendo que fue Charlie quien metió a su hermano en el atolladero que él no habría buscado.

A Charlie Gant no se le volvió a ver por el Territorio, y corrió el rumor de que se había marchado a Montana… pero eso había sido varios años atrás.

Le gustase o no, Zeb Rawlings sabía que estaba ligado a Charlie Gant mientras ambos vivieran, ligados por el odio y la sensación de inferioridad que dominaba al bandido.

Mas ahora, Charlie Gant estaba de regreso, y Zeb Rawlings se disponía a llevarse a la familia a un rancho solitario, donde, durante bastante tiempo, él sería el único hombre presente.

Y era de suponer que el criminal estuviera enterado de la situación.

Capítulo XXII

Desde el lado opuesto de la mesa, Zeb miró a Julia y luego a Lilith.

—Quiero terminar con todo esto, Lil. No puedo consentir que mis hijos crezcan teniendo esa amenaza sobre su cabeza. Charlie Gant es un individuo que no descansará hasta lograr lo que se propone.

—¿Y tú qué? —exclamó Julia—. ¿Qué me dices de ti, Zeb Rawlings? Ahora te deja en paz, puesto que se ha marchado del pueblo. Podemos irnos dentro de unos minutos, pero tú no quieres acompañarnos.

—Antes debo hacer algo —respondió en voz baja—. Tengo que hacerlo, Julia.

—Ha habido ocasiones… aquellas en que perseguías a alguien y permanecías fuera semanas y hasta meses. O las veces en que te encontrabas herido… como aquel verano que te abandonaron moribundo en Yellow Ridge. Y habrías muerto si alguien no se hubiera presentado por allí. Jamás me he quejado, Zeb. Nunca dije nada. Era tu deber, y sabías mejor que nadie el modo de cumplirlo. Pero esto no… esta población no se halla en tu jurisdicción.

—Julia…

—Nadie te ha ordenado hacer frente a Gant. No es obligación tuya arrestarle. Podríamos irnos ahora mismo, pero no quieres. ¿Por qué no olvidarlo todo, Zeb? Dejemos las cosas como están. Vayámonos al rancho, donde nuestros

hijos se criarán libres y sin saber nada de todo esto. Los tiempos cambian. Contempla esa calle y verás que son muy pocos los hombres que llevan pistola y, en cambio, antes, de cada diez eran ocho los que iban armados… Lou Ramsey lo sabe bien. Reflexiona, Zeb. ¿Es tan importante que vayas en persecución de Gant?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Porque se trata de una vieja cuenta que aún no habéis saldado? ¿Porque te disparó en cierta ocasión? ¿Porque crees que dejas algo sin terminar? ¿Se trata de tu orgullo, Zeb?

—Lo siento, Julia.

—¡Zeb! ¿Qué te pasa? ¡Soy tu esposa! Soy Julia, tenlo presente. ¿Has olvidado aquella época de recién casados que pasamos en Salt Lake, cuando trabajabas en la Comstock? ¿No recuerdas los incendios del Yellow Jack y de Crown Point, cuando trabajaste horas enteras ayudando a rescatar gente? ¿No estaba yo a tu lado? ¿No me tuviste junto a ti en la boca de la mina, haciendo café, y con las mantas preparadas para cuando salieras de aquel agujero?… Zeb, ¿qué te ocurre ahora?

—Se trata de Charlie Gant. Hice prometer a los chicos que no te contarían nada. Me dijo que acabaría con nosotros, dondequiera que estuviésemos…; pretende aniquilarme empezando por nuestros hijos. Aseguró que nos encontraría… No puedo dejar esta amenaza pendiente, Julia. No me sería posible alejarme del rancho, pensando que él podría presentarse durante mi ausencia. Es un cobarde, Julia, y por esta razón me causará todo el mal posible… y lo peor para mí sería que os hiciese algo malo a ti y a los muchachos… Me parece que sé lo que proyecta ahora, y, de ser así, prestaré un gran servicio a la justicia.

Dio media vuelta, se alejó de su familia, y salió a la calle.

—Creo que no hay nada tan testarudo como un hombre con sentido del honor —comentó Lilith—. Cleve era igual.

Puso una mano a Julia en el hombro y prosiguió:

—Pero tú y yo sabemos que en esta ocasión está en lo cierto; y créeme, es mejor que lo resuelva así.

Desde la calle llegó el ruido de un coche que llegaba.

—Por lo menos —siguió diciendo Lilith—, no habrás de esperar tú sola.

—¿Dónde ha ido papá? —preguntó Linus, presentándose de improviso.

—Ahí fuera… Ha tenido que resolver un asunto.

—¿Se trata de algo malo? —Prescott miró fijamente a su madre—. ¿Es con ese Charlie Gant? ¡Papá no le tiene miedo!

—Ya puedes estar bien seguro —afirmó Lilith—. ¿Sabéis algún juego, muchachos?

—¿Algo así como el escondite? —sugirió Linus.

—¿O las sillas musicales? —insinuó Prescott.

—Me refiero al póker —declaró Lilith.

—¿El póker?

—Vamos a la habitación. Creo que tengo una baraja.

—Pero es que nosotros… mamá no nos deja jugar a las cartas.

—Ello forma parte de vuestra educación —replicó Lilith bruscamente—. El hombre jugador es un loco, creedme, porque yo estuve casada con uno. Pero es preferible saberlo todo, porque puede presentarse la ocasión… Ya veréis, más tarde os enseñaré algunas triquiñuelas del juego. Cleve fue un jugador honrado, pero tuvo que aprender el modo de hacer trampas para que no le engañasen. Estoy segura de que no

hay cosa mejor para el aficionado al juego, que enterarse de los mil modos que pueden usar para engañarle.

»Vamos, sentaos y dejad que vuestra tía abuela Lilith os diga algo acerca de los naipes que se esconden en la manga, los ases que se escamotean, y mil trucos más. Empezaré por hablaros de los porcentajes. De cada cien jugadores, hay noventa y nueve que ignoran las posibilidades existentes en favor o en contra.

—Pero tía Lilith, ¿crees que debes…? —protestó Julia.

—Claro que sí. Tú te callas, Julia, y deja que esta vieja (¡Dios mío, lo que he dicho!) hable alguna vez de lo que le plazca. Casi todo en la vida es un juego. La minería, por ejemplo… con esto ganamos varias fortunas, y varias de nuestras minas nos llevaron a la ruina por querer sacar más.

»¿Os he contado algo acerca de la primera que explotamos? Fue una herencia que me dejó un hombre con el cual solía hablar de cuando en cuando para alegrarle. Bueno, el caso es que me la otorgó, y Cleve y yo fuimos allí para encontrarnos con que estaba agotada, y no pensamos más en el asunto. Pero años más tarde, nos hallábamos arruinados, y mi marido empezó a dar vueltas a una idea en la cabeza, y recordó haber visto ciertas formaciones minerales muy semejantes a las que había en una de las mejores minas de Comstock.

»En nuestra primera visita a esa mina todo el mundo buscaba oro, nadie pensaba sino en el oro, y allá en el Comstock no descubríamos más que un mineral negro, hasta que, por fin, un hombre hizo investigaciones y se encontró con que aquella cosa negra era *plata*. Pues bien, Cleve recordó aquella formación rocosa y regresamos. Nos gastamos todo lo que teníamos en comprar alubias, carne de cerdo salada y un poco de harina.

»Trabajábamos nosotros solos, y estuvimos excavando

hasta conseguir mineral suficiente para su embarque. Cleve fue primero y estuvo explorando hasta dar con aquella formación. Luego, descubrió cierta cantidad de pólvora abandonada por el anterior propietario, y se sirvió de ella. Echaba el mineral en una carretilla y lo sacaba. Hacía cincuenta o sesenta viajes diarios, y además la comida y el lavado de la ropa… pero logramos obtener muchas toneladas y las embarcamos. ¡Claro, era plata y obtuvimos pingües beneficios!

»Vamos, Linus, fíjate bien. Sostén así las cartas, y coloca la de encima un poco saliente del mazo, teniendo cuidado de ponerla otra vez en su lugar cuando saques la de debajo. Hay una cosa que no debéis olvidar. Un jugador hábil nunca da las cartas haciendo filigranas… eso es para los prestidigitadores. De esta manera puede parecer un novato. Se hace así…

Zeb Rawlings recorrió el amplio espacio existente entre las dos hileras de pesebres de la caballeriza. Su vehículo, cargado de utensilios domésticos, se hallaba frente a uno de aquellos. Se acercó, levantó la tapa de una caja estrecha y larga, que iba atada a un costado del carruaje, y sacó un rifle enfundado. Quitó la funda al «Winchester» y empezó a cargarlo convenientemente.

En la puerta, situada detrás de él, apareció Lou Ramsey, y Zeb lanzó un vistazo en derredor suyo.

—Voy a llevarme ese rifle, Zeb —anunció el comisario del lugar.

El aludido se le quedó mirando, pero no hizo movimiento alguno para alargarle el arma, y se limitó a seguir metiendo cartuchos en la recámara.

—Y tu pistola, también.

—Lo siento, Lou, pero no puedo complacerte.

Ramsey se abrió la chaqueta y puso la mano derecha sobre

la culata de su pistola, al tiempo que extendía la otra mano hacia Zeb.

—Creí que ya no la ibas a usar nunca más —dijo Zeb, indicando la mano que el otro apoyaba en el arma.

—La emplearé si me veo obligado, aunque preferiría que no fuese así.

—Lou, pienso salir de aquí y llevarme el rifle —rebatió Zeb, en tono tranquilo.

—Para matar a Gant.

—Es posible… pero también puede ocurrir que sea él quien me mate a mí. Esto es lo que piensas, ¿verdad, Lou? Que se trata de una cuestión personal entre él y yo. Bueno, quizá tengas razón. Si me instalo allá con mi familia y se presenta a darme caza… Tengo la seguridad de ello porque ya me lo ha anunciado. Y me veo forzado a detenerle ahora, a sorprenderle con las manos en la masa quebrantando la Ley. Luego, serán los jueces quienes se encarguen de alejarle mucho tiempo. Se trata de la Ley, Lou, pero, al parecer, me va a costar mucho trabajo sin tu ayuda.

El comisario local sacó despacio la pistola.

—Dame primero el rifle —conminó en tono imperativo.

Zeb pareció ir a entregárselo, pero, con un movimiento rápido, le dio la vuelta y con el cañón asestó al otro un golpe seco en la cabeza, derribándole.

Acto seguido, dio media vuelta velozmente y salió de la caballeriza.

El tren silbaba ya en la estación, y no podía perder tiempo.

Sabía lo que tenía que hacer, y también lo difícil que le iba a resultar por hallarse solo. Compró el billete y subió al tren en cuanto se detuvo. Se apresuró a buscar un asiento y se dejó caer en él, cubriéndose la cara con un periódico, como si

estuviera dormido.

Si Lou llegaba demasiado pronto le impediría llevar a cabo su propósito, y en esta ocasión no podría esquivarle ni ofrecerle resistencia. Había pensado mucho en Lou, y comprendía perfectamente sus problemas.

Esperó con la boca seca, atento a cualquier ruido que se produjera en el interior del vagón o en su plataforma. Cualquier pisada apresurada, un simple movimiento subrepticio le hacían creer que había sido descubierto y que un instante después le arrebatarían el periódico con que se cubría el rostro.

De pronto los vagones se movieron, el tren chirrió y se oyó el escape de vapor, y, enseguida principiaron a girar lentamente las grandes ruedas. Alguien corrió por la plataforma y alguien más subió al tren. Zeb continuó en su sitio, con la cara cubierta.

Las ruedas aceleraron su movimiento, el tren fue aumentando la velocidad, poco a poco, y silbó varías veces.

Cuando ya el convoy había adquirido buena marcha, Zeb se quitó el periódico y lanzó un vistazo a su alrededor, buscando a Ramsey o a alguno de los individuos que acompañaban a Charlie Gant.

El tren emplearía una hora, por lo menos, en cruzar una vasta llanura, interrumpida a veces por las colinas, y este no era lugar donde redujese la velocidad, ni sitio apropiado para que los asaltantes le obligaran a detenerse.

Zeb sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió. Este era el único lujo que se permitía. Se arrellanó en el asiento y reflexionó acerca de la aventura en que se hallaba metido, cuyas posibilidades había estudiado con gran detenimiento.

No obstante, en este último análisis llegó a la conclusión de que poco le importaba el lugar donde hicieran detenerse al

tren, aunque lo más probable sería que el asalto tuviera lugar en las montañas.

El tren, como de costumbre, estaba formado, por la locomotora y su ténder, un vagón para el equipaje y la carga, otro asimismo para los pasajeros, dos plataformas, y otro vagón, utilizado asimismo para carga, y donde iba la garita del guardafrenos. Una de las plataformas estaba cargada de troncos recién cortados, la otra de rollos de alambre de púas. Junto con el alambre habían cargado también un motor bastante voluminoso y de gran peso.

El revisor se acercó a pedir el billete, y Zeb se le quedó mirando.

—¿Cuántos hombres van en el vagón del guardafrenos?

—Uno solo, él.

—¿Está armado?

—No veo la razón.

El ferroviario vio la placa que Zeb llevaba prendida en el pecho, y preguntó:

—¿Se esperan dificultades?

—Sí —contestó aquel, incorporándose—. Sé lo que transporta este tren.

—Naturalmente.

—Y lo malo es que también lo saben otros muchos.

—No quiero que mis pasajeros sufran daño alguno.

—Tampoco yo, pero no hay protección para ellos en este vagón.

—Tal vez detrás de los asientos —sugirió el hombre.

Zeb le miró con disgusto.

—Es fácil comprender que nunca le han disparado con una del cuarenta y cuatro. Una bala de esa pistola atravesaría los

respaldos de cuatro o cinco de estos asientos o acaso más.

Se puso de pie y fue recorriendo despacio todo el vagón, mirando a todos los hombres para ver si conocía a alguno de ellos. Claro que Gant podía tener individuos a los que Zeb jamás hubiera visto, como aquellos que estaban aguardándole en la estación. Cualquiera de los que iban a bordo podía ser uno de los bandidos.

Tomó su rifle, fue hasta el extremo delantero del vagón y se detuvo a la entrada del que transportaba las mercancías. La puerta no estaba cerrada con llave, y entró, para encontrarse con que le amenazaba una pistola que empuñaba el comisario Lou Ramsey. Llevaba la cabeza vendada, y detrás de él, Zeb vio a Stover, Clay y Sims.

—Lo siento de veras, Lou.

—Bueno, pues ya me tienes aquí —le respondió Ramsey, irritado.

Capítulo XXIII

Charlie Gant retrocedió hasta donde estaban los caballos y les fue mirando los cascos, uno por uno. Eran unos animales excelentes, cuidadosamente seleccionados para la velocidad y la resistencia, más principalmente lo primero. La primera galopada de la fuga tenía suma importancia, pues cuanta mayor distancia pudieran poner entre ellos y el lugar del asalto, sería mejor.

Tenían planeados todos los detalles del asalto. Los había estudiado todos con cuidado infinito, y hasta los caballos estaban probados para el trabajo que deberían realizar. Primero una galopada de tres millas a todo correr, luego media milla al trote, otra al paso, y enseguida una galopada breve. El sitio donde habrían de marchar al paso era un macizo boscoso, y los bandidos tendrían que seguir senderos distintos, pero sin perderse de vista unos a otros; después, venía la galopada en un punto donde el terreno era abierto hasta llegar a otro bosque.

Una hora después de iniciada la fuga habrían de cambiar de caballos. Las monturas que iban a emplear en la primera parte del viaje habían sido robadas, y serían abandonadas junto con los animales, robados también. Montados en las nuevas cabalgaduras, se adentrarían en un arroyo, que recorrerían en un trayecto de algo más de una milla. Ese arroyo tenía fondo arenoso y no había que preocuparse. En este lugar, sus perseguidores perderían tiempo en descubrir por dónde

habían salido del agua, y cuando lo hicieran sería en otro sitio donde la arena formaba una gruesa capa, y sus huellas serían casi imperceptibles. Más tarde, los bandidos se prepararían para confundir las pistas, y tres horas más tarde volverían a cambiar de caballos, disponiendo esta vez de tiempo bastante para cambiar asimismo las monturas.

Al mediodía siguiente, la banda estaría comiendo en un rancho situado a cien millas del lugar de su delito, y en otro Estado, donde contaban con amigos dispuestos a jurar, si era preciso, que jamás habían salido de aquella región.

En toda la distancia que habrían de recorrer era muy escasa el agua, y tan solo había algunos puntos donde podían encontrarla. Estos eran solo conocidos por Gant y unos cuantos indios, muertos desde muchos años atrás. Sin estar enterados de este detalle, sus perseguidores fracasarían irremisiblemente. En determinado sitio, donde el agua faltaba en una gran extensión, Gant se había preocupado de esconder unos cuantos bidones llenos del precioso líquido.

El plan estaba perfectamente estudiado.

Ahora, sentado cerca de las traviesas de la vía férrea. Gant lo explicó todo de nuevo a sus secuaces, para cerciorarse de que le habían comprendido bien. Deberían permanecer juntos; pero si no pudiera ser, si alguno se veía separado del resto, tendría que buscarse un buen agujero donde esconderse.

Los cinco individuos que había escogido para llevar a cabo el asalto, estaban reclamados por asesinato.

—Si empiezan a disparar —les advirtió—, debéis tirar a matar. Si a alguno se le cae la máscara, hay que matar a todos los que le vean la cara.

—¿Y qué hay que hacer con el vigilante?

—Se llama Clay, y estará solo en el vagón. La puerta del

vagón contiguo al de pasajeros tendrá la puerta cerrada, y en el anterior al ténder habrán echado la barra. El gancho que hay al fondo, yendo hacia el vagón del pasaje, esta roto y no lo han arreglado. Un balazo será suficiente para destrozar la cerradura y permitirnos la entrada.

»Tenedlo presente: cuando lleguemos al río, estaremos cruzando bajo el Cañón de la Pirámide; y una vez al lado opuesto cortaremos las amarras de la barcaza y la dejaremos que vaya a la deriva, río abajo. Pero estoy seguro de que mucho antes habremos despistado por completo a nuestros perseguidores.

—Lo oigo y me parece mentira —murmuró Jenks en tono de admiración—. Nunca he visto una faena tan bien planeada.

—Tú vendrás conmigo —le atajó Gant, secamente—, y los demás harán lo que ya se ha dicho.

Salió de la reducida cueva donde habían esperado, para echar un vistazo en dirección a la vía. La barricada de troncos y piedras obligaría al tren a detenerse, y podrían abordarle con facilidad.

Una vez más repasó mentalmente cada detalle, tratando de encontrarle algún defecto que pudiera habérsele escapado, pero no había ninguno.

Jenks, el indio Charlie, Gyp Wells e Ike Fillmore ya habían «trabajado» antes con él. Tan solo Lund era nuevo en la banda, pero tenía más experiencia que ningún otro. Por él no había que preocuparse. De forma que… ¿pero a qué venía su inquietud?

Zeb Rawlings.

El hombre tenía mala suerte, la peor de todas las malas suertes del mundo, pues cada vez que aquel se cruzaba en su camino, las cosas se ponían difíciles. Rawlings se estaba convirtiendo en una obsesión para él, y, aunque no fuera más

que por esto, tenía que matarle.

Pero primero a su mujer y a sus hijos.

Rawlings tenía que verlos morir sin poder hacer nada por evitarlo. Gant reflexionó acerca de los hombres que le acompañarían. Solo Lund y el indio Charlie servirían para ir con él en esa ocasión.

Soltó un escupitajo. Le ponía furioso recordar lo molesto que se sintió cuando, al volver la cabeza en la estación, se encontró con Zeb Rawlings. No tenía la menor idea de que Rawlings estuviese todavía en Arizona, pues después del encuentro en el almacén de Boggy, Gant había abandonado el Territorio Indio para instalarse en el norte, donde vivió tranquilamente varios meses, desempeñando un empleo en el ferrocarril de Dakota.

También había estado en Jimtown, pequeña población del Pacífico Norte, y allí fue donde Lund fue a contarle la historia de las remesas de oro. Jenks estaba esperándole en Deadwood y, de camino al Sur, recogieron a Fillmore en Cheyenne.

Con cuidado, fueron avanzando esquivando a todos sus viejos perseguidores, y penetraron en Arizona desde California, después de concertar la entrevista en un pequeño rancho propiedad del indio. Nadie los había visto, nadie que supiera quiénes eran y, sin embargo, tuvieron que ir a tropezar con Rawlings.

Gant apartó la vista de la barricada y la fijó en las inhóspitas montañas desérticas del lado opuesto. No iban a tardar en tener que cruzarlas a caballo, pues por allí iba a tener lugar su fuga para confundir las pistas.

¡Rawlings! Gant no podía olvidar aquel día del almacén de Boggy, cuando Rawlings le miraba con la mayor calma, disparando igual que si estuviera en un tiro al blanco para entretenerse. Gant hubiese jurado que no existía un solo ser

capaz de matar a tiros a su hermano. Ni Hardin, ni Hickock, ni Allison, ni ninguno de ellos.

Miró el reloj y vio que había llegado la hora.

Regresó a la hoguera para ordenar:

—Apagad el fuego, y a caballo.

No era preciso discutir la forma de llevar a cabo el asalto, pues ya lo tenían todo estudiado. Se volvió a Fillmore para decirle:

—No lo olvides, Frenchy: cierra bien el vagón del guardafrenos, y si ese hombre te importuna, mátale.

A lo lejos sonó el silbato del tren.

Se acomodaron en la montura y revisaron las armas. Charlie Gant fue el primero en dirigirse al lugar donde habían levantado la barricada.

Era estrecho el corte entre los dos montículos, y habían construido la barricada con el mayor cuidado, para simular que se trataba de un deslizamiento de tierras. Al inspeccionarla de nuevo, Gant dudó que, a simple vista, alguien pudiese entrar en sospechas.

Estaba inquieto, pero no había razón para ello. Lo tenía todo planeado mejor que nunca, y sus hazañas siempre habían sido extraordinarias. El propio Floyd había reconocido que nadie era más capaz que su hermano.

Floyd…

¿A qué pensar ahora en él? ¿Debió haberse quedado entonces Charlie para disparar sobre Rawlings? ¿Pudo salvar la vida de su hermano Floyd, si no hubiera huido? Era imposible saberlo.

De todos modos, le habría gustado que Floyd estuviese ahora a su lado. Era el más seguro de sí mismo, el más tranquilo. Floyd fue un hombre con el que siempre podía

contarse.

Pero ¿podía Floyd contar contigo?

No pudo evitar que esta pregunta acudiera a su mente. Lanzó un terrible juramento y dio un tirón de la rienda, haciendo recular al caballo. Le tranquilizó, pero siguió de muy mal humor.

Sacó la pistola y revisó el gatillo y los cartuchos. Volvió la cabeza para echar una ojeada a los otros, y preguntó:

—¿Listos?

—¡Listos!… ¡Claro!… ¡Ya verás!… —le respondieron a coro.

Eran unos tipos formidables. Pero, de todas formas, ojalá hubiera estado allí Floyd.

Volvió a dejarse oír el silbato del tren y el ruido lejano de sus ruedas, que le recordaba el del viento al cruzar entre los pinos de los grandes bosques. Ahora estaría subiendo hacia el valle, acercándose a las colinas.

Habría sido preferible encontrarse a mayor distancia de una ciudad, pero, sin embargo, sus perseguidores tendrían que perder tiempo en hallar la pista, y ellos, entretanto, cabalgarían a galope tendido a través del valle. Iba a ser un esfuerzo grande, pero magnífico, y bastante seguro, si todo salía conforme a los planes.

Ello le proporcionaría un jugoso botín, desaparecería durante algunas semanas, y después realizaría una visita al rancho de Rawlings.

En ese momento volvió a oírse el silbato del tren.

Puso en marcha al caballo, y el resto de la banda le siguió.

Ya solo faltaban tres o cuatro minutos…

Capítulo XXIV

Todo era quietud en el vagón de las mercancías y hacía mucho calor. Zeb Rawlings inmóvil, con el rifle entre las rodillas, se enjugó el sudor de las manos. La espera resultaba angustiosa. Siempre le ponía nervioso.

Con la boca seca, y una sensación de vacío en el estómago, presentía que el momento se aproximaba. Iba a ser un instante decisivo, porque uno de ellos moriría. Charlie Gant era igual que un perro rabioso que mordería y desgarraría cuanto estuviese al alcance de sus garras, con objeto de destruirlo. Zeb pensó que prefería un hombre valiente y que le temía menos que a un cobarde, porque el cobarde es un tipo que carece de escrúpulos.

Floyd Gant fue un buen hombre. Un delincuente, pero un hombre bueno, en el fondo; un hombre de valor. Con Floyd Gant siempre sabía uno a qué carta quedarse.

Juntos habían combatido contra los indios, cazado para la misma empresa y dormido bajo la misma piel de búfalo. Cuando soplan los vendavales de Panhandle, uno tiene que refugiarse donde puede.

De no haber seguido los malos consejos de su hermano Charlie, Floyd jamás habría sido un bandido, y acaso fue el afán de ganar dinero lo que le arrastró a aquella vida, no la voluntad de hacer daño. En aquella época fueron bastantes los vaqueros que robaron unas cuantas cabezas de ganado para poder beber a sus anchas o pasar un invierno tranquilo.

Mientras se dedicaban a cazar búfalos, fueron muchas las ocasiones en que Zeb compartió el amoroso calor de la hoguera con Floyd Gant, nunca en plan amistoso, desde luego, pero tampoco como lo hubieran hecho dos enemigos. Siempre existió entre ellos esa rivalidad silenciosa que se produce entre dos hombres que poseen una habilidad casi igual en todo, y Floyd habría sido el mejor cazador, si él no hubiera estado por medio.

Claro que, pensándolo bien, esto no debía tomarse en consideración porque en ello influyó mucho la suerte. Se puede tener una puntería perfecta, saber darle al viento toda la importancia que tiene y, sin embargo, es posible que el búfalo levante la cabeza, espantarse una mosca, o cambiar de postura. Este simple cambio, cargando el peso sobre una u otra pata delantera, representa la diferencia de que la bala le alcance en el corazón o los pulmones, o en una paletilla o una pata trasera. Y un búfalo con la pata rota es capaz de excitar de tal forma al rebaño, que puede considerarse perdida la cacería.

Si el viento se recibe de cara o sopla en dirección al sitio donde se halla el cazador, y si las cosas se toman con calma, puede hacerse fuego contra el búfalo desde muy corta distancia… y hasta llegar a pasarse horas enteras cazando animales. Estos no habían aprendido a tener miedo de un rifle, y el estampido carecía de significado para ellos. Pero el olor de sangre los excitaba, y huían despavoridos. A veces, esta huida la provocaba un búfalo herido.

Zeb miró a sus compañeros y comentó:

—Hace calor aquí.

—Claro que sí —convino Clay—. Debemos tenerlo todo cerrado.

—¿Tú qué opinas? —preguntó, de pronto, Ramsey.

—En esta parte de Kingman. Estoy casi seguro.

—¿Crees que escaparán hacia Hualapais?

—No.

—El indio Charlie estaba con ellos, y tiene sangre hualapai.

—No, no lo creo. Gant hará algo distinto. Es demasiado astuto para hacer lo habitual.

Una vez más volvió a silbar el tren.

—Ahí delante hay un tajo —anunció Ramsey, pensativo—, y Boulder Spring está detrás de las rocas, a la derecha, a solo unas cuantas millas.

Clay se levantó y fue hasta la parte delantera del vagón. El tren describía una ligera curva y ello le permitió ver un tramo de la vía.

—¡Barricada! —gritó—. ¡Allí delante hay una barricada!

—¡Está aminorando la marcha! —gritó Stover.

Zeb dejó caer el rifle, saltó en dirección de la puerta y salió por ella como una exhalación, pasando a gatas sobre el ténder para llegar a la máquina.

—¡No se detengan! —gritó.

—¡Es que no podemos pasar!

Zeb se dejó caer al suelo de la máquina.

—¡Hay que pasar por en medio! ¡Adelante!

—¡Descarrilaremos!

En el borde de la maleza y cerca de la vía, Charlie Gan veía atónito que la locomotora ganaba velocidad, al parecer. Las ruedas delanteras chirriaron en los rieles.

—¡Ese maldito loco! —barbotó.

El tren chocó contra la barricada produciendo un ruido tremendo, y las rocas, los maderos y cuanto habían puesto allí los bandidos saltó en todas direcciones. La fuerza del choque

hizo que Zeb y el maquinista cayeran al suelo apelotonados. A Zeb le salvó de salir disparado el haberse podido sujetar a la barandilla exterior.

Pero las piedras habían sido amontonadas encima de los rieles y no entre ellos, y fueron barridas. La locomotora no descarriló, aunque el choque redujo su velocidad hasta casi detenerla. La sacudida hizo que el maquinista soltase la palanca de la válvula del vapor, aminorando quizá al propio tiempo la velocidad.

—¡Muy bien! —gritó Gant—. ¡Duro con ellos!

Algunas balas se estrellaron contra la locomotora, y una se incrustó en la parte destinada al carbón, haciendo llover pequeños fragmentos negros semejantes a una rociada de perdigones.

Zeb apuntó con cuidado. Gant se acercaba a la vía, y podía distinguir claramente su pecho. Inesperadamente, alguien le golpeó la mano y la bala fue a perderse en el aire.

—¡No seas loco, Zeb! —le atajó Ramsey—. ¡Déjale subir a bordo! ¡Quieres acabar con Gant, y ahora tienes la oportunidad de cogerle con las manos en la masa!

Poco faltó para que Zeb le replicara furioso, pero no lo hizo porque comprendió que Ramsey tenía razón. En realidad, si a Gant no le mataba dentro del tren siempre podría haber alguien que dijera que le había matado escudándose en su autoridad.

—¡Escucha! —exclamó Ramsey, reteniéndolo del brazo—. ¡Están subiendo por la parte de atrás y, para llegar aquí, tendrán que cruzar las plataformas! ¡Ahí los tendremos a tiro!

Arrastrándose sobre el carbón, iniciaron el retroceso, Stover los esperaba, dentro del vagón de mercancías, acompañado por Clay y Sims, con las armas dispuestas. Zeb y Ramsey llegaron a la plataforma del vagón de pasajeros, y

comenzaron a cruzarlo.

Un hombre cogió a Zeb por un brazo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué está ocurriendo aquí?

—¡No se mueva de ahí! —replicó secamente aquel—. Nos están asaltando.

Una mujer chilló, y varios hombres se pusieron de pie.

—¡Siéntense! —les ordenó Ramsey—. ¡Aunque es mejor que se tiren al suelo!

El indio, Lund y Jenks se hallaban ya en el vagón donde iba el guardafrenos. Charlie Gant subió los peldaños hasta la parte destinada al empleado, y entró por la puertecilla trasera.

—¿Habéis subido todos?

—Gyp está en la plataforma del alambre. Frenchy se ha quedado cuidando a los caballos.

—¡Estupendo! —Se encaró bruscamente con el guardafrenos que estaba detrás, pálido y atemorizado—. ¡Mueva esta palanca!

—No sirve. El freno se quemó cuando la máquina adquirió aquella marcha.

Le asestó un golpe tremendo con el cañón de la pistola, y el hombre se desplomó como si estuviera muerto. El bandido enfundó el arma y giró en redondo. Las ruedas chirriaban, pero el tren no se detenía.

—¡Bueno, preparad las armas, y vamos! —ordenó a los suyos. Echó un vistazo a los demás vagones, que corrían bamboleantes, y agregó—: ¡Tenemos que andar bastante hasta llegar donde va el oro!

Y se pusieron inmediatamente en marcha, abriéndose paso entre el alambre y los troncos.

Zeb, Ramsey y ahora Clay, también, aguardaban dentro del vagón de pasajeros, mientras estos se ponían en cuclillas

detrás de los asientos, y en el rincón más alejado que supieron encontrar. Algunos se atrincheraban tras de los equipajes. Una mujer con sus dos hijitos se sentó en el suelo, apoyada en el respaldo del asiento, y puso delante, para protegerse, un colchón enrollado.

Gant, mientras cruzaba la plataforma, iba retrasándose para dejar que Lund y el indio Charlie fueran los primeros en cruzar la puerta. La abrieron y entraron en alud, pero fueron recibidos por una ráfaga de disparos.

El indio retrocedió hasta pegar contra la pared del vagón, y enseguida cayó con la cara torcida en una mueca de dolor, sorpresa y contrariedad. Hizo fuego con desesperación, moviendo la pistola igual que si se hubiese convertido en una serpiente arrinconada y quisiera acabar con todo lo que tenía cerca.

Lund había visto las armas un segundo antes de que abriesen fuego, y se tiró al suelo. Su primer disparo alcanzó a Clay y le obligó a dar media vuelta. Clay trato de responder, pero su enemigo hizo fuego de nuevo, acto seguido, Lund cambió de postura para encontrarse frente a frente de Zeb Rawlings.

Lund, acribillado a balazos, pegó contra la puerta, que estaba a su espalda, y retrocedió tambaleante hasta la plataforma de carga.

—¡Rawlings! —clamó, desmayadamente—. ¡Rawlings está ahí dentro!

Se tambaleó otra vez y quiso sujetarse a la palanca del freno, pero cayó al estribo. Pudo mantenerse un instante sujeto, demudado el rostro, pálido, chorreando sangre, mas pronto los dedos se le fueron deslizando.

Gant le contempló con los ojos fijos y se le heló la sangre al ver aquella cara ensangrentada que reflejaba horror, así como

las manos que se iban aflojando hasta que Lund cayó entre las ruedas chirriantes del tren. Se escuchó un grito de agonía mortal y luego solo quedó el estruendo de las ruedas al girar vertiginosas.

Únicamente había transcurrido un segundo. El rostro de Zeb asomó en el quicio de la puerta, y Gant disparó salvajemente, con desesperación. Extendió la mano, buscando donde sujetarse, pero sus dedos se engancharon en el alambre de púas que sujetaba los troncos. Le asombró ver que había perdido una uña y que el dedo le sangraba.

Un pánico súbito se apoderó de él. *¡Rawlings estaba allí!* ¡Rawlings le mataría! Frenético, se encaramó sobre los maderos. A horcajadas, se volvió e hizo fuego, vaciando el cargador del arma sobre la puerta. Después, fue arrastrándose entre los troncos para ir en busca del vagón donde conducían el alambre.

A la entrada de la garita del guardafrenos, Gyp Wells disparaba para cubrir su retirada, pero Gant, al volver la cabeza, vio que Zeb iba hacia él.

Presa del pánico, hizo fuego otra vez; y, enseguida, al retroceder, observó que una bala había roto el cable que sujetaba los troncos, cortándolo casi en dos.

Tiró a un lado el revólver vacío y sacó el segundo. Pudo oír a Zeb que se acercaba, gateando sobre los troncos, y, cuando levantó la vista, observó que Gyp Wells se agazapaba e iba en busca de refugio en la garita del guardafrenos. Gant apoyó el cañón de la pistola en el cable e hizo fuego.

Sin la tensión que lo mantenía sujeto, el cable metálico se soltó con gran violencia y pasó cerca de Gant con la fuerza de un látigo. Entonces Gant se dejó caer al vagón inmediato, donde iba el alambre, y comenzó a abrirse paso. Tenía las manos arañadas, la ropa desgarrada por las púas, pero solo

pensaba en escapar de aquel infierno.

Desesperado, lanzó una ojeada a su alrededor. Zeb venía corriendo por encima de los troncos y, en el momento en que Gant los miraba pareció que empezaban a separarse, rodando hacia un costado del vagón debido a que el tren describía una pequeña curva. Fue en ese preciso instante cuando Zeb desapareció entre los troncos, y Gant sintió un impulso feroz de dar gritos, de aullar. Con alegría salvaje, continuó gateando entre los rollos de alambre.

Los troncos, sujetos aún por el cable metálico en el extremo opuesto, se habían abierto como un abanico, y uno de ellos estaba a punto de caer a tierra.

Cuando se abrían bajo sus pies, Zeb comprendió que caería sin remedio y se agarró con fuerza a la tosca superficie de los troncos; luego, gracias a la firme sujeción del cable, los maderos dejaron de separarse.

El que iba colgando cayó entre dos rocas, cuando el tren iniciaba una amplia curva. Se resquebrajó produciendo un ruido tremendo, después de soltar el enganche del remolque, que ya no iba muy seguro.

El tren inició la curva a gran velocidad, y los troncos cayeron hacia un lado. Zeb advirtió que se alejaban y, cuando quedó al descubierto, una bala produjo una profunda incisión en el madero que tenía a la derecha. El enganche del remolque, debido a la fuerza con que caían los troncos, se soltó enteramente, y la locomotora, seguida por los vagones de mercancías y de pasajeros, continuó curva adelante.

Las plataformas de carga y el vagón del guardafrenos aminoraron la marcha, se detuvieron casi, y después, lentamente empezaron a retroceder cuesta abajo.

Zeb oyó un aullido terrible detrás de él, y luego a Ramsey que gritaba:

—¡Alto el tren! ¡Se han soltado unos vagones!

Otra bala fue a estrellarse a pocas pulgadas de la cara de Zeb, que se agachó al tronco más próximo, empuñando la pistola con la mano izquierda para quedar al descubierto lo menos posible.

Súbitamente, Gant vio la oportunidad que siempre había esperado. Zeb Rawlings se encontraba atrapado en el vagón de maderos. Esta era una ocasión única para acabar con él. Sin aguardar a más, se arrastró hasta colocarse al amparo de un cajón con maquinaria, levantó la mano armada y esperó el momento propicio.

Zeb se encontraba agachado entre los troncos separados, que solo le protegían en parte. Gant andaba por allí cerca, en el vagón del guardafrenos o en la plataforma de los rollos de alambre, pero no se atrevía a sacar la cabeza para comprobarlo. Las plataformas de carga y el vagón del guardafrenos rodaban cuesta abajo, pero esto no duraría siempre. Si Gant estaba allí detrás, quedaba, por lo menos, otro bandido, al que Zeb había visto subir de un salto a la garita del guardafrenos.

Aguardó con el arma amartillada, para hacer fuego.

De repente oyó que el tren silbaba con mayor fuerza, y una bala se estrelló, produciendo un ruido seco, en el cajón de la maquinaria.

El tren… estaba retrocediendo. Ramsey hacía esta maniobra para acudir en su ayuda.

Agazapado tras el cajón. Gant esperaba. Poco a poco fue perdiendo el miedo. Todavía le quedaba una posibilidad. Por lo menos, si no se apoderaba del oro, mataría a Rawlings, y en unos pocos minutos se reuniría con Frenchy Fillmore en el sitio donde este aguardaba con los caballos.

Por incongruente que parezca, se le ocurrió pensar cómo

un hombre llamado Isaac Fillmore podía apodarse *Frenchy*.

Otra bala fue a incrustarse en el cajón y, enseguida, otra más. Gant rio entre dientes. Podían hacer cuantos intentos quisieran. No había bala que atravesara la maquinaria, y lo único que él tenía que hacer era esperar. Metería un balazo a Rawlings… luego iría en busca de los caballos, y no tardaría en encontrarse muy lejos de allí.

Ramsey no disponía de caballos, y para cuando los consiguiera ya Gant estaría cruzando el Colorado y próximo al desierto, donde nadie se iba a atrever a seguirle.

En sus oídos resonó el *clac, clac, clac* de las ruedas, que iban reduciendo la velocidad. Iba a presentársele su oportunidad. El miedo había desaparecido; Zeb Rawlings se convertiría en un gazapo indefenso.

Lou Ramsey, desde el vagón de pasajeros, echó un vistazo a su alrededor. Junto a él se hallaba Stover. Clay, que había recibido dos balazos, yacía, semisentado, detrás de él, sin soltar el arma y esperando hacer fuego de nuevo.

Ramsey apuntó hacia el cajón de la maquinaria. Cuatro cables paralelos lo sujetaban a la plataforma. Alzó la mano armada, y con mucha atención, hizo el primer disparo. Uno de los cables se partió. Volvió a disparar y cortó parte de otro.

Stover levantó su rifle y se lo apoyó bien en el hombro para no errar el tiro. Lentamente, los vagones separados iban aproximándose. Tan solo les separaban unas pocas yardas.

Zeb Rawlings paladeó el sabor de la sangre. Se había hecho un rasguño en el labio mientras se arrastraba sobre los troncos. Vio alejarse otro madero y se cambió la pistola a la mano derecha. Sacó varios cartuchos del cinturón y, sujetando el cargador, los fue colocando en su lugar.

Las plataformas casi habían dejado de rodar y se deslizaban por una curva cerrada cuando una bala partió el último cable

y el cajón de la maquinaria empezó a deslizarse hacia un lado de la plataforma.

Gant comprendió que quedaba al descubierto y vio que su enemigo salía de detrás de un tronco. Se apresuró a hacer fuego desesperadamente y, a continuación, saltó a la cuneta.

Zeb le imitó, doblándosele la pierna en el instante que Gant hacía fuego. Se levantó, y por un momento permanecieron mirándose fijamente, pero enseguida dispararon al mismo tiempo. Zeb sintió el zarpazo de una bala, pero se irguió y disparó de nuevo.

Gant pareció sobrecogerse, pero mirando otra vez a Zeb, giró en redondo y escapó a todo correr, saltando entre las rocas, cayendo y levantándose para volver a caer rodando. Decidió seguir gateando entre los peñascos, pero Zeb le seguía a paso de lobo y disparó cuando él lo hizo. Gant se desplomó.

Con la mayor frialdad, Zeb sacó los cartuchos vacíos del arma y la cargó otra vez, permaneciendo descubierto bajo aquel sol abrasador. Aspiró el olor acre del humo de pólvora, volvió a sentir el gusto de la sangre en la boca, empezó a experimentar una gran debilidad en las piernas porque la herida iba enfriándose, y comprendió que aquello era grave, pero tenía que hacer algo y era preciso hacerlo ahora.

Se puso en marcha y cayó. No consiguió que la pierna respondiera a su esfuerzo. Se apoyó en una roca y estuvo así un instante. Gant parecía haberse esfumado.

No… andaba por allí, hacia la izquierda.

Zeb Rawlings pudo volverse a costa de un esfuerzo inmenso, vio una bala que se aplastaba en una piedra cercana, y apretó el gatillo. El arma le saltó de la mano, y vio teñirse de escarlata la camisa de Gant.

Anduvo un paso más y recogió la pistola.

Gant había desaparecido entre las rocas, a menos de veinte pasos de distancia. Zeb consiguió avanzar un poco más, pero inmediatamente le pareció que brillaba una gran llamarada caliente, y cayó de bruces, llenándosele de arena la boca abierta.

Intentó juntar los labios, pero tenía la boca casi llena de arena. Sujetó la pistola y logró volverse de espaldas. Escupió sangre y aquel sol cegador le dio de lleno en la cara impidiéndole abrir los ojos.

De repente, una figura brotó a su lado. Era Charlie Gant, ensangrentado, salvaje, desesperado… pero de pie.

Contempló tendido a Rawlings, y un brillo extraño apareció en su mirada.

—Mala suerte —murmuró—. Siempre me trajiste mala suerte. Siempre…

Arrastraba las palabras, y Zeb Rawlings, con un tremendo esfuerzo de voluntad, alzó la mano armada mientras su enemigo levantaba la suya.

Rawlings le apuntó e hizo fuego una vez, y otra, y otra más.

Sintió las explosiones del arma que empuñaba, pero casi no las oyó porque los oídos le zumbaban. Algo le cayó encima; se le habían acabado los cartuchos, y un peso terrible le aplastaba sobre la arena.

—¿Está muerto? —oyó preguntar a alguien.

—No lo sé… pero Charlie Gant sí —respondió otra voz.

Capítulo XXV

El carruaje y el caballo estaban frente al hotel cuando Zeb Rawlings bajó. Caminaba despacio porque aún se hallaba débil, pero le agradó salir y encontrarse con aquel sol matinal. Permaneció muy quieto para sentir el calor en su cuerpo.

Tía Lilith bajó en compañía de Julia, las dos muy elegantes con ropas de viaje. La primera lucía un traje sastre gris, y Julia uno de aquella, debidamente arreglado a su medida. Zeb las contempló con admiración. Las dos mujeres más bellas que podía ver un hombre.

Julia se apartó para sujetar la puerta y dejar paso libre a Stover, que llevaba al hombro el baúl de Lil. Lo descargó con cuidado en el carruaje, y lo fue empujando hasta considerar que estaba bien colocado; luego, regresó en busca del resto del equipaje. Tía Lilith estaba ya muy lejos de ser una joven, pero los hombres todavía se afanaban por servirla.

—Gracias, Stover —dijo Zeb—. Te agradezco que nos hayas echado una mano.

—Si hubieras intentado coger ese baúl, lo más probable habría sido que se abriesen de nuevo las heridas —respondió el aludido.

—¿Por qué nos vamos tan temprano, papá? —quiso saber Linus.

—Hemos de hacer una jornada larga, pero será el mejor viaje que pueda realizar hombre alguno.

—¿Qué quieres decir?

—¡Pues que vamos a nuestro hogar! Hijo mío, cuando hayas vivido sin tenerlo tanto tiempo como yo, sabrás lo musical que suena esa palabra.

Zeb ayudó a su esposa a acomodarse en el pescante, y después a Lilith. Los chicos se metieron en el carruaje, y se pusieron cerca de los mayores, encima de un montón de heno y de mantas.

Al subir al vehículo, Zeb tuvo un instante de vacilación, y Julia simuló no darse cuenta. Sus heridas le habían dejado casi sin fuerzas y mucho más débil de lo que él quería reconocer, pero tan pronto se encontrase en el rancho, con sol abundante, aire fresco, y buenas alubias coloradas, se repondría con facilidad.

Ya en el pescante, dedicó unas palabras cariñosas al caballo e hizo dar la vuelta al carruaje.

—¡Adiós, amigos! —se despidió Stover, quitándose el sombrero—. Si paso por allí no dejaré de entrar a visitaros.

—No dejes de hacerlo —recomendó Julia.

El carruaje se puso en marcha calle abajo, entre una nube de polvo, pasó frente a los edificios dormidos todavía, y penetró en el sendero zigzagueante que comenzaba a la salida del pueblo.

«Sam» trotaba muy seguro de sí mismo, sin preocuparse por el vehículo que arrastraba. En la cima de la colina, Zeb dio un tirón a la rienda para permitir a «Sam» que tomase aliento, y volvió la vista atrás. De unos pocas chimeneas salía una nubecilla de humo, y delante del hotel creyó observar cierta confusión. En la calle unos cuantos jinetes, y algunos más acudían para reunirse con aquellos.

—Estoy pensando en lo que puede ocurrir allí —dijo con

aire reflexivo—. Yo creo que…

—Sea lo que sea, no es asunto nuestro —le atajo Julia, secamente.

Zeb volvió a contemplar la escena, después dirigió algunas palabras a «Sam», y el caballo reemprendió la marcha con nuevos bríos.

De improviso, oyeron a su espalda el ruido producido por los cascos de bastantes caballos lanzados al galope, y Zeb echó mano al «Winchester» y se volvió tan bruscamente que su cara se contrajo de dolor.

Unas dos docenas de jinetes les envolvieron materialmente al rodear el carruaje.

—¡Podíais habernos dicho que os marchabais! —gritó Ramsey, al tiempo que le dedicaba una sonrisa.

—¿Qué sucede?

—Pues que la gente del pueblo opina que has hecho lo único sensacional que hemos tenido en muchos meses. ¡Eres el protagonista de algo que es preciso celebrar, de algo que obliga a dar gritos de alegría! Has barrido la cuadrilla de Charlie Gant y, por algún tiempo, nos has dejado limpios de bandidos. ¡A ti te lo debemos!

—Bueno, esperad un momento, Lou. Yo no…

—Te traemos un regalo, Zeb, una cosa que vale la pena. Los muchachos hicieron una colecta.

De la montura descolgó una funda de rifle labrada a mano, y de ella sacó un «Winchester» calibre 76 en cuya culata, incrustada en oro, aparecía la siguiente leyenda: «*Con el agradecimiento de la Compañía de las Minas de Oro de esta ciudad y de sus habitantes*».

Era un arma muy hermosa. Zeb la tomó y empezó a darle vueltas en sus manos. Después se apoyó la culata en el

hombro.

—Gracias, muchachos —dijo en voz baja—. Muchas gracias.

Mucho después de haberse marchado los jinetes, aún le parecía tenerlos allí. Esta impresión le hizo comentar:

—Es una gran satisfacción para uno.

—Te respetan —comentó su esposa—. Es posible que no seamos gran cosa, pero tú eres un hombre respetado.

—¿Cuánto falta hasta el rancho, papá? —preguntó Linus.

—La otra hondonada y cruzar el valle que viene después. Tú fíjate bien.

Linus se puso a tararear el estribillo de la canción «Un hogar en la pradera», y Lilith, al recordarla, empezó a cantar con él, haciéndoles coro los demás.

«¡Vamos! ¡Vamos!
¡Crucemos esta tierra admirable!
¡Para el corazón esperanzado!
¡Para la mano voluntariosa!».

La voz de la mujer sonaba con igual fuerza que años atrás la había escuchado el viejo Zebulón en el Canal del Erie.

Zeb rio entre dientes.

—Hijos míos, habréis de cantar más fuerte si queréis poneros a tono con tía Lilith.

—Esta canción la canté hace muchos años, cuando salimos del Canal del Erie… o, mejor dicho, cuando navegábamos por ese canal. Toda la gente que había por allí me hizo coro.

«Lejos, lejos, ven lejos conmigo
allí donde la hierba crece sin trabas
donde los vientos soplan libres.
Lejos, lejos, ven lejos conmigo,
te haré un hogar en la pradera».

—¡Arre, «Sam»! —exclamó Zeb Rawlings—. Vamos a nuestra casa.

Notas

[1] Acre: Medida Inglesa de superficie equivalente a 40,5 áreas (4.050 metros cuadrados). (N. del T.) <<

[2] Raza de fuertes caballos de tiro. (N. del T.) <<

[3] Medida para granos y otros áridos, equivalente a 35 litros en EE.UU. (N. del T.) <<

[4] Vieja canción popular norteamericana, considerada actualmente casi como un himno nacional. (N. del T.) <<

[5] Pequeño barco de quilla plana, apto para navegar con pesada carga en aguas poco profundas y rutas fluviales. (N. del T.) <<

[6] Palabra india para designar a la mujer casada. (N. del T.) <<

[7] Recuérdese que carromato es un carro que suele tener bolsas de cuerda para llevar carga, y toldo de lona. La galera, también cubierta, es vehículo más pesado: tiene cuatro ruedas y requiere un fuerte tiro de caballos. (N. del T.) <<

[8] Especie de capa corta que se emplea mucho en América del Sur, principalmente. (N. del T.) <<

[9] Saco hecho de tela o de pieles, suspendido entre dos palos y que utilizan los indios americanos como medio de transporte. Un extremo de los palos va enganchado a un caballo o un perro, como si fuesen las varas de un carruaje, y el otro extremo va a rastras. (N. del T.) <<

[10] Abreviatura de San Francisco. (N. del T.) <<

[11] Utensilio hecho con piedra volcánica, que en México utilizan principalmente los indios para moler el maíz y hacer las tortillas que comen, en sustitución del pan. (N. del T.) <<

[12] Secta religiosa fundadora de la hoy populosa Salt Lake City (Ciudad del Lago Salado) y en la que los hombres, en aquella época, podían tener varias esposas. (N. del T.) <<

[13] Hacha de guerra de los pieles rojas. (N. del T.) <<

[14] Papuses o papooses: Palabra india que significa hijos. (N. del T.) <<

[15] Chinatown. El barrio chino de San Francisco. (N. del T.) <<

[16] En español en el original. <<

[17] Deberá tenerse en cuenta que los Estados Unidos de América constituyen una república federal, y que cada Estado es libre, soberano e independiente, y tiene leyes propias. (N. del T.) <<

ÍNDICE